

The background is a composite image. On the right, a close-up of a woman's eye with long, dark eyelashes. On the left, a bird's head, possibly a hawk or eagle, with its beak open. In the center, a large, ornate clock face with Roman numerals and intricate hands. The overall color palette is warm, dominated by browns, golds, and tans.

Devi Alel

**ENTRE SECO
Y TOQUES DULCES**



Entre seco y toques dulces

Un viaje en el tiempo, viñedos y mucho amor

Devi Alel

Tempus Fugit Ediciones



Título original: ©Entre seco y toques dulces

© Devi Alel

Corrección: T.F

Diseño de portada: ©Tempus Fugit Ediciones S.L

Todos los derechos reservados.

Copyright 2020. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los derechos reservados

“Después de todos estos años, veo que estaba equivocado con respecto a Eva; es mejor vivir fuera del Jardín con ella que dentro sin ella” Mark Twain.

“Este tipo de amor no es fruto del raciocinio ni de la estadística. Viene solo y nadie sabe de dónde, y resulta inexplicable. Ni falta qué hace” Mark Twain.

Para mi familia y para Carlos, mi Edén.

Prólogo

Junio de 1809

Después de la muerte de mi marido, regresé a casa con los míos. Los franceses habían saqueado las ciudades, pueblos y aldeas de alrededor, pero mi pueblo aún estaba a salvo de la guerra. No sin estar preparados, los gobernantes pedían dinero a los ciudadanos para poder defendernos en caso de una posible invasión. El ejército francés se ensañó especialmente con los conventos femeninos, donde se produjeron numerosas violaciones y saqueos. Pero no hay que subestimar los delitos que cometió nuestro pueblo que aprovechó el momento para robar, violar y asesinar.

Una mañana de junio de 1809 nos llega una carta desde Zaragoza. En el escrito, mi hermana nos informa de que su marido ha muerto de tifus durante el asedio que sufría la ciudad. Habían defendido, junto a la población, cada puerta que la circundaba. En un principio me extraña, porque Alicia es una mujer calmada, pacífica, amable y no le gustan nada los conflictos, aunque eso signifique no luchar por sus principios y me doy cuenta de cómo el sufrimiento le hace cambiar a uno. Hace un año yo luché por lo que creía justo y ella en cambio, quería mantenerse a salvo de la dichosa guerra, y al final ha acabado sucumbiendo.

La sorpresa es mayor cuando llegamos a la segunda parte de la carta. Cuenta que está embarazada y que no puede volver con la que está cayendo en Zaragoza, así que necesita que papá vaya a por ella. «Regresaría sola tal como hizo Paula del Mar hace un año, pero con un embarazo, sin caballo, ni armas para defenderme, lo tengo complicado». Pues sí, yo tuve la suerte de que tenía un caballo en casa y que la situación política no era tan inestable como ahora. Le pedí que viniese conmigo, pero prefirió quedarse junto a su marido.

Así que, sin pensarlo dos veces, papá monta su mejor caballo y por la mañana se embarca en un viaje en busca de mi hermana viuda. Yo me ofrezco a ir con él, él no quiere, aun así, soy tan obstinada que logro convencerlo. No llegaría sin mi ayuda, pues yo ya he realizado este trayecto tres veces; la primera cuando me fui a vivir con mi marido; la segunda, una vez que regresé tras la muerte de mi abuela; y la tercera y más dolorosa cuando perdí a Joaquín. He sido más viajada, papá en cambio, nunca ha salido de la región.

Durante ocho largos días conseguimos esquivar a las tropas. Los primeros fueron realmente fáciles, pero conforme nos acercamos a Aragón la cosa se complicaba más. El dolor hace mella en mí, aunque en papá más. Él no está acostumbrado a lo que la guerra implica. Porque cada vez que nos acercamos, los cadáveres en los caminos se aglutinan, sobre todo en ciertas zonas. Incluso hemos visto una niña bañada por un charco de sangre. Le advierto a papá que no mire.

—Tiene que ser fuerte y mirar hacia el lado contrario —le digo.

—¿Cómo pueden ser tan crueles los franceses?

—¿Los franceses solo? Los españoles tampoco somos unos santos.

—Son ellos los que han venido a conquistarnos. Ellos han comenzado todo esto.

—Le recuerdo la caza de brujas que le hicieron a la familia Boyer y a los Beaumont.

Eran nuestros vecinos franceses, afincados en Alicante. Unos se dedicaban al comercio y los

otros pertenecían a la baja aristocracia. Los Boyer vivían en España desde hacía más de veinticinco años, más españoles que muchos otros y les cortaron la cabeza por el simple hecho de ser franceses. Ni juicio justo, ni nada. Ni una oportunidad de explicarse. Para muchos eran traidores y punto.

—A veces olvido que eres la más sensata de la familia.

—El más sensato es usted tú, papá. Toda mi educación se ha basado en la que me ha enseñado.

Ahora mismo nos encontramos poco antes de llegar a Muel. Dicen que en María de Huerva el ambiente está caldeado y que se va a desatar una batalla en defensa de la Zaragoza sitiada.

—Si seguimos el camino real nos cruzaremos con los franceses, pero rodeemos o no, los encontremos igualmente.

—¿Y qué hacemos entonces? —pregunta.

Me quedo pensando en que no hay más opciones. Hay soldados por todas partes, pero imagino que por los senderos secundarios el número será menor.

—Tenemos que rodear... al menos no encontraremos las tropas.

—Eso no significa menos peligroso.

—Más defendible que un ejército.

—Tardaríamos un día más —refunfuña papá. Entonces se para en medio del camino para encenderse un cigarro y darle una intensa calada. Se le ve nervioso. Después mete una mano en su bolsillo y se apoya en un árbol resignado.

—Será mejor llegar tarde a no llegar, ¿no cree?

Hace una pausa y desvía la mirada. Vuelve a fijarla en mí.

—No sé qué haría si os perdiera a alguna de las dos. Ya fue muy doloroso perder a tu hermano, no podría soportar perder a otro hijo.

—No nos va a perder, papá.

Y le ofrezco mi abrazo para tranquilizarlo. Es un buen padre. Siempre ha sido cariñoso con nosotros y nos ha tratado con amor. No tengo ninguna queja de él y por él tenemos que volver a casa de una sola pieza.

El día ha transcurrido con normalidad. Hemos conseguido evadirlos, pero la noche está siendo más dura de lo que esperaba. Estamos en una zona conflictiva y no hemos encontrado ningún lugar decente donde dormir.

Le digo a papá de quedarnos a la orilla del río. Así tendremos agua para beber, tanto nosotros como los caballos. Furia y Tomás son unos caballos espléndidos, pero los pobres llevan sin agua desde esta mañana y se les ve algo agotados.

La primera noche la pasamos en Dénia en casa de un familiar lejano de papá. La segunda, una vecina de Cullera nos ofreció su hogar. La tercera llegamos a casa de la tía Lourdes en Valencia. La cuarta dormimos en una cueva y, la quinta, sexta y séptima en una pensión. Pero hoy no hemos encontrado lugar donde pernoctar. Así que nos encontramos a la orilla del río Huerva, al sureste de Mezaloche y dormiremos junto a un árbol. Haremos turnos, primero papá y después yo, con el fin de avistar posibles peligros que nos puedan acechar. Espero que Alicia esté bien, sino este viaje habrá sido en vano.

Cojo el último trozo de pan con tomate que queda. Lo parto por la mitad, y guardo la otra parte para papá. Como, o más bien, lo devoro. Pienso en María, que quizá se haya reducido a cenizas. Según hemos oído, ha sido atacada por los franceses y han salido victoriosos, de nuevo. Todo esto tiene muy mala pinta.

Me mantengo en alerta, no escucho ningún ruido y eso en vez de calmarme, me asusta. No se escucha ni el viento, solo el sonido de mi boca masticar. Pero conforme pasa una hora y media, el

sueño hace mella en mí y no logro mantener los párpados abiertos. Despierto a papá para ver si me puede hacer el favor de relevarme durante al menos una hora. Con una cabezada será suficiente.

Sucumbo al sueño...

Un hombre alto, de buen parecer, casi salido de una obra mitológica, se acerca y me habla. No sé qué ha dicho. Al lado, mi marido fallecido, se aleja hasta desaparecer ante mis propios ojos, pero no me importa. Me quedo observando al hombre que tanto me inquieta. Las ropas que lleva no son típicas de esta zona. Va trajeado con unas prendas que no he visto jamás. ¿Será francés? Su cara es borrosa, pero logro ver sus intensos ojos azules. ¿Un ángel? No lo creo, porque ni es rubio, ni lleva alas.

—Buenos días, señor. ¿Quién es?

No contesta.

Se acerca en grandes zancadas, se queda mirándome y después toma mi cara entre sus manos y me besa. Yo me dejo hacer. Me gusta que lo haga. Me gusta mucho su cercanía. No puedo despegarme de él, ni un ápice. Gruño en un intento de separarme, pero sabe tan bien... Acaricia mis senos por encima de la ropa. Se despega de mí y mira a los lados. Yo sigo la trayectoria de su mirada.

Una chica y un chico que no conozco.

Mamá, Alicia y algunos niños nos miran y aplauden.

Me doy la vuelta. Un cura.

Miro las mangas de mi vestido. Es blanco.

Caray. No. Me estoy casando.

Me ha tocado los senos delante de todo el mundo y ahora se acerca y aprieta mis nalgas con lujuria.

Por el amor de Dios, un poco de decencia, pervertido. Salgo corriendo y él sale tras de mí. Corro entre los árboles, para huir de él entre risas, pero me da alcance y estira de mi mano atrayéndome hacia él. Quedo entre su abrazo y nos miramos a los ojos intensamente. Los suyos son del color del lapislázuli...

De pronto abro los ojos y lo que veo son los ojos marrones de papá fijos en los míos, muy diferentes a los de mi sueño. Estoy sobre sus piernas durmiendo y ya casi ha amanecido. Será al menos las siete de la mañana.

—Pero papá... —me quejo con un bostezo—. No habíamos quedado en una hora. ¿Y tú turno?

—Estoy bien, prefería que cogieses fuerzas tú.

Refunfuño y vuelvo a refunfuñar porque no estoy de acuerdo. Él está mayor y necesita las horas de sueño más que yo. Pero no sirve de nada las discusiones. No sé quién es más terco si él o yo.

Montamos en nuestros respectivos caballos y nos dirigimos por un sendero secundario hacia María de Huerva, dirección Zaragoza. Tenemos el corazón en un puño. Es el último tramo, quedan unas cinco horas de calor intenso para llegar a nuestro destino y al paso, charlamos de nuestra infancia, de cuánto echamos de menos a nuestra hermana, de volver a ser una familia unida (aunque siempre esté el recuerdo de mi hermano). De repente, el grito de una mujer nos devuelve a la realidad. Pongo oído y escucho también unas voces masculinas. Son españoles. Le digo a papá que nos acerquemos.

—Deberíamos seguir. Podrían ser peligrosos.

—Papá, son gritos de súplica.

—Principal motivo para alejarse, cuanto más mejor.

Y como testaruda que soy, no obedezco sus órdenes y sigo la procedencia de los gritos en

zancadas. No puedo quedarme quieta sabiendo que podrían estar haciendo daño a una mujer y que yo no he hecho nada por remediarlo. Papá me sigue a grito pelado intentando que cambie de parecer.

—Ne me fais pas de mal. Per favor.

A escondidas y de espaldas a ellos frunzo el ceño y pongo especial atención para averiguar qué es lo que sucede. La mujer agredida es francesa.

—Puta gabacha. Te mereces todo lo malo que te pueda pasar y más.

El hombre se acerca a ella y a desgarrones le quita la ropa con odio. Maldita sean, van a violarla. Ella grita, llora y se retuerce de puro terror. Los otros dos observan entretenidos la situación. Miro a papá que me hace señales para que desista, pero no pienso dejar que le hagan daño solo por el hecho de ser francesa.

—No ser de ellos. Vivo aquí tres années. Ser buena persona.

—¿Y en tres años no te ha dado tiempo a aprender bien el español?

—J'essaie.

El hombre la sujeta del pelo y con fuerza la lanza al suelo. La chica cae resignada y levemente levanta su sucio rostro del terreno con los brazos apoyados en la tierra. Entonces me ve.

—S'il te plait, aide-moi —me suplica.

No tengo ni idea de lo que significa, pero por el tono parece que pide mi ayuda. Los tres hombres se dan la vuelta y me miran sorprendidos.

—Per favor —vuelve a repetir con los ojos llorosos.

—¡Dejen a la chica en paz! —se me ocurre decir.

—Es gabacha —responde el mismo—. Y estoy haciendo lo mismo que hicieron ellos con mi hermana. Un francés la violó en el convento donde residía y la ha dejado embarazada.

—Pero ella no tiene la culpa —gruño y añado en un intento de súplica: — Si lo hace, será igual de escoria que ellos.

Los hombres comienzan a discutir. Hay uno que cree que lo correcto es hacerle daño. Solo uno de ellos, el más joven, intenta convencerles de que no es lo correcto, por muy francesa que sea.

—Pues le cortaré la cabeza, entonces.

—Sobre mi cadáver —gruño. El hombre vacila nervioso y entonces pregunta con una mueca de desprecio:

—¿Eres una traidora que está de parte de los franceses? ¿Afrancesada?

—Soy española y estoy de parte de la patria, pero no es justo lo que vais a hacer con la pobre mujer. Que los gobernantes de su pueblo sean ruines no significa que ella también lo sea.

—Es francesa. Y con eso debería ser suficiente —y la señala como si fuese un monstruo al que hay que aniquilar o peor aún...—. Y me pienso quedar con este succulento postre. Y tú piérdete si no quieres ser la siguiente.

Sé que lo más inteligente sería marcharme y seguir con nuestro propósito, pero no me pienso ir. No puedo dejar que la violen o la maten sin por lo menos haberlo intentado evitar.

Así están las cosas. Y me pregunto. ¿Quién es él bueno aquí? Porque los franceses son malos, no, malísimos, pero nuestro pueblo no se salva. El odio es la peor arma de destrucción y los humanos son de la peor calaña.

—Ya la han escuchado. Dejen a la chica y no les pasará nada —les advierte papá.

—¿Me estás amenazando?

Papá saca la escopeta que tenía oculta tras de sí y le apunta con el arma. No está cargada. Realmente no tiene munición, pero se la ha traído para acobardar y creo que está funcionando. El hombre golpea el estómago de la chica de un puntapié, nos escruta detenidamente como si

estuviese guardando nuestro rostro a fuego en su memoria y bien se marcha por donde ha venido. Los otros dos lo siguen vacilantes, no sin antes darse la vuelta para decirnos en tono amenazante:

—Pagaran por traidores.

La chica es joven, dice que tiene 18 años y nos cuenta con los ojos llorosos que se ha quedado sin familia. Tanto su padre, su madre, como sus dos hermanos han sido asesinados por sus propios vecinos y simplemente por ser franceses. Dice que tiene una tía viviendo cerca de Valencia y nos pide unirse en nuestra travesía para regresar con ella.

Tomamos rumbo Zaragoza y entre unas cosas y otras llegamos antes de lo previsto. Ahora tenemos que ir a la zona de la Cruz del Coso (que es el barrio de mi hermana). Sabemos que si rodeáramos y cruzáramos directamente el puente que lleva hasta la puerta de Ángel o del Sol acortaríamos camino, pero pensamos que llamaría la atención de los soldados y preferimos la opción de integrarnos con la población. Así que nos decidimos por la puerta más cercana que es la del Portillo. Nada más pasamos el umbral, miro con tristeza a la redonda, no encontrando más que escombros en el camino. Pocos segundos después, la sorpresa me embriaga. Dos soldados nos acorralan aplastando el estúpido e ilógico razonamiento del rodeo. Papá está tan aterrorizado que incluso lo veo temblar. Yo le cojo la mano para tranquilizarlo.

—¿Où vont-ils? —pregunta el soldado de facciones rudas y marcadas. Inmediatamente añade con acento francés: .—¿Dónde van?

Jeanne se acerca decidida y sin ápice de miedo para hacer de mediadora entre nosotros. Mantienen una breve conversación en francés, y aunque no entiendo lo que le puede estar diciendo, las expresiones faciales de ambos parecen amigables (claro, dentro de un límite). Tras el minuto más largo de mi vida, nos dejan pasar con una sonrisa afable y un gesto de mano.

—¿Qué le has dicho? —preguntamos al unísono papá y yo.

—La verdad. Que venimos a visitar a ta hermana viuda y enceinte.

—¿Ya está? —pregunto, ella asiente.

—Ellos tener lo que quieren. Zaragoza cést à suya. No hay que preocuparse.

Conforme nos adentramos, el número de soldados franceses aumentan. Lo que realmente me entristece es que no queda nada de la Zaragoza de mis recuerdos. Aunque no hay muertos por la calle, si muchos escombros, penuria y ruinas. Me da miedo pensar en el destino de la gente que se salvó. La ciudad está destruida, irreconocible, de la mayoría solo queda visible el esqueleto de lo que una vez fueron los edificios. Atravesamos la calle Castellana y llegamos a la puerta Cineja, en la que apenas queda el zócalo, el principio de las columnas y un montón de piedra de lo que fue el altar.

—Qué lástima...

A papá se le saltan las lágrimas, está convencido de que Alicia ha fallecido. Después se enciende un cigarro y exhala el humo inquieto tras saborear la primera calada. Papá fuma en relación a los nervioso que esté y a eso le sumamos el hecho de que le regalan tabaco en cantidades obscenas (como sabrás... a cambio de favores) desde que en 1801 abrieron las puertas de la polémica fábrica de tabaco en Alicante, cediendo una parte del edificio donde se atendía a los más necesitados, que irónicamente, ha dado mucho trabajo a las mujeres más necesitadas. Aparto el humo con la mano y le tranquilizo.

—Alicia está bien. Nos envió la carta después del asedio.

—No estoy tan seguro de ello —le da otra calada honda con gesto meditabundo.

Al fin llegamos a la puerta de su casa. Nos sorprende y nos tranquiliza a partes iguales que siga en pie, con tantos escombros es un milagro que su casa siga siendo la misma. Papá no espera y golpea la puerta con ímpetu, pero ni contestan, ni abren y ni un mísero ruido, y entonces una

sensación similar al miedo nos recorre el cuerpo.

—Sûrement salir de casa —dice Jeanne en un hilo de voz.

No tenemos más remedio que sentarnos a esperar, mientras observamos como los franceses campan a sus anchas y aunque me causan respeto, Jeanne tiene razón que una vez se han apoderado de nuestra tierra, ya no hay nada que temer. Sin embargo, no puedo evitar esta sensación de odio que tengo hacia ellos. Verlos de nuevo, me atenaza el cuerpo.

El recuerdo de mi marido fallecido, en el suelo, bañado en un charco de sangre, con el estómago perforado por una bala mortal. El recuerdo de unos de ellos intentando poseerme a la fuerza. El momento en el que aquel hombre desgarró mi ropa interior e intentó violarme. No pudo, gracias a dios y al cuchillo que guardé entre mis ligas y con el que me pude defender. Lo de después... me engulló en lo más profundo del infierno y no me dejó dormir durante meses envuelta en numerosas pesadillas abstractas y dolorosas, pero que al fin se fueron desvaneciendo más o menos con el tiempo y que ahora revive con más intensidad que nunca. El filo del cuchillo desgarrando su cuello por la presión que ejercí. El largo trayecto de huida, escondiéndome de otros soldados que me perseguían para vengarle y darme el mismo final. Revivir todo el dolor... para que acabe así... Zaragoza en manos de ellos.

Son las doce y veinticinco y hace un calor horrible. Llevamos dos horas y poco esperando y han venido a saludarme al menos diez vecinos que no sabían nada de mí desde la muerte de Joaquín. Nos han dicho que mi hermana está bien y que ha salido de casa y ha sido toda una alegría. Busco la cantimplora para beber y para refrescarnos un poco la nuca, no quisiera que muriésemos por algo tan simple y tonto como de una deshidratación. Esperamos y esperamos... hasta que vemos la figura de alguien similar a mi hermana que se acerca desde la distancia. Afilo la vista y sonrío al asegurarme que es ella. Después miro a papá con una sonrisa de oreja a oreja. Corre hacia mí y me da un abrazo que me deja casi sin respiración. Después hace lo mismo con papá.

Está muy, muy delgada para lo que es ella, una mujer entrada en carnes. Pero ahora se le ve algo raquítica. Tiene los pómulos muy marcados y la barriga redonda, muy redonda, a causa de su embarazo. Alicia ha salido a la familia de papá; gorditos y altos y yo a la de mamá; más delgados y bajitos. Aun así, no podría negar el bebé que lleva dentro.

—No sabía si vendrías.

—¿Lo dudabas, hija?

—Pensé que quizá las cartas no habrían llegado a su destino.

—Nos llegó una la semana pasada —aclaro.

—Cuando nos enteramos del asedio nos preocupamos muchísimo. Nos dijeron que habían caído casi 50.000 personas.

—Lo he pasado muy mal, padre — y sus ojos se humedecen. La rodeamos en otro abrazo sincero que disfrutamos como si fuese el último. La echábamos tantísimo de menos... Entonces Alicia se fija en que hay alguien más a parte de nosotros dos y mira a Jeanne con curiosidad.

—Hola. Soy Jeanne.

Frunce el ceño con recelo al darse cuenta de su acento francés, pero le contamos lo sucedido y en seguida se abre a ella. Después nos invita a su casa a comer algo antes de volver a casa. Prepara una pequeña maleta con sus pertenencias más importantes, mientras comemos pastas variadas.

—Es la única comida que me queda —se disculpa—. También hay arroz...

—Estás muy delgada —le dice papá cambiando de tema—. Tienes que coger peso, podrías tener problemas con el bebé.

—En casa me repondré.

Temo más la venida que la ida. He visto María arrasada, catapultado con muertos en montones, incendios, niños llorando por la pérdida de sus familiares. Dolor, mucho dolor. Zaragoza destruida, casi irreconocible. Y ahora mi miedo es mayor porque arrastro con mi hermana embarazada. No la podía imaginar con la redondez de su barriga, pero la tiene grandísima y siento más que nunca la necesidad de volver, por el bebé que crece dentro de ella.

De camino hemos visto a una niña de alrededor de cinco años que estaba acurrucada entre sus piernas completamente sola y desolada. Hemos intentado buscar a sus padres pero sin éxito. Dice que han muerto, así que ella también viene con nosotros. Con dos cargas por caballo, el viaje se ralentizará al menos un par de días más. Jeanne y la niña vienen conmigo y montamos a Tomás; Papá y Alicia a Furia. Lo hemos decidido así para compensar peso, porque ellos dos pesan más que nosotras tres y Furia tiene más fuerza.

Marcharemos por el mismo camino de ida y rodearemos para esquivar el peligro. Dormiremos donde ayer, nos parece la mejor opción. En Zaragoza nos hemos repuesto de alimentos y agua, pero claro, a precio de oro.

Mi hermana nos pone al día y nos cuenta el infierno que ha vivido durante este último año. Los enfermos, el hambre, las bombas, la pérdida de su marido y la entiendo mejor que nadie, pues yo pasé por su misma pérdida.

Como hay una persona más para realizar los turnos de custodia, las guardias son menos duras. Mi hermana no podrá vigilar, debe descansar y cuidar de su bebé, pero Jeanne sí. Seré la última en dormir y la primera en hacer el turno. Ahora estoy más calmada, gracia a Dios estamos a salvo, aunque no del todo. Mis miedos mitigaran cuando lleguemos a Valencia, ya que el ambiente político por esa zona es más estable.

Cuando abro los ojos, observo el entorno levantando las cejas con conmoción. Me quedo envuelta en el sueño que acabo de tener tan similar al de ayer y que no logro darle un significado. Se vuelve a repetir la imagen del mismo hombre difuminado de ojos azules. Me ha dicho que me espera y no le encuentro significado.

Todos duermen a excepción de papá. Le doy los buenos días y me acerco al río para asearme. Meto las piernas y me lavo la cara. Qué calor hace ya de buena mañana. No recordaba este calor seco y asfixiante y eso que mi tierra no es fresca, precisamente. Pero aquí el calor quema y encima voy hecha un asco. En la orilla, rebusco en la bolsa y saco la ropa para cambiarme tras un árbol. Vuelvo a recordar el sueño de anoche.

Dos cuerpos desnudos. El mismo hombre sin rostro de ayer. Una cama grande, lujuria, pasión. Ojos azules, acechante, cariñoso, sensual y posesivo. ¿Por qué? Dicen que los sueños tienen significado... pero lo único que creo que mi sueño es el resultado de mi mala conciencia.

Podría haber soñado con la guerra, con el bebé de Alicia o con llegar a casa ilesos que es lo que realmente me inquieta. También podría soñar con mi marido que tanto de menos echo, pero no... Sueño con un desconocido terriblemente atractivo... al que no logro identificar.

La niña está somnolienta, aún tiene los ojos rojos de tanto llorar. Intento ser lo más delicada posible para quitarle la mugre de sus pequeñas piernecitas. Después limpio su cuello y le enjuago el pelo. No dice ni una palabra, ni siquiera se mueve, solo se deja hacer. Hasta que un disparo desvía nuestra atención, después gritos y luego el silencio.

Es la voz de mi hermana y con el alma en un puño le digo a Julia que se quede en el árbol mientras yo voy a ver qué ha pasado. Ella tiembla y se sujeta a mis faldas con fuerza, conoce suficientemente el sonido del dolor para saber que algo malo ha sucedido o está por suceder. Ahora la francesa también grita.

—Quédate aquí, te prometo que regresaré, no te dejaremos sola. Ahora tienes a Alicia, a papá, a mí...

Se queda inmóvil, pero obedece y tras darle un beso en la mejilla regreso junto a papá y las chicas. Así que, a medio vestir, corro a buscarlos como alma que lleva el diablo. Por favor, que no haya pasado nada malo. Dios, ayúdanos. Sé que últimamente dudo de ti, pero hazme el favor y volverá mi fe en ti.

Primera parte

A carne de lobo, diente de perro

Me levanto en una calle que no conozco, no sé dónde estoy. Hacía un momento huía del maldito francés que quería matarme, seguramente después de violarme y despierto en un lugar que no reconozco, muy distinto a lo que conozco. Me cubro el rostro para mirar, las luces me aturden. ¿Qué son todas esas luces?

Me siento desorientada.

—Qué fuerte tía, qué fuerte.

Me giro en dirección la voz.

—¿Estás bien? —me pregunta una segunda voz.

Un hombre y una mujer de aproximadamente mi edad, me miran desconcertados.

—Creo que sí...

No tengo idea de donde estoy, ni que ha pasado. ¿He perdido el conocimiento? Le echo un vistazo a ella y después a él. Mis labios dibujan un rictus de desconfianza y temor.

—¿Vienes de una obra de teatro? —me pregunta y me fijo en ella.

¿De una obra de teatro? ¿Por qué iba a venir del teatro? ¿Tengo cara de venir de una obra de teatro? En todo caso parezco un mendigo, llena de barro y con mis ropas echas guiñapos. Miro a mi alrededor con cierto interés y pregunto:

—¿Dónde estamos?

Pero no contestan. Se pasan varios segundos examinándome como si fuese un espécimen raro y luego ambos discuten algo entre sí. ¿¿Qué le pasa a este dúo tan irritante?? Les debo parecer graciosa porque no dejan de mirarme y de reírse entre ellos dos y hablan tan rápido que no logro comprenderlos. Bah. Los ignoro y echo un vistazo de derecha a izquierda y del revés. Realmente no sé dónde estoy. De pronto la chica se me acerca y me roza con su mano y yo me echo a atrás en un impulso acelerado.

Los observo abrumada y los escruto con mis ojos cautelosos. Qué vestimentas más raras llevan. Ella lleva un pantalón muy, pero muy corto, enseñando los muslos. Va muy destapada. ¿Será extranjera? ¿O una fulana? Él en cambio, lleva pantalón largo gris y arriba una tela muy fina de color azul oscuro.

—¿Es una mujer de mala vida? —le pregunto a la chica.

—¿Eh? —me mira extrañada y añade: — Voy a llamar a la poli. ¿Te han hecho daño?

Pero no entiendo nada de lo que me dice. ¿Qué van a llamar a la poli? Me sofoco, tengo calor. Me abanico con mi mano, respiro profundamente y no sé qué hago en este maldito lugar.

—¿Dónde estamos? —vuelvo a preguntar.

—Has aparecido de la nada. Estábamos ahí sentados, en ese banco —señala—. Y de pronto has aparecido, así de plas —simula un estallido con las manos.

—Yo aún estoy flipando —añade el chico con voz afeminada—. Eso es por la mierda que has robado —le señala a la mujer—. Te he dicho que beber de eso era un suicidio. Puede que incluso

estemos muertos y ella sea un fantasma.

—No digas tonterías. Además, que tú ni has bebido.

Qué deje tan extraño tienen. Me rasco la cabeza abatida. La chica saca un objeto con forma rectangular de su bolso y comienza a toquetearlo. ¿Qué objeto del infierno se ilumina de ese modo? Seguro que tienen razón y estamos muertos. Dios mío, estoy muerta, al final han conseguido capturarne. ¿Y mi padre? ¿Y mi marido? Si estoy en el cielo deben de estar por alguna parte. Vuelvo a mirar por doquier.

—Estoy llamando a la poli. Ya sabes... para que te ayude.

—¿La poli? —pregunto tras volver a fijarme en ella.

—La policía, la pasma, los monos, la autoridad... —aclara.

Entro en pánico y le suplico que no lo haga, si lo hacen, vendrán los franceses. Los franceses son la autoridad del momento, bueno según en el territorio que me encuentre.

Es que aún no me han dicho dónde demonios estamos. Pero si vienen me pegarán un tiro después de violarme. Acabamos de apedrearlos y no tendrán piedad conmigo. Lo único que puedo hacer es huir. Correr lo más lejos que pueda y si tengo suerte esconderme. Me doy la vuelta y hago caso a mi intuición para salir por patas, pero el hombre es más rápido que yo, me da alcance y no me deja marchar.

—Déjeme. No me haga daño —grito.

Mi mano reacciona en un impulso de buscar el arma que tengo entre mis ligas. Después de tanta muerte ya no importa nada. Pero no está, no la encuentro. ¡Maldita sea, no está por ninguna parte! La he perdido y ahora estoy vendida. Observo con acritud a la mujer que está frente a mí. Algo he de hacer, no pienso dejar que me maten después de todo lo que he pasado, después de superar tantos obstáculos. Me retuerzo, grito, gimo y como última opción le incrusto mis dedos en su nuez. El hombre grita como ido y en una milésima de segundo me suelta. Tras ello se esconde tras su mujer.

¡Será cobarde!

—¿Pero estás loca? ¿Qué me quieres matar? Tengo la piel sensible. ¿Sabes? Se me van a quedar marcados tus dedos a fuego y la gente va a creer que me mola el sado, tía.

¿Pero qué idioteces dice este? ¿Y por qué habla así?

—Acérquense y les juro que los mataré. Nunca dejaré que me entreguen a los franceses. Traidores de la patria. Afrancesados.

Aquellos dos se miran estupefactos y comienzan a reír sin parar. Se están riendo de mí los muy idiotas.

—¿Esto es una broma? —pregunta el chico pasándose la mano por el cuello de la camiseta para ponérsela bien. Yo los miro con altivez. No entiendo qué les hace tanta gracia. A reírse a la taberna. Y en este preciso momento decido tutearlos cómo están haciendo conmigo.

—¿De qué os reís?

—Es que es todo tan surrealista.

«Sí, dímelo a mí».

—No queremos hacerte daño. Si no quieres que llamemos a la poli, no lo haremos. Pero no vamos a dejarte sola en el estado en el que estás.

—Estoy bien... —susurro una vez más tranquila.

Vale, no parecen peligrosos.

—¿Sois traidores o sois de los nuestros? Tenéis un acento raro. Y si sois de los nuestros. ¿Sois buena gente?

—No somos de nadie. Somos españoles y sí, somos buena gente —contesta el chico—. Creo

que te has dado un buen golpe en la cabeza...

—Sí, aquí —contesto y llevo mi mano hacia la húmeda herida de mi frente. La tengo ensangrentada y ni siquiera la había notado porque el mayor dolor lo tengo en el alma. Recordar a mi padre me trae de nuevo a la realidad. Su muerte, hace apenas... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que...?

—¿A qué día estamos? ¿Qué hora es? —pregunto inquieta.

—Cinco y veinticinco de la madrugada. Ya a veintidós —dice tras mirarse el reloj.

—¿De junio?

—Sí, de junio.

Mmm... ahora comienzo a recordarlo todo. Yo intentaba llamar la atención de los franceses para que me persiguieran a mí en vez de a ellas. Les dije que se fuesen por el lado opuesto, mientras yo los distraía. Quedamos en un punto del sendero de vuelta cerca de Calamocha. Lo último que recuerdo es que uno de ellos me golpeó y caí al suelo, y entonces tiró de mis pies arrastrándome como si fuese mercancía barata. ¿Todo ha sido un sueño o he muerto? ¿Qué ha pasado?

Me dicen que estamos en Alicante, pero no les creo, yo me conozco cada rincón de mi maldito pueblo y puedo asegurar que este no lo es. He recorrido esos terrenos durante la mayor parte de mi vida, he acariciado cada recoveco y reconozco el olor de cada rincón y aseguro que ni siquiera el aroma es igual. La chica se acerca a mí y yo a regañadientes lo permito. Aunque no me fie de ellos, no parece que quieran matarme.

—Podríamos ir al hospital para que un médico le eche un vistazo a eso —señala mi frente.

—No lo necesito.

—¿Huyes de alguien? —me pregunta el hombre.

Me fijo en él. Es rubio y tiene los ojos claros. Lleva una camiseta azul muy fina y unos pantalones de un tejido desconocido. Estrecha en la mano una botella de vino y en la muñeca atino a ver numerosas pulseras de cuero. Qué vestimentas más raras se llevan estos dos.

—Todos lo hacemos —contesto al fin—. Los perseguidos son muchos de los perseguidores, así que la mayoría huimos al mismo tiempo que luchamos.

Siguen observándome como si no diesen crédito a lo que están escuchando. ¿Piensan que soy un bufón, o qué? Me importa un comino qué piensen lo que quieran, mientras no me delaten... Solo quiero proteger a mi hermana y llegar a casa, ahora que mi padre ya no está.

¡Maldita sea, mi hermana!

—¿Y mi hermana? ¿La habéis visto? —pregunto azorada—He quedado en el sendero que va a Calamocha. En el cruce. Junto a la carrasca más grande.

Tengo el corazón que se me sale del pecho y mis piernas se deslizan nerviosas de un lado a otro del paseo sin saber dónde estoy ni hacia dónde dirigirme. Grito su nombre. Vuelvo a gritar su nombre...

—Has aparecido de la nada y tú sola. No había nadie más contigo.

—Ayudadme. Decidme dónde estoy. La verdad.

—En San Juan de Alicante. Ya te lo hemos dicho.

La miro con escepticismo.

—Necesito encontrar a mi hermana con vida. Si me ayudáis prometo pagaros bien, tengo buenos vinos y excelentes caballos que daros. Y algo de dinero. Mi madre os dará los reales que os hagan falta. Por favor.

—¿Caballos? ¿Reales? —pregunta el chico en tono mordaz, así como si hubiese dicho alguna insensatez. Van bebidos, uf... lo que me faltaba lidiar con unos borrachos. Y de nuevo hablan de

carrerilla y lo hacen tan rápido que me cuesta seguirles el hilo.

—Está bien, estamos de tu parte —dice la chica al fin.

—¿Debo fiarme?

Asiente. Me sujeta del hombro y me encamina hacia algún lugar.

—Hueles un poco mal.

—La maldita guerra... además el francés me ha golpeado y me ha lanzado al suelo. Puede que el barro contuviese orines.

Encojo mi hombro izquierdo y lo llevo hacia mi nariz, pero no percibo lo que dicen.

—Yo no me huelo.

—Pues te aseguramos que hueles que das pena —añade el hombre—. A gorrino de granja, a estiércol, a humo, y bueno me callo que no quiero ofenderte.

Huelo cada manga de mi negro y desgarbado vestido. También acerco un mechón de mi pelo a mi nariz. Esto de correr y huir es muy cansado y con el calor que hace... puede que el olor no sea el deseado, pero por Dios... estamos en una guerra... tampoco vamos a ponernos delicados.

—¿Cuándo fue la última vez que te diste una ducha? —me pregunta.

—¿Una qué?

—Bañarse. Agua. Limpieza —contesta él y siento como si le hablase a una niña o peor aún a un simio. No voy a seguirle el juego, estoy cansada y no quiero más conflictos.

—Mmm... un baño decente poco más de dos semanas. Pero me lavo con paños y en el río a menudo.

Aquellos dos abren los ojos como platos y se miran boquiabiertos antes de preguntar:

—¿No lo estarás diciendo en serio?

Ya me están ofendiendo con sus preguntas estúpidas.

—Estamos en una guerra, la gente no puede bañarse tanto como desearía —suelto con mi indiscutible malhumor—. Y aunque soy de Alicante, vengo desde Zaragoza. He perdido a las mujeres, han asesinado a mi padre, nos han golpeado y casi violado; tanto a mi hermana como a mí y ni estoy de humor, ni tengo ganas de debatir sobre si mi grado de limpieza os satisface o no.

Ambos me miran, no contestan y yo me retuerzo sobre mí misma como un ovillo. Todo me supera, todo. Y lo odio, odio todo esto. Mucho, muchísimo. La chica viene y me abraza y estoy hasta las narices de todo. La aparto y grito. Grito mucho. Entro en un trance nervioso porque todo me supera, todo, y pierdo el control de mí misma. Las lágrimas me invaden y no sé por qué, pero la aparto de un empujón, después me lanzo a la chica y la abrazo en un acto loco y desesperado. Quizá necesite el consuelo de alguien, de quien sea. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Cuando los abro, me doy cuenta que todo lo sucedido es real, nada es un sueño. Mi padre ha muerto, estoy en un lugar desconocido, he perdido a mi hermana y sigue la dichosa guerra. Estoy en un coche extraño y me siento aturdida. Nunca había visto alguno así.

—¿Qué tipo de carruaje es este?

Parecen divertidos y escucho como uno le dice a la otra que me he escapado de un manicomio. La chica ríe y le hace una señal con la mano para que calle. A mi lado está la mujer y frente a mí el hombre. Pero lo que realmente me ofusca y hacen que salten mis alarmas es ver que el carruaje es conducido por un tercer desconocido. Un hombre entrado en años, con poco pelo y bigote. No, no, no. Me van a hacer daño. Observo al chico que está sentado en un sillón justo enfrente y en un impulso rodeo su cuello con mis brazos y ejerzo fuerza hacia atrás. Él grita.

—Estás como un cencerro —grita la mujer—. Suéltale. Suéltale, joder.

—No, soltadme. Dejadme marchar.

La mujer tira de mí y me suplica que pare. Los gritos retumban en este espacio tan reducido y

no hay nada que me calme. Quiero irme. No quiero que me hagan daño. Solo quiero ir con mi hermana. Quiero ver a mi hermana. No es tan difícil de entender, ¿no? Al final lo suelto, lloro, grito y pierdo.



—¿Un psi... qué? —pregunto a sabiendas de que no sería nada bueno.

—Loquero.

La mujer le da un codazo.

—¡¡No estoy loca!!

—No. Solo has intentado matarme dos veces. Has hecho que nos tiren del taxi... Y da gracias que estamos a diez minutos andando de casa porque si no...

Tienen razón en que no me he portado como una persona racional, podría decir que incluso agresiva, pero como para fiarme de tan extravagantes personajes y encima borrachos. Y sí, debería pedir disculpas. Y quizá y solo quizá, sea cierto que solo me quieran ayudar.

— Lo siento, estoy algo nerviosa. Ya sabéis, una está sensible con esta guerra maldita. ¿Cuáles son vuestros nombres?

—Ana y él —lo señala—. Dani.

El chico me hace una reverencia y me da la espalda. Está con los brazos cruzados y cabreado.

—Yo soy Paula del Mar.

Intento acercarme, pero él me evita. Vale, no he sido amable, pero están borrachos, son raros y tienen los ojos más rojos que he visto jamás y para colmo no dejan de reírse de mí. Una luz me ciega y hace que regrese de mi ensimismamiento. Un carruaje distinto a todo lo visto pasa por el sendero a poca distancia de mí.

—Madre mía, ese trasto del infierno anda sin caballos.

No entiendo nada de lo que está sucediendo y con todos los problemas rondando por mi cabeza no me había fijado en que... El pueblo es muy distinto... miro los objetos iluminados. Figuras que cambian de color: rojo, verde y amarillo. Hilera de carruajes sin caballo a la izquierda y lo mismo para la derecha. Edificios altos y de diseño extraño. Dos jóvenes se dirigen a alguna parte y van vestidos igual de extravagantes que Ana y Dani. La ciudad es... esto no es Alicante.

—¿Pero esto es España?

Asienten y vuelven a repetirme que estoy en San Juan.

¿San Juan de Alicante? Qué bromistas son.

Miro los labios flemáticos de la mujer y con los brazos en jarra ladeo la cabeza. Ellos me miran perplejos.

—¿Podría ser Nueva España?

Quizá haya un San Juan en las Américas que yo desconozca.

—España a secas.

—¿España a secas?

Ana frunce el ceño y suelta una carcajada. Luego agita la cabeza superada. Vamos a ver, tendré que informarme si no me localizo. Dani no me mira, solo toquetea un objeto rectangular iluminado que tiene entre sus manos.

—¿Estás segura de que no quieres ir al hospital?

—No, gracias. Estoy bien, solo un poco confundida, no entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Todo. Donde estoy, qué hago aquí y qué me hicieron. No sé si estoy muerta y esto es el cielo.

—¿A quiénes te refieres?

—Los soldados franceses. Los mismos que me persiguieron para darme caza. Los que tienen a la población atormentada. Los que mataron a mi marido.

Estoy a punto de perder la paciencia. Lo he repetido muchas veces y parecen que estén sordos o peor aún... Que sean inmunes a esta guerra.

—¿Estabas casada? ¿Tan joven?

—Tengo veinticuatro años.

—Sí que has corrido...

—No te imaginas cuánto. Estos últimos días han sido realmente agotadores.

Vuelve a reír con esa risita gritona.

—Me refería al compromiso.

Entramos en un lugar oscuro y pequeño. Observo que es una cochera subterránea porque hay dos vehículos estacionados sin caballos. Hay más cosas que no logro identificar a excepción de un estante con herramientas. Estoy agobiada, porque sigo sin entender la mayoría de lo que veo. Por otra parte, pienso... ¿Y si son de los malos? entonces me defenderé hasta la muerte. No pienso dejar que me capturen, aunque me lo mereciera por ingenua.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Solo vamos a mi casa, pero antes tengo que coger algo del coche y dejar la puta botella de vino. A mi hermano ni hablar, eh —levanta el dedo índice para advertirme.

¿A su hermano?

Subimos por las escaleras hasta llegar a un salón. Me fijo con extrañeza en los objetos decorativos, en los muebles, en los sillones... Huele muy bien, como a colonia y todo parece futurista. Unos sofás que nunca me hubiese imaginado que existiesen, paredes blancas e inmaculadas. Los muebles pulidos, delgados y en tonos claros. El suelo muy brillante. Aprieto los labios, exhausta.

Un gatito ronronea sobre mi pierna y se restriega conmigo. Es naranja y peludo, una preciosidad. Me agacho para acariciarlo y entonces ronronea más. Oh, me encanta. Gracias a Dios, los gatos siguen existiendo y gracias que son iguales que en mi tierra.

—Le gustas y Lewis no se equivoca con las personas—dice Ana.

—Lewis —repito y algo confusa añado: —. Me gustan los gatos.

Un sonido me sobresalta y observo algo que me descoloca del todo, si es posible. Una caja muy delgada, muestra imágenes y rostros de la vida real.

—Son las seis y pico de la mañana. Apaga la tele por el amor de Dios —refunfuña Dani.

«Tele».

Me acerco y miro delante y detrás. Toco el rostro que muestra para lograr comprender algo. Dani y Ana me miran atentos.

—¿Están dentro?

—¿Cómo?

—¿La gente está dentro? ¿Cómo es posible?

Ellos me miran sin comprender y sé de inmediato que creen que soy una auténtica lunática. Reconozco esa mirada, tonta no soy. Han pasado de creer que estoy loca, a confirmarlo. Dani mira a Ana advirtiéndole de algo y sé que le está diciendo:

«¿Por qué has dejado que entre esta loca en casa? ¿Vamos a ayudar a una mujer que ha intentado matarme, dos veces, ni más ni menos que dos veces?».

O algo similar.

Los tiempos de guerra han hecho que entienda más el lenguaje corporal que las mismas palabras. Es normal, hace menos de una hora he hincado mis dedos en su nuez, aún veo las uñas

clavadas en su yugular y no hace más que tocarse su cuello enrojecido. Aun así, hay algo que se me escapa, algo que no comprendo, que no me encaja. Han dicho que estamos en Alicante, bueno San Juan. Los objetos futuristas, los edificios sacados de otro mundo, la ciudad extremadamente cambiada, sus ropas, sus maneras de hablar y de ser. La casa... la casa esta no es normal. No estoy segura si preguntar lo que temo escuchar y cruzo los dedos para que no respondan lo que creo esperar oír.

—¿En qué año estamos?

—2019 —contesta Ana.

Y siento una sacudida en mi cerebro que no me deja ni pestañear...

Difícil de asimilar y triste de aceptar

Sentada en el sofá, intento asimilar lo que acabo de oír. Estoy con los puños apretados sobre la mesa diminuta que se encuentra en el centro del salón. Miro a mi alrededor. La *tele*, el *móvil* y algunos objetos similares que no comprendo y que me acaban de explicar. La habitación está iluminada por un tipo de luz potente, y no son quinqués precisamente. Me levanto y me acerco a la ventana. Observo la casa de campo donde nos encontramos. Tiene una piscina, jardín, portón exterior... A lo lejos pasa un coche que anda sin caballos. Luces blancas, verdes, amarillas y rojas.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Sé en qué año vivo.

—¿Tienes alguna manera de corroborarlo?

Señala la mesa y dice que coja la *revista* y busque la fecha. Le hago caso y alcanzo el librito a color. «Elle». Pero no encuentro lo que me importa.

Ana me señala la línea donde viene escrito: «junio de 2019».

¿Qué está pasando? ¿¿Qué diablos...??

¿¿HE CAMBIADO DE TIEMPO??

—No puede ser... Yo soy de 1809.

—Ya...

Y entonces un cúmulo de preguntas se aglutinan en mi mente. Necesito información, mucha información.

—¿Cómo terminó la guerra?

—¿Qué?

—La guerra de 1809, la de los franceses.

—Se fueron algunos años después y volvió Fernando VII.

—¿Años después? ¿Cuántos?

—No lo sé, no lo recuerdo. Lo estudié en el instituto, pero de eso hace mucho...

Miro a Dani a la espera de que hable.

—Puff... yo siempre he sido muy malo en historia. Eso preguntásele a su hermano.

Sujeto una pieza que hay sobre la mesa y la examino. Es el mismo objeto con el que quería llamar a la autoridad. Dani viene corriendo y me lo arrebató de un zarpazo.

—Ni se te ocurra —me advierte—. Cuesta casi mil eurazos y no me fío de ti, eres una delincuente y una loca.

—¿Qué es? —pregunto ignorando su acusación.

—Mi iPhone.

Lo miro sin comprender.

—Un móvil, hija mía —agita la cabeza.

—¿Para qué sirve?

—Esta mujer está muy mal. Hemos de llevarla a un hospital —le sugiere a Ana.

Yo arqueo una ceja a la espera de que se digne a contestar. Se me queda mirando de mala gana y añade:

—Sirve para hablar por teléfono con quien quieras, estés donde estés.

«Para hablar con quien quiera, esté donde esté». Medito en sus palabras.

—¿También si está en otro siglo?

—Obviamente, no.

—¿Tenéis un libro de historia?

—¿Te vas a poner a leer a estas horas?

—Necesito saber cuándo terminó la guerra.

Dani suelta un bufido y comienza a toquetear *el móvil* hasta que se digna a contestarme.

—Mil ochocientos catorce.

¿El *móvil* es un libro en tamaño reducido?

Me explican la utilidad de cada objeto: móvil, tele, ventilador, aparato de música, lámparas, ojos de buey, aire acondicionado... Al principio no comprendo, pero conforme más me cuentan, más interesante me parece todo. Y apenas pasa media hora, ya estamos relajados hablando de esto y de aquello.

Y me preguntan por mi historia.

Y yo necesito sincerarme, necesito desahogarme.

Así soy yo, tardo pocos segundos en abrirme a las personas, a pesar de que no me guste expresar mis emociones para no hacer sufrir a los demás. Pero llevo mucha carga durante este último año y no puedo sobrellevarlo yo sola.

Me cuentan cómo están las cosas y escuchan lo que yo tengo que contarles. En un principio no me creen, pero conforme más les digo, más atención prestan y parece que terminan por creerme o por lo menos eso parece.

—Pero no entiendo... ¿entonces viste a tu marido y a tu padre tirados en el suelo? ¿Muertos? —pregunta Dani. Yo asiento—. Qué miedo, ¿no?

Pues sí, muy divertido no fue...

—¿Podrías contárnoslo?

Dudo, porque recordarlo duele, pero lo intentaré. Respiro con profundidad, siempre lo hago para calmar mi dolor y les digo:

—Os contaré lo de mi marido. Lo de mi padre aún no soy capaz. Demasiado pronto.

—Lo entendemos.

Vuelvo a respirar y cierro los ojos.

Dios mío.

—Cuando asesinaron a Joaquín, fui a buscarlo, no sabía qué le había pasado. Después de verlo en el suelo tirado, muerto... y de llorar su pérdida hasta atragantarme con mis lágrimas, vi a su asesino. Llevaba nuestro anillo de compromiso en el dedo anular, se lo había robado después de dispararle y la ira pudo conmigo. Así que me lancé sobre él y le golpeé lo más fuerte que pude, mientras lloraba de rabia y de impotencia. Le insulté, le dije todo lo que pensaba de él y de su maldita guerra. Él en vez de arrepentirse, se rio de mí y me contó que lo hizo por la espalda. También relató sin pena alguna el momento en el que Joaquín falleció, como sufrió y como pronunció mi nombre varias veces. Si no era cierto, ¿cómo sabía cómo me llamaba? Así supe cómo le fallé y no estuve con él en sus últimos minutos de vida. Después intentó violarme para después matarme, pero lo sorprendí cogiendo un cuchillo de entre mis ligas y bueno... pasé el filo por su cuello... y ya sabéis... En principio quise morir, nunca había visto tanta sangre tan de cerca.

—¿Y después?

—Tuve suerte y pude escabullirme de los soldados que vinieron tras de mí.

—Joder...

Observo como se han quedado paralizados, no pueden creer lo que están escuchando. Sí... la guerra es dura. Intento mitigar el momento cambiando de tema. Tengo una curiosidad. Me gustaría saber qué les vincula, si tienen parentesco o son pareja.

—¿Sois marido y mujer?

Dani ríe cómo si le estuviese contando un chiste.

—¿Me ves pinta de heterosexual? —se queda mirándome esperando una respuesta—. Soy gay —añade en tono ofendido.

—¿Qué?

—Maricón —contesta Ana entre risas.

Madre del amor hermoso. Había conocido a muchos a lo largo de mi vida, pero de lejos, ninguno había sido capaz de admitirlo en público. Claro, si no querían ser encarcelados... Me santiguo por mí, por él y por todos los que nos rodean.

—Oye que soy maricón, no una serpiente venenosa —refunfuña.

—Al fin y al cabo, cada uno es consciente de sus pecados...

—¿Pecados? No es un pecado querer a alguien del mismo sexo. No creo que a Dios le importe a quien amo o con quien me acuesto, mientras ayude a mi prójimo y sea buena persona.

—En la Biblia...

—Maldita inquisición que os tenía lavado el cerebro—me interrumpe—. Esa forma de pensar te la voy a arrancar de un plumazo. ¿Me escuchas?

No tengo más remedio que asentir. Quiero llevarme bien con ellos, son mi única esperanza. Me acerco y sujeto su mano con cariño. Parece que cede. Me gustaría que me perdonara por lo desconsiderada que he sido con ellos y así se lo digo. No es mi intención ni cabrearlos, ni ofenderlos, ni... solo que no entiendo nada, estoy muy confundida. Ana me ofrece quedarme con ellos hasta que pueda regresar a mi tierra o hasta que logre comprender algo. Y yo les agradezco tanto el gesto, porque estoy emocionada y enormemente agradecida. No me puedo creer que me quieran ayudar después de mi actitud hacia con ellos.

Les abrazo; a uno y después al otro. Ellos se tapan la nariz con las manos, pero me da igual porque estoy agitada, eufórica y agradecidísima. No sabía dónde dormir y con la tristeza que arrastro, a doscientos años de diferencia de mi tiempo, me saturaría quedarme en la calle.

—Te puedes quedar el tiempo que haga falta —añade él —Ahora... primero te darás una ducha, pero ¡ya! Estoy harto de verte con esa ropa andrajosa de la prehistoria y ese tufo a estiércol. Y no te lo pido, más bien te lo imploro.

Yo acepto sin poder disimular una sonrisa.

—Y otra cosa. No quiero que vuelvas a intentar matarme. Porque yo soy divino y a mí se me quiere, no se me odia.

Sonrío y asiento.

Ana me tiende una toalla y la sigo hasta la habitación más lejana: el baño.

Lo examino... es grande. Hay una tina, bien, la conozco. Hay una letrina más moderna que las de mi tiempo y un lavadero. Todo junto, en la misma sala. Miro por la ventana al exterior. Está amaneciendo. Mis ojos se vuelven hacia la tina. Ana levanta una palanca y comienza a salir agua de la pared.

¿Qué...? Me acerco y meto la mano bajo el chorro. Anonadada me quedo. Lo que realmente me sorprende no es que salga agua de la pared, eso puede tener alguna explicación. Lo que realmente

me aturde es que la puedas poner tanto fría como caliente en cuestión de segundos.

—¿Es magia?

Me explica que el agua se conduce por cañerías y se calienta en una especie de tanque que funciona con electricidad. No lo entiendo bien, pero asiento. Me cuenta por encima cómo funciona la luz. Me rasco la cabeza pensativa... Es alucinante el hecho de tocar un botón y que se encienda la luz y como levantas una palanca y sale agua caliente o fría. Como un *móvil* puede ponerte en contacto con quien desees y buscar todo tipo de información relevante. Lo fácil que hubiese sido en mi época.

Ejemplos.

1°

Cuando mi hermana envió una carta que tardó más de tres meses en llegar:

—Papá, mi marido acaba de morir hace treinta segundos y estoy embarazada.

—Vamos a recogerte, hija.

No te preocupes, voy en «*coche*» o peor aún en «*moto*». ¡Cinco horas y estoy en casa!

—Nosotros de todos modos vamos a tomar camino. Lleva el «*móvil*» encima y mantenme informado de todo.

—Te quiero papá.

—Yo más hija.

2°

Un año antes, cuando me enteré de que los soldados franceses se dirigían hacia donde estaba mi marido. No hubiese tenido que correr como una endemoniada para ver si lo podía salvar inútilmente. Una «simple» llamada de *móvil* lo hubiese salvado.

—Cariño, huye. Me acabo de enterar que los franceses se acercan por el este.

—No pienso huir. Lo sabes.

Vale, es verdad. Joaquín no hubiese huido. Era muy cabezota y hubiese muerto por la patria, pero por lo menos podría haberle avisado de ciertos detalles.

—Esconde las armas, porque me he enterado de que van a por civiles armados.

—Lo intentaré.

—Ah. En la hacienda de los Renvert hay munición de los que han sido abatidos. Dicen que el suelo está lleno de fusiles. Hazte con uno, escóndelo y quédate por la zona. Defiéndete. Te quiero.

—Y yo cariño.

Vale, eso sí. Ya que por lo menos si hubiese muerto habría sido luchando, en vez de haber muerto inútilmente, asesinado por la espalda. Además, podría haberme despedido de él como es debido.

3°

Cuando la fiebre amarilla azotó Alicante y mi hermano murió en 1804.

—Hay una posible epidemia. Huid antes de que nos hagan cuarentena.

Y más con los WhatsApp esos. En cuestión de segundos se hubiese enterado toda la población, bueno... y todo el mundo.

Pido que me deje un libro de historia. Quiero ponerme al día antes de regresar a casa, porque... ¿Por cuánto tiempo me quedaré en esta época? ¿Y qué tengo que hacer para regresar? ¿Y cómo averiguo si mi hermana, Julia y Jeanne llegaron a casa?

Me dice que mañana buscará uno, pero que me meta en la ducha inmediatamente. Ella sigue en pie y me mira fijamente.

—¿Vas a acompañarme en mi baño? —pregunto.

Y me fijo en la botella que lleva entre las manos.

—¿Y por qué llevas vinagre?

—Para echártelo en el pelo, después de ponerte esto.

Leo la etiqueta y pone:

«*Para piojos y liendres*».

—Con lo sucia que vas y la maraña de pelo que llevas, seguro que encontraría hasta garrapatas.

—A mí no me pica.

Pero me dejo hacer y me gusta. No recordaba lo relajante que podía llegar a ser un masaje en la cabeza con jabón y agua. Es maravilloso. Me recuerda a mi niñez.

—¿Has visto la suciedad que hay en el agua? La suciedad provoca enfermedades —me informa como si no lo supiese.

—Lo sé, pero en mi tiempo no existen todos estos adelantos —señalo el baño, la luz y el inodoro—. Y te recuerdo que estamos en guerra. En mi casa voy más limpia.

Ella masajea mi cuero cabelludo y yo disfruto. Creo que incluso he llegado a gemir.

—Poco a poco te harás a esto. Te aseguro que esta época es mucho mejor que el siglo XIX.

Si cree que sus palabras lograrían tranquilizarme, debería de informarle que ha conseguido todo lo contrario. Me preocupan, me preocupan mucho. No conozco ni el motivo, ni por cuánto tiempo estaré aquí y ni siquiera sé qué voy a hacer mañana.

Después de lavarme el pelo, se marcha para que yo termine de enjabonarme el cuerpo. Me ha explicado que, si quito el tapón, el agua se marcha por cañerías hasta llegar a un lugar donde las depuran para después expulsarlas medio limpias al mar, y yo simplemente, admiro sus explicaciones. También me ha enseñado a regular el agua. Levanto la manivela y el agua acaricia mi piel. Oh, madre mía, es tan relajante... Me agacho y retiro el tapón.

Estoy envuelta en una toalla cuando Ana regresa con algunas mudas en sus manos. Me imagino que son para mí y me fijo en particular en una de ellas: unos pantalones en especial me dejan totalmente anonadada. Son cortísimos, como los que lleva ella y está loca si piensa que me voy a poner algo así. Salgo de la ducha, los sujeto y los examino. Estiro la prenda con las dos manos, y en dirección opuesta para ver si logro agrandarla, pero no, es rígida, resistente, y extremadamente pequeña.

—Realmente estoy muy agradecida con vosotros, pero... no me puedo poner algo similar.

Y vuelvo a mirar la pieza desconcertada. Ella responde con una sonora carcajada. Parece que le hace gracia todo lo que digo. Bueno al menos le parezco graciosa.

—Son cómodos y creo que son de tu talla.

—¿Podrían al menos ser largos, por favor? —pregunto con timidez.

Ana no insiste y sale del baño llevándose la prenda consigo. No quiero hacerle el feo, pero no puedo ponerme ese trozo de tela donde se ve hasta el alma. No tarda ni un minuto en regresar, me entrega otros y me dice que son de dormir. Lleva osos dibujados y manzanas de muchísimos colores. Es ridículo, pero no tengo más opción que aceptarlos. Le agradezco todo lo que está haciendo por mí y antes de que se vaya, le pregunto:

—¿Por qué me ayudáis?

—Porque estás en apuros y si fuese al revés me gustaría que hiciesen lo mismo por mí.

Y cierra la puerta tras de sí.

Me siento en la letrina que tiene la tapadera puesta y pienso en todo: en mi vida, en mi pasado, en mi hermana, en mi padre y en mi marido. Me miro al espejo. ¿Habrán llegado a casa?

Entorno los ojos, cierro los parpados y me quedo sumida en mis pensamientos.

Agárrate que vienen curvas

Lo primero que observo nada más levantarme es que todo esto no ha sido una pesadilla. Sí, sigo en el 2019 y estoy acostada en la cama de al lado de la de Ana. Anoche me ofreció una cama individual que había junto a la suya. Tienen una habitación de sobra, pero llena de trastos y la verdad es que lo preferí, no quería dormir sola. Llevo tres noches horrorosas, en el que no he podido conciliar el sueño, solo he dado cabezadas y no más de dos horas seguidas. ¿Por qué habré viajado hasta este año en concreto? Habrá algún motivo, las cosas no pasan porque sí.

Antes de salir, me quedo mirando a través de la ventana. El mismo hombre en diferente sueño. Ahora aparecía aquí... en este tiempo tan extraño. Dos horas de sueño y solo he podido soñar con él. Es lo más surrealista de todo. Cara borrosa, ojos azules, alto con ropas actuales. Me arrastraba a la pared y me poseía. Me arrancaba la ropa como si fuese un animal, me mordía el cuello, apretaba mis muslos con fuerza y luego me regaba a besos hasta llegar a mis pechos. Yo me abría a él. Me entregaba. Sí... me entregaba a un hombre al que ni siquiera podía ver su cara. Bajaba su pantalón para sacar su... por Dios... ni siquiera era capaz de recordarlo sin avergonzarme.

Soy una pecadora. Pecadora con todas las de la ley.

Me tomo la libertad de ir a la cocina para hacer el desayuno. Investigo los armarios y opto por tostadas, galletas caseras y para beber zumo de naranja y leche. Eso le gusta a todo el mundo ¿no?

Me imagino que esto cuadrado debe ser el horno. ¿Esto también funciona como el agua y la luz? ¿Por electricidad? Sigo sin entender el significado del término «electricidad», pero parece que todo funciona de ese modo. He logrado averiguar que si giro las ruletas el horno se enciende. Analizo los dibujos y le doy vueltas hasta que creo haberlo puesto bien.

Después de darles forma, meto la bandeja en el horno y una humareda se dispara. Dios mío, es como el mismo fuego, pero sin fuego. Como la misma magia.

Investigo la cocina con todo el descaro del mundo. Abro otra compuerta y me sorprende cuando noto que su interior es frío e iluminado. Hay comida, mucha comida. ¿También va por electricidad? Sobre la mesa pongo los zumos recién exprimidos, la leche y los cubiertos. También el azúcar. ¿Cómo demonios calienta la leche si no hay fuego? Pienso en meter la leche en el horno, pero no me fio. Con las galletas y las tostadas, es suficiente. Que se calienten la leche ellos, no me gustaría quemar la casa. Agito la cabeza y me burlo de mí misma.

—Ay chica, creo que lo has puesto mal.

Dani me sorprende irrumpiendo en la cocina. Se acerca y me enseña a poner el horno correctamente.

—Lo has puesto al máximo y en solo arriba.

Y cómo me he quedado con las mismas dudas, dejo que me ayude mientras observo como lo hace él. Después pongo la mesa, las tostadas al centro y los cubiertos. A los quince minutos las galletas están listas. Dejo que se enfríen, mientras Dani me da otro *curso express* sobre la

sociedad actual. Una vez están templadas le ofrezco una y se la mete a la boca engulléndola.

—Están buenísimas—me dice.

—Gracias —le agradezco con sinceridad.

—Y eso que nunca habías usado un horno.

—Lo que no logro encontrar es el fuego. Quiero calentar la leche.

Y entonces me explica cómo funciona la *vitro* y es sorprendente. Aunque me dice que la leche es mejor calentarla en el *microondas*.

—Así es la tecnología.

—Tecnología —repito y acerco el dedo al círculo rojo.

—Pero no lo toques que quema —dice casi de carrerilla.

Aparto la mano del susto y él comienza a reír.

—Tía, pareces de otro planeta.

—Ojalá fuese de otro planeta, sería menos inverosímil que haber viajado en el tiempo — respondo con ironía.

—¿Tenías horno en tu época?

—Sí, aunque su funcionamiento era bien distinto. Necesitaba fuego —sonrío, y apunto con mi dedo al armario frío —. ¿Y eso que es?

—Se llama nevera y enfría la comida.

—¿Y cómo lo hace? ¿Y la luz cómo se enciende? —señalo al techo —. ¿Y el horno? Explícame qué significa tecnología —sonrío y agitó la cabeza contrariada.

Dani responde mis preguntas y habla sin parar, pero sus respuestas me generan más dudas y no sé si es peor el remedio que la enfermedad. Después su tema de conversación se desvía a temas más escandalosos; sus novios, sus últimas conquistas, sus borracheras. Pero me acabo acostumbrando a su forma de ser gritona y me doy cuenta de que el chico realmente me cae bien. Es gracioso y sincero.

—¿Y qué sabes hacer?

—Durante los tres años que duró mi matrimonio, lo ayudé en la imprenta que tenía. Pero realmente he pasado mi vida entre viñedos, desde bien pequeñita. Mi padre tiene una bodega.

—Anda, como Liam.

—¿Cómo quién?

Como si yo conociese a sus amigos...

—El hermano de Ana. Él también trabaja en una bodega.

De repente, el sonido de un portazo interrumpe nuestra conversación. Proviene de la puerta principal, y en seguida se escuchan unos pasos. Un hombre entra y deja las llaves sobre la mesa.

—Hablando del rey de Roma.

—¿Ya estáis despiertos? —pregunta en tono serio y me mira—. Perdón, creí que eras mi hermana.

—Te presento a Paula —le dice —. Él es Liam, el hermano de Ana. Vivimos los tres juntos.

«Qué nombre más raro». Tendrá que deletreármelo.

—Encantado de conocerte. He tenido un mal día y bueno... no estoy de muy buen humor.

Se acerca y le ofrezco mi mano con nerviosismo, no lo miro directamente si no que desvío mi mirada hacia otros lares. La sujeta sin saber qué hacer y entonces me doy cuenta que intenta darme dos besos en las mejillas y yo me pongo más roja que un tomate sin saber por qué. Después se mete una galleta en la boca y se desploma en el sofá.

Qué hombre tan guapo y varonil... Es muy alto, algo moreno, tiene el pelo corto y castaño oscuro, barba de pocos días, cuerpo atlético y sus ojos son... son... lapislázuli.

No me lo puedo creer. Me quedo mirándole fijamente porque no llego a asimilar lo que mis ojos ven...

«Es el hombre de mis sueños».

Hay gente con los ojos azules, pero no tan intensos como el mismo cobalto. Es él. Estoy segura de que es él y me siento tan desorientada... porque no sé qué significado tiene todo esto y tampoco sé si tiene algo que ver con el hechizo. Como se cumplan mis deseos de borracha, adoraré al Dios sol. Me río con desabrido para mí misma.

—¿Vuelves de tus andadas?

—¿Qué andadas? —responde frunciendo el ceño.

—Mujeres —aclara.

Levanta ligeramente los hombros en una mueca cansada. Está muy serio y tiene pequeños surcos oscuros bajo los ojos. No sé si será hereditario o de no dormir bien. Ana entra desperezándose, pero tan energética como la recordaba.

—¿Y esas galletas? Cómo huele... Qué hambre me ha entrado de golpe.

—Las ha hecho Pau. Están deliciosas, pruébalas —le sugiere Dani.

Ana se mete una en la boca y se revuelve el pelo con una mano.

—Joder, están realmente buenas —dice—. ¿Y a ti qué te pasa? —le pregunta a su hermano.

—Que tengo un problemón —responde Liam desde el sofá y se pasa las manos por su cara abatido.

Nos cuenta que han robado en la bodega donde trabaja y se va acelerando conforme avanza con la historia.

—Entraron anoche y robaron dos botellas de vino. Ni dinero, ni nada más que dos botellas de vino. ¿Qué clase de borracho hace eso?

—¿Y cuál es el problema? No creo que robar vino sea el mayor de los delitos —pregunta Ana.

—Robaron un fondillón del museo con más de dos siglos de historia —responde Liam en tono mordaz.

Yo presto atención en silencio. Ana y Dani no dejan de echarse miraditas que no logro comprender, mientras el hermano sigue hablando furioso.

—Y ahora somos cuatro los que estamos en el punto de mira. A Carlo lo han descartado directamente y sin preguntar porque dicen que confían en él.

—¿Pero te están acusando de ladrón?

—Y se van a ir a la mierda. Voy a buscar trabajo en otra parte, no voy a permitir que duden de mí. Después de tantos años trabajando para ellos y que no hago más que mirar por la empresa. Que les jodan.

—¿Y no podría haber sido alguien externo a la empresa? —pregunta Ana.

Parece grave, si no, no estarían tan preocupados.

—La puerta no ha sido forzada y somos los únicos que tenemos las llaves, sin contar los jefes, claro está. Además, han desactivado la alarma manualmente. El operario de seguridad es el que más jodido está... tendría que haber estado en su puesto y obviamente no lo estaba. Así que directamente lo han mandado al paro.

—Joder... —dice Ana parpadeando dos veces y abriendo mucho los ojos.

—El pobre hombre asegura que había ido un momento al baño. Y aunque la empresa debería tener contratados a mínimo dos trabajadores para hacer el turno de noche, más si dices tener vinos de tan valor... Pero no, ellos se ahorran un sueldo y que el trabajador no pueda moverse de su puesto de trabajo ni un segundo, para luego culpar a los que menos lo merecen—bufa y agita la cabeza—. Me da mucha pena, tenía una familia a la que mantener.

Observo como engullen una galleta tras otra y dudo de si es por hambre o realmente les encanta tanto como dicen. De cincuenta quedan apenas tres.

—Seguro que cogen a los culpables —añade Dani.

—Eso espero.

—¿Y si los pillan? —pregunta Ana preocupada.

—Estamos hablando de un vino que tiene una carga histórica que se remonta a la Guerra de la Independencia. Se la encontraron en un barco hundido en perfecto estado de conservación y resulta que perteneció a la flota inglesa. Pagaron un dineral para que lo trajeran desde Tarragona y les costó años demostrar que el vino había pertenecido a su bodega.

Ha sido nombrar la Guerra de la Independencia y mis ojos se han agrandado como platos. Habla de mi época. Pongo atención a todo lo que dice y pienso si tendrá alguna conexión su historia con la mía y la de mi familia.

—Bueno. Yo voy a acostarme un ratillo —nos informa Dani antes de beberse media taza de café de un trago, enjuagarla y dejarla en el fregadero—. Espero que encuentren a los culpables.

Entonces sale disparado de la cocina y nos quedamos los tres.

Y vuelvo a escrutarlo, eso sí... sin que se me note. Por Dios... qué calores me están entrando sin quererlo ni beberlo. Ese cuerpo... ese cuerpo que tanto salen en mis sueños lujuriosos. Esas manos... esas manos que acarician toda mi piel. Esos ojos que se clavan en mí devorándome, pero que ahora parecen ignorarme.

—Ah, te iba a comentar, Paula se quedará con nosotros una temporada.

—¿Nueva compañera de piso? —ella asiente y él le increpa—. Pues ya puedes ir quitando todos los trastos de la habitación de los trastos.

Se acerca a la encimera y se pone un café de cápsulas. Conozco la cafetera después de la clase explicativa de Dani. Con su «*curso express de los electrodomésticos de una casa*» he aprendido mucho. Me fijo en sus brazos, en su manera de andar, en cómo le quedan esos pantalones que lleva puestos. Qué diferente es a los hombres de mi época. ¿Serán todos así? No, no quiero más hombres así. No creo que sea nada conveniente.

Y mi cabeza vuelve a rememorar el día que dormimos en casa de la bruja Tera, para ver si así llego a alguna conclusión que me pueda dar algo de luz.

¿Y si todo es culpa de la bruja?

No tiene ni pies ni cabeza

20 de junio de 1809.

—¿Estás bien, muchacha?

—Indignada, triste, furiosa; con un nudo en el pecho que me ahoga. Aunque creo que la mayoría de la población nos sentimos de igual modo, ¿no?

La mujer de aspecto desgarbado tendrá sobre los sesenta años. Quizá más. Estoy apoyada en un árbol con mi hermana durmiendo sobre mis piernas. Jeanne tiene a Julia de igual manera. La mujer nos mira con ternura, como si aún fuésemos niñas pequeñas a las que consolar. Como si todas fuésemos Julia.

Parece buena persona, aunque su fea dentadura destaca bastante con la ternura que me transmite. Le falta un par de dientes y los que le quedan están ennegrecidos. Su pelo es canoso y recogido en un moño, pero tiene unos ojos amables y castaños.

Percibo que ha sido una mujer luchadora, así como me siento yo. Porque lucho contantemente en contra de lo que siento, por guardarlos en mi corazón de hielo, porque intento nunca llorar por no preocupar a mi familia más de lo que ya están. La mujer se sienta a mi lado y me ofrece agua. Estoy sedienta y se lo agradezco de corazón, puesto que solo nos quedan dos botellas de vino para todo el camino de regreso.

Lo de traer tanto vino solo se le podría ocurrir a:

1º Un borracho.

2º Alguien tan apasionado a su trabajo como lo era mi padre.

—Gracias —le digo.

—Habéis sufrido mucho, ¿verdad?

—¿Y quién no sufre?

—Unos más que otros —responde secamente.

—Los que huyeron del país a tiempo están muy bien, pero para los que no es una opción y estamos aquí, sufrimos por igual.

De pronto sujeta mi mano, hago el ademán de apartarla, pero ella la aprieta con fuerza. Qué fuerza tiene la mujer. Y entonces me sorprende con un ramillete de flores diminutas. Es bonito y le agradezco el gesto, aunque tenga una forma extraña de ser. Quizá esté borracho.

—Los españoles quieren luchar por su país, por su patria y por Dios. ¿Tú no, muchacha? —me pregunta.

—Estoy cansada. Solo quiero que esto acabe.

—¿Has perdido la fe?

—Desde luego que no —contesto molesta. Aunque ciertamente me ha sorprendido que me haya calado tan bien. La anciana me mira con ternura como si yo fuese transparente y pudiese ver a través de mi alma. Sabe que miento, pues no sé mentir.

—Yo también la perdí, hace mucho tiempo.

Y sin darme cuenta comienzo a sincerarme con ella.

—Sí, dudo. Porque... ¿Qué clase de Dios nos manda estas pruebas? Y no hablo solo de mí. Hablo de toda la gente, las enfermedades, el dolor, la muerte, el hambre, el sufrimiento... ¿Qué

clase de Dios le gusta hacer sufrir a sus súbditos? Y que no me hablen de su voluntad porque me cabrea terriblemente. Si hubiese uno, sería benevolente, lo sé. Se supone que su hijo sufrió en la cruz y...

—Yo creo en un Dios, pero en uno diferente —me interrumpe.

—¿Es usted musulmana? —arquea una ceja.

—No. Soy bruja y española.

—Oh.

Me santiguo.

—¿No decías que habías perdido la fe?

—Por si acaso.

Se carcajea mostrando sus negros y dispersos dientes.

—Yo creo en las estrellas, el sol, la tierra, los planetas y el universo —me dice—. Creo en los elementos. El agua, la tierra, el fuego y el aire. Creo en la magia, en la blanca. Pero no se lo cuentas a nadie.

—Lo juro por el sol y por el universo —sonríe, cruzo los dedos y los beso.

Le cuento cómo hace tan solo dos días asesinaron a papá. La pérdida de mi marido y de mi hermano y como me siento al respecto. Necesito desahogarme. También le hablo del trayecto que hemos tenido que hacer para recoger a mi hermana embarazada y viuda. Ella nos ofrece su casa para cobijarnos esta noche y aunque no tendría por qué fiarme, no tengo más opciones. No quiero dormir en la calle a sabiendas que alguien podría encontrarnos y hacernos daño.

—Te pongo una condición —me dice.

Afirmo con un poco de temor.

—Me tienes que invitar a una de esas botellas que llevas encima.

—Sí, claro, tome. Es un fondillón. ¿Sabe? —se la entrego, pero no la coge.

—Quiero que nos la bebamos juntas esta noche. Quiero no sentirme sola, quiero beber, emborracharme, sentirme joven por una vez. Como verás, estoy vieja ya, no me encuentro muy bien y una última noche en compañía de alguien especial, bebiendo lo mismo que los nobles, me haría muy feliz.

Dudo, pues bebernos una botella entera, es de locos... Me han enseñado que ni es ético, ni correcto, a pesar de que me gustaría liberarme y hacer lo que me apeteciera. Al fin y al cabo, la vida son dos días y aunque haya un cielo o un infierno el tiempo aquí también importa. Así que sí, hoy me apetece. Quizá muramos mañana y nunca haya conocido lo que es beberse una botella de vino y pegarse una buena juerga. Asiento, despierto a mi hermana con suavidad y nos dirigimos a casa de la anciana. La ayudo a subir las escaleras hasta llegar a la habitación que nos ha cedido. Parece cómoda y silenciosa. Jeanne recuesta a la niña en la cama de al lado.

Llevo el arma entre las ligas porque, aunque parece una abuelita entrañable, es desconocida y no puedo fiarme al cien por cien de nadie. Alicia lleva un pequeñín en sus entrañas al que hay que proteger por encima de todo y con los nervios está muy cansada. Agradezco que al fin duerma.

Antes de ayer perdió el juicio. Gritaba, lloraba y se echaba la culpa de la muerte de papá. No dejaba de repetir que no debería habernos enviado la carta.

Ayer parecía más calmada, aunque no podía disimular la pena e íbamos sumidas en el silencio.

Hoy ha seguido igual, no ha dicho ni mu.

La anciana, Jeanne y yo nos ponemos a beber de esa botella de fondillón que es más fuerte de lo que pensábamos. A la cuarta copa ya no sé ni lo que decimos y ella no deja de contarnos anécdotas que hacen que no paremos de reír. Son risas amargas, porque el corazón duele. Tiene mucho mundo y ha vivido tantas cosas buenas como peores. Es una noche de locura y de

dolor. Jeanne también nos cuenta su historia y tras ello nos pide disculpas para irse a la cama. La entiendo, son días duros para todos. Nos da las buenas noches y sube a la habitación. Yo aún quiero quedarme un rato más. Estoy demasiado nerviosa como para irme a dormir.

Vuelvo a ponerme otra copa. Tera saca unas galletas de mantequilla que combinan a la perfección con el fondillón. Riquísimo.

—¿Sabe leer a su edad? —pregunto con curiosidad. No era habitual que una mujer leyese, menos que una anciana lo hiciese, y si lo hacían eran mujeres de la nobleza.

Yo sabía, pero porque papá quería concertarnos un buen matrimonio, así que nos puso un profesor particular, que por cierto, era muy bueno. A parte, yo siempre he sido curiosa y he aprendido por mi cuenta, eso también ha ayudado.

—Y escribir —responde después de tragar—. Sé que suena raro, pero aprendí por mí misma. Mi marido tenía una biblioteca y sin que nadie se enterara, ni siquiera él, cogía sus libros a escondidas y los devoraba.

—¿En qué trabajaba?

—¿Mi marido?

—Sí.

—Era noble.

Esa confesión me sorprende, pues nunca hubiese creído que esa anciana podría haber sido miembro de la nobleza, aunque tenga buen hablar.

—¿Entonces usted también lo es? —pregunto.

—Podría decirse, pero no. Yo no me considero como tal y cuando murió me quedé sin nada. Mis padres tampoco me dieron asilo, así que me fui al extranjero. India. Allí ayudé a muchas personas con mi don. Me fue muy bien, pero acabé volviendo cuando me enteré que mi madre estaba enferma y sola. Desde entonces vivo aquí, y gracias a una pequeña herencia que me dejó, sobrevivo.

—¿Ha estado sola todos estos años?

—Sí, pero una se acostumbra.

—A mí me queda mi madre y mi hermana.

—Y ámalas con todo tu corazón.

Asiento.

—Nuestras vidas no han sido de color de rosa, pero aquí seguimos, sobreviviendo. Y eso es lo que realmente importa.

Vuelvo a asentir porque tiene toda la razón del mundo.

—¿Sabe? Hoy se cumple el primer aniversario de la muerte de mi marido y antes de ayer falleció mi padre. No dejo de darle vueltas... puede que todo esto tenga algún significado.

—Esta noche es para mí como para vosotros la navidad. Hoy es el solsticio de verano y significa que es el momento en el que el sol alcanza su mayor esplendor. Las horas de luz al día alcanzan las mayores del año y por lo tanto es la noche más mágica. El sol nos permite la vida y la naturaleza nos da sus frutos. Realizamos ciertos rituales con el propósito de recrear la magia, de cruzar la puerta, de dar el salto de una realidad a otra. Este acontecimiento solar también se relaciona con la purificación, la prosperidad, la abundancia y la fecundidad. Que tu marido haya fallecido este día, solo significa que viajará a una realidad mejor que esta, su alma se salvará. Créeme cuando te digo que esta semana es especial.

—Ya... —respondo algo escéptica y añado: —. ¿Conoce el significado de los sueños?

—¿A qué te refieres muchacha?

—Últimamente tengo un sueño que se repite todas las noches...

—¿De qué trata?

Me quedo pensando, no sé si haré bien contándoselo, aunque si hay alguien que me pueda ayudar es ella.

—Siempre aparece un desconocido y en cada sueño pasa algo diferente con ese hombre. Mayormente son sueños obscenos, pero no llegamos a... —le hago una señal con la barbilla, porque no es ético ni moral decirlo en voz alta, siquiera pensarlo me da vergüenza. Ella sonrío, sabe a qué me refiero —. En un sueño me da un beso, en otro me hace manitas, incluso he soñado que nos casábamos. También he soñado que me perseguía...

—Cada sueño tiene un significado. Que sueñes que un hombre desconocido te persigue representa tus propios miedos, sentimientos de culpa o problemas a los que te enfrentas —pues ya está, todo aclarado. Tengo miedo, problemas y sentimientos de culpa. Tres en uno —. Pero visto que cada sueño es diferente —añade—. No sabría decirte un significado. ¿No hay nada que sea común en todos ellos?

—¿A qué se refiere?

—Un objeto o un lugar que se repita en cada uno de ellos...

—Mmm... no puedo ver su rostro, pero sí sus ojos azules intensos que me miran fijamente.

Tera levanta las cejas.

—Los ojos azules representan dos cosas: tu predisposición y tu necesidad de buscar la calma y la paz y la segunda y más importante, la llegada de una nueva relación amorosa.

Me rio tapándome la cara avergonzada. Dudo mucho que vaya a tener una nueva relación amorosa. Guardaré luto a Joaquín un largo periodo de tiempo, eso lo tengo claro.

—Pide un deseo hoy y se te cumplirá.

—Da igual —respondo y me apoyo en la mesa. Todo me da vueltas. Levanto la cabeza y bebo otro trago a la copa de vino.

—Hazlo.

Si fuese tan fácil...

—Hazme caso. Si lo pides con muchas fuerzas se cumplirá. Solo hace falta soñar.

Tera coloca la última botella de vino que me queda, cerrada, sobre un cuenco que contiene hierbas variadas.

—¿Qué hace?

—Necesito un objeto tuyo.

¿Una botella de vino?

—Podría darle cualquier otra cosa...

—Tiene que ser un fluido. También puedes escupir aquí si lo prefieres —señala el barreño.

Pongo cara de asco y arqueo una ceja.

—No, déjelo. Mejor hágalo con el vino...

Se le escapa una risilla y se concentra de nuevo. Comienza recitando dos frases en un idioma que no conozco. Da miedo. Hace un gesto con la mano para que pida mi deseo. ¿Qué puedo pedir?

Venga. Vamos a divertirnos.

—Quiero dejar esta época de guerra. Me gustaría ser feliz, tener paz y tranquilidad en mi vida. Mi predisposición —sonrío y añado: —. Quiero que mi hermana llegue a casa y supere el parto.

—Has pedido más de un deseo —sonrío con confianza.

—Se concentra en uno solo —refunfuño y levanto mi dedo índice—. Ah, y lo siento por usted, pero voy a pedir algo más...

—Esto ya es exceso de confianza —bromea conmigo.

—Total, no se va a cumplir... —levanto los hombros—. Deseo que Alicia tenga tres hijos, sí,

tres. Me cabrea que pueda tener hijos y yo no, así que le deseo muchos bebés para yo convertirme en la mejor tía del mundo. Y también quiero conocer a ese hombre guapísimo de ojos azules, el de mis sueños, así pueda verle la cara y tener pensamientos impuros, ya sabe, para pecar por dentro sin que nadie lo sepa.

Y ambas no dejamos de reír en medio de tal borrachera...

¿No quería caldo?... ¡Pues toma tres tazas!

Sentado en la silla, gira la cucharilla con parsimonia, mientras regreso de mi ensimismamiento y me quedo mirándolo algo atontada sin comprender nada de lo que está sucediendo. Caray, no podría negar que es él... pero no creo que Tera tenga algo que ver, no tendría ningún sentido. ¿O sí?

—Dormirá conmigo —dice Ana.

Ambos se dirigen una mirada inquieta, que al mismo tiempo desafiante.

—No...—exclama y agita la cabeza con fuerza—. No me digas que es una de esas cosas raras que a veces haces.

—No sé a qué te refieres.

—¿Vas a meternos a otra pobretona en casa?

¿Pobretona? ¿Se está refiriendo a mí?

—No es una pobretona.

—Ah, ¿no?

¿Pero este hombre no tiene educación? Estoy aquí, eh, no soy invisible y tengo sentimientos. Y de pobretona nada que mis padres tienen tierras y...

—Oye perdone, pero no soy ninguna pobretona —interrumpo, pero él me ignora puesto que sigue concentrado en ella.

—Necesita mi ayuda y voy a estar para lo que necesite.

—Estoy harto de que vayas metiendo a gentuza en casa con el pretexto de que te necesitan.

Ese ser miserable me está llamando pobretona y gentuza en mi cara. ¿Cómo es tan ruin? Ya no me parece tan majo, porque para qué sirve la guapura si luego es un imbécil.

—No es gentuza. Es una persona con problemas personales.

—Pues llama a la policía como las personas normales. Te recuerdo lo que te hizo el tal Richi.

—Era drogadicto. No fue su culpa, fue culpa de la enfermedad. Y te recuerdo que acabó suicidándose y no se difaman a los muertos —gruñe malhumorada.

—Yo también... —entonces me mira y se calla. A saber qué clase de acusación me iba a dirigir...

—Mi intención no es molestar. Enseguida cojo mis pertenencias y me marchó.

—No, tú no te vas —brama Ana muy furiosa—. Es mi casa al igual que la suya. Así que cuento con la mitad de la opinión.

—¿Entonces mi opinión no cuenta?

Él tiene los puños apretados sobre la mesa y se le ven los nudillos tan blancos como la leche. Pero ella está aún más furiosa que él. Tiene las mejillas rojas de la rabia y se miran fijamente con la mandíbula apretada.

—Pues no, cuando tú metes en casa a cada polvo que te echas y no vas a decirme que son mujeres de confianza —se le escapa una risa amarga.

—¿A quién he traído aquí a parte de Aya? Eh, venga, dime.

—Sí, la gilipollas esa de Soraya, que la tiraría por un puto puente y seguro que aun así sobreviviría la mala bicha.

—Oye, no te pases.

—¿¿Qué no me pase yo??

No entiendo cómo han llegado a este punto por mí. Me voy. Ya veré donde duermo. Intento mediar entre los dos y calmar los ánimos, pero lo único que consigo es que vuelvan a mandarme callar. Y yo que me siento vulnerable, perdida y muy asustada y eso que he lidiado con una guerra, con hambre y enfermedades, con la pérdida de muchos de mis familiares, con hombres armados y violadores e incluso con los asesinos de mi padre y de mi marido, pero ahí me movía sentimientos de odio y lucha, ahora no sé a qué atenerme.

No conozco el motivo de mi viaje, ni qué debo hacer, ni cuánto tiempo estaré aquí. Me siento frustrada e impotente y esa sensación de angustia que sientes cuando no puedes más, cuando todo te supera. Las lágrimas corren por mi cara sin poderlo evitar. Estoy harta de aguantar mis sentimientos y hacerme la dura cuando ya no puedo soportar una carga más. Corro hacia el baño furiosa, no sé dónde meterme, así que me decido por la bañera. Un espacio tan pequeño creo que me dará la calma que necesito. Me acurruco en ella, mientras sigo escuchando gritos.

—La has hecho llorar.

—Lágrimas de cocodrilo.

—Eres un puto insensible.

Escucho el taconeo de sus zapatos y sé de inmediato que viene en mi busca.

Estoy agazapada dentro de la bañera con el rostro entre mis piernas flexionadas. Siento un miedo distinto al de siempre, es como un miedo a lo desconocido, como si estuviese en medio del mar con una barca y tuviera que elegir el camino de regreso, en un mar igual de inmenso. ¿Qué dirección elegir si ni siquiera tengo brújula? Ana mete la mano en mi pelo y me sorprende con palabras alentadoras.

—Voy a estar contigo, pase lo que pase. Por mi hermano no te preocupes, aunque es un poco gilipollas, es buena persona y se le pasará. Está disgustado y bueno, se preocupa por mí.

—No es por él.

—¿Entonces?

—No sé lo que voy a hacer ni cuánto tiempo me quedaré aquí. ¿Y si mi viaje es indefinido? No me voy a quedar en tu casa por siempre. Estoy sola y tampoco podría aportar dinero. ¿En qué podría trabajar? —me aprieto las sienes—. ¿Qué podría aportar a esta sociedad?

—No te preocupes, saldremos de esta. Dani también te apoya.

—Y no dejo de pensar en mi hermana y las mujeres. Se quedaron solas, en zona conflictiva y tan lejos de casa y no sé si lograron llegar sanas y salvas.

—Lo averiguaremos. Solo quiero que no te preocupes por mi hermano, ignóralo y por favor, no le cuentes que vienes del pasado. No te creará y te tachará de loca. Tu marido falleció el año pasado y te has quedado sola. Tu familia vive en EEUU, ¿vale?

Más o menos la verdad. La única diferencia entre los dos relatos es que mi familia está en el pasado y no en los Estados Unidos.

—¿Y lo demás?

—Adáptalo a esta época. Ah, y eres cajera de supermercado en paro.

—¿Y eso qué significa?

Pone los ojos en blanco y sonrío con ternura.

—Dependiente en una tienda de comestibles, pero te has quedado sin trabajo.



Hoy sábado por la tarde, Ana y Dani trabajan. Dani en una tienda de prendas de vestir llamada Zara y Ana de *podóloga*. Estaba muy cabreada. Le han llamado a última hora para sustituir a una compañera y ha tenido que cancelar su intención de ocio. Lo que ha avanzado la vida en doscientos años... es un poco extraño que haya que estudiar para desempeñar cualquier oficio, incluso para acicalar pies, pero estoy orgullosa de que las mujeres puedan cultivarse y trabajar al igual que un hombre. Son independientes, pueden vivir sin un esposo, tienen voz y voto en la política y aunque eso les quite importancia a mis habilidades estoy contenta de que así sea. Pero mi mayor sorpresa ha sido al enterarme que Liam trabaja en la misma bodega que fundó mi padre hace más de dos siglos. Sigue en pie y eso es un honor para mí.

Resumiré... Mientras terminábamos de comer algo rápido (yo sin abrir la boca, no fuese a ser que me volviese a atacar como un toro bravo y encabritado), los hermanos seguían discutiendo acerca del tema del robo en la bodega. Entre unas cosas y otras, Liam ha llamado al negocio como:

Asociación de viñedos de Gadea y González.

Conclusiones:

1. La empresa tiene mi mismo apellido.
2. Se hizo una cooperativa con el apellido González, el apellido de mi cuñado fallecido.
3. Fui tan insistente con mis preguntas (que después les hice a Ana), que no cabe duda de que es la empresa de mi padre.
4. No logro encajar una relación entre todo esto. ¿Por qué existe una asociación entre los dos difuntos?
5. Y si mi padre murió... ¿Quién manejó la bodega entonces? Hay dos opciones: los hijos de mi hermana o la bodega fue comprada por «alguien». ¿Por mi cuñado?

Si Alicia sobrevivió y tuvo el bebé, pasaría al menos doce años para que siguiese el legado de la familia. Mi madre y Alicia no parecían muy implicadas en la viticultura, así que no sé quién la manejaría hasta entonces. Me gustaría preguntarle al hermano de Ana, pero como no me quiere ni ver, no sé si encontraré el momento. Lo que si tengo claro es que mi viaje ha de significar algo. Demasiadas coincidencias juntas.

Encerrada en la habitación y recostada en la cama no dejo de darle vueltas a todo el asunto y creo que mi cabeza va a explotar, porque para mi disgusto el hermano está en la casa. Estamos solos y no quiero cruzarme con él. No hemos comenzado con buen pie, no me dirige la palabra y ni siquiera me mira y sé que como vea a ese cretino y se dirija a mí con alguna ofensa, no me voy a poder contener.

Si en el fondo entiendo sus motivos, pero podría mantener la boca cerrada, al menos delante de mí y que me critique por la espalda, como suele hacer la gente normal. Sé que soy una total desconocida para él, puede que incluso una asesina, que sin embargo lo soy, pero eso no le da ningún derecho a tratarme tan mal.

Porque sí... maté al asesino de mi marido conocido como el albino. También acabamos con los de mi padre cuando intentaron abusar de mi hermana. Y a los soldados que ayer nos persiguieron,

le hubiese dado el mismo final si hubiese portado el arma encima. Pero es justo, ¿no? No me arrepiento, y es más, lo volvería a hacer, porque yo solo me defendí. Soy una criminal, pero a la fuerza.

Me recuesto en la cama y sigo leyendo el libro que me ha dejado Ana. Es de cuando iba a la escuela y su lectura es muy interesante. Qué decepción con Fernando VII. Yo creí que iba a ser bueno para el país y resulta que fue peor. Chasqueo los dientes y lo cierro.

Si es que no aguanto más y necesito hacer pis. Llevo aguantándome un rato, y creo que como no vaya ya, voy a explotar. El orinal, propiamente dicho, ya no existe o por lo menos no he visto ninguno en esta casa y tengo que ir a la letrina a hacer mis necesidades. Y aunque es un invento muy higiénico, ahora mismo estoy vendida. Me levanto de la cama y pongo el oído al ras de la puerta. No escucho nada, supongo que el hermano estará encerrado en su habitación. Si salgo con delicadeza quizá ni se entere.

Abro la puerta con cuidado y asomo la cabeza por el hueco que he dejado. Miro a la izquierda. No hay nadie. No escucho nada. Me giro para mirar a la derecha del pasillo y una figura grande me sorprender observándome con los brazos en jarras. Su mirada es intensa y el susto que me pego es gigantesco, tanto que creo que mis gritos se han oído desde Francia.

—¿Qué buscas? —me pregunta sin apartar los ojos de mí.

No contesto y me encierro de nuevo en la habitación, dándole con la puerta en los morros. Qué cretino y qué poco tacto. Y no entiendo por qué ejerce este poder en mí, pero su presencia me intimida.

Golpea sutilmente la puerta y sin esperar contestación abre.

Será maleducado.

Me mira fijamente, haciéndome sentir cohibida. Clavo los ojos con timidez en el suelo y noto como el rubor empañan mis mejillas. Es del susto seguro. Y bueno... supongo que también tendrá que ver el hecho de haberlo visto semi desnudo en mis sueños poseyéndome como un lobo en celo.

—¿Por qué vas a hurtadillas? —pregunta y mis ojos titubeantes se dirigen a los suyos. No contesto y añado: —. Si pretendes robarnos te va a ser complicado porque casi siempre hay alguien en casa.

¿Robarles...? Me deja completamente anonadada, y ya mi ira quebranta mi timidez, mi cabreo puede a mi rubor y me puede el malhumor.

—¿Se puede saber qué tiene en mi contra? Intento evitarle para así no molestarle, pero aun así me odia y no le he hecho nada para que me trate de ese modo.

Lo miro directamente a los ojos y él lo hace de igual modo. Mantenemos la mirada durante unos segundos, unos segundos que se me hacen eternos y que me ponen más nerviosa aún. Pero a cabezota no me gana nadie.

—Mire señor, me iré lo antes posible y no tendrá que volver a ver «gentuza» de mi calaña. Mientras tanto ignóreme, haga como si no existiera. Yo no pienso dirigirle la palabra. Parece fácil, ¿no?

—¿Así que intentas evitarme?

¿Pero a este hombre qué le sucede?

—Claro que intento evitarle. El trato que me dirige no es justo por su parte y estoy de acuerdo en que estoy en su casa, pero podría ser más hospitalario, ¿no cree?

—No es nada personal. No me fio de ti, como no me fio de ninguna de las personas que ha traído mi hermanita. Y mira por donde siempre he acabado por tener la razón.

—No le pienso robar. Le juro por Dios que no soy ninguna ladrona. Además, ¿quién haría algo

así después de ofrecerle su propia casa?

Me observa con los ojos entrecerrados. Me está analizando el muy canalla.

—Ni soy gentuza, ni nada de lo que dijo ayer —vuelvo a repetir.

Si cree que su mirada directa me intimida, que siga soñando.

—¿Y tu familia?

—Tampoco lo es.

Arquea una ceja y suelta una breve risotada.

—Me refería a... ¿dónde están?

—En los Estados Unidos —respondo nerviosa.

—¿Y por qué estás aquí?

—Vine por amor. Después mi marido falleció y aún no he podido regresar con ellos.

Dios mío, ayúdame. Sé que he dudado de ti, pero después de todo, ya no sé ni en qué creo.

—Mientes.

¿Cóooooo?

—¡No miento!

—Desde luego que mientes. No paras de tocarte el pelo, te tiembla la voz y la vena de la garganta parece que se te va a salir del cuello —hace una pausa—. Y ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos. Mientes y muy mal, por cierto —hace otra pausa—. O eso, o es que te gusto...

¿Qué... qué?

—¿Cómo puede ser tan engreído? —le pregunto con un hilo de voz aguda. Él sigue callado—. ¿Cómo me va a gustar con el comportamiento tan idiota que está teniendo conmigo?

—Pues descartando esa opción, solo queda la otra. Mientes.

Vale, lo reconozco, soy malísima mintiendo. De pequeña me escondía y mis hermanos mentían por mí. Mis padres lo sabían y siempre me buscaban para sonsacarme información. Al final acabábamos castigados porque cantaba todo y de carrerilla.

—¡Es verdad! —intento ser firme en mis palabras, pero me sale un gallo, el gallo de la mentira. Me aclaro la garganta y añado—. Mi marido falleció y puede creerlo o no, pero es la verdad.

—¿De qué falleció?

Podría contestar que de una enfermedad, pero no quería darle motivos para que me odiase más por mala mentirosa. Así que diré la verdad, omitiendo que vengo del pasado, claro está.

—¿Vas a contestar?

Exhalo por la boca y me armo de valor para responder:

—Lo mataron.

Liam atónito, dulcifica su tono de voz.

—¿Accidente de coche?

—Lo fusilaron.

Percibo como su cuerpo se tensa, abre los ojos y despega los labios. Enmudece. Parece meditar lo que va a decir para al final soltar un:

—Venga va.

Asiento con pesar.

—¿En los Estados Unidos?

—En Zaragoza.

—¿En Zaragoza? ¿Le dispararon? ¿Un barrio chungo?

Me encojo de hombros y él se queda perplejo. No quiero hablar del tema. Todo ha sucedido en apenas un año y a mí me parece tan lejano, porque han pasado tantas cosas desde entonces. Mis

ojos se humedecen al recordar, la melancolía, el dolor de la pérdida, el temor a no saber qué hacer. Parece que me va a hacer más preguntas, pero me observa, se calla y me dice:

—¿Vienes a la cocina? He comprado churros.

—Necesito ir al... —señalo el baño.

—¿Y después?

Nunca es tarde si la dicha es buena

En mi época no había casi hombres altos, quizá los nórdicos. En cambio, ahora tienen más altura. Dicen que es por la alimentación y quizá sea cierto. Ahora comen mucho de todo y en mi época faltaba mucho de todo. Mi marido no era bajo para su época, pero sí para la de ahora. Me ofrece una taza de chocolate y pone el cartucho de churros sobre la mesa. Me siento frente a él con una vergüenza que me muero y muerdo uno empapado en chocolate. Madre mía, qué buenos.

—Así que has ido a las ocho de la tarde a comprar churros... —digo mirando el reloj de pared. Las ocho y cuarto.

—He ido a correr y he visto una churrería ambulante. Me he acordado de ti y los he comprado.

—¿De mí? —pregunto desconcertada.

—Antes le has dicho a Dani que te encantaba el chocolate a la taza. Me gustaría que comenzáramos de cero, arreglar las cosas entre nosotros, ya que, al fin y al cabo, vamos a ser compañeros de piso.

Me parece perfecto. Aprovecho que está de buen humor para preguntarle sobre su trabajo. Es el momento de averiguar un poco sobre mi familia. Comenzaré con preguntas acerca de él y ya desde ese punto las encaminaré hasta lo que realmente me interesa saber.

—He visto que tienes premios.

—Sí, bueno... soy metódico en lo que hago. También me gusta mi trabajo, aunque no tanto donde trabajo.

—¿Y eso?

—Mi antiguo jefe se jubiló y ahora está su hijo al cargo, un auténtico cretino.

Sonrío. No sé si tendré algún parentesco con ese tal cretino. Le pregunto qué hace falta para trabajar allí.

—Esto parece una entrevista —sonríe y hace una pausa—. Según el puesto. Para el mío estudios.

—¿Has tenido que estudiar para trabajar en una bodega? —me sorprende y me sorprende todavía más cuando me dice que cuatro años, más los viajes al extranjero. Pues no lo entiendo.

—Lo que yo hago es más difícil de lo que parece. Todo el mundo piensa que solo es catar vinos y experiencia, pero yo soy el responsable de mi turno, controlo la elaboración y la preparación de los vinos a embotellar, llevo el laboratorio y organizo los trabajos de bodega, hago la trazabilidad y además doy charlas y catas. Según para lo que me necesiten. Multiusos —se encoje de hombros.

—No, si no lo infravaloro. Solo que no creo que haga falta estudiar para saber de vinos.

—¿Eso crees?

Parece que le he hecho gracia porque veo como agacha la cabeza y le asoma el vestigio de una sonrisa. ¿En serio? Vuelve a mirarme y me pregunta:

—¿Qué sabes tú de vinos?

Parece relajado. Yo levanto los hombros y hago una mueca.

Pues muchísimo, pero no se lo puedo decir, no quiero delatarme tan pronto. Muerdo un trozo del segundo churro que he bañado en chocolate, con mucho chocolate y respondo cualquier pamplina que se me pasa por la cabeza.

—Que el fondillón está muy bueno, aunque menos que el chocolate este.

Se me queda mirando, parpadea tres veces y vuelve a mirarme, como si no diese crédito a algo que solo él está acabando de comprender. Se levanta, se acerca, me quita el churro de la mano, lo mete en el vaso de papel y lo tira a la basura con cierta agresividad. Pero... ¿está loco? ¿Qué le pasa a este hombre? Pues sí que ha durado poco su buen humor.

—¡Has sido tú!

—¿Qué he sido yo qué?

Se dirige en grandes zancadas a la habitación de Ana, yo le sigo desconcertada y herida. Abre los armarios, los cajones, mira debajo de la cama y entonces se queda observando una maleta en lo alto del armario. Sin subirse a ninguna silla, se pone de puntillas y como es tan alto, le da alcance y la baja. Dentro hay una botella de vino. Él me mira blanco y atónito. Lo primero que hace es acusarme de ladrona. ¿De ladrona de qué? ¿De vino? Lo segundo llamarme loca. Y lo tercero dirigirme toda clase de acusaciones e insultos hirientes que se le ocurren. ¿Pero está mal de la cabeza o qué le pasa? Si quiere que me vaya, me iré.

Escucho como Ana entra en casa. Mejor la espero en la habitación, además necesito que me ayude a atar las cintas de mi espalda, porque yo no llego. Me he cambiado de ropa y me he puesto mi vestido de luto, ya que no tengo más que ponerme. Eso sí, limpio y seco. Eso de la lavadora y secadora es otro gran invento.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta echando un vistazo a la escena.

—Me voy.

Liam entra en la habitación, está de muy mal genio y se dirige a la hermana para decirle:

—Tu dichosa inquilina fue quien robó el vino bicentenario del museo. Así que, o se marcha o llamo a la policía y ha optado por lo primero, como buena cobarde y ladrona que es.

Yo me defiendo, él me dice de todo, yo le contesto más. No voy a callarme sin defenderme. Me voy, pero con la cabeza bien alta. Porque me podrán acusar de lo que quieran, pero nunca de ladrona. Pasé hambre cuando mi marido murió en el primer asedio de Zaragoza y jamás robé. Cuando regresamos a por mi hermana, pasamos mucha sed y tampoco lo hice. Solo he robado armas. ¿Y a quién? A unos muertos que ya no las necesitaban. ¿Para qué iba a robar vino? Es completamente descabellado e insólito.

—¿Y se puede saber por qué vas disfrazada de la familia Adams? —pregunta el hermano gruñón.

—¿De quién? —pero no contesta y llego a la conclusión de que no puede ser nada bueno. No puede haber nada bueno en sus palabras— No sé a quién te refieres, pero no es de tu incumbencia.

Desagradable. Engreído. Estúpido.

—Venga, fuera de aquí.

Ambos nos miramos a los ojos con la furia reflejada en nuestras pupilas. Nunca nadie me había puesto de tan malhumor con tan solo palabras. Él sigue mirándome con rabia y yo lo miro con más rabia aún. A caras no me gana nadie y si me acusan injustamente no pienso agachar la cabeza y ponerte la otra mejilla para que la apalees. No voy a darte el gusto.

—Fui yo —creo escuchar a Ana como en un susurro.

—¿Cómo?

—Que fui yo —levanta la voz—. Ella no tiene nada que ver, ni siquiera sabía nada, porque fue

antes de que la conociéramos.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. Lo siento Liam. Me equivoqué y me llevé las llaves de tu trabajo. Las vi en mi bolso cuando íbamos totalmente borrachos y se me ocurrió la locura de robar algunas botellas para seguir con la juerga.

—¿Pero tú eres gilipollas? Pero tú... —agita la cabeza con incredulidad y añade: —. ¿Y quiénes «ibais borrachos»?

—Dani y yo. Pero él no tiene nada que ver, él no quería. Lo convencí.

—¿Y cómo cojones sabías la contraseña?

—Una vez me dijiste lo inútil que era tu jefe al poner como contraseña la fecha de nacimiento de su hija. Solo tuve que buscar en Facebook.

Los dos comienzan a discutir. Ella al principio parece avergonzada, pero la discusión se va acalorando. Ella le reprocha, él le reprocha más. Liam acaba sentenciando que se marcha de la casa.

—No, por favor. Quédate. Lo siento mucho.

—Estoy aquí por ti, por exigencia tuya. Pero tú me tratas como si yo fuese un irresponsable que no sabe qué hace con su vida cuando tú eres peor. Tienes menos cabeza que yo, e intentas hacerme creer lo contrario.

—Mira no me hagas hablar —le recrimina ella.

¿De qué hablan?

—Solo he robado dos botellas; una de fondillón y otra de Sauvignon. No creo que sea para tanto.

—La de fondillón tiene doscientos años de historia... —dice furioso—. Se la encontraron en un buque hundido y llevaba bajo el mar desde la Guerra de la Independencia. Era un tesoro y tú lo has echado a perder.

¿Cómo? ¿Cómo? Me caigo de bruces en la cama y me echo las manos a la cara desconcertada. ¿No hablarán de mi vino?

Antes han hablado sobre un vino bicentenario, pero en ese momento...

1. Estaba consternada porque acababa de conocer al hombre que veía en sueños.
2. No sabía aún que trabajaba en la misma bodega que fue de mi familia.
3. No pensé que Ana fuese capaz de robar en el trabajo de su hermano.
4. Y por lo tanto no vinculé los hechos...

Ahora está claro que tiene relación con toda esta historia rara e inverosímil.

Pero antes de darme cuenta y poder decir nada, Liam ha salido escopeteado de la casa y se ha llevado la botella consigo. Voy corriendo para ver si logro alcanzarlo, pero no lo hago. Lo veo salir del garaje con el carruaje a toda deprisa. Grito, pero:

O no me escucha. O me ignora.

Maldita sea, estoy segura que si es el vino de mi padre, al que Tera le practicó la magia blanca, es la vía de vuelta hacia mi tiempo y hacia mi casa.

No es que esté segura de que sea el mismo vino, quizá solo sea coincidencia... pero llevaba esa botella en mi caballo cuando los dos soldados franceses me siguieron. Tomás se quedó solo, con mis pertenencias, cuando lo perdí de vista. ¿Podría haber llegado ese vino hasta manos

inglesas? ¿Ni más ni menos que hasta Tarragona? Pertenece a la bodega de mi padre. ¿Qué es eso si no una señal? Un fondillón es un vino bastante apetecible. La botella no había sido abierta, estaba hermética. Seguramente quien la viese se la llevaría consigo...

—¿Dónde ha ido?

—Ni idea —se sorbe la nariz con un pañuelo y después se seca las lágrimas.

No pienso irme de esta casa sin la botella de vino. Le pido que lo llame por *móvil*, pero no hay manera de localizarlo. Según ella, *cuelga la llamada*. Así que me quedo plantada en la puerta esperando a que venga. Una hora, dos horas... la preocupación se apodera de mí, pero soy muy cabezota, así que sigo plantada en el mismo lugar. «Ya vendrá», me dice ella.

—Es muy importante. Creo que ese vino tiene algo que ver con mi viaje en el tiempo. Una bruja le practicó un hechizo y me dijo que era la puerta entre dos realidades. Una de las dos botellas nos la bebimos, pero la otra la perdí... no tiene sentido, pero nada lo tiene.

Liam se digna a aparecer después de tan larga espera. Parece más calmado, pero yo no lo estoy.

«Quiero mi vino, necesito mi vino».

—Lo he tirado.

¿Cómo que lo ha tirado?

—¿Dónde?

—En un principio pensé en denunciarla, pero no fui capaz, es mi hermana. Al ser un patrimonio histórico, le podría caer cárcel. Así que me fui al barrio más alejado y lo tiré a la basura.

—No... no me lo puedo creer.

—Eso sí, espero que sea la última vez que me lie una así, de lo contrario no volveré a convertirme en su cómplice.

Le pido, o más bien suplico que me lleve a recuperarlo. Solo necesito el contenido. Lo de fuera, no.

—Pero que es vino y viejo. Vale, puede que esté bueno, pero ya está. Yo si quieres te saco un buen vino, incluso mejor que ese. Un vino que no nos lleve a la cárcel.

—Necesito ese vino. Es mi única oportunidad—exclamo.

Él me ignora y pone los ojos en blanco. Tiene la intención de marcharse a su habitación, pero yo lo cojo por el cuello y lo arrastro hasta la pared. Mis dos manos sujetan su cuello. Me mira incrédulo y yo tengo los ojos abiertos como una loca. Que no jueguen conmigo cuando tengo tanto que perder, porque haré todo lo que esté en mis manos para salir de este embrollo.

—¡Llévame donde has tirado la maldita botella!

Me mira petrificado, se suelta y se coloca la camiseta bien.

—Cómo nos pillen, te echaré la culpa. Yo me niego a ir a la cárcel por algo en lo que no tengo nada que ver.

—¿Te crees que me importa?



Vamos en coche. Llevo un envase para traspasar el vino, porque dice que es peligroso llevar la botella encima. Cuando llegamos, me dice que está dentro del contenedor de basura. Me he cambiado rápidamente el vestido de luto por un pantalón y una camiseta que he encontrado por la habitación, así que voy cómoda para rebuscar donde haga falta.

Él gruñe cuando ve mis intenciones de meterme dentro del contenedor.

—Yo me voy de aquí.

—Tú no te vas a ninguna parte. Te quedas sujetando la compuerta.

—Ni de coña.

—No la hubieses tirado. Ahora me ayudas a recuperarla.

—Pero... ¿Para qué la quieres? Sigo sin entenderlo —agita la cabeza.

No le contesto. Es que no sé qué responderle. Hace una mueca de fastidio y frunce el ceño. No entiende nada y dice que estoy loca no, lo siguiente. Una vez dentro, busco y rebusco. Huele un poco mal, pero nada que no pueda soportar.

En mi época, había muchas zonas de la ciudad que olían peor y lo podíamos aguantar. Hoy en día son unos presumidos y unos blandos. Necesito iluminación. Necesito electricidad. Y para las cosas importantes no lo hay.

—¿Te alumbro con mi móvil? —pregunta.

—¿Se puede hacer eso y no has sido capaz de decírmelo?

—Y yo que sé... Lo normal es que lo sepas. ¿Tú no tienes móvil o qué?

Me lo presta encendido y yo alumbro a lo largo del cubo. La veo, vale, perfecto. Ahí está. Me dirijo entre la basura hasta que logro alcanzarla, la cojo y la aprieto contra mi pecho.

Gracias Dios por haberla encontrado.

Para salir necesito su ayuda, en un principio no quiere ofrecérmela y yo me ofusco. Que le da asco, dice el muy pisaverde.

—Pues déjame y vete. Ya me las apañaré sola.

Refunfuña, susurra centenar de cosas que no entiendo, hasta que me sujeta por las axilas y sin esfuerzo me saca. Después se frota las manos y se las huele.

—Qué asco por Dios.

Vamos en el coche y ha abierto las cuatro ventanas en vez de poner el aire frío que sale de entre las rendijas. Me parece una actitud algo exagerada, pues tampoco me he revolcado en la basura. Llevo la botella con el vino que he traspasado y la tengo abrazada como si fuese un tesoro. No sé lo que tengo que hacer ahora. ¿Bebérmela?

Liam me dirige miradas de reojo que no me gustan un pelo. Malditos sueños... maldita sea sus ojos. Maldita sea que sea tan, pero que tan engreído, al mismo tiempo que guapo.

—Subo a la casa, cojo mi ropa y me marchó.

—¿Dónde?

—No lo sé. Me las apañaré, cómo siempre he hecho.

Me mira con un gesto impertérrito. ¿En qué estará pensando?

—Dúchate antes al menos.

Asiento, me meto en el baño sin despegarme del vino, me baño con agua fría y vuelvo a ponerme mi vestido de luto. Sujeto la botella y me dirijo hacia la puerta principal y ahí está él, con su imperioso cuerpo impidiendo que nadie pase como si fuese un soldado romano. Digo romano, porque en mi época no había esos cuerpos esculturales. Creo que quiere impedir que me vaya, no estoy segura.

—¿Qué sucede? —pregunto—. ¿Me vas a registrar?

Le entrego la bolsa para que haga lo que quiera con ella. Solo quiero que me deje en paz.

—Busca lo que quieras. No tengo nada que ocultar.

—¿Por qué vas así vestida?

—Tu hermana me encontró después de salir de una obra de teatro —le digo a modo de excusa—. No tengo más ropa a mano —añado.

Cuando Ana me encontró, me preguntó si venía del teatro y en estos momentos es la única excusa que se me ha ocurrido. Pero claro, está el problema de que no sé mentir y seguramente me vuelva a llamar mentirosa. Aun así, me voy a ir de la casa en cuestión de segundos, así que no me

importan sus acusaciones, no lo veré más.

—Siento haberte tratado mal. Quiero que te quedes.

Y si me parece guapo siendo un imbécil, cuando pide disculpas gana aún más.

El que busca encuentra

Aunque se dirigen alguna que otra palabra, siguen tirantes y acaban yéndose cada uno por su lado sin haberlo arreglado de verdad. Él seguía con la idea de marcharse de la casa, pero Ana le ha convencido para que se tome un tiempo para pensar. Menudos delincuentes son.

Esta noche me quedo sola. Liam tiene una cena de trabajo, así que, por suerte, no lo veré. Demasiada tentación junta. Demasiado hombre para mí. Dani y Ana han salido y aunque me han invitado a ir con ellos no me apetecía y a regañadientes han aceptado dejarme sola en casa. Y yo agradezco tanto un rato de soledad...

Después de cenar enciendo el ordenador para indagar un poco por *Internet*. Observo el cuaderno de apuntes que me ha hecho Ana. No parece difícil, un poco frustrante, pero creo que puedo lograrlo.

Abrir *Google*.

Aquí. *Clicar* dos veces con el botón izquierdo del *ratón*.

«La verdad es que se parece a un ratón».

Bien.

¿Qué puedo buscar?

Sobre los franceses, sobre la destilería...

Para cada búsqueda tardo media hora. Es difícil encontrar las letras exactas entre tanto botón diminuto. Ya podrían estar ordenadas como el abecedario. Al final consigo algo y rebusco entre las páginas de ese algo. Me concentro en el texto, en lo que tiene que contarme. Voy tomando apuntes de lo que creo importante y después busco acerca de mi hermana. Si he encontrado tanta información, quizá haya algo que me pueda dar alguna pista de Alicia. Necesito saber que fue de ella y con lo terca que soy tarde o temprano lo averiguaré.

Aunque no salen nombres, dice que mi hermana se volvió a casar y tanto ella como su marido siguieron con el legado hasta la mayoría de edad de su primogénito varón. Eso quiere decir que mi hermana sobrevivió y que su hijo fue quien hizo posible que la viña de mi padre siguiese adelante. La alegría me invade y doy gracias por la buena noticia que este aparato del futuro me ha ofrecido. Por fin una buena noticia. Por fin puedo relajarme.

¿Entonces tuvo un niño varón? ¿O fue de su segundo matrimonio? Qué más da... están bien y es lo que importa. sonrío. Busco más, pero no encuentro nada relevante.

Me fijo en la imagen que la representa. Asociación vinícola Gadea y González. Dos ges unidas por lo que parece un anillo, todo en color marrón y granate. Es bonito.

Bueno, me concentro en lo que tengo, que creo suficiente. Mi hermana sobrevivió y pudo regresar a casa por ella misma, e incluso parece que se casa y que tiene más hijos... me relajo y sonrío al fin.

También encuentro numerosas imágenes del edificio, tanto del exterior como del interior. Sobre todo, hay muchísimas de un restaurante y de una sala de eventos. Eso pone, sala de eventos. Esto

de *Internet* es realmente increíble. Dichoso invento.

Sigo pasando fotos y me sorprende lo inmensa que es. A parte de lo mencionado, tiene varias bodegas, museos y algunos jardines tan espectaculares que podrían ser dignos de un duque. Vaya... No tiene nada que ver con lo que fundó mi padre. Tiene viñedos en varias regiones de España, incluido en Aragón.

Asociación de viñedos Gadea y González. Me encanta volverlo a leer.

También leo que la bodega de Zaragoza no cerró cuando el marido de mi hermana falleció. Siguió llevándola Pepe González. Mmmm... el único hermano de mi cuñado. Veinte años después falleció sin descendencia y acabó dirigiéndola otro hijo de mi hermana. Pero tampoco sale más información que eso. Caray.

Lo importante es que Alicia llegó a casa y que tuvo varios hijos o eso parece. Misterio resuelto. Entonces hubo alguien que pudo llevar los viñedos adelante. Pero recordar a mi madre... pobre mujer. El disgusto que se llevaría al enterarse de que mi padre había fallecido y que no pudo darle un entierro digno. Además, de una hija desaparecida. Con lo sensible que es ella.

Y no sé por qué acabo por buscar el nombre de Liam Ayala Tena. ¿Saldrá algo acerca de él? En *Internet* sale todo, ¿no? Aprieto *intro* -la flecha rara en cuadrado grande-, y aparece él en el apartado de imágenes. Intento verla, pero no puedo, porque se ha atascado, se ha vuelto loca la máquina y se ha cerrado la pantalla. Supongo que ha sido culpa mía, no sé... Vuelvo a buscarle y encuentro otro retrato distinto. Por lo que parece hay varios de él. Qué guapo está tan formal; camisa, pantalón, chaqueta y corbata. Me deleito observándolo. Tiene un aire de seguridad distinto al Liam que puedo observar en casa. Observo la cabecera y aprieto encima...

Ganador de la VIII edición de premios RASO de enólogos españoles.

*El jurado evaluador, integrado por expertos del mundo del vino, ha premiado a **Liam Ayala Tena**, el enólogo de Bodegas Gadea y González, de la Asociación Alicantina de Enólogos, por su creatividad, esfuerzo, innovación y sostenibilidad en el mundo vinícola a tan corta edad. Con tan solo 28 años ha demostrado que...*

Esto es del año 2015, entonces él ahora ha de tener entre treinta y dos y treinta y tres años.

Facebook... Aquí es donde Ana se mete continuamente, entre otras páginas más. Ella me ha explicado que puedes compartir pensamientos e inquietudes. Aprieto y se abre directamente la página de Ana. ¿Cómo puedo buscar a su hermano?

Echo un vistazo y encuentro la palabra *Buscar*... ¿Será ahí? Escribo lentamente su nombre. Aunque es fácil e intuitivo, me cuesta horrores buscar las letras.

Las flechas para bajar.

Comentarios de mujeres, de amigos, corazones, corazones, besitos, besitos... mujeres, mujeres y mujeres. A punto estoy de cerrarlo, hasta que me percató que hay retratos de él. Mmmm... Vamos a ver con quién se junta.

Mira que es guapo el condenado. Me fijo en su piel algo tostada por el sol y los ojazos que tanto resaltan sobre el tono de su piel. La barba de pocos días le queda tan bien. También me doy cuenta que es más alto que los demás. Se ve que no le falta altura.

Y mi mente divaga en el último sueño que tuve. Sí, en el sueño en el que me acariciaba las nalgas y metía su mano en mi intimidad. Yo gemía como un animal y él disfrutaba clavando sus ojos azules en mí al mismo tiempo que sonreía mientras seguía con ese juego perverso. Yo temblaba y me apoyaba como podía para no perder el equilibrio. Él besaba mis pechos como nunca nadie me había hecho jamás. Temblaba. Lo deseaba. Intentaba bajarle el pantalón. Lo conseguía. Me levantaba salvajemente y...

No puedo recordar algo así. Paula del Mar. Basta.

De fiesta con amigos, en la playa con bañador, sujetando de la cintura a una mujer. ¿De verdad estoy espiándolo? Estoy muy mal, eh.

Y a pesar de que intento engañarme repitiéndome que lo hago por aburrimiento, sé que no es verdad. Por aburrimiento podría haber buscado a Dani o a Ana, pero lo he buscado a él porque, a pesar de que sea un presuntuoso, me provoca cierta curiosidad todo lo relacionado con él. Literalmente, es el hombre de mis sueños. Y el que me lleva loca y me hace perder el control de mis sueños y de mis pensamientos.

De pronto, el ruido de unas llaves me sorprende y me trae a la realidad. Cierro la ventana del *navegador*. Sí, así se llama, navegador. Olé yo, qué lista soy. Si no me halago yo misma, no sé quién más podría hacerlo.

—Hola.

Lo que me faltaba. Liam, va con un traje elegante y oscuro y una camisa clara. Hasta ahora solo lo había visto con *vaqueros* y camiseta y sé lo que son los vaqueros porque es la ropa que lleva la mayoría en este siglo. El corazón se me pone a mil. Casi me sorprende con una búsqueda exhaustiva sobre él.

—Hola. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—¿Y Ana? —dice mirando alrededor—. ¿Estás sola?

—Ana se ha ido con un chico que está conociendo, pero tranquilo que no voy a robarte.

—¿Con quién? —me pregunta ignorando la segunda parte de mi comentario. Yo me encojo de hombros con indecisión.

—¿Ahora vas a hacer de hermano mayor?

—Desde luego, siempre lo hago.

—Hoy en día una mujer puede divertirse, así como lo haces tú, ¿no?

—Mientras no le hagan daño, puede divertirse como quiera. Es que es muy enamoradiza, ¿sabes?

—¿Y tú no?

—He aprendido a no serlo.

¿Qué quiere decir? No parece el tipo de hombre al que le hayan partido el corazón. Parece observador, cauto y algo arrogante.

—¿Y Dani? —me pregunta.

—Dani no me ha dicho dónde iba.

—¿Y qué haces?

Me hace un gesto para que le preste el cuaderno y una vez se lo entrego se pone a leer su contenido. Pasa las páginas con una delicadeza propia de un profesor o parecido. Mientras lee, puedo fijarme en sus manos. Son bonitas, elegantes y aunque grandes, se nota que no están curtidas por el trabajo en el campo.

—¿Va bien el curso?

—Estupendamente. No es tan difícil. He logrado averiguar muchas dudas que tenía.

Se acerca al ordenador y sin rozarme se sienta a mi lado, desprende un olor dulce como a madera y esencias frutales. Después me sugiere que le enseñe lo que he aprendido, pero no sabría qué contestarle, así que me quedo callada y pensativa, hasta que me pregunta algo que no he entendido bien.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué si has hecho travesuras mientras estabas sola?

—No sé a qué te refieres.

—Algo privado que no pueda ver...

—¡Claro que no! —exclamo ofendida y algo pasmada ante su atrevida pregunta.

¿Y por qué lo pregunta? ¿Sabrá que le he buscado a él? ¿Eso se sabe? Me pongo nerviosa y me remuevo en la silla. Observo como escribe algo en *Internet* y aprieta un botón que pone *historial*.

—Quiero ver lo que has aprendido.

—¿Cómo? ¿Qué historial?

Pero cuando le veo abrir lo que yo he visto minutos antes... Me muero. De. La. Vergüenza.

—Con que Facebook...

Intento impedir la catástrofe y pongo mis manos delante del aparato, pero me doy cuenta de que ya es demasiado tarde... el contenido de la última página es un hecho. Me tapo la cara para que no vea mis mejillas enrojecidas por tan embarazosa situación y tras eso hundo mi rostro en el sofá. La dejaría así eternamente con tal de no verle la cara.

—¿Qué te pasa?

Lo miro de reojo, él me observa con cierto estupor.

—Estás roja... —me sigue mirando, sigue perplejo y yo no puedo pensar. No tengo ninguna respuesta que darle, así que intento recomponerme y subo los hombros mostrando la poca entereza que me queda.

—¿Estás avergonzada porque me has buscado en Facebook? ¿Es eso?

No contesto y él me sorprende dándome un beso en la mejilla. ¿Por qué ha hecho eso? Siento un vuelco en la boca de mi estómago que no comprendo y que ya analizaré después.

—No pasa nada. No es nada raro —sigue diciendo—. Todo el mundo busca a todo el mundo. Ven a mi lado —palmea el sofá y yo titubeo, pero le hago caso y me siento junto a él. Parece que no ha sospechado, porque me trata de igual modo. Empieza a explicarme cosas. Ana me ha enseñado como se enciende y se apaga el *ordenador*, como se abre el *navegador* y como hacer una utilización básica, pero Liam está yendo más allá. Me explica para qué sirve cada carpeta, cómo copiar y pegar textos y cómo bajarme películas, imágenes y música. Yo me río porque no hace falta que me enseñe tanto, que, aunque he copiado la mayoría de lo que me ha dicho, y quizá me sirva algún día, no creo que por ahora vaya a bajarme «*películas*». Con que me lo cuente por encima es suficiente.

—¿Se puede hacer casi todo con el ordenador? —pregunto.

—Sí, todo lo que son datos. He visto que también has buscado información acerca de mi trabajo. ¿Te interesa saber algo?

Vale, es el momento de preguntar.

—Me interesa el tema vinícola.

—¿Y eso? ¿Qué quieres saber?

Uff... me mira serio, y yo no sé por dónde empezar sin que todo le parezca extraño...

—A ver... es que me encanta el vino —y no tengo ni la menor idea de por qué he dicho eso. Los nervios se me han agarrado al estómago y estoy segura que es por esos ojos azules que son iguales a los de mis sueños, a unos sueños que no logro encontrarle significado pero que son demasiado escandalosos para mi gusto. Él me observa divertido.

—¿Eres una borrachuza?

Y me pega la risa... Liam bromeando... Es la primera vez que lo veo tan amable y risueño, y la primera sonrisa sincera que veo en él. Parece cómodo y eso me hace sentir cómoda también a mí.

—Poco me falta —sonríó y añado—. Me gustaría conocer la historia de la bodega. He visto que tiene más de dos siglos... Quisiera saber quién la fundó, como ha llegado a nuestros días. Ya sabes, una pequeña sesión de historia. Simple curiosidad...

Me cuenta que la fundó Juan Gadea León, mi padre. Eso ya lo había leído, pero es tan

gratificante escucharlo en voz ajena que hace que aprecie más el trabajo de mi padre. Su nombre no es olvidado y es como si siguiese vivo, el legado de mi familia doscientos años después.

—Murió durante la Guerra de la Independencia, en un viaje hasta Zaragoza para recuperar a su hija embarazada que acababa de quedarse viuda. Dicen que luchó hasta el final, que le robó un fusil a un muerto para defenderse de unos asaltantes. Después se llevó a su hija y la puso a salvo. Desgraciadamente fueron tras él y se lo cargaron, robándole el vino que llevaba encima. Existe la leyenda de que la botella que robó Ana es la misma que llevaba él encima en esos momentos. Aunque yo creo que es solo eso, leyenda. Lo que está claro, es que pertenece a BGG —me mira y aclara—. Las siglas de la bodega.

Y yo me quedo callada envuelta en mis recuerdos; en mis últimos días junto a papá, en lo que me está contando y con todo llego a la conclusión que ha de ser el mismo vino. Tiene que haber algo que demuestre que es el mismo vino y que sea la pista que me lleve de regreso a casa. Y bueno... en cuanto a la historia no fue exactamente así...

18 de junio 1809

Todos duermen a excepción de papá. Le doy los buenos días y me acerco al río para asearme. Meto las piernas y me lavo la cara. Qué calor hace ya de buena mañana. No recordaba este calor seco y asfixiante y eso que mi tierra no es fresca, precisamente. Pero aquí el calor quema y encima voy hecha un asco. En la orilla, rebusco en la bolsa y saco la ropa para cambiarme tras un árbol. Vuelvo a recordar el sueño de anoche.

Dos cuerpos desnudos. El mismo hombre sin rostro de ayer. Una cama grande, lujuria, pasión. Ojos azules, acechante, cariñoso, sensual y posesivo. ¿Por qué? Dicen que los sueños tienen significado... pero lo único que creo que mi sueño es el resultado de mi mala conciencia.

Podría haber soñado con la guerra, con el bebé de Alicia o con llegar a casa ilesos que es lo que realmente me inquieta. También podría soñar con mi marido que tanto de menos echo, pero no... Sueño con un desconocido terriblemente atractivo... al que no logro identificar.

La niña está somnolienta, aún tiene los ojos rojos de tanto llorar. Intento ser lo más delicada posible para quitarle la mugre de sus pequeñas piernecitas. Después limpio su cuello y le enjuago el pelo. No dice ni una palabra, ni siquiera se mueve, solo se deja hacer. Hasta que un disparo desvía nuestra atención, después gritos y luego el silencio.

Es la voz de mi hermana y con el alma en un puño le digo a Julia que se quede en el árbol mientras yo voy a ver qué ha pasado. Ella tiembla y se sujeta a mis faldas con fuerza, conoce suficientemente el sonido del dolor para saber que algo malo ha sucedido o está por suceder. Ahora la francesa también grita.

—Quédate aquí, te prometo que regresaré, no te dejaremos sola. Ahora tienes a Alicia, a papá, a mí...

Se queda inmóvil, pero obedece y tras darle un beso en la mejilla regreso junto a papá y las chicas. Así que, a medio vestir, corro a buscarlos como alma que lleva el diablo. Por favor, que no haya pasado nada malo. Dios, ayúdanos. Sé que últimamente dudo de ti, pero hazme el favor y volverá mi fe en ti.

Cuando llego no puedo creer lo que mis ojos ven:

1. El hombre que intentó violar a Jeanne, violador, así lo he bautizado, o quizá llamarlo escoria tampoco estaría nada mal.
2. Un desconocido que mira al suelo con la carga de la muerte a sus espaldas.
3. Y justo en el suelo, tirado y muerto, mi padre en un charco de sangre. Y acabo por darme cuenta de que ese desconocido se ha convertido en el asesino de papá.

—Parad, os denunciaré, asesinos —grita Alicia y solo entonces... me fijo en ella.

Intento asimilar lo que acabo de ver. Niego con la cabeza y tiemblo. La rabia me invade. El violador se le acerca a mi hermana en zancadas y le sube la falda con violencia. Aún no se ha dado cuenta de que yo estoy aquí, inmóvil, pero lo estoy. Jeanne está atada y amordazada a un árbol, tampoco tiene ángulo para verme. Entonces un chasquido imaginario me avisa de que tengo que actuar, de que tengo que hacer algo antes de que sea demasiado tarde...

Pero con lo nerviosa que estoy no se me ocurre nada, así que a hurtadillas rodeo los matojos para colocarme en buena posición de ataque, y silenciosa pero decidida me dirijo a él para acabar con esta situación lo antes posible.

—Me gustan las embarazadas. Así, no dejaré un bastardo suelto.

Ríe el muy cerdo.

El violador está concentrado en metérsela a mi hermana y el otro aún está terminando de asimilar lo que acaba de hacer. El asesino de papá es bajo, eso me dará facilidad de maniobra. Salto a su cuello, lo rodeo con mis brazos y presiono su delicada piel con el filo del cuchillo hasta ver como una gota de sangre se deja caer. Le quito el fusil, me guardo el cuchillo y encaño su cabeza por detrás. Amenazo con dispararle si no nos dejan en paz. Diga lo que diga lo haré, no se van a librar después de lo que han hecho, pero tienen a mi hermana y mi principal objetivo es que la dejen en libertad.

El violador no se amilana, me apunta con su arma y dispara con tal rapidez que parece no importarle que un hombre suyo esté en peligro. ¿Qué he hecho yo? Lo que cualquier persona normal haría en mi lugar que llega a ser: hacer lo necesario para salir viva de esta. Me he protegido con su cuerpo, escondiéndome detrás de él, llevándose el tiro por mí. Así que el asesino ha muerto y ha caído junto a papá. Y yo no puedo mirar si no quiero perder el poco juicio que me queda. Miro de reojo al muerto para arrebatarse el fusil.

Le apunto a él.

El violador se queda paralizado y, aterrorizado, espera el momento de su final.

Pero yo no soy tan valiente como creía y él se da cuenta de ello. Así que se acerca en dos grandes pasos y yo temerosa, aprieto el gatillo con la suerte de dirigirse la bala hacia su entrepierna. Caer. Se retuerce en el suelo. Sé que ahora es cuando debería de rematarlo, pero no puedo hacerlo. Me he quedado paralizada viendo a papá muerto. No puedo dejar de observar a mi padre en un charco de sangre. Mucha sangre. Muchísima sangre. Demasiada sangre.

—Putra traidora, desgraciada —escucho como en un susurro.

Lo miro, pero no importa, mis ojos se dirigen de nuevo hacia mi padre muerto. Y de vuelta al violador que se arrastra hasta un árbol para ayudarse del tronco y levantarse, pero entonces Alicia que se ha hecho con un cuchillo, y con rabia y saña se tira encima de él y lo apuñala entre una y mil veces. Caer al suelo. Y todo esto lo veo como si fuesen escenas distintas de una obra teatral, como si no fuese real.

Mi hermana llora, llora mucho, tiembla. Y mis piernas desobedecen a mi mente, que se había quedado en blanco, y corro hasta mi hermana para darle el abrazo más fuerte que nadie le haya dado jamás. Y nos fundimos en ese abrazo hasta que nos damos cuenta de que la francesa sigue amordazada al árbol.

Algo es algo

Y me parece curioso que lo más surrealista y que menos importancia tiene que es la botella de vino y lo que pasó con ella, sea lo único cierto de la historia.

—Y si el padre falleció. ¿Quién llevó la bodega entonces?

—La madre, las hijas y el marido. Me imagino que hasta que los niños alcanzaran la mayoría de edad de esa época.

—¿Las hijas?

¿Eso significa que vuelvo a casa?

—Gadea tuvo dos hijas.

—¿Y cuántos hijos tuvo Alicia? ¿Lo sabes?

—Eres una marujona —bromea conmigo y yo sonrío.

Pues eso parece.

—La hija menor tuvo tres hijos —añade—. Una adoptada y dos gemelos.

No puede ser... tres hijos... Mi deseo de borracha se cumplió. Pedí que mi hermana tuviese tres hijos y ha tenido exactamente: tres hijos, y con eso comprendo que tenía razón con mi presentimiento. Todo esto se debe al hechizo de la bruja Tera.

Pero yo no pedí irme doscientos años adelante. Yo solo pedí que se acabará la guerra, tener paz, seguridad, ser feliz, y yo soy feliz con los míos, en mi tiempo, pero sin una guerra de por medio.

Aquí no sé hacer nada y no me gusta depender tanto de los demás. Tampoco me gusta que me mantengan, por Dios, que ni siquiera tengo mi propia ropa. Llevo esta ropa porque Ana me la ha prestado y me alimento porque ellos quieren que lo haga, sino, ni siquiera sé que sería de mí.

Y lo agradezco muchísimo, los quiero mucho, pero he de regresar con mi familia y a la época que me corresponde. Me gustaría tanto ejercer de tía, ver a mis sobrinos crecer... Liam ha dicho que las dos hermanas y el marido fueron quienes llevaron la bodega adelante. Eso significa que volveré.

Pienso en mi madre y mi hermana llevándolo todo: la bodega, los hijos, la casa... hasta que Alicia se casara de nuevo o hasta que yo regrese con ellas, que puede ser desde meses, hasta años... Sí, la verdad es que se merecen todo.

Y entonces me acuerdo del vino... No sabía qué hacer con él. Suponía que debía beberlo, pero no lo tenía claro hasta ahora que ya puedo confirmar mi suposición. Si Ana bebió y yo aparecí, si bebo yo, quizá regrese... Y de pronto tengo la certeza de que ese es el modo de volver a casa.

—¿Qué pasa? Estás muy callada.

—Solo estaba pensando en lo difícil que tiene que ser criar a tres hijos.

—Y lo duro que tuvo que ser un parto de gemelos... En esa época la sanidad era nula y la higiene más de lo mismo. Las mujeres morían en los partos, imagina la evidente sorpresa.

—Se apañaron bien.

—Fueron mujeres fuertes.

Yo sonrío. Me es difícil esconder la alegría que siento. Ahora sé que mañana regresaré a mi época, una vez haya bebido de ese brebaje maldito. En ese tema me quedo más tranquila. También sé que mi hermana pudo llegar a casa y que tuvo a tres niños sanos.

—Se te ve contenta.

—Lo estoy.

Por primera vez en un año siento como mi corazón ha vuelto a la normalidad. Quizá pueda relajarme, llevo una mala racha y podría tomarme un respiro. Le pido que ponga música clásica, ahora que ya sé que puede ponerla desde *Internet*. Me deleito escuchándola. Cierro los ojos. Él se sorprende cuando le digo que es mi música preferida, pero es la única que conozco de todas las que escucho. Porque la cambia a una de «reggaetón» y me ruborizo cuando escucho la letra.

—En esta época estai...—hago una pausa—. Estamos obsesionados con el sexo —le digo.

—Qué no te engañen, cariño. En esta y en todas...

Sonrío al escuchar la palabra cariño, aunque difiero del resto de sus palabras. Se me queda mirando y atisbo como se pone serio.

—¿Has estado encerrada en una secta? —sonríe y arquea una ceja. Yo lo miro desconcertada—. Lo digo porque casi todo es desconocido para ti.

Yo me quedo pensando, sería el momento ideal para contarle la verdad, pero claro, no me creería y encima daría pie a que volviese a tratarme mal. No, no podía decirle nada. Aún no.

—Te explicaré todo algún día, te lo prometo —le digo y parece que mis palabras le complacen—. Me gusta la música clásica —retomo la conversación— ¿Y qué música te gusta a ti? —pregunto.

—No tengo un género preferido. La música clásica no está mal, aunque no la escuche en mi día a día. Últimamente me ha dado por variedades del rock, aunque puede que mañana me dé por el flamenco. Quién sabe.

Y cómo no entiendo de qué géneros me habla, la solución es sugerirle que me la ponga.

—¿Qué me guste a mí? —me pregunta.

—O que me guste a mí —lo pongo a prueba.

—¿Y cómo voy a saber lo que puede gustarte a ti? —contrataca mirándome de reojo.

—Sorpréndeme, pero en español, por favor.

Observo lo que escribe en el *ordenador*. Andrés Calamaro. Libertad y se acerca a la cocina mientras yo la escucho. Y no hace falta decir de qué trata la canción, ya que el título ya es lo suficiente explícito. Se me ponen los pelos de punta. Es muy bonita, pero no entiendo por qué me la ha puesto... ya que él no sabe nada de mí y de todo por lo que he pasado. Deja la música encendida y así me deja, confundida. Tarda pocos segundos en regresar con una botella de vino y dos copas y a mí se me agarra algo en la boca del estómago que no logro identificar. Pensaba irme a la cama y él se da cuenta de mi cara de circunstancia, aunque si bien la confunde.

—¿Prefieres una cerveza?

Miro el reloj; la una y media, pero mañana me iré. Así que... ¿por qué no divertirme?

—Vino está bien —contesto.

Observo con timidez como me mira mientras con elegancia descorcha la botella. Está guapísimo con esa ropa y el mechón de pelo que le cae por encima del ojo hace que suspire resignada. No puedo evitar que mi mirada se deslice por su cuello y de ahí a sus labios. Este hombre desprende sensualidad por todos los poros de su piel. Lo que más me gusta de él son sus ojos y sus labios, aunque su trasero no se queda muy por detrás. Soy una pecadora, en todos los sentidos, pero es que Dios se lució creándolo, madre de la virgen y del amor hermoso. Me pone

una copa y se sienta en el sofá. Debo fingir para que no se me note todo lo que me suscita.

—Es preciosa, la canción —sonrí con timidez—. ¿Pretendes decirme algo con ella? — contesta levantado el hombro en una ligera mueca. Yo lo miro a la espera de que se digne a contestar.

—No sé qué esperas que te conteste —sonrí marcando ese hoyuelo que se le forma en su mejilla derecha.

—¿Por qué me has puesto esa canción en concreto?

—Porque todos nos sentimos atrapados de una manera u otra. Unos son esclavos del trabajo, otros de su política, otros de sus deseos. Y como dice la canción nada más empezar, todos buscamos lo mismo. Todos queremos sentirnos libres. Es una canción bonita, solo eso. Y sabía que te sentirías identificada, al igual que yo.

—¿Y tú de qué te sientes esclavo? —pregunto intrigada.

Acaba la canción y sale otra distinta, aunque ya no le presto atención más que a él.

—Bueno, de un horario, del trabajo, de sueños incumplidos. Y sobre todo de recuerdos dolorosos que no me dejan dormir. No soy libre de mí mismo.

Mmm...

—Y no vas a contármelo, ¿verdad?

—Verdad... —vuelve a sonreír.

Tengo la curiosidad de saber qué es lo que le ha pasado. Los surcos de sus ojos delatan su dolor. ¿Habrá perdido a alguien importante? Pero sé que es mejor cambiar de tema, porque comienzo a notarle incómodo y sé por mí misma lo fastidiosas que son las preguntas insistentes que uno desea callar. Yo tengo mis secretos, tengo mi dolor y lo que menos me gusta de este mundo es que intenten persuadirme para que hable de algo que es solo «mío». Así que cambio de tema y pregunto otra curiosidad que tengo.

—¿Por qué tú hermana y tú os peleáis tan a menudo?

Parece sorprendido ante mi cambio de tema.

—Somos hermanos. ¿Qué quieres?

Percibo que está siendo cortante, aun así, insisto.

—Pero hay algo más, ¿no?

—Somos independientes y no soportamos que uno proteja al otro. Ella no soporta que la controle y yo no soporto que me diga lo que tengo que hacer.

—¿Y tus padres?

—Viven en Madrid.

Me cuenta un poco acerca de ellos. Su madre se llama Elisabeth y su padre Amadeo. Se marcharon porque a su padre le ofrecieron un ascenso en el trabajo; Liam y Ana decidieron quedarse. De eso hace ya siete años y no me cuenta mucho más. Me doy cuenta de que tengo puesta la copa desde hace algún rato y ni siquiera la he probado. La tomo, huelo su contenido y le doy un trago. Me sorprende gratamente porque está realmente bueno. Muy bueno, a decir verdad.

—¿Es de tu bodega?

—No exactamente, aunque sí de la asociación que se traen. Es un Ribera.

—Pues está realmente bueno.

—Ya... no podría comprar uno sin arruinarme —dice tras asomar una tenue sonrisa.

Lo que le cuesta reír a este hombre y lo bien que huele. Aún después de venir de la calle con el bochorno que hace sigue teniendo ese olor con fondo entre amaderado y cítrico que tanto me confunde, eso sí, mezclado con su propio aroma.

—Una botella cuesta casi cuatrocientos euros —añade.

No sé cuánto son, pero parece caro.

—¿Y te la regalan?

—Me hacen un sesenta por ciento de descuento. Merece la pena. Sobre todo, para ocasiones especiales.

—¿Ocasiones especiales?

—Sí, un nuevo miembro de la familia —bromea.

Nos pasamos dos horas hablando y bebiendo. Nos bebemos la botella de vino de una sentá y yo estoy disfrutando de su compañía como hacía tiempo no disfrutaba con nadie. Incluso, acabamos riéndonos como si nos conociéramos de toda la vida. Como si fuésemos aún niños inocentes y no arrastrásemos el dolor y la carga que llevamos a nuestras espaldas. Nos contamos anécdotas de nuestra infancia, esquivando los momentos dolorosos y haciendo hincapié en los felices. Y creo que es la única persona que ha logrado que olvide mi pasado -eventualmente-, para concentrarme en el hoy y en lo que me provoca. Hasta he perdido la vergüenza con él y no sé si debo de agradecerlo porque me hace sentir cosas inexplicables o preocuparme por la misma razón dicha.

Porque sus ojos son como los que veía en mis sueños.

Porque él es el resultado de mi deseo.

Porque su fragancia envuelve todos mis sentidos y es solo de ÉL.

Me hace sentir bien. Demasiado bien. Sigo hablando, sin entrar en detalles, porque aún no puedo contarle mi historia. Estamos sentados en el sofá, de lado, mirándonos. Tiene una pierna sobre el sofá y la otra apoyada en el suelo, y me fijo en esa pose y en cómo se le marcan los muslos bajo el pantalón. Contemplo como le queda la camisa arremangada y el bello de su antebrazo. Menos mal que existe el *aire acondicionado*, de lo contrario, ya habría entrado en ebullición. La camisa en tonos claros le hace enmarcar el contorno de su pecho y de sus trapecios, pero lleva el primer y el segundo botón desabrochado y ahora no dejo de mirarle el cuello, su piel que me recuerda a un imán.

Lo peor es que me está entrando una vena cariñosa y no quiero confusiones, así que creo que es el momento de ir a dormir. Es que es demasiado guapo, demasiado alto, demasiado bien formado y la ropa que lleva le queda demasiado bien. Así que sí, es el momento de marcharme. Mañana me iré y no tendré que ver más a este hombre que me hace fantasear, que me hace pecar por dentro. ¿Cómo pude desear conocerlo? Estoy muy mal... En fin, será mejor que me vaya a dormir.

—Creo que es hora de irse a dormir.

—Yo también —responde secamente y percibo que se siente igual de descolocado que yo.

Nos miramos. Nos levantamos al unísono. Comienzo a andar y me tropiezo. Me sujeta y noto como sus aterciopeladas manos acucian mi cuerpo poniendo todos los poros de mi piel en alerta. Pasa una mano por un mechón de mi pelo, sonrío y se separa de mí y yo me aferro a la razón porque el vino me ha afectado más de lo que creía y porque mis sensaciones son infundadas e irreales. Entonces salgo disparada hacia la habitación y cierro la puerta tras de mí con el corazón en un puño. Me apoyo en el marco de la puerta y por fin respiro. Exhalo, inhalo y vuelvo a exhalar.

Me va el corazón a mil. ¿Por qué me siento así?

Me levanto con un leve dolor de cabeza. Salgo con cuidado y me meto en el baño. Hago pis y me lavo la boca con el cepillo de dientes que Ana me ha dado. He de decir que mejor que la electricidad es la higiene de esta época. El invento de unificar el aseo personal en un espacio llamado baño es ideal y la bañera donde puedes regular tanto la cantidad de agua como la temperatura es aún mejor. Es muy similar al funcionamiento de las fuentes, pero en tu propia casa. Te aseas y haces tus necesidades en un mismo lugar y el cepillo y la pasta dental es más

interesante aún. Me encanta el sabor de boca que deja, mejor que las infusiones de hierbas... Yo tenía uno pero era tan rígido que me hacía heridas por todos los costales, así que prescindía de él.

Me miro al espejo y pienso que me veo bien con el pelo suelto y con esta ropa tan ajustada que al mismo tiempo suelta. En esta época predomina la comodidad a la silueta. Me cepillo el pelo como puedo y me lo recojo en un moño con las pocas horquillas que me quedan.

Me dirijo a la cocina. Sé que es pronto, pero cocinar me hará calmar las sensaciones extrañas que me mueven para concentrarme en algo distinto. En el cajón frío, que no recuerdo el nombre, hay un hueso de jamón, verduras y en la alacena, un paquete de lentejas. Las lentejas me salen riquísimas y no lo digo yo, lo dice todo el que las prueba. Así que puedo lucirme antes de marcharme. Me despediré y me imagino que para las cinco ya estaré en mi tierra con los míos, una vez haya bebido del maldito vino. Estoy concentrada en mis cosas, cuando la voz de Liam me trae de nuevo a la realidad.

—Hola.

Lleva un pantalón corto oscuro y una camiseta de tirantes más clara. Está algo colorado y sudado, pero más guapo que nunca. Se le marcan los músculos de los brazos y las piernas. No es una musculatura como la de los hombres que conozco, es más fina y delgada como de los antiguos dioses griegos. Su altura estiliza su cuerpo y hay una expresión obscena y vulgar que le escuché decir a Ana, y que me gustó como sonaba, porque me recuerda a lo que me hace sentir el chocolate a la taza.

Qué bueno está.

—¿De dónde vienes? —pregunto con timidez. Coge la toalla y se la pasa por la frente y después el cuello. Mi mirada hace el mismo trayecto que el trozo de tela ya húmedo. Lo tengo a tres palmos y un sutil aroma a sudor masculino me embriaga, quedando impregnado en mis fosas nasales.

—De correr —contesta.

—¿Y para qué corres? ¿Has tenido algún problema?

Se le escapa una risotada.

—Eres muy graciosa. Hago ejercicio.

¿Ejercicio? Para hacer ejercicio se sube a caballo, se hace esgrima, se caza, pero correr me parece del todo... ¿curioso? Sonrío y se da la vuelta, pero de pronto vuelve a girarse, me mira y me dice:

—Hay un mercadillo hippie en la rambla. He pensado que podríamos ir estar tarde y dar una vuelta, si te apetece, claro.

¿Me está pidiendo ir los dos solos?

—Me gustaría, pero no puedo.

—¿Y eso?

—Me voy de la casa, Liam.

—¿A dónde?

—Lejos. A mi casa, con mi familia.

Hace una pausa y me mira como decepcionado. El tono de su voz se endurece.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Ahora te lo estoy diciendo. He pensado que podríamos comer los cuatro juntos. Nuestra última comida antes de marcharme.

Chasquea la lengua.

—No me esperes. Ya tengo plan.

Y con esas y sin despedirse se encamina hacia su habitación. Yo me quedo mirándolo hasta que

cierra la puerta tras de sí con un portazo. ¿Se puede saber que mosca le ha picado? Este hombre cambia de humor en milésimas de segundos. Y cada una de sus reacciones me mantienen en vilo hasta la próxima en la que nos volvamos a encontrar.

Del dicho al hecho hay un trecho

Hay una enorme ensalada al centro. La ha hecho Ana y está buenísima, lleva de todo. La olla de lentejas está cayendo y eso es porque están disfrutando de ellas. Dicen que son las mejores que han probado y sé que es cierto porque en mi época también lo comentan. Sí, me echo flores, pero es la verdad. Cocino muy bien y eso es porque me gusta. Suelo cambiar las recetas para probar nuevos sabores y no suelo equivocarme con las mezclas.

Ana y Dani han hecho algunos cambios de última hora y en vez de ir a la barraca se han quedado conmigo para pasar nuestros últimos momentos juntos antes de regresar a mi casa. La barraca llega a ser un espacio festivo que se monta con el fin de juntarse un gran número de personas para disfrutar en colectivo de comidas, bebidas y baile. Liam, por el contrario, lo ha ignorado y se ha marchado en cuanto ha podido.

Les cuento la historia de la bruja, de mis deseos. Todo y desde el principio. Sé que el vino de doscientos años de historia es el mismo que yo llevaba encima cuando la bruja Tera me hizo el hechizo. Es un presentimiento y sé que es cierto. Les cuento lo de los tres hijos de mi hermana, mi deseo de conocer un hombre guapo con el que poder deleitarme y por supuesto dejar ese mundo de guerra y dolor.

—¿Osea que mi hermano te parece guapo?

—¿Eso es lo único que ha oído la muy bruja?

—Es obvio que Liam está bueno, un poco imbécil, pero está muy, pero que muy bueno —Ana se echa las manos a la cabeza y se ríe—. ¿Es mentira o qué? —pregunta Dani como si la respuesta fuera obvia.

—Yo no sé si es mentira o no. No puedo opinar de mi hermano y tú tampoco deberías de hacerlo porque es casi el tuyo también.

—Y una mierda casi mi hermano. Si fuese gay ya le hubiese tirado los trastos hace tiempo. Me hubiese bajado a su bragueta y le hubiese hecho un trabajito bien hecho. Porque ese hombre necesita que le echen un buen polvo, ya que yo creo que la Zorraida esa tiene que ser de sosa en la cama...

—¡Virgen de la madre hermosa!

—No digas esas cosas. Qué asco.

—Anda, habló la fresca.

—¿Quién es esa? —pregunto.

—Se llama Soraya —le rectifica Ana—. Y sabes que hay muchas más.

—Pero Zorraida es la más importante. Así que imagínate los malos polvos que echará con las demás para volver siempre al punto de partida. Y tú sabes que yo soy muy bueno en ello. Un día se lo propongo a ver qué le parece.

—Me gustaría verle la cara —suelta una carcajada.

—¿Me estás retando?

Ellos ríen sin parar y gastan chistes acerca de con quien yace o deja de yacer Liam y a mí se me saltan los colores. Estos dos no tienen vergüenza y aunque río con ellos, no estoy segura de que me guste lo que estoy oyendo. No me hace ninguna gracia que sea tan libidinoso como dicen y tampoco me gusta que bromeen a costa de él. Bueno, y tampoco creo que sea para tanto... Liam parece más serio y menos libertino que ellos dos y tampoco creo que es un amargado como dicen.

—¿Prefieres volver con las pulgas y los piojos, la guerra y las enfermedades? Mira que en mil ochocientos por un constipado te ibas a la tumba.

—¿Cómo se te ocurre decirle eso? —le recrimina Dani, como si sus palabras me ofendieran, pero para nada lo hace.

Porque los comprendo perfectamente, ellos están en el futuro y tienen miles de adelantos que no teníamos en mi época. Esto es la evolución, aunque en pocos aspectos haya habido una involución, como en educación y no me refiero a los estudios, que es obvio que es una de las mayores mejorías. Me refiero al respeto hacia las personas. Aquí nadie habla de usted, ni hacia sus mayores. Dicen que les hacen sentir viejos. Estupefacta me quedo.

Aquí la cópula no es privada, es casi pública. Aquí están atrapados en el mundo de la *electrónica*. No lo toman como una herramienta más, lo toman como un modo de vida. Es un vicio. Se pasan las pocas horas que están en casa inmersos en esos aparatejos *móviles*, viendo la *tele* y usando los *ordenadores*, en vez de disfrutar de lo que la vida ofrece. Una España sin guerra, que no es poco.

—Porque es la verdad —responde ella.

—Allí está mi familia y es lo que conozco, y no vais a mantenerme toda la vida, ¿no?

—No me importaría, ¿sabes? —contesta Ana con pesar y me doy cuenta de que está siendo sincera. Y en este momento me doy cuenta de que los voy a echar mucho de menos, más de lo que pienso y eso que no llevo ni dos días aquí. Sí, se hacen de querer y están locos perdidos, pero son mis locos. Yo tampoco estoy muy bien de la cabeza, sonrío. Después entramos en la habitación de Ana. Voy a hacer el ritual en esta misma sala.

—Estoy seguro de que funcionará —Dani me tranquiliza, y sé que es porque nota que estoy inquieta. Lo abrazo con fuerza y abro la botella para mirar el interior con cierto temor.

—Báñate al menos una vez al día y cuando enfermes no dejes que te hagan sangrías. Si tienes fiebre hay que contrarrestarlo con frío y no con calor. Ah, y las pelucas son nidos de insectos —me aconseja Ana. Asiento y suelto una carcajada. Esta Ana y sus ocurrencias.

—Las pulgas y las garrapatas son los causantes de enfermedades, así que a cagar lejos de donde se come y duerme —añade Dani.

Ahora viene la competición para ver quien dice más burradas. Agito la cabeza y me río.

—Y cuando tengas una herida desinfecta con alcohol.

—Ya lo sé. Vivo en el siglo XIX, no en la edad media.

—Parecido es.

—Aunque sigue habiendo gente muy cerrada... la verdad es que en mi época conocemos muchos de los problemas, el mayor problema es que nadie hace nada por remediarlo.

—Pues entonces muy similar a lo que sucede hoy día —chasquea los dientes. Asiento y vuelvo a darles un beso.

—Que te vaya todo muy bien, puti —me dice Dani y los estrujo contra mi cuerpo—. Aunque has estado poco tiempo con nosotros, te hemos cogido mucho cariño —añade.

A Ana se le saltan las lágrimas y creo que como sigan así, voy a acabar llorando yo también.

—Y yo chicos. Os deseo lo mejor. Sois magníficos y ojalá hubiera más personas como vosotros en mi siglo. Y tú, Ana, cálmate y no preocupes tanto a tu hermano.

—No me hables de mi hermano. Estoy cabreada, ni siquiera ha sido capaz de quedarse para despedirte.

Sí, yo también estoy molesta, pero no pienso admitirlo en voz alta. Abro la botella y observo el líquido de su interior. Ellos me miran expectantes, como si fuese a cantar una ópera. Observo como Dani junta los puños con fuerza y se los lleva a la boca. Ana, en cambio, está recta e inmóvil con las manos posicionadas a cada lado de su cuerpo. Me miran fijamente.

Cierro los ojos, acerco mis labios a la boca de la botella y antes de que me arrepienta y sin pensarlo más, bebo un trago del dichoso vino.

3,2,1,0.

Espero....

Pero por mucho que lo haga no sucede nada.

A dios rogando y con el mazo dando

Abro los ojos confusa. Quizá necesite algo más de tiempo para que surta efecto. Pero creo que tras dos minutos de espera ya puedo asegurar que no sucederá nada. Y no puedo obviar la decepción que siento. Los chicos intentan consolarme, aunque en Ana percibo cierto alivio. Vuelvo a beber, esta vez varios tragos seguidos como última oportunidad, como una súplica. Quizá no haya sido suficiente con el de antes.

Mis ojos se empañan, pero no he de llorar. Tengo que ser fuerte.

—¿Y si lo bebes tú? —le sugiere Dani a Ana—. Fuiste tú quien bebió, quizá tengas que volver a beber para que ella pueda regresar.

—¿Pero y si bebo y me voy yo a mil ochocientos, en vez de ella? No conocemos muy bien el sistema de viajes en el tiempo de los fluidos —bromea—. Y allí no hay fiesta, ni sexo. Paso, que allí son muy religiosos y no te puedes acostar con nadie sin que te repudien de por vida por puta.

—¿Nena, follar y fiesta son lo único que te importa? —se cachondea de su amiga.

—Además son unos cochinos. Mira cómo llegó Pau, echa un adefesio y joder, que viven una guerra.

Pero al final cede a regañadientes, me arranca la botella de la mano y le pega un trago. Las dos nos miramos asustadas como si fuese a cambiar algo de nuestra anatomía, pero no, todos los ángulos de nuestros cuerpos siguen intactos y para mi mala suerte sigue sin ocurrir nada.

Y aquí estoy metida en la habitación llorando desde entonces.

He conseguido que Ana y Dani se fuesen a las barracas sin mí, porque necesito estar sola y pensar. Me ha costado mucho convencerlos, no querían dejarme sola, pero necesito tiempo para aclarar mis ideas.

Miro la botella, de cerca, de lejos, la zarando, la analizo y me pregunto si habrá algún misterio oculto, algún enigma. Si es así, necesito una pista, algo que me diga que dirección tomar, pero la pista no se deja ver y yo caigo profundamente rendida en brazos de Morfeo.

Me desperezo, miro el reloj y veo que son las siete. Ana y Dani me dijeron que vendrían de nueve y media a diez, y que después iríamos a la playa a hacer una hoguera por la noche de San Juan. Han sido muy insistentes en ello y no he podido negarme, así que, de morros, me tocará ir.

Antes de salir de la habitación vuelvo a mirar la botella, no sé, quizá todo sea un cuento y el vino no tenga nada de mágico. Si fuese así, estaríamos como al principio, ya que no tendría nada con el que comenzar mi búsqueda. Suspiro, y salgo de la habitación para dirigirme a la cocina. Tengo sed.

Me rasco los ojos y me estiro. Al fin he dormido después de meses sin hacerlo y siento tan bien... voy descalza, con una bata de raso color crema que me llega hasta casi los tobillos. Es de Dani, que también es alto, aunque menos que Liam. Si fuese de Liam en vez de una bata parecería un velo de novia. ¿Qué planes tendría para que no se haya podido quedar para despedirse de mí?

Pero lo que veo en la cocina me deja de piedra y acaba por responder a la pregunta que me

acabo de formular y también hace que me arrepienta de haberme levantado de la cama. Encuentro a Liam con los pantalones por las rodillas, yaciendo con una mujer sobre la mesa de la cocina. Y no puedo evitar pegar un grito ante la sorpresa. Oh, Jesús santo.

Levanta la vista y fija sus ojos en los míos. La mujer se levanta y se queda frente a mí mirándome con una sonrisa satisfactoria. ¿En serio? ¿Le hace gracia?

Lleva la camiseta subida, se le ve un pecho y tiene las bragas sobre la mesa. Y ni se inmuta, ni vergüenza le da. Poco a poco se coloca todo bien, mientras me mira segura de sí misma. Tiene clavado sus ojos en mí y puedo asegurar que está pensando algo parecido a te aguantas, porque me mira con desprecio. Quizá por haberle interrumpido el coito.

—Perdón—le digo, carraspeo y salgo corriendo hacia mi habitación.

Una vez he cerrado la puerta con pestillo, me siento sobre la cama con las mejillas incendiadas por la ira. Panda de cochinos, puerco descerebrado. No me puedo creer que sea tan libertino de acostarse con una sobre la mesa donde comemos. Me levanto nerviosa y doy vueltas alrededor de la cama, de un lado al otro, agobiada, cabreada y enfurecida y lo peor de todo es que no conozco el motivo real para esta reacción tan desproporcionada. No puedo calmarme, no sabría, hasta que escucho como alguien golpea la puerta. No contesto, pero vuelven a tocar. Sigo sin responder y golpea más fuerte. No se va a dar por vencido.

—No estoy—y rezo para que se vaya y me deje en paz.

—Ábreme.

—No quiero.

—Ábreme, porfa.

—Lárgate, libidinoso.

Después de insistir no tengo más remedio que abrir. Al fin y al cabo, es su casa y no tengo derecho a prohibirle el paso. Aunque en el fondo sé que miento, no es que sea su casa y por eso le deje pasar es porque algo dentro de mí quiere dejarle pasar.

—¿Qué quieres?

—Pedirte disculpas por lo que has tenido que presenciar.

—Sí, tendré un trauma de por vida.

—Pero ha sido tu culpa porque me has dicho que te ibas y sigues aquí.

—Cambio de parecer de última hora—respondo azorada—. Me iré en cuanto pueda. Encantada de volverte a ver y puedes irte con tu pelandusca.

Y no solo la llamo pelandusca por pescarlos en el acto, sé que hoy en día hacen cosas que serían escandalosas en mi época. No... es por la mirada de mala bicha que me ha echado.

—¿Entonces no me perdonas?

—No. Vete a freír morcillas.

No lo perdono. Estoy enfurruñada. Estoy muy cabreada, así que no, no te perdono.

—¿Se puede saber por qué estás tan cabreada? Puede que haya sido incómodo para ti, pero no creo que sea algo que no puedas soportar. No eres una niña, habrás visto cosas peores.

—¿Peor que ver a dos practicando el coito sobre la mesa donde comemos como si fuesen dos monos lujuriosos?

—¿Dos monos lujuriosos?—repito con sorna.

—Porque yo no sé tú, pero yo no voy espiando a parejas mientras copulan, eso te pasará a ti que eres un puerco cachondo y salido.

Y veo que se está riendo el muy canalla y yo siento que la nariz me echa humo. Le rompería las piernas en dos y luego lo haría picadillo y lo metería en un bocadillo para dárselo a los cerdos. Sí, el mismo cerdo que es él.

—¿Mono lujurioso? ¿Puerco cachondo y salido? —vuelve a repetir descolocado y suelta una carcajada. Me mira y se da la vuelta aguantando la risa.

—¿Te ríes de mí? Maldito canalla, descerebrado —le grito furiosa. Que se vaya, que se vaya de una maldita vez—. Aléjate de mi persona.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás perdiendo el juicio.

¿Qué estoy perdiendo el juicio? ¿Qué estoy perdiendo el juicio? Cojo lo primero que pillo y se lo lanzo, pero él la esquivaba.

—¿Me has tirado una zapatilla? —pregunta algo perplejo.

Después un cojín, y un oso blandito de juguete, y estoy a punto de lanzarle un vaso, pero él me advierte que no lo haga y al último segundo reacciono. Puedo estropear aún más el momento, puede que los cristales se esparzan por toda la sala y me toque recogerlos. Porque por lo que es él me importa un huevo. Así que vuelvo a dejarlo sobre la mesa. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo.

—Que te vayas con ella y déjame en paz.

—Se ha ido.

Lo miro con odio. Quiero que se vaya y me deje en paz. ¿Tan difícil es de entender?

—¿No habíamos quedado en ir a los hippies? —y encima me toma el pelo. Cojo el libro de historia y se lo lanzo, pero lo vuelve a esquivar.

—Vale, vale, me largo.

Abre la puerta y se va, menos mal. Yo me tumbo en la cama y hundo mi cara en el cojín. Noto como Lewis se pone sobre mi cabeza buscando un sitio donde ovillarse. Me imagino que quiere hacerme compañía, que quiere lidiar con mi tristeza. Lo acurruco entre mis brazos y cierro los ojos unos instantes. Más tarde noto un zarpazo en mi cara, es Lewis que quiere que despierte. Miro el reloj, es casi la hora, he quedado con los chicos y he de darme prisa si no quiero hacerles esperar. Me levanto de un salto y azorada me meto para darme un baño. Después me pongo un vestido de Ana, es largo y me siento cómoda con él. Es de mi estilo, aunque más colorido, estrecho y menos pomposo.

Me miro en el espejo. Esto de no llevar corsé es otra maravilla de este siglo. Me he maquillado y me he dejado el pelo suelto como me ha aconsejado Ana. Y los zapatos, aunque un poco sueltos, parecen cómodos. Para mi suerte Ana y yo usamos casi el mismo número de pie.

Y sigo cabreada, aunque me repita mil veces que él es libre de hacer lo que quiera, que es su casa y que si es un calentorro, allá él. Pero no puedo evitar esta sensación tan molesta y no porque haya tenido que presenciar lo más vergonzante de mi vida, no. He llegado a la conclusión de que estoy cabreada porque no ha querido quedarse a despedirse «porque tenía otro plan, cuando el asunto pendiente que tenía era yacer con otra». No se lo voy a perdonar jamás.

Recordarlo. Pam, pam, pam. Desgraciado, miembro flauta.

De pronto, escucho jaleo en la entrada, la voz de Dani es inconfundible y salgo del baño para recibirlos. En el pasillo me cruzo con Liam. Va muy guapo, pero él siempre lo va. Seguro que ha quedado con la mujerzuela esa y un calor me atenaza por dentro. No puedo olvidar la escena coital de hace apenas dos horas y no puedo olvidar que seguramente vaya a terminar de consumir hoy lo que yo he interrumpido. Lleva puesto un pantalón gris oscuro, camiseta gris clara y huele muy, muy bien. A una mezcla de perfume y ropa limpia.

—Qué guapo, hermanito. Hoy vas a triunfar. ¿Es nueva?

—Sí, voy de estreno —responde secamente.

Dani se acerca y le echa un repaso.

—El chino te hace un culazo y este polo retro y de punto de Reiss me encanta. Te queda —se

besa la punta de los dedos—. Y los mocasines completa el conjunto.

—Ya basta, borrachos. Portaros bien y no hagáis que tenga que ir a recogeros a comisaría. Ah y cuidarla —fija su mirada en mí.

—Yo sé cuidarme sola —respondo tajantemente y le doy la espalda.

Cuando me quedo a solas con Ana, le pregunto si sabe dónde va Liam. Estoy segura de que ha quedado con la misma pelandusca de esta mañana, que aún no sé su nombre o si es la tal Zorraida.

—Soraya esa de la que hablabais esta mañana... ¿Es morena con el pelo por aquí? —señalo mis hombros.

—Sí, lleva un corte Bob, con ralla al lado y pronunciado flequillo. Tiene los ojos atigrados y claros.

Pongo cara de incompreensión, porque no tengo ni idea de qué significa ese corte, pero lleva flequillo, ralla al lado y también los ojos claros. Y por lo tanto «es ella».

—¿Por qué lo dices?

—Simple curiosidad.

—Dilo. Estás deseándolo.

—Estaban en casa esta tarde.

—¿Haciendo qué?

—Merendando —miento y ella me mira con recelo durante al menos unos instantes para ver si puede sonsacarme algo más. Pero que siga soñando porque no voy a irle con el chisme, por muy mala mentirosa que sea. Primero porque es cosa de Liam, segundo porque no le importa y tercero porque ni siquiera podría pronunciar lo que vi sin enfurecerme hasta límites insospechados.

—Bueno, lo verás con varias, no creo que sea la única del mes.

Ya... pues podría metérselas por el trasero, y eso sí que lo estoy deseando.

Estamos en la puerta principal dispuestos a salir. Ana lleva en la mano un bollo con un agujero en medio y se lo está comiendo, dice que es un donut. No llego a comprender donde mete la comida con lo delgada que está. Si comiese lo que ella parecería una ballena.

—¿Quieres? —me pregunta.

—No, gracias. Parece un poco grasiento.

—Porque no lo has probado, está buenísimo.

Liam aparece en el último momento dispuesto a venir con nosotros. Dice que se apunta y Ana y Dani se miran perplejos. Por lo que parece es poco habitual que Liam vaya con ellos.

—¿Y eso? —le pregunta Ana.

—Se ha roto el plan —contesta él.

Claro, por interés.

—¿Qué plan tenías?

Hace una pausa. Está meditando qué contestar.

—Íbamos a ir al chulé de Jesús, pero tiene el móvil apagado. Y no voy a arriesgarme a acercarme, cuando lo más probable es que se haya puesto tan borracho que lo haya olvidado al completo.

—¿Vienes solo?

—Alex y Nerea vienen conmigo.

—Mientras no vengan ni el capullo de Roberto, ni tu Zorraida...

Liam pone los ojos en blanco y después me mira de reojo. Observa mi reacción, y yo la verdad... no sé si quiero que venga o mi deseo es tirarlo a lo más profundo de un pozo sin fondo.

Donde quiera que fueres, haz lo que vieres

Hemos ido a un restaurante a cenar y somos siete. Nosotros cuatro, la pareja amiga de Liam y una amiga de Dani, de nombre Andrea. Nos hemos sentado las chicas por un lado y los chicos por el otro. El olor a comida impregna mis fosas nasales. Qué hambre tengo.

Liam no deja de dirigirme miraditas y no sé qué se trae entre manos, pero intento ignorarlo, porque la furia me puede. Porque como empiezo a calentármeme la boca... Nerea está sentada a mi lado y me cuenta a qué se dedica. Es camarera y según ella ha de dar gracias, porque donde trabaja es de los pocos establecimientos que cierran domingo. Parece que con la que más cómoda se siente es conmigo o puede que al verme más callada, como ella, intente acercarse a la que cree menos involucrada del grupo. Hablamos, pero intento ser lo más cauta posible, porque como dijo Dani, no me gustaría parecer de otro planeta.

Después nos dirigimos a la playa. Sigue impactándome la manera en la que la gente va vestida, tan diferente a lo que conozco. Incluso he visto a un hombre subido en un trasto diminuto yendo a una velocidad desorbitada; *patinete eléctrico*, me ha dicho Ana que se llama. Yo simplemente anonadada me quedo.

No puedo entender que haya cambiado tanto la vida en dos siglos. Porque soy abierta de mente, si llega a venir mi padre pensaría que están todos locos. Aseguraría que esto es obra del mismo diablo quien ha convertido esto en un harén de pecadores o historias religiosas suyas que nunca he llegado a tomar en serio.

Una vez llegamos, me cuentan que es tradición hacer una hoguera y pedir deseos junto al mar. «No, por favor. Más deseos, no». Aunque estaría bien volver a mi tiempo, a ver si se cumple de una maldita vez. La playa está abarrotada de gente y no hay hueco donde ponerse. Me sorprende ver tanto gentío junto.

—Es allí —señala Ana con el dedo—. Tienen la hoguera hecha.

Son nueve personas, más nosotros siete; dieciséis, y no estoy de humor para estar entre una multitud. En principio, sus amigos me caen muy bien, aunque hay uno que no deja de agobiarme y me doy cuenta de que me está cortejando. Se llama Héctor. Según él, no tiene novia y soy muy guapa. Creo que va un poco borracho. Me pone una copa y bebo. Qué fuerte está, está imbebible.

Pone su mano sobre mi pierna y me gusta tan poco tal acercamiento que creo que estoy a punto de echar la bilis por la boca. Le aparto la mano con delicadeza y observo a Ana y Liam. Ella está hablando con un desconocido que tiene otra hoguera cerca y Liam está sentado junto a una chica muy guapa. Noto como me mira de vez en cuando. ¿Pensará que voy a robarle la toalla? ¿O seguirá incómodo por la situación tan salida de tono de hoy?

Héctor el agobiante vuelve a la carga, ahora pasa su brazo por mi hombro. Yo me quedo mirando su mano con precaución. Como se pase un poco, se la corto. Pájaros también había en mi época, eso no ha cambiado y sé cómo defenderme perfectamente de esa clase de hombre. Él, sin embargo, no se da cuenta de que me está molestando y sigue erre que erre. Y así, sin darme cuenta,

aparece Liam de la nada que me dice que quiere hablar conmigo. No sé cuándo ha sucedido, ni tampoco cómo ha venido tan rápido, ya que hace apenas unos segundos estaba sentado en la otra punta junto a la rubia nórdica.

—Ven conmigo.

Me ofrece su mano y me levanta de un salto, pero tira más fuerte de la cuenta y hace que medio tropiece con él provocando un no sé qué en la boca de mi estómago. Su aroma, su proximidad, el calor que emana su cuerpo...

—¿Estás bien?

Asiento con timidez y con el corazón a mil. ¿Qué me pasa? ¿Por qué me perturba tanto? Nos dirigimos hacia la orilla entre el abarrotado jolgorio y me quedo mirando la superficie del mar en calma y el reflejo de la luna sobre ella. El mar, la luna y las estrellas son lo único constante e inmortal de verdad. Esta imagen sí que la recuerdo, porque es similar a lo que conozco.

—¿Un poco pesado?

Y su mirada se dirige hacia Héctor que ahora está pegado a otra chica.

—Mucho. Te lo agradezco, pero ya puedes irte.

—¿Aún no me has perdonado?

Lo miro de reojo y vuelvo a dirigir la vista al agua.

—No tengo nada que perdonarte. Es tu casa y puedes hacer lo que quieras. Faltaría más.

—¿Y por qué no siento lo que me dicen tus palabras?

Levanto los hombros y le dirijo una mirada fugaz. Vale, voy a intentar llevarme bien con él. Él tiene derecho a hacer lo que quiera, es su casa y no tiene por qué darme explicaciones, y aun así me ha pedido disculpas. Está intentando arreglar la situación en la que nos encontramos (por su culpa, claro está) y a la luz de la luna no puedo negarme a él.

Está tranquilo y sonriente, algo poco habitual, porque hasta este momento solo lo había visto con el rostro serio e intratable y con alguna sonrisa sutil y espontánea e incluso irónica. Sí, es verdad, el otro día también estaba relajado, pero porque el vino nos había afectado más de lo que esperábamos. Hoy en cambio, no le he visto rellenar la copa más que la primera vez. Me cuenta que se sacó la carrera por su padre. A su padre le encantaba el mundo vinícola y tenía muchos contactos en esa esfera. Así que con dieciocho años cuando pensó a qué dedicarse, buscó información de una carrera y de otra.

—Me gustaba arqueología, geología, ingeniero agrónomo, algo que tuviese que ver con la tierra, pero no tenía claro el qué. Mi padre tenía contactos y aunque no hay muchas bodegas por la zona sabía que tendría trabajo nada más salir de la universidad.

—¿No hay muchas bodegas?

En mi época la zona alicantina estaba plagada de bodegas. ¿Habían desaparecido?

—En la Rioja, Andalucía, Castilla León, Extremadura y Cataluña son más numerosas. Aunque aquí tenemos excelentes vinos que no tienen nada que envidiar a los demás. Estamos en una zona rica en variedad: el chocolate de Jijona, los juguetes de Ibi, el calzado de Elche, la variedad Monastrell de denominación de origen alicantina...

Dani llega e irrumpe con esa gracia que él tiene. Me gusta porque es positivo y siempre ve el lado bueno de las cosas. Cuando hay algún problema, él disimuladamente desaparece, el conflicto se convierte en parte de los hermanos y cuando se soluciona, vuelve a aparecer. Y no sé por qué, pero me apetece abrazarlo y así lo hago.

—Uy que pelotazo llevas, hija.

—Yo también quiero abrazo de oso amoroso —corre Ana hacia nosotros.

—Vais a gusto, eh, putas, pero esta noche os gano seguro. Vengo con ganas y Ana sabe lo

esponja que soy.

Pelotazo, esponja... Hay muchas palabras que no comprendo en este contexto, pero ahora mismo no importa porque voy algo bebida. Y él me cae tan bien, es tan gracioso que me dan ganas de apretujarlo. Tiene veintiocho años, cuatro más que yo, pero parece algo menor.

—Eres el mejor de aquí.

—Lo sé. Soy divino y mira qué modelito llevo hoy.

Pantalón muy ajustado de color claro y camiseta oscura algo menos ceñida.

—Guapo, guapo —grita Ana.

Que si saltar el fuego, que si tirar pétalos de rosas al mar para ahuyentar lo malo y atraer lo bueno. Hago todos los rituales que me dicen, y mi deseo es el mismo: regresar a 1809 con los míos.

—Esta canción me encanta —grita Ana y comienza a bailar. Yo hago el intento de sentarme.

Mejor no hacer el ridículo con esta música extraña que escuchan hoy día, pero Ana y Andrea me sujetan de una mano y no me dejan escapar. Quieren que baile con ellas.

—No sé bailar esto.

—¿De qué género eres tú? —pregunta Andrea.

—Femenino —suelto una risotada.

La chica suelta una carcajada y añade:

—¿Qué música te gusta, tía?

—No sé... las jotas me gustan y la música de Fernando Sor, ah y algunas canciones como...

—Ella es más de música rural —interrumpe Ana enarcando una ceja.

Andrea analiza lo que le estoy diciendo y como lleva mínimamente la misma borrachera que yo, le cuesta... y es como si le hablase en otro idioma. Vuelve a reír.

—Ah, estás otra vez de coña.

Bebe otro trago y la imito.

—No solo la rural, también me gusta Beethoven y Haydn —digo en tono mordaz.

Ana me dirige una mirada que reconozco de inmediato. Me está diciendo que me calle pero ya, si no en pocos segundos la tendré agarrada a mi cuello y me cortara la piel en pedacitos. Vuelvo a recordar que no debo llamar mucho la atención. Pero Andrea me sorprende diciéndome que a ella también le gusta la música clásica. Me habla de Beethoven, de Mozart, de Haydn. Después pasamos a hablar de ópera y me alegro de que haya alguien con quien pueda hablar acerca de música que sí conozco. Me fijo en Ana, que sigue cerca de nosotras, pero ignorando nuestra conversación. Le quito el vaso y me bebo hasta el hielo.

—Te lo has bebido todo —exclama haciéndose la ofendida.

—Lo necesito.

Miro de soslayo a Liam y me percato de que nos está mirando. ¿Estamos haciendo el ridículo y por eso nos observa tanto? La desvía y sigue hablando con la chica, y yo necesito beber para olvidar lo de hace apenas unas horas, para olvidar su cuerpo poseyendo a otra mujer, para quitarme esa maldita imagen de mi cabeza. Maldita sea que sea el más guapo de toda la playa. Maldita sea que haya soñado tantas veces con él.

¡Maldito conjuro!

Lo sorprendo por detrás, e interrumpo su conversación con la chica. Me pongo de cuclillas apoyada a su espalda y le susurro al oído:

—¿Estoy haciendo el ridículo?

—¿Por qué lo dices? —dice con la cabeza ladeada.

Qué bien huele. No sabía reconocer su aroma, es distinto al de siempre, pero diría que de

fondo huele a sándalo o cedro, mezclado con su aroma natural, ese que me vuelve loca.

—No dejas de mirarme.

—Solo me fijo en que nadie se pase con vosotras y en que tampoco os paséis vosotras. Más que nada porque no vais en vuestros cabales.

—¿Qué eres un caballero? ¿Nos proteges?

Y pretendía que se quedase en un pensamiento, no que fuese capaz de decirlo en voz alta. Y es que el problema es que soy tan sincera, que el alcohol me pierde.

—Soy todo un caballero.

Hago el intento de levantarme, porque estoy de cuclillas, pero no aguanto mi peso y tengo la mala suerte de tropezarme y de caerme sobre él y sobre sus... Mi cara queda incrustada en sus partes bajas.

«No, por favor. Esto no puede estar pasándome».

Su acompañante me observa perpleja. Parezco una tortuga boca arriba más borracha que ninguna. Él me ayuda a reincorporarme, se despide de la chica y sujeta mi mano. Nos acercamos a la orilla y me siento en la arena como puedo. Él se sienta a mi lado. Me tapo la cara por la vergüenza.

—Solo te has caído —sonríe mostrando unas arruguillas en la comisura de sus ojos. He descubierto su sonrisa más sincera.

—Sobre tus... —lo señalo y me vuelvo a tapar la cara terriblemente avergonzada.

—Eres muy vergonzosa, ¿no?

—Es que no es una situación ni medio normal. ¿O es que en esta época son normales?

—¿En esta época? ¿Que eres de la edad media? —me pregunta con sorna—. Esas cosas pasan, sobre todo cuando llevas más copas de las que puedes soportar.

Ladeo la cabeza para la izquierda, luego derecha y aprieto los labios pensativa. Le cojo el vaso y me lo bebo de un trago.

—Y luego dices que no eres una ladrona —vuelve a sonreír y a fijar la mirada en el horizonte, en la luz reflejada en el agua.

—Puedes irte con la rubia nórdica —dirijo la vista hacia ella. Él se gira para ver a quien me refiero. Ni que no lo supiera —. Sí, sí con la guapetona esa —añado.

—No sé... es maja, pero no me gusta.

—Ya, porque eres un hombre exigente...

—No te creas.

—Sí que lo creo, si no estarías casado.

—¿Casado? —pregunta como si acabase de contar un chiste. Se está riendo y creo que es de mí.

—No sé... un chico, así como tú.

—¿Y cómo soy yo? —se pone serio.

Dejará de saber cómo es. Solo tengo que fijarme en como la rubia no deja de observarlo embobada. Seguro que también quiere yacer con él. Pero además, hoy he visto como varias mujeres se giraban para mirarlo de camino a la playa.

—Lo sabes. No seas vanidoso.

—¿Bailas conmigo?

—No sé bailar esta música.

—Yo tampoco —ríe.

—¿Entonces? —pregunto entre risas.

—¿Imitamos a los demás? —sugiere.

Echo un vistazo a parejas y a amigas que se culean entre ellas. Me rasco la cabeza confusa, frunzo los labios y entrecierro los ojos. Solo juntan los culos y lo mueven al son de la música, para arriba y para abajo. Niego y sonrío con timidez.

—¿No quieres?

Bebo un trago pequeño de la copa.

—Me parece un baile inapropiado.

Liam sonrío, junta los labios en una línea muy fina, ladea el rostro para fijarse en una pareja y me insta a que mire en esa dirección. El hombre y la mujer bailan algo separados, aunque no dejan de mirarse coquetos. Se toman de la mano, hace un giro improvisado, más parecido a lo que conozco y después ríen. Y no sé por qué, pero acepto la invitación. Creo que el alcohol ha ayudado a ello, ya que si no fuese borrachilla me hubiese negado; sigo cabreada con él. Sujeta mi mano, me mira fijamente y me da un giro rápido en el que por casi pierdo el equilibrio.

—Eh —me quejo.

—¿Qué?

La canción ha terminado y empieza otra.

«Me vuelvo loco cuando tengo tu cariño. Soy esclavo de tus besos, aceleran mis latidos... en mi desvelo, cada vez que yo cierro los ojos yo a ti te veo».

—¿Qué canción es esta? Me gusta.

—Ni idea, una de reggaetón. ¿Te has dado cuenta de que tu amigo nos sigue mirando?

—¿Qué amigo?

Entonces busco con la mirada a ese amigo mirón. Se refiere a Héctor. Pues sí que mira, sí.

—Parece interesado en ti.

—Pues que se desinterese —farfullo.

Sujeta mis manos y yo muevo el culo exageradamente a modo de chiste. Liam se echa a reír, pero en seguida cambia de expresión y vuelve a ponerse serio. Parece cómodo, aun así, noto cómo mantiene las distancias y eso me gusta, me hace sentir bien, o no... no lo sé. Intento imitarlo, ya que por mucho que lo niegue lo hace bien. Baila muy bien.

—¿De dónde eres exactamente? ¿Florida? —pregunta—. No tienes acento extranjero.

—Prefiero mantener el misterio. No quiero que una vez me marche vengas a mi casa a buscarme.

Sonríe, me da un giro y soy tan torpe bailando este baile extraño que le piso el pie. Se queja, pero sigue moviéndose.

—Ya te darás cuenta de tu gran error.

—¿Qué error?

—Pedirme bailar, por supuesto.

—Merece la pena cada pisotón...

—Ah, ¿sí? —sonríe y pregunto:—. ¿Tú no sales mucho con tu hermana, verdad?

—No, no mucho. Pero porque este rollo no va conmigo.

—¿A qué rollo te refieres?

—Ir a la playa a emborracharme. Hacer botellón por la calle. Salir de fiesta hasta que el cuerpo aguante...

—¿Y qué es lo que te gusta hacer? —pregunto.

—Hace dos semanas salí con unos amigos, pero en un reservado, de tranqui y a eso de las cuatro para casa. Soy más de día. Me gusta el deporte, el senderismo, viajar, leer. No me gustan los excesos, ya que nunca llevan a nada bueno.

—¿Por qué lo dices?

—No hace falta muchas explicaciones, con un ejemplo es suficiente. Mi hermana, borracha, fiesta, robo de un vino de doscientos años de historia.

Suelto una carcajada y me cojo a sus antebrazos para no caerme. Sí, puede que tenga razón.

Cuando me doy cuenta de que estoy cogida a él y que nos miramos a los ojos más cerca de lo que quisiera, me suelto con rapidez. Porque para él soy una total desconocida, pero yo llevo soñando con sus ojos desde hace más de una semana. Esos sueños que no tenían sentido y que tanto me perturbaban, pero que me advierten que mi corazón puede salir dañado. ¿Lo peor? Que no creía en nada hasta que los he visto sobre la mesa de la cocina y he sentido como si me latigaran el alma. Y el flirteo con la rubia nórdica también me ha fastidiado. Aún recuerdo lo que me dijo Tera: el sueño significa un nuevo amor. Maldita sea el momento en que deseé conocerlo. Maldita sea el conjuro. Le digo que me acompañe, quiero beber más. Quiero olvidarlo todo. Liam me sigue.

—¿Cuántas copas has bebido? —le pregunto.

—Esta es la segunda.

—Poquito.

—Moderadamente —me dice, hace una pausa y añade: —. ¿Sabes qué me pasa contigo?

Respondo «no» con la cabeza sin apartar la vista del vaso que estoy rellenando con alcohol.

—No sé... parece como si te conociese de antes —entonces me quedo inmóvil y le miro sorprendida con la botella en una mano y el vaso en la otra —. Sé que no... me acordaría de lo contrario —sigue diciendo—. Además que he hecho memoria y no llego a ninguna conclusión. Pero siento como si nos conociéramos de antes, como si no fueses nueva en mi vida. No sé... es extraño. ¿No te pasa lo mismo a ti?

Respiro con dificultad, dejo la botella en el suelo y bebo un sorbo que se convierte en la mitad del vaso. Madre mía... Tera, por dios...

—¿Me miras así porque te pasa lo mismo a ti?

No voy a mentir.

—Puede ser, aunque no tendría sentido.

—Sé que no tiene ningún sentido. Pero no puede ser casualidad si nos pasa a los dos lo mismo.

—No sé, Liam...

Parece que ha terminado la canción. Me quedo inmóvil pensando en lo que me ha dicho. ¿Él también siente esta atracción que siento yo? Pero entonces me fijo en una figura lejana. Hay un hombre entre la multitud que me recuerda a alguien. ¿Estoy viendo fantasmas? Me bebo lo que me queda de un trago, vierto el hielo en la arena y lo echo a la bolsa de basura. Intento afilar la vista, pero no consigo ver bien de tan lejos.

—¿Pasa algo? —pregunta Liam.

—Ese —señalo—. Se parece a Joaquín.

—¿A quién?

—A mi difunto marido.

Y sin darle tiempo a contestar, me dirijo hacia él. Y conforme más me acerco, más segura estoy que es él. No es que se parezca, es que es él. Cuando estoy demasiado cerca para evitar confusiones, corro y me lanzo a sus brazos. Y lo hago con todas mis fuerzas.

No me lo puedo creer. Es de carne y hueso. Tomo su cara entre mis manos y examino su cara, su piel. Está algo cambiado, pero es él. Y está guapísimo. Lleva la barba recortada de varios días y el pelo más largo de lo habitual. Tiene la piel algo más cuidada y bronceada. Cáspita, está increíblemente guapo.

—¿Qué haces aquí, Joaquín? Es un maravilloso milagro. Te he echado tanto de menos y resulta

que estás aquí, no has muerto. Dios mío... qué guapo.

Pero él parece perplejo. No aparenta entusiasmarle vernos tanto como a mí y eso me decepciona. Me quedo mirándolo y le doy un fuerte beso en la mejilla, pero él se aparta dejándome desconcertada. Me dice que me he equivocado de persona.

Me quedo inmóvil.

Porque no entiendo nada.

¿Qué diablos le pasa? porque una se equivoca de marido como la que se equivoca con las medidas de sal. Claro, como no hemos estado compartiendo cama durante tres años. ¿Está tonto o qué le pasa?

—Pero si soy tu mujer.

—Su novia soy yo y se llama Raúl —interrumpe una mujer muy guapa y morena—. Y puedes ir largándote si no quieres que te parta la cara.

Ana, Dani y su cortejo se acercan para ver qué pasa.

—Perdona, ha perdido a su novio y ahora todos le parecen él.

—Que es él, maldita sea —grito furiosa—. Tiene un lunar aquí, justo aquí y bien grande —me señalo un punto en el estómago.

Los dos comienzan a discutir. Ah, he dado en el clavo, ¿no? Si es que es él. Es su viva estampa por mucho que lo niegue. Lo que no entiendo es por qué no me reconoce. No es un hombre de mentiras y aunque estuviese con otra mujer me diría las cosas claras, no me ignoraría como está haciendo ahora.

—¡Que no la he visto en la vida!

Me quedo paralizada, me siento como si fuese un ser que está fuera de su cuerpo para observar una situación tan irreal como que estoy en otro tiempo. No entiendo nada. Es Joaquín, maldita sea, es Joaquín. Liam intenta tranquilizar la situación, ya que la mujer se lo está tomando muy mal y lleva unos humos encima que se las trae.

Y yo pienso que ya podría desaparecer del mapa, porque ya he visto todo lo habido y por haber en este mundo. Liam me tiende la mano, hay mucha gente mirando y yo necesito salir de aquí, con urgencia. No puedo respirar y comienzo a llorar desconsoladamente. Liam apoya su mano en mi hombro y me insta a que vaya con él.

—Vamos a casa.

Lo sigo, porque lo que más deseo es llegar y llorar hasta quedarme sin lágrimas. Miro el suelo abatida y con un nudo que me oprime. Ana quiere quedarse, pero Liam le ordena que vaya con él.

—Si aún no ha comenzado la fiesta —refunfuña—. Si se fuese sola te aseguro que la acompañaría, nunca la dejaría sola, pero ya vas a hacerlo tú en mi lugar. Solo, cuidala.

—Tú te vienes que vas peor que ella.

—Eres un aguafiestas y no pienso ir.

—Ana...

Ella se cruza de brazos y se niega. Comienzan a discutir, mientras yo me quedo envuelta en mis pensamientos, repitiendo en mi memoria lo que acaba de suceder. Intento asimilarlo. Intento comprender algo a toda esta locura.

—Sabes lo terco que soy y no voy a dejar que te quedes aquí con la que llevas encima, así que o vienes por voluntad propia o te llevo a la fuerza.

—¿Te crees super nani? —le grita—. Soy mayor de edad y puedo beber hasta perder el control. Y solamente eres mi hermano y un puto aburrido desde que dejaste de colocarte.

Advierto como Liam cambia de actitud y se cabrea. Parece ofendido, en sus ojos advierto dolor.

—Y tú una loca inmadura.

—Ah, habló el maduro...

Sujeta su mano y sin despedirnos la saca de la playa, yo los sigo. Dani ha decidido quedarse más tiempo. De regreso a casa, ambos no dejan de discutir, bueno, más bien es Ana, ya que Liam contesta con secos monosílabos. Siempre están igual y lo que menos entiendo es porque siguen viviendo juntos.

¿Qué es lo que ha pasado? Joaquín no me recordaba. No sabía quién era. Y yo que tenía asumido que no lo volvería a ver... Ahora que estaba levantando cabeza y había olvidado parte del dolor, veo una estampa del mismo que dice no ser él. Y el alcohol puede jugar malas pasadas, pero no nublaré la vista hasta considerar a un hombre desconocido como tu difunto marido. Siento como el alcohol va menguando, tengo frío y lo único que necesito es una cama para fundirme y no salir de ella jamás.

—¿Estás mejor?

—Era él.

—¿No podría tener un hermano gemelo que desconozcas? —le asoma una sonrisa tierna.

Y consideraría su idea disparatada si mi marido hubiese nacido en el siglo XXI, pero no, porque sería un hermano gemelo de doscientos años de diferencia. O un hermano gemelo que ha viajado en el tiempo como yo y eso sería ya demasiada locura.

Ana está durmiendo. Ha sido llegar y caer rendida; yo, sin embargo, no puedo dormir. No dejo de llorar. Liam no ha querido dejarme sola y estoy sobre sus piernas. Para mi consuelo no me molesta, no dice nada, solo acaricia mi pelo mientras yo me desahogo. Y le agradezco tanto el gesto, porque es lo único que necesito.

A buen amigo, buen cobijo

La noche no podría ser más perfecta.

Me encanta la concentración de personas, todos bebiendo y pasándolo bien, los puestos de comidas, el ambiente, los edificios tan altos, la iluminación.

Es la primera vez que piso Alicante capital -en este tiempo, me refiero-. El suelo está pavimentado, hay muchos coches, mucho estrés, mucha gente vistiendo diferente a lo que conozco. Me sorprende que haya cambiado tanto la ciudad en doscientos años, aunque doscientos años, son dos siglos, más de lo que parece. De 1600 a 1800 también cambió, aunque no tantísimo.

Cenamos unos bocadillos de salchicha y morcilla en un local que han montado en el centro para las fiestas. Nos sentamos los tres y en seguida llega una cuarta persona.

Me presentan a Fer, por fin; el ligue de Dani. Ayer apenas pudimos hablar. Llegó tarde casi para ver la escena que di en directo. El caso es que se están conociendo y me imagino que «conocer» se refiere a que han copulado. Hoy en día es un tema que se trata con total naturalidad y eso... ¿es bueno o es malo? No sé tendré que meditarlo con la almohada.

—Ella no es de aquí. Así que trátala bien y míjala —le advierte Dani en tono meloso.

Y al poco acabamos hablando como si nos conociéramos de toda la vida y siento que me gusta. Me gusta este chico. Cualquiera diría que le gustan los hombres, pues no parece afeminado como sí le noto a Dani. Y vuelvo a pensar en Liam, lo echo en falta y me gustaría que estuviese con nosotros. Se fue después de comer, sin dar explicaciones y me pregunto... ¿Habrá pasado la noche con Zorraida o con alguna de sus mujeres? De solo pensarlo me caliento. Maldita sea la bruja Tera.

Mi mayor problema son los sueños. No creo que sintiera lo que siento si no fuesen por ellos. Hoy he vuelto a soñar con él, después de haber pasado una noche pésima. Después de haber visto a mi marido muerto como si hubiese resucitado y que aseguraba no reconocerme. Pero no soñé con él, ni con nada referente a lo que pasó esa noche, no... volví a soñar con Liam.

Me dormí en sus piernas, me llevó a la cama o eso sentí cuando amanecí en ella tapada con una sábana. Me había lavado la cara del maquillaje. Me había quitado los zapatos.

¿Y el sueño?

Esta vez no fue un sueño lujurioso. Esta vez me decía que me quedara con él, que no lo abandonara. Que él era el definitivo. Me envolvía entre sus brazos y me besaba mientras una fuerza me arrastraba en sentido contrario alejándome de su lado. Y le veía la cara. Su cara ya no era borrosa. Desde que llegué a este tiempo la nitidez de su rostro ya es clara.

Y creo que basta, ¿no? Creo que ya es suficiente. En ningún momento me ha dado a entender que esté interesado en mí y yo en cambio no dejo de soñar con él.

Maldita sea. No quiero terminar loca por él. Porque yo ahora no dejo de pensar en él y él en cambio se ha ido a pasar la noche con otra. Trago saliva, cierro los ojos con tristeza e intento olvidarlo.

Las Hogueras me encantan. Son muñecos y figuras de gran tamaño hechos a base de madera, cartón y papel y se consideran una crítica a la sociedad. Las exhibieron hace días y hoy las queman. La primera que prende está en el Ayuntamiento y es aquí donde ahora me hallo.

Todos esperan el aviso para que la fiesta comience. Los bomberos son los encargados de controlar el fuego y hoy están aquí para permitir que los ciudadanos puedan disfrutar de este acontecimiento. Un hombre pone pólvora alrededor de la figura y espera una orden. De pronto, una lluvia de fuegos artificiales se lanza desde la figura iluminándose en el cielo y a los pocos segundos esta comienza a arder.

—Oh.

—Lo mejor viene ahora —me dice Ana.

Dani y Fer están muy cariñosos y se mantienen al margen del acontecimiento, que si una caricia, que si un beso en la mejilla. Ya no me perturba ver caricias entre dos personas del mismo sexo, creo que una se acostumbra a estas cosas. Me imagino que mi forma de proceder se debía al desconocimiento, porque tiene razón en que si hay afecto. ¿Qué más dará el resto?

Las llamas acaban por envolver la figura y las cenizas y el humo se alzan mostrando su esplendor. La figura se va deshaciendo inversamente proporcional a la pasión de la concentración de personas. El fuego se refleja en las pupilas de todos y yo me siento de ese modo, ardiendo por dentro. ¿Cómo puede ser que el fuego ofrezca tal calma? Ver como prende me relaja y hace que los sentimientos ardan dentro de mí dejando paso a un sentimiento de profunda paz. Es tan relajante... hasta que comienzo a escuchar gritos e insultos y hace que salga de mi ensoñación.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Ven, vamos con los chiquillos. Si no conoces esto, no eres alicantina.

La miro sin comprender.

—¿Tienes el móvil encima? —le pregunta a Dani. Él asiente y ella añade: —Al acabar te llamo.

Sujeta mi mano y me arrastra hacia donde la multitud se aglomera.

Canciones, voces, vítores e insultos se escuchan entre la gente. De pronto todos se ponen de acuerdo y al unísono cantan lo mismo.

«Agua, agua, agua». «Alcohol, alcohol, alcohol, alcohol, alcohol...»

Y yo me rio ante las ocurrencias de la gente. El cielo se llena de humo y cenizas. Los bomberos apuntan a lo poco que queda de la estructura de la figura para apagar el fuego. Ana se une a los gritos y a los insultos y me anima a hacer lo mismo, y aunque no cedo, no dejo de reír. Escandalosos y gritones son en mi época y siempre. Miro a Ana y agito la cabeza hasta que un chorro de agua me sorprende empapando mi cara.

—Pero, ¿qué...?

—Ahora empieza lo bueno.

La gente canta y ánima a que nos mojen más. Todos saltan y se divierten. Hay niños, jóvenes y mayores riendo y pasándolo bien. Al final acabo uniéndome a ellos en su fiesta. No quiero ser la única que se aísla, aunque eso sí, sin gritar, no me gusta hacerlo. Y una vez apagado el fuego, Ana sujeta mi mano con fuerza, tira de mí y sale corriendo, y sin soltarme me arrastra con ella.

—¿Dónde vamos? ¿Por qué corremos? ¿Hacemos ejercicio?

—Chute de adrenalina. Vamos a otra.

—¿A otra qué?

Y hace que me recorra las calles buscando hogueras para verlas prender y después mojarnos. Y creo que con un total de cinco ya es suficiente. He corrido más que en la guerra, pero esta vez por gusto y lo he pasado bien. Esta Ana está como un cencerro, pero le agradezco que me haya

obligado a venir, porque la experiencia ha sido maravillosa y ha conseguido que olvide todas mis penas. Después decidimos volver a casa, ella lleva todo el día fuera y dice que está cansada. Yo lo agradezco. Dani se va con Fer y nosotras pedimos un *taxi*.

—Yo creo que esa relación va a cuajar —me dice Ana.

—Se le ve buen hombre, ¿no?

—Sí, y me extraña porque normalmente le gustan los malotes, pero me alegro de que esté enderezando su vida. Bueno eso, si no huye antes.

—¿Quién? ¿Dani o Fer?

—Cualquiera de los dos. Dani es un cabeza loca y si alguien decente y buena persona se interesa por él lo desecha con una rapidez asombrosa. A Fer le veo con la cabeza bastante amueblada y no parece que sea el tipo de hombres que aguante tonterías.

—¿Y entonces por qué crees que van a funcionar?

—Un presentimiento. Parece el punto que complementa a la i.

Después de tomarnos un baño, nos metemos en la cama. Hablamos como hermanas, como hacía con Alicia cuando éramos pequeñas. Mi hermano Juanjo tenía su habitación propia, pues era el futuro heredero de la finca de mi padre y por tanto el privilegiado. Cada vez que me acuerdo de él y del poco trato que tuvimos la pena me ahonda. Me apena tanto que muriese tan joven. Ana me cuenta acerca de su última decepción amorosa.

—Decidió marcharse a Alemania a trabajar. Me dejó sin siquiera hablarlo y lo hizo con una frialdad asombrosa, ¿sabes? Un puto WhatsApp después de tres años de relación. Luego comenzó a subir a Instagram y Facebook fotos acompañado de mujeres en poses muy cariñosas, sabiendo que me seguía teniendo agregada y que podría estar sufriendo. Un día un amigo suyo me comentó que había vuelto a España después de nueve meses. Hace poco más de un mes vino a buscarme, que quería volver conmigo el muy gilipollas. Le pegué una patada en las pelotas, ¿sabes?

Suelto una carcajada.

—Esa es mi chica.

—Y como para fiarme de nuevo del amor falso de un hombre... porque si me llega a querer como lo hizo él, prefiero que no lo hagan.

Nos sinceramos y yo le cuento parte de mi relación con Joaquín. Fue una relación sana y cordial. Él siempre me trató bien, tuve suerte en eso. La mala suerte fue que muriese. Respetaba mis deseos, y aunque era más terco que una mula, me escuchaba e intentaba siempre ponerse en mi lugar. Era un hombre peculiar para la época, creyente en Dios, pero no en la Iglesia (aunque eso solo lo sabía yo), de ideas liberales, pero a la vez conservador. Deseaba con todas sus fuerzas tener una familia, pero yo no podía dársela.

—No tenía quejas sobre él. Bueno sí, me molestaba terriblemente que siempre comparase nuestra tierra con las extranjeras y que las demás siempre fuesen más «avanzadas» que las nuestras. Fue muy viajado, ¿sabes?

A nadie le amarga un dulce

Dani y Liam no han dormido en casa. De Dani no me importa, pero de Liam, sí. ¿Con quién habrá pasado la noche? No sé por qué me lo pregunto cuando es evidente que está con Zorraida. Estoy segura de que se habrán visto para terminar lo que yo les interrumpí y eso me tiene de un mal humor increíble. Mientras que yo no estoy de humor y Ana tampoco, parece esto la casa de las tinieblas. Ella porque no quiere ir a trabajar mañana, me comenta que el problema lo tiene con una que trabaja con ella.

—No me pagan tan mal, el horario no está tampoco del todo mal y tampoco me tratan mal, pero hay una compañera que me hace la vida imposible. Una celosa que va a por mí, pero es una lame culos del jefe y nadie puede decir nada malo sin que Antonio saque las uñas por ella. Creemos que se han acostado, a pesar de que está casado. El caso es que hizo desaparecer varios de mis informes y aunque no tengo pruebas tengo la certeza de que fue ella. La semana pasada me metió un virus en mi ordenador con la evidente pérdida de información y mi jefe obviamente me la lio. Así que estoy en el punto de mira de mi jefe, que, aunque no me trata mal directamente, creo que está bastante decepcionado conmigo.

—¿Y por qué te tiene tanto odio? —pregunto.

—Porque me lie con su novio, bueno ahora su ex.

La contemplo con severidad.

—Pero no lo sabía, me enteré después... ¿Tú crees que iba a liarme con un tipo sabiendo que su novia trabaja conmigo? No cago donde como. De todos modos, ella está siendo una hipócrita porque si está con mi jefe estaría acostándose con un hombre casado.

—¿Y no puedes conseguir pruebas de todo lo que te hace?

—Como no ponga una cámara apuntando a mi escritorio las veinticuatro horas del día, lo dudo.

Ana mete una pizza en el horno. Es una masa de pan redonda con ingredientes variados y aunque nunca lo he probado, sé que me va a gustar.

—Te voy a coger cita para el ginecólogo, dentista y médico, ¿vale?

No entiendo para qué quiere que vaya a todo eso.

—Irás a la consulta de unos conocidos que tengo porque como no tienes DNI, es la única forma de que te cojan.

Me asegura que es por salud. Que debo hacerme una revisión en la boca, una analítica de sangre e ir a que me vean mis partes.

—Es lo mínimo para vivir en esta época —me dice.

—¿Y quién me va a ver mis partes?

—Un ginecólogo.

—¿Un hombre? —pregunto con cierto apuro.

—El ginecólogo no lo conozco, el mío está de vacaciones. Pero el dentista es hombre y se

llama Roberto, y la médica Mercedes. No te preocupes, son buena gente.

—Solo me preocupa el de mis partes y es el que no conoces —frunzo el ceño y su cara muestra una mueca divertida. Sí, sí, ríete, pero como sea hombre, le va a ver sus partes quien yo me sé.

Por la tarde vemos una *película*, mientras hablamos y comemos palomitas. Ana responde más dudas que tengo sobre esta época. Al principio le presto atención, pero las horas van pasando y el mono precioso y libidinoso de Liam no aparece por casa. Y no quería preguntar por él, pero no aguanto un segundo más sin hacerlo.

—Seguramente esté con su ex.

—¿Con Zorraida?

Ella suelta una carcajada y asiente. Aprendes rápido, me dice.

—Seguramente esté con ella, aunque quien sabe...

Y la siguiente hora se me hace eterna. Intento ver el final de la película, pero mi cabeza no deja de darle vueltas a la escena de ayer y a las veces que lo habrán repetido entre ayer y hoy. Y los nervios se apoderan de mí. Cada ruido que escucho creo que es él, hasta que por fin llega y esta vez de verdad. Con el rostro serio y con pose arrogante nos mira, y aunque a veces es receptivo, no lo es en estos momentos. Hoy no logro averiguar nada en su expresión flemática.

—¿Y esa cara? Cualquiera diría que vienes de follar...

—Que te den, Ana.

Se fija en mí, me dirige un leve saludo con la cabeza y se encamina rumbo a su habitación. ¿Tanto esperar con el fin de qué? ¿De qué surja como el antipático del año?

Pensaba que las fiestas habían terminado, pero no, aún queda el concurso de fuegos artificiales que se ve desde la playa. Cómo les gusta la fiesta a los de esta época...pero a mí no me apetece ir. Además, estoy cansada de tanta pirotecnia.

—Vamos a tumbarnos en la playa, comeremos unos bocadillos y relajados veremos los fuegos artificiales. Va a ser de tranqui, yo mañana trabajo —me calma Ana.

—¿Y quién va?

—Dani y Fer. Héctor, Mario y yo.

—¿Héctor el pesado? —refunfuño.

No me gusta tener que resignarme a no cortarles su mano larga. Liam entra a la cocina y se acerca al armario.

—El otro día bebió demasiado, seguro que te cae bien.

—No la va a dejar en paz porque va detrás de ella —nos interrumpe y añade mientras pone la taza bajo la cafetera—. ¿O no le vas a contar lo insistente que ha sido para que vaya hoy con vosotros?

Ana agita la cabeza y le dirige una mirada recriminatoria. Le llama bocazas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Te he escuchado hablando por teléfono.

¿No estará intentando hacernos de alcahueta?

—¿No pensabas contármelo? —pregunto.

—Eres tan recatada e inocente que sé que te negarías a venir con nosotros.

Perdona, pero ni soy recatada, ni inocente. Que de tonta no tengo un pelo y si tengo que soltar una bofetada lo hago. Que he vivido una guerra.

—De inocente nada. Me gustaría ver como descuartizas a un pollo para comer...Cómo te defenderías de una violación, ver la muerte a montones. Ver a tu padre y tu marido en medio de un charco de sangre. Que antes has llorado porque en la película el león se ha comido a la gacela, y es la madre naturaleza —mascullo malhumorada.

Y observo como Liam me contempla anonadado. Creo que he hablado de más. Tanto lo de la muerte a montones, lo de mi padre y mi marido, como lo de la violación sobran. Pero es que me molesta que crea que debe protegerme como si no fuese capaz de hacerlo yo sola.

—Voy con vosotros, ya verás como de recatada tengo poco —frunzo el ceño.

—Yo también me apunto —sentencia Liam sin dejar de mirarme.

Una de cal y otra de arena

—Coge el vestido que quieras. Los tres de la izquierda son largos.

¿No dice que soy recatada? Voy a demostrarle lo contrario.

Porque solo soy de otra época, pero mi padre siempre me decía que era una rebelde y nunca me han tachado de inocente y recatada. Que papá me concertó una boda con un aristócrata endeudado al que le venía muy bien ganar una buena dote conmigo y yo con mi cabezonería me casé con quien quise, con un impresor que había empezado de cero. Tuve la suerte que mi padre siempre ha sido benévolo conmigo y aceptó, pero sí no, lo hubiese hecho igual. Nunca me he caracterizado por ser una persona tierna, recatada y obediente. Así que no me venga con esas.

Me he tomado un baño y tengo el pelo húmedo. Salgo corriendo para no cruzarme con Liam y llego a la habitación en cuestión de segundos. Retiro la toalla de mi cuerpo y me pongo unas *bragas* y un *sujetador* sin estrenar. Aún me escandalizo con la ropa interior de esta época. Hecho un vistazo a su armario y cojo un vestido rojo muy corto.

¡Me voy a poner, este!

Pero una vez puesto, me miro al espejo y me arrepiento de inmediato. No puedo ponerme algo así. Me río. ¿Cómo se puede poner esto Ana? Si entre llevar y no llevar nada, no hay diferencia.

—Nena, ese es un vestido de fiesta. Vas muy guapa, pero no es para ir a la playa —me dice.

—Solo me lo estaba probando.

—¿Me dejas elegir?

No sé si debería fiarme de ella, pero a regañadientes asiento. Le advierto que si no me gusta, no me la pondré.

—Confía en mí.

Me quito el vestido y se queda contemplando mis piernas con cierto estupor. Yo desvío la mirada hacia ellas. ¿Qué mira?

—¡Madre mía que de pelos!

Hago un mohín.

—¡Levanta los brazos! —le hago caso y los levanto con determinación.

—En las axilas no tengo casi pelo y los de las piernas son rubios.

—Se ven, se ven mucho. Túmbate ahí.

—¿Para qué?

Pero le hago caso y me tumbo. Me fijo como rebusca algo en el armario y saca una bolsa que contiene una especie de papeles. La abre y frota uno entre sus manos.

—¿Qué es eso?

—Esto te va a doler, pero para presumir hay que sufrir.

—Oh, no, no, no...

Me imagino lo que va a hacer... Me los va a arrancar con esos papeles. Me dice que se llaman bandas de cera y que arranca los pelos de raíz.

Lo pone sobre mi piel, frota y tira, haciendo que rabie del dolor.

La quiero matar.

Una lágrima se me escapa, una tras otra, al mismo tiempo que la insulto y la vuelvo a insultar. ¿De verdad tienen que hacer esto las mujeres de hoy en día? ¿Por qué? Pero lo peor viene cuando

me hace las ingles. Ahí duele mucho, mucho más. Después de media hora de sufrimiento, termina y la miro con odio.

—Este es un buen motivo para odiar a alguien.

Ella ríe sin parar. Encima le hace gracia a la muy bruja. Y con mi cara descompuesta del dolor, pregunto:

—¿Tú te haces esto?

—Cada tres semanas —me responde y levanta una pierna para que la vea de cerca—. Pero voy a comenzar con el láser el mes que viene.

—Entonces prefiero mi época.

Se mea de risa la condená. Y no tiene ni pizca de gracia.

—¿Prefieres la guerra a depilarte?

—Podría ser un perfecto método de tortura en mi época —le digo con humor.

—La primera vez duele más, luego te insensibilizas.

—Lo dudo mucho.

Y el vestido que ha elegido me gusta. No está nada mal. Me miro al espejo y me veo bien. Un vestido por encima de las rodillas, en tono azul oscuro. Los botones los lleva delante y son de color crema. Lleva una cinta que se ata a la cintura con un lazo. Cómodo, bonito y de esta época. Cuando regrese no pienso llevar más incómodos corsés, ni esa ropa interior tan grande y aparatosa, ni esos vestidos pesados, y los polisones... ni de chiste. Me confeccionaré mi propia ropa, mucho más cómoda, aunque eso sí... sin enseñar las piernas. De solo imaginar lo que dirían mis vecinos si me viese de esta guisa me carcajeo, sobre todo la Merche y sus amichuelas. Sería sumamente gracioso.

—Con el pecho tan bonito que tienes sabía que te quedaría estupendo. A mí me queda un poco grande de cintura para arriba, pero tú lo llenas —me dice.

Después me maquilla y me peina.

—Y tienes un pelo precioso que no luces con esos moños anticuados que llevas siempre.

Me miro al espejo y no puedo decir más que:

—Oh.

Me presta unas sandalias planas. Me vuelvo a mirar con timidez. No sé si me acostumbraré a enseñar las piernas. Pero cuando veo la cara que pone Liam al verme, solo puedo alegrarme de haberme dejado aconsejar. Que se aguante, porque sigo cabreada con él.

—Estás muy guapa —carraspea.

Estamos a solas en el salón a la espera de que Ana acabe. Lleva puesto unos pantalones oscuros que corta por encima de las rodillas y una camiseta gris de manga corta.

—Gracias, pero sigo cabreada contigo.

—¿No dijiste que me perdonabas?

—Eso te lo dije porque había bebido. Pero nunca te perdonaré que eligieses a tu «amiga» antes que despedirte de mí.

Y con la cabeza bien alta salgo directa hacia la cocina. Y sé que mis palabras le han dejado perplejo, pero es su problema, porque soy una persona sincera y si no le gusta que coma habas.

Poco después Liam aparece cargado con un pequeño maletín que mantiene fría la bebida. Dice que se llama *nevera de playa*. Yo llevo los bocadillos y tentempiés, y Ana las toallas y unos cojines. Aparca el coche en una cochera de pago y nos dirigimos hacia la playa.

Parece más masificado que las hogueras. Caminamos entre el gentío hasta encontrar el lugar adecuado. Ana saca el móvil para llamar a los chicos y Liam coloca las toallas, se quita las chanclas y se sienta. Saca tres cervezas y me ofrece una.

—Gracias —contesto casi sin mirarle.

—Están de camino —dice Ana tras colgar la llamada.

Ambos se ponen a hablar de cosas que no me incumben, de temas y de personas que ni conozco, ni me interesan. Yo no hablo, estoy callada, seria y mirando el límite del mar, ese corte que hay entre el mar y el cielo, al que alguno le llamó horizonte. Estoy disgustada y quiero que se me pase, y que hoy haya estado «con compañía» me calienta aún más.

Ana se levanta y agita el brazo para que Héctor y Mario nos vean.

Desde que el pesado ha llegado, así he bautizado a «Héctor», toda su atención se ha concentrado en mi persona. No me está cortejando, pero sabiendo lo que sé, preferiría que lo hiciese para así advertirle que no me interesa. Este exceso de amabilidad me abrumba.

—¿Me acompañas al coche? Se me ha olvidado algo —me pregunta Liam en un susurro.

—¿El qué?

—El móvil.

—Pero si te lo acabo de ver —respondo en tono comedido.

—¿Vienes o no? —pregunta con el ceño fruncido.

Parece que está perdiendo la paciencia y que quiere que vaya con él, y como tonta que soy me levanto para acompañarlo. Aunque lo que de verdad haría es patearle por cínico. Aviso a Ana antes de alejarnos juntos de la playa, pero creo que ha tomado la dirección opuesta al coche y así se lo digo.

—Quería hablar contigo —me dice.

—¿De qué?

—Quería pedirte disculpas por lo de antes de ayer.

—Ya me las pediste y olvídalo, se me pasará —agito la mano quitándole importancia.

—Siento no haberme quedado.

Asiento y hago el esfuerzo de tragar saliva. Tengo un nudo que me oprime. Él también parece nervioso.

—No quise quedarme porque... no quería despedirme de ti.

—Ya, de eso me di cuenta.

—Me refiero... a que me dolió que me dijeras que te ibas para siempre.

—No quisiste quedarte porque tenías otras intenciones.

—El plan lo hice después.

—¿Ósea que ni siquiera tenías plan? —pregunto ofendida—. ¿De verdad me estás diciendo que el plan lo hiciste después?

No me lo puedo creer. Liam agita la cabeza y se frota la nuca.

—No quiero que te vayas. Me jodió y punto.

—¿Te jodió? ¿Eso qué significa? —pregunto con los ojos entrecerrados.

Se queda callado, parece meditar lo que va a decir.

—Te he cogido cariño —dice al fin.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es como si mi hermana me dijera que se marcha para no verla más. Preferí huir, ¿sabes?

—¿Tu hermana? —pregunto—. ¿Cómo que tu hermana? —vuelvo a repetir confundida.

—No sé... lo que pasó con tu marido, todo lo que has sufrido me saca el instinto de protección de hermano mayor. No sé cómo explicártelo.

¿En serio me está comparando con su hermana menor? Pero como puede ser tan... tan... tan cretino. Tendrá el valor de comparar el amor de una hermana con el de una que acaba de conocer. Comienzo a reír con insolencia o por lo menos con esa intención para no mostrarle la decepción

que siento.

—¿Qué pasa?

No contesto, solo arqueo las cejas para volver a asimilar lo que acabo de escuchar. No tengo ninguna respuesta que darle, porque me he quedado realmente sorprendida. Me ha comparado con su hermana pequeña. Me doy la vuelta y me alejo dejándole con la palabra en la boca. Regreso a paso rápido y sin mirar atrás. «Que regrese solo», me digo. No pienso acompañarlo después de sus hirientes palabras. Es más, durante la cena me siento entre Dani (que ha llegado poco después) y *el pesado*, que lo prefiero a él.

Los fuegos artificiales son impresionantes, no tienen nada que ver con los que conozco. Ya había visto algunos cohetes de esta época, pero estos se llevan el premio. Menudo espectáculo de luces y de figuras de colores en el cielo. Es precioso. Estamos recostados en la arena con un cojín bajo nuestras cabezas, mientras el juego de luces rocía mis iris y se quedan grabados a fuego en mi mente. Creo que ahora mismo ignoro que estoy entre tantísima gente para vivir dentro de una urna de cristal. Y creo también que es lo más bonito que he visto nunca.

—¿Te gusta? —pregunta Héctor y yo asiento con evidente emoción. Se pone junto a mí y se queda mirándome a unos centímetros de distancia. Lo miro de reojo.

—¿Qué sucede?

—Sé que eres viuda y lo estás pasando mal... y a lo mejor no es el mejor momento, pero me gustas y me gustaría que dejases entornada la puerta de tu corazón y que algún día me dejases pasar.

No sé qué contestar. Así que parpadeo dos veces asimilando esta confesión tan fuera de lugar...

Le diría que no le voy a dar ninguna oportunidad, ni hoy ni nunca, que no me gusta, que odio como me mira los pechos continuamente. Que es horrible lo pesado que es. Además, en cuanto pueda y sepa como regresar a mi casa lo haré. Me gusta ser sincera, pero no quiero hacerle daño y luego está el hecho de que es amigo de Ana y tampoco quiero ser desagradecida y que se cabree conmigo.

—El otro día lo pasé muy bien contigo —añade.

—¿Por la escena que dí?

—No, para nada —sonríe—. Por la complicidad que tuvimos. Por lo de antes.

No sé a qué se refiere con lo de antes, si cada vez que se me acercaba huía, si hasta tuvo que venir Liam a socorrerme. Debería de decirle alguna de mis verdades. Hace tan solo un año que mi marido falleció, he pasado por mucho y no creo que esté nunca preparada para estar con alguien más. Pero con lo perseverante que es me contestaría: vamos lentos, no tengo ninguna prisa, podríamos ser primero amigos, siempre estaré para lo que necesites... Una mentira tan grande como los fuegos artificiales. Todos los hombres dicen lo mismo y más los hombres como él que no dejan de mirar los pechos a una mujer.

Liam interrumpe de nuevo para socorrerme, planta la toalla a mi lado y se tumba. ¿Instinto de hermano menor?

—¿Molesto?

—No, que va —responde.

Pero por el tono de voz y por el momento crucial que ha interrumpido, puedo asegurar que sí se ha molestado. En cambio, a mí, me ha salvado la vida.

—¿Nos bañamos? —pregunta Liam en tono serio.

—¿En el mar?

—Claro.

Se quita la camiseta y aparto la mirada cuando veo que se acerca a la mochila para ponerse el bañador. Luego se dirige al agua y me anima con la mano a que vaya con él. Mi cara es un poema y como lo sé, miro en dirección opuesta, no quiero que se dé cuenta de lo que suscita en mí. Ana, como suponía, es la primera en quitarse el pantalón y la camiseta para sumergirse en ropa interior. Puff... esta mujer no tiene vergüenza. Le sigue Mario, que parece bastante interesado en ella. Ya le sonsacaré información, ya... Dani, Fer y Héctor prefieren esperar fuera y yo no voy quedarme con la parejita y con el que «*le gusto*» para que siga en su plan de conquista. Dentro pensaré qué decirle sin destrozar su orgullo.

Si hiciese esta locura en mi época me acusarían de loca o de libertina, pero no estoy en mi época, ¿no? Además, miro a mi alrededor y no parecemos los únicos que han sucumbido al calor. Observo una pareja; puedo imaginar lo que estarán haciendo tan alejados de la orilla. También hay un grupo de jóvenes y algún padre en compañía de su hijo. Decido meterme con ropa. Meto los dedos de los pies para probarla.

—Está fría, muy fría.

Cuando levanto la vista, observo como Liam sale del agua con decisión, creo que se dirige hacia mí. ¿Qué hace? No, no, no... Me coge en volandas y me lleva mar adentro. Yo pataleo, me resisto, pero él hace caso omiso y acaba por zambullirme en el agua. Grito, le desafío y le pego. Está fría. Le gusta cabrearme y encima se ríe. Nos hemos alejado tanto de la orilla que nos encontramos en la misma línea que la pareja.

—Está oscuro. Vamos fuera —le sugiero con timidez.

—Eso por meterte con ropa.

—Es que no llevo bañador.

—¿Y qué? Sujetador y bragas. Ahora me vas a mojar el coche.

Pues no había pensado en ello, pero por nada del mundo me hubiese desnudado como Ana y la opción de quedarme fuera tampoco era viable. Podría poner las toallas sobre el asiento, cuantas más mejor.

Vuelve a sumergirme por sorpresa y yo rio sin parar. Consigo recomponerme y me doy cuenta de cómo me contempla. Qué contradictoria soy, hace unos minutos tenía frío y ahora una ola de calor atenaza mi cuerpo.

El agua es relajante, pero sus pupilas se reflejan en las mías y contradice mis sentidos, poniéndome tremendamente nerviosa. En las suyas se refleja la luna y en las mías no sé, pero juraría que él. Es tremendamente bello, más que en mis sueños. Hace la barquita y puedo observarlo desde cerca sin que se percate de lo que suscita en mí.

La luna se refleja en su piel. Su pelo mojado hacia atrás pero salvaje lo hace más bello si puede. Sus hombros son anchos pero perfectos. No hay nitidez solo puedo observar el contorno de su cuerpo y su ombligo en el límite del agua. Parece tener los abdominales duros, aunque no excesivamente. También percibo que tiene un tatuaje como los piratas.

—¿Qué pone? —señalo sus costillas y se mira el estómago.

—Es un trozo de una canción. Cada nuevo comienzo viene del final de otro. En inglés.

Me quedo pensando en el sentido de la frase. Para él tendrá significado, si no fuese así, no se lo habría escrito sobre la piel. Y si la analizo también parece que tenga un significado para mí. ¿Será este el comienzo de algo nuevo? ¿O me convertiré en otra persona cuando regrese con los míos? Desde luego que no veré el mundo de igual modo.

—¿Sabes inglés? —pregunto.

—Sí.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —parece que le hace gracia.

Pero yo no comprendo, porque a no ser que te vayas a vivir a Reino Unido no creo que sirva de nada. En todo caso el francés para la exportación comercial.

—El inglés es primordial, Pau. En mi trabajo lo es, sobre todo en el área comercial. Además, hay muchos turistas que realizan visitas a la bodega; alemanes, ingleses, franceses e incluso rusos.

—¿Y sabes ruso? —pregunto sorprendida.

—Solo inglés y francés.

Me cuenta que cuando cumplió los dieciocho (antes de decidir qué estudiar) se fue al extranjero a aprender idiomas en un tiempo sabático. Pongo atención en lo que me dice y pienso lo complicadas que son las cosas hoy día. Lo que en mi tiempo era básico, aquí es complicado y lo que en mi tiempo era complicado aquí no existe. No es algo cíclico, es algo lineal y finito. Para tener un trabajo has de tener estudios, saber idiomas, tener un coche para poder desplazarte. En mis tiempos te ponían de aprendiz desde bien jovencito y acababas por ser un profesional. Arrugo la frente pensando en lo irónica que es la vida hasta que Ana pega un grito para que vayamos con ella. Hago el ademán de salir, pero Liam me sujeta del brazo y yo me doy la vuelta para ver qué quiere.

—Siento lo de antes de ayer. Lo siento de verdad. Soy un capullo... También siento lo de antes...

—Es tu casa. Las disculpas tendría de pedir las yo...

Se queda callado, creo que iba a decir algo más, pero no le dejo terminar y me dirijo a fuera lo más rápido posible.

—¿Qué hacíais ahí dentro? —pregunta Ana con un retintín que no me gusta nada.

—Me estaba contando que vivió en el extranjero.

Antes de marcharnos fui sincera con Héctor, le dije que no podía ser. No me gustaba él, como no me gustaba nadie en estos momentos. -Supe que mentía-. Noté su decepción, pero me comprendió. Aunque obviamente dijo lo que esperaba oír, que me daría tiempo para que nuestra amistad se afanzara para convertirse en algo más. ¿Qué amistad? Si en total lo habré visto cuatro horas, en fin.

Me dirijo a la cocina y me encuentro a Liam desayunando en la mesa donde yació con su amiguita. Suspiro para calmar lo que me provoca recordarlo. Aunque me haya pedido disculpas, no sé si seré capaz de olvidarlo. Dani ha vuelto a dormir fuera y Ana se ha ido a trabajar sobre las ocho de la mañana. Lewis ronronea recostado en la silla junto a Liam, él lo acaricia y mira el *móvil*. Tiene un café a medio acabar sobre la mesa. Levanta la vista y me mira. Apaga el aparatejo y lo deja sobre la mesa.

—Te he hecho un chocolate.

Sonrí y asiento. Se le quedó grabado a fuego mi gusto por ese dulce en cuestión.

—¿Vas a correr todos los días?

—Solo cinco veces por semana.

—Vaya.

Me remuevo inquieta.

—Creo que yo no me he disculpado —le digo y él me mira confuso—. Ya sabes por la escena del otro día —sigue mirándome de igual modo, así que le aclaro—. La de mi supuesto marido.

Reconozco que el alcohol me jugó una mala pasada e hice tremendamente el ridículo... Ví un hombre que se le parecía y mi cabeza imaginó lo que quiso.

—No tienes qué pedir disculpas por cómo te sientes. Expresaste tus sentimientos, ni más ni menos. Y no creo que nadie piense que hicieses el ridículo, es más, no creo ni que se acuerden.

Ya, pero tú sí que te acuerdas y me gustaría poder borrarte la memoria. ¿Por qué eso no existe en el futuro? ¿No?

A pesar de que sea un canalla y que me haya hecho tener que presenciar una cópula en directo, me quiero justificar con él. Me están ayudando en todo lo que pueden y más, y se están portando conmigo como nadie ha hecho jamás. Y necesito que sepa cuánto valoro lo que están haciendo por mí.

—Gracias por todo.

—Tus ojos no me dicen lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Sigues cabreada.

—Ya se me ha pasado.

—Vuelves a mentir.

—Es verdad, estoy mintiendo —sonríó con timidez.

—¿Nos bañamos en la piscina?

—Mejor otro día.

De tales bodas, tales costras

Ayer Ana me acompañó al dentista. El sacamuelas me dijo que tenía la boca libre de caries y me hizo una limpieza bucal con un trasto que bien podría recordarme a otro método de tortura de mi época. Con la boca muy abierta, intenté quedarme lo más quieta posible mientras eso lijaba mis dientes como quien lija la madera. Yo siempre me los lavaba con trapos, infusiones y carbón, porque claro, seré de otro tiempo, pero a nadie le gusta que se le caigan los dientes. Así que, en definitiva, se sorprendió mucho porque solo tenía una caries, pero ningún diente empastado, ni encías debilitadas y solo me dio unos consejos de limpieza que he de acatar. He salido a mi padre en eso, con la edad que tenía, tenía unos dientes dignos de un jovencuelo.

Y en el ginecólogo más de lo mismo, me dijo que todo estaba bien. Cuando me enteré de que la médica era una mujer fue un alivio, porque ya le advertí que no iba a dejar que ningún hombre me tocara ahí abajo, por muy en el siglo XXI que estemos. La doctora me tomó una muestra y se la llevaron a analizar para ver si tengo posibles infecciones y mañana me darán los resultados. (Ana me tuvo que explicar de qué trataba todo eso). Pero me ha dicho que en principio parece todo correcto. Pues claro que estoy bien, no sé qué querrá que tenga, si solo he estado con un hombre.

Después hablé con Ana sobre algo que me inquietaba. No me gusta sentirme inútil, pienso que he de ayudarles, que tengo que trabajar en algo. Quiero ser útil y aportar, pero hay un hecho, una verdad incuestionable... y es que no sé hacer nada, todo es nuevo para mí y me da miedo no dar la talla. Es irónico que, habiendo pasado una guerra sienta miedo ante circunstancias que parecen tan normales, pero que quieres que te diga si así me siento. Ella me tranquilizó con las siguientes palabras:

—No te estreses, llevas cuatro días aquí.

—Es que no tengo estudios, ni sé idiomas y tampoco tengo coche. Y es lo que importa hoy día.

—No te enteras de nada de este mundo. Aquí no hace falta estudios, ni idiomas. Solo hace falta un buen enchufe.

—¿Un qué?

—Acostarte con un empresario, conocer a alguien que te pueda meter, tener contactos...

—¿Empresario? —pregunté con curiosidad.

—Patrón.

—Pues ni tengo contactos, ni nadie que me pueda meter y como comprenderás no pienso buscar un *empresario* con el que acostarme —frunzo el ceño.

Esta Ana y sus ideas disparatadas.

—Sí que tienes contactos. Tienes a Dani, a Liam y a mí. Seguro que sale algo, no te preocupes. El problema es el DNI, pero lo solucionaremos.

Mi Ana. Mi bendición.

Después, Liam me ha acompañado a recoger los resultados del médico de las partes: todo correcto, como esperaba. Luego, hemos aprovechado para acercarnos al mercado para comprar

algo de carne, pescado, frutas y verduras y llenar la *nevera*. Y estando allí, una añoranza me invade, pues es similar a lo que conozco aunque algo más limpio y cuidado. Frutas y verduras immaculadas y tan brillantes que no parecen reales. Olor a pescado fresco recién sacado del mar, libre de moscas e insectos. Liam me aclara que las manzanas brillan porque las enceran, para que así le entre por la vista al cliente y las compre sin pensar. Y yo hay cosas que no llego a comprender, porque las manzanas, manzanas son y entran por la vista, brillen o no.

—¿Qué piensas hacer de comer? —pregunta Liam una vez hemos llegado a casa.

Tengo las berenjenas abiertas por la mitad y pienso cómo hacerlas. ¿De atún, de verduras o de carne picada?

—Dani dijo que le apetecían berenjenas rellenas, pero nunca he hecho. No creo que sea muy difícil, ¿no?

—Si quieres te enseño como las hago yo.

Y se pone a mi lado a cortar verduras. Yo lo miro bastante sorprendida.

—¿Qué pasa? — me pregunta.

—¿Estás cocinando?

—Estoy pelando la verdura. ¿Por?

Observo que lo hace como si fuese un experto en ello y puedo asegurar que es lo más extraño que he visto jamás, y mira que últimamente me han pasado cosas difíciles de creer. Pero nunca había visto a un hombre cocinar con tal soltura y sé de primera mano que no le gustan los hombres, ya que aún tengo la imagen nítida de él empotrando a su hembra sobre la mesa, ahí justo en esa de enfrente. Venga pam, pam, pam. Quiero olvidarlo. Quiero olvidarlo.

—No hace falta que me ayudes. Puedo hacerlo sola.

Para de cortar y con el cuchillo en alto, me juzga con sus ojos lapislázuli.

—No sé... Es raro ver a un hombre cocinar.

—¿Raro, por qué? ¿Es que tu marido no cocinaba?

—¡Pues claro que no cocinaba!

—Ya... ¿Y la limpieza de la casa?

—Eso lo hacen las mujeres.

Deja el cuchillo sobre la mesa con extrema parsimonia. Reflexiona sobre algo que solo él parece entender. Chasquea la lengua y con evidente malhumor dice:

—Pues vete acostumbrándote porque me gusta limpiar y me gusta cocinar.

—Si me parece bien —exclamo y levanto las manos en son de paz—. Tampoco hace falta que te cabrees.

—Me indigna ese pensamiento.

—¿Qué pensamiento?

—Tan machista —me dice con desprecio.

Tampoco hace falta que me hable con ese tonito altanero, porque ni siquiera sé que significa esa palabra en este contexto. Primero que me lo intente aclarar y luego podré opinar.

—¿Pero tú vives en este mundo?

Venga... ya lo buscaré en *Internet*, porque me imagino que los diccionarios al igual que el libro de historia que me dejó los tendrá guardado en la habitación de los trastos en una caja sellada que no se ha abierto en años, porque el *ordenador* lo sabe «todo». Todo parece una tragicomedia y de chiste, pero no quiero pelear, es más, estoy de buen humor como para entrar en el trapo.

—Ayúdame y calla —le ordeno.

—No, no te ayudo. ¡Lo hacemos juntos!

—Como quieras llamarlo —le digo una vez he perdido la paciencia—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Y sin mirarme se concentra en cortar la verdura, para acabar por latigar con el cuchillo la pobre cebolla. Parece un asesinato en vez de un corte a la juliana. Yo lo miro estupefacta, con lo bien que las estaba cortando...

—Qué decepción —me dice.

—¿Que te he decepcionado por qué? ¿A ver? Eres el hombre más cambiante que he conocido nunca —agito la cabeza y cierro el horno con violencia. Me cabrea, me cabrea mucho y lo hace constantemente. ¿Y porque me afecta tanto?

—¿Tendré motivos para que cambie tanto de humor? ¿No crees?

—Pues no lo sé, porque como no me explicas un pimiento.

Pestañea entrecerrando los ojos.

—¿De verdad ves normal que una mujer deba dedicarse a las labores del hogar? ¿Tú? Con lo rebelde y lista que eres. Es que no me cabe en la cabeza.

¿Ha dicho que soy rebelde y lista? Sonríe para mí misma. Por lo menos no piensa que soy una niña inocente y recatada a la que hay que proteger, tal como piensa Ana.

Y sí, pienso que la mujer es la que debe de realizar las labores del hogar y no es porque el hombre deba trabajar y la mujer quedarse en casa, ya que en mi época también había mujeres trabajadoras. En fábricas, de modistas, de institutrices...

Es que en la casa manda la mujer y punto.

Me imagino a un hombre haciendo las labores y el desastre que supondría. Ropa descoloridas y arrugadas, comidas que irían directamente a la basura. Que no lo veo. Sería de chiste.

—Es la educación que me han dado ¿vale? y tienes que respetarme, al igual que yo respeto que seas tan liberal.

Se queda pensativo y veo como su vena deja de latir. Vale, está tranquilizándose y me alegro.

—Tú no respetas que yo sea «tan liberal». Te recuerdo que estabas muy, pero que muy mosqueada conmigo.

—Una cosa es que lo respete y otra muy distinta que tenga que ver una cópula en directo.

Se pasa la mano por el pelo en un movimiento inconsciente y por fin asoma una leve sonrisa en su rostro pétreo. Liam y sus cambios de humor.

—Tienes razón, perdóname. Tengo mucho pronto.

—Me doy cuenta de ello, ¡constantemente!

Me explica que los hombres y mujeres realizan las mismas labores en el hogar y ocupan casi los mismos empleos. A excepción de los trabajos de gran esfuerzo físico como obrero o similar. «Queramos o no, tenemos más masa muscular que vosotras, aunque siempre hay excepciones», me dice.

—¿Y quién cría a los niños?

—Los dos.

—Ósea que el padre ayuda a la madre en el cuidado del hijo.

—Que no es ayudar. Es aportar —refunfuña—. Los dos aportan en mayor o menor medida según sus posibilidades o empleo. Lo importante es llegar a un acuerdo. Sería muy triste perderse la infancia de un hijo, ¿no crees?

Mi cara debe parecerle un poema porque ríe sin parar y me gusta cuando lo veo tan relajado. A pesar de que, quizá, —muy probable— vuelva a meter la pata y su mal genio resurja de las profundidades de su ser.

—Me hace gracia porque no sé de dónde has salido. Eres tan peculiar.

—¿En el sentido malo o en el bueno?

—No sabría decirte —bromea conmigo.

Termina de cortar los pimientos y enciende la sartén. Lo observo y me doy cuenta de que me gusta, ese canalla me gusta de verdad y ese es mi maldito problema. Apartando todos los sueños e historias para no dormir. Normalmente ver a un hombre cocinando, pensaría que no es menos que extraño, pero es que él está guapo donde lo pongas: cocinando, de mal genio, sonriendo y bajo las estrellas. Es un hombre guapo, varonil, protector e interesante.

—Pues he salido de una zona rural, donde los viñedos eran parte de mi vida —retomo la conversación.

Su cara de sorpresa me provoca una carcajada. No le había comentado que he crecido entre viñedos y que no tendré sus estudios, pero puedo diferenciar su limpidez, su matiz, la calidad, su persistencia, sus aromas primarios, secundarios y terciarios si es que los tiene. Y podría diferenciar incluso qué clase de vino es. Y no se lo había contado porque no me había dado la oportunidad y también por temor a que preguntara más de lo que pudiera responderle, como que vengo del siglo XIX.

—Probé el vino con nueve años y desde entonces me he bebido mis copicas. Aunque muy de vez en cuando.

Despega sus labios de la boca de la cerveza para reír sin parar. Dice que le recuerdo a una pueblerina de la época de su abuela. Pues sí, realmente podría ser su tatatara o tatatara abuela, si lo consideramos literalmente, pero no... porque no es descendiente de nadie de la bodega, solo es un trabajador.

Liam está receptivo y entre unas cosas y otras acabamos hablando de comida y de los platos extranjeros que hemos probado, que los míos son nulos. Y no sé cómo, pero acaba por invitarme a cenar con él el sábado a un restaurante oriental que dice que le gusta mucho. Para mi sorpresa he aceptado su invitación y no sé por qué diablos lo he hecho. Cuando estoy con él me dejo llevar y meto la pata hasta el fondo. ¿Por qué él y yo a solas? ¿Para qué?

Dice que me ve como su hermana pequeña -que lo cierto es que no le creo-, pero si fuese verdad yo no lo veo de igual modo. A mí me gusta, me parece atractivo, me llama la atención y si bien estoy segura de que todo es por culpa de un conjuro y de unos sueños donde aparecían sus hermosos ojos azules (a parte de los sueños lujuriosos que quiero apartar de mi mente) no puedo evitar confundir lo que siento y que en el fondo sé que es falso. Todo es culpa de una bruja, de un maldito hechizo. No es amor, ni nada parecido. Es un maldito y estúpido conjuro.

Liam mira embobado mis labios, toma mi mano y enlaza sus dedos con los míos, haciendo que una especie de hormigueo me recorra el cuerpo. Me quedo inmóvil. Nos miramos fijamente y juguetea con nuestras manos enlazadas. Huele terriblemente bien. Sus labios se abren para decir algo, pero calla. No dejo de mirarlos, siento que me invitan a besarlos. No sé por qué, pero no me separo y él aprovecha mi momento de debilidad para atraerme más hacia su cuerpo. Sé que debería apartarme, pero algo dentro de mí me dice que no lo haga, que me quede a su lado.

LIAM

Me siento jodidamente atraída por ella. Es tan bonita que siento la necesidad de besarla, de abrazarla, de acurrucarme entre sus piernas, de darle el calor de mi cuerpo. Por muchos polvos que echáramos en una noche, no creo que nada calmase esta necesidad que tengo de ella. Sujeto su mano y enlazo nuestros dedos. Para mi sorpresa no se aparta, parecemos igual de exhaustos ante estas raras sensaciones que nos mueven. Trago saliva y en un impulso pongo su cuerpo al ras del mío. La tengo sujeta por la cintura y con la otra acaricio un mechón de su pelo. Sus ojos siguen la trayectoria de mi mano, respira con dificultad, después me mira con la respiración entrecortada y tiembla, tiembla mucho. Me arriesgo y le robo un tierno y delicado beso. Ella en un principio no reacciona, pero me doy cuenta que abre su boca y deja que mis labios y mi lengua invadan la suya.

Oh, Dios mío que bonita que es y como besa. El corazón se me acelera con solo su contacto. Nunca había sentido algo así por nadie. Nunca nadie me ha hecho suspirar de este modo... Reacciona, se aparta, pero siento la necesidad de volverla a besar, de volverla a sentir. Así que vuelvo a sellar nuestros labios con delicadeza. Pau deja que hunda mi lengua en su boca. La atrapo por la nuca con una mano y con la otra sujeto su mentón, para sentirla mejor, para hacerla mía, pero de pronto se aparta, refunfuña, se cabrea y me suelta una bofetada que me deja totalmente descolocado.

—¿Crees que soy una ramera? —me suelta.

En un principio no sé qué responder... Me he quedado blanco y atónito, y necesito unos segundos para poder reaccionar. Pero en seguida la indignación se apodera de mí. ¿Pero qué coño...?

—¿Por un beso? —pregunto alucinado y me toco el punto caliente de mi mejilla, ahí donde aún siento su tórrida mano estampada en mi cara.

—No sé cómo te has atrevido —farfulla.

—Y yo no sé de dónde coño has salido. ¿Ahora por un beso me merezco una hostia?

—No digas groserías.

—Si no querías nada conmigo te apartas como una mujer normal y me dices que no te intereso —me quedo callado un instante, pero no me pienso callar, le voy decir lo que pienso de ella —. Pero que no me engañas, tú querías que te besara. Has dejado que lo hiciese, es más, has deseado que lo hiciese...

—¿Qué yo qué...? ¿¿¿Qué yo qué???

Se ha puesto casi morada. Está enfurecida, así que sé de inmediato que me la va a liar y pienso que esta mujer está como una cabra. Me da una de cal y otra de arena y sí, al final ha explotado porque de pronto me insulta con sus modales de mujer santurrón, cuando ni ella misma se cree ese papel. Que si libertino, que si salido.

—Y no te digo más cosas porque... porque...

—Tranquila que ha sido un puto error y no volverá a pasar.

—Fuiste tú quien me dijo que me veías como una hermana pequeña. ¿A tu hermana le metes la lengua hasta el fondo? Ah, y por cierto ¿qué te piensas que te puedes acostar con todas las que se

te crucen? En menos de una semana dos. ¿Y quieres sumar tres? ¿Esto es un concurso para ver a cuántas te llevas a la cama? La Zorraida, la rubia nórdica de uno noventa y, y, y yo.

Está temblando, las mejillas y las orejas se le han puesto rojas, el pintalabios se le ha esparcido alrededor de sus labios, e incluso así, está bonita. Pero eso no quita que esté molesto y dolido por lo que acaba de suceder, por su agresiva y descabellada reacción ante mi beso.

—Ni se llama Zorraida, ni tengo una rubia nórdica de uno noventa y dí la verdad, estás celosa.

—¿Que qué...?

—¿Por qué si no me reclamas que salga con mujeres? A ver, di.

—Yo no te reclamo que estés con nadie. Por mí como si penetras a toda la ciudad. Trescientos treinta mil habitantes, creo haber leído. Pongámosle que un tercio sean hombres, otro tercio niños y el resto mujeres. Ya quedan ciento diez mil. Dos tercios casadas equivale a... treinta y seis mil. Así por poner...

¿Qué me está contando la loca esta? ¿Ahora me sale con estadísticas inventadas?

—Doce mil doscientas veintidós mujeres quedan para acostarte con ellas —ese es su veredicto —. Si quieres te las busco por internet —añade.

Me quedo mirándola sin saber qué decir. Es que me ha dejado sin palabras... pero eso sí, la indignación no ha menguado en mí. Y es mi casa y hago lo que quiero. Más cuando tú me abofeteas por un beso, después de que me has dado pie, después de que has abierto la boca para que mi lengua jugara con la tuya, después de haberme entregado tu sabor para después arrebatármelo sin contemplación.

—Es mi casa y me acuesto con quien me sale de los huevos —le digo lo más tranquilo que puedo.

—¿Eso es todo lo que piensas decir?

—Pues sí es todo lo que tengo que decir y no tengo por qué darte explicaciones de nada. ¿Comprendes? Me despido, miss princesa.

Le hago una reverencia, me doy la vuelta y me dirijo a mi habitación a paso rápido. No sé si estoy cabreado o decepcionado. No soy un niño que suele fallar en las señales que una mujer manda a un hombre y sé que entre nosotros hay química. MUCHA QUÍMICA. Y por supuesto que no la veo como a una hermana.

Reflexiono. ¿Cómo la voy a ver como a una hermana si lo único que deseo es follar con ella, como un adolescente salido? Y aun después de haberme abofeteado con todas las ganas del mundo, me voy igual de duro que cuando nuestros labios habían encajado en uno. Tan suaves, tiernos y con ese aroma o feromonas o lo que quiera esta mierda llamarse que tanto me enloquece.

Pero sé que no solo deseo acostarme con ella, deseo mucho más, deseo olerla, tocarla, abrazarla, besar lentamente su cuerpo, deshacerme con ella... la deseo para mí. Quiero que sea mía. Quiero ser suyo. Quiero fundirme con ella. Mierda.

Pero si ella quiere que la ignore, lo tendrá. Si ella quiere jugar conmigo, jugaré yo también. Porque bien que me pide explicaciones, pero luego me abofetea con todas sus fuerzas cuando intento besarla. Bien que me trata como si fuese un mujeriego, pero luego me busca más de lo que cree. Y sé que tiene celos, no hay nadie mejor que yo que conozca el significado de esas palabras. Así que te den, que no eres la única en el mundo, como bien dices, hay miles más y no tienes por qué ser tú. Tampoco te creas tan especial.

A lo hecho, pecho

No me siento orgullosa del modo en que lo traté, pero menos me gusta que me ignore y me ningunee. Quizá un beso no sea para tanto, pero es que no estoy acostumbrada a este tipo de libertades y que se lanzase de ese modo y saber que me gustó... me desconcierta. Sí, eso es lo que más me molesta, que me gustó, me gustó mucho, y a tan solo un año de que mi marido falleciese. Ya no solo son sueños... ya he pasado el límite que no quería pasar.

Soy mala persona, porque siento la necesidad de estar con él. Y conforme pasan los días más enfadada estoy. No quiero sentir nada por él. No se merece nada. Pensé en pedirle perdón, estaba decidida a hablar con él, porque no entiendo como hemos podido llegar a este punto. Pero el viernes se fue a trabajar y después se encerró en su habitación sin dirigirme la palabra. El sábado canceló la salida que teníamos pendiente, se fue por su cuenta y no apareció hasta el domingo. Y el lunes volvió a dormir fuera. Las noches pasadas creí haber alcanzado un nivel más profundo de intimidad, y el muy canalla desaparece con ella o con otra, me da igual con quien, cuando hace apenas unos días me besó. Pero claro para él la intimidad no significa nada. ¿Y pretende que vaya a pedirle perdón después del comportamiento tan ruin que está teniendo conmigo?

—Tu hermano es un auténtico gilipollas —le digo a Ana desde lo más profundo de mi ser.

Admito que la palabra gilipollas me ha gustado y está hecha para él. Voy a aprender los mejores insultos de esta época, voy a convertirme en la peor malhablada para decirle todo lo que pienso de él.

—Mira qué rápido aprendes palabrotas —me contesta, pero no soy capaz de sonreír. Me pregunta por qué estoy cabreada con él y contesto una verdad a medias.

—Es muy tajante conmigo.

—No le hagas caso a mi hermano, sabes cómo es.

—Ya...

Se fue el lunes al medio día y es miércoles por la noche y aún no ha regresado. Ana ha intentado localizarlo mil veces sin éxito y ya cabreada le manda un mensaje al móvil. No sé qué le ha dicho, pero inmediatamente él llama. Pongo el oído. Cojo en brazos a Lewis. Es tan dócil mi bello gatito naranja.

—Ya me has escuchado. O vienes ya, o llamo a papá.

—No, no me fio de ti.

—Vale, no tardes.

Treinta y tres minutos después llega a casa. Las once y cuarto de la noche. Comienzan a discutir, pero yo no salgo de la habitación. No quiero verlo. Y tampoco logro entender lo que dicen porque se han encerrado en la habitación de los trastos, donde dormiría yo si no me hubiese negado a dormir sola.

Nos pasamos un par de días más sin dirigirnos la palabra. Él se dedica a ir del trabajo a casa. Viene lo más tarde posible, sale a correr y vuelve a encerrarse en su habitación hasta que llega de

nuevo la hora de ir a trabajar. Como es ordenado, limpia o hace las tareas lo antes posible, a eso de las siete de la mañana, antes de salir a correr y por lo tanto antes de que yo me levante, y sé que lo hace para no cruzarse conmigo.

Si coincidimos durante alguna comida, me habla lo justo y necesario, y me tiene cansada esta situación. Hoy sábado 6 de julio, estamos sentados a la mesa y le comento a Ana las ganas que tengo de ir a la iglesia a confesarme. Necesito que Dios calme esta melancolía que siento y que aún tenga piedad por mi falta de fe en él. Quizá todo esto sea una prueba —una detrás de otra—. Liam se atraganta con la comida, haciendo que la mesa calle al completo y nuestras miradas se dirijan hacia él. Una vez se recupera suelta una turbia carcajada.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—No es de tu incumbencia —me responde con displicencia.

—Sí que lo es, cuando te ríes de algo que he dicho yo.

—Mi hermano no cree en Dios—interrumpe Ana.

—No me río por eso en concreto, pero... ¿Acaso tú crees, hermanita?

—Creo que algo hay, aunque no pienso que tenga la iglesia nada que ver —contesta Dani—. Y tu hermana creo que piensa igual.

—Sí, pero cada uno puede creer en lo que quiera.

—Madre del amor hermoso, estoy entre pecadores —me santiguo —esto es una prueba de fe segura.

Y realmente no sé por qué digo esto cuando mi marido tampoco creía en la iglesia y ni siquiera me importaba. Pero creo que últimamente estoy muy susceptible con todo lo que ocurre a mi alrededor, desde que el maldito Liam me trata con ese desprecio y desde que estoy en este tiempo sin saber qué he hecho para merecérmelo.

—¿Se puede saber de dónde has sacado a esta tía? —pregunta con un deje de fastidio.

—Yo no soy tu tía, así que un poco de respeto —respondo yo en un deje de: tengo ganas de que te reviente la cabeza. Porque no entiendo a este hombre de personalidad tan volátil.

—¿Respeto? Perdona miss princesa católica —pone énfasis en católica.

—Y deja de llamarme así.

—Déjala ya. ¿Vale? No empieces —le increpa Ana.

Liam suelta un bufido.

—¿Te acompaño esta tarde a la iglesia? —me propone Ana para zanjar el tema.

—Gracias —contesto y no hablo más durante la comida.

Esa misma tarde coincidí varias veces con él. Me seguía evitando, yo tragaba saliva cada vez que nos cruzábamos, no sabía qué hacer, pero no iba a ser menos e hice lo mismo que estaba haciendo conmigo. El domingo más de lo mismo, menos mal que me fui con Ana y Dani a casa de Andrea a hacer una barbacoa y no estuve con él, y aun así lo eché de menos, con todos sus desprecios. Pero hoy ha sido horrible, ha vuelto a traer a la Zorraida y ahora están encerrados en su habitación. Y vale que es guapo, alto, fuerte, tiene un pelo castaño brillante y unos ojos azules e insondables, pero es un engreído, un estúpido, un canalla y un... Estoy en la cocina bebiéndome una infusión de melisa, cuando aparece la mujer con sus poses seductoras que bien podría recordarme a la misma María Antonieta, reina guillotizada de Francia.

—¿Quiere desayunar? —pregunto algo incómoda. Ella asiente.

—Ponme lo mismo que tú. Soy Soraya, la novia de Liam. Siento lo que tuviste que presenciar el otro día, pero hay confianza, ¿no? —me dice con ironía.

¿Confianza, por qué? ¿La novia? ¿Novia desde cuándo?

—Sé que está bueno y que vas detrás de él, pero es mío. ¿Lo entiendes?

Yo me quedo con cara de... ¿Es usted tonta o qué le pasa?

—¿Eso le ha dicho él?

—No, eso lo veo en tu cara de envidiosa.

Sus palabras hirientes me dejan aturdida más de lo que quisiera. ¿De verdad tendré cara de envidiosa? Sé que soy un libro abierto, pero... ¿tanto?

Liam sale de la ducha sin camiseta, lleva puesto un pantalón vaquero largo. Está mojado y se frota la cabeza con una toalla. Aún no lo había visto sin camiseta, bueno sí, miento, en la playa, pero a oscuras, no a plena luz del día mostrando la anchura de su pecho y su estrecha y gloriosa cintura. Atisbo algo de vello entre los pectorales y algo más frondoso en la línea que desciende desde el ombligo. Qué poquito pelo tiene. Mi marido tenía el pecho lleno de vello y no tenía tal cuerpo. Válgame dios. ¿Por qué tiene que ser el hombre más bello que he visto nunca? Quiero volver a mi tierra, no quiero estar más tiempo aquí. Me iría a cualquier lugar donde no tuviese que soportar esta tortura.

Inmediatamente me olvido de todo para centrarme en la imagen más dolorosa que voy a tener de por vida. Incluso más doloroso que cuando los encontré en pleno coito sobre la mesa de esta cocina. Ahí aún no sentía lo que siento ahora por él. Le está metiendo la lengua hasta el higadillo y delante de mí. La mujer parece perpleja y entonces Liam clava con rabia sus ojos en mí. Ella en cambio lo mira satisfecha. ¿Me mira él con rabia a mí? Le pegaría otra bofetada por cínico, pero cojo mi taza y me voy irritada, cabreada y enfurecida...

—¿Te vas ya? Quédate con nosotros a desayunar —me dice el muy estúpido.

Le contesto con una negativa brusca y me marchó a paso rápido.

De rabo de puerco nunca buen virote

Después de lo de ayer, me niego a revivirlo de nuevo. No quiero cruzarme con él ni en pintura. Así que de buena mañana, después de un baño y un buen desayuno salgo de la casa escopeteada. Son las ocho menos diez. Sé que él regresa de correr entre las ocho, ocho y media. Después iré un rato a la iglesia, hasta la hora de comer, en el que solo me cruzaré con él un par de horas.

Y mis sueños por él no disminuyen. Y me levanto empapada y con mi ropa interior demasiada húmeda para mi gusto. Aghhh. Aghhh. Gritaría, patlearía, gruñiría y haría añicos el conjuro. ¿Por qué? ¿Por qué tuve que pedir aquel estúpido deseo que me lleva por el camino de la amargura? Me va a volver loca.

Me acerco a un parque y me siento en un banco exhausta. Personas juegan con sus perros a tirarles la pelota. Hay tantos extranjeros como residentes. Aspiro el aire... Qué bien huele.

Venga... vamos a relajarnos. Huele a pino. Los rayos de sol acarician mis mejillas y a pesar de que es verano y debería tener calor, la brisa me abraza y es maravilloso. También es verdad que aún es pronto, a las doce de la mañana veremos a ver qué tiempo hace.

Estiro las piernas sentada en el banco, me relajo y creo que me quedo profundamente dormida porque lo siguiente que escucho es la voz de un hombre despertándome. Gracias a dios ahora no he soñado con él. Mis ojos entrecerrados por el sol enturbian mi vista. Pongo la mano para tapar el acuciante resplandor y ver de quien se trata. Percibo una ropa extraña, como de autoridad, como del gobierno y concibo que es la policía. Los nervios se apoderan de mí.

—¿Está bien? —pregunta.

—Ah sí. Lo siento. Solo, me he quedado dormida.

Me levanto como puedo, me enredo sobre mis propios pies, me tropiezo y tengo que hacer un esfuerzo por no caerme al suelo.

—¿Me enseña su DNI?

—¿Mi qué?

—Su documento de identidad.

Me toco los pantalones buscando algo imaginario, que sé que no existe. ¿Qué hago? ¿Qué le digo?

—No lo llevo encima... se me ha olvidado en casa.

Dice mi boca así sin pensarlo. Porque si lo pienso me pondría a llorar como un bebé. ¿Me meterán en la cárcel por estar indocumentada?

—Me dice su número identificativo.

—No me lo sé.

—¿Cómo puede ser que no se lo sepa?

Levanto los hombros.

—¿Su nombre? ¿O tampoco lo sabe?

Lo primero que se me pasa por la cabeza es mentir y como sé que lo hago de pena, sé que me

van a pescar. Últimamente miento más que hablo y no me gusta. Dios ayúdame a no ir a la cárcel y así sin pensarlo le echo el muerto a mi queridísima...

—Ana Ayala Tena.

Observo como apunta algo en un papel y se aleja. Estoy nerviosa, no sé a qué atenerme. Cuando regresa, le pregunto:

—¿Es un delito dormir en la calle? ¿He hecho algo malo?

—No. Pero si es una infracción no ir documentada. ¿Tiene alguna manera de corroborar su identidad?

—Mi hermano está en casa. Podrían acompañarme y...

Tiemblo, tiemblo mucho.

—Nos tendrá que acompañar a comisaría. Desde allí avisaremos a su hermano, para que se persone con la documentación pertinente.

Ojalá se ralentizara el tiempo para que no llegase nunca el momento de morir. Liam me va a entregar al matadero, lo sé, no se apiadará de mí, dirá que no me conoce de nada y me entregará. Y con lo que desea mi muerte, este será su momento de gloria. Estoy nerviosa, con el corazón acelerado, hasta que lo veo acercarse en busca de alguien. Mira a un lado y al otro, me imagino que espera encontrarse con su hermana. De pronto me ve y fija sus intensos ojos azules en mí.

Levanta una ceja y le dirijo una mirada de súplica, a ver si así logro que se compadezca de mí. Rezo para que no me delate y para mi tranquilidad no lo hace. Le entrega unos documentos. La policía los mira, usa el ordenador para no sé qué y me dice que está todo correcto y que puedo marcharme. Así de rápido.

Y no lo entiendo, porque a pesar de que las dos tenemos la misma edad y el mismo color de pelo, no nos parecemos en más. Quizá al ser una identificación rutinaria y no haber cometido delito alguno, no me han tomado muy en serio.

—Muchas gracias —digo avergonzada una vez salimos de comisaria.

Me mira escéptico. No contesta.

—¿Vas a seguir tratándome mal?

—Quiero saber en qué lío estás metida.

—¿Cómo?

—Es evidente que estás metida en algo, de lo contrario hubieses enseñado tu DNI.

—No tengo documento que enseñar...

—¿Eres una indocumentada?

Asiento con timidez.

—¿Una inmigrante ilegal? ¿No?

Levanto los hombros sin saber que contestar y para mi sorpresa no insiste. Yo me siento española porque lo soy; sin embargo, al mismo tiempo me siento extranjera...

—Gracias por no delatarme.

—No tenía elección.

—Sí, la tenías. Podrías haberme entregado y hubiese salido de tu vida de una vez y para siempre.

—Bueno... no creo que en este país te echen por ser una ilegal. Aunque, no quiero arriesgarme a sacarte de mi vida. Quiero que estés en ella, siempre.

Sus palabras me desconciertan. Le preguntaría a qué se refiere, pero no quiero estropear el momento. Evito entrecruzar nuestras miradas, porque por mucho que quiera no puedo odiarlo, solo consigo querer tenerlo más cerca de mí. Quiero abrazarlo. Quiero besarlo. Lo quiero todo de él. Sí, todo esto de alejarme de él es una pérdida total de cordura y de tiempo.

—¿Dónde has estado esta mañana? —me pregunta.

—Iba a la iglesia, pero me quedé dormida en el parque.

—Me sorprende que seas tan católica.

—No soy tan católica como crees. Creo que he perdido la fe, ¿sabes? —le digo y me quedo embobada mirando un punto imaginario, después añado: —. Pero últimamente es lo único que me queda. A pesar de tener a Ana y a Dani, me siento muy sola y es como mi manera de acercarme a los míos y a la verdad.

—¿A la verdad?

—Quién soy. No lo tengo muy claro.

—Paula. Tú misma, una gran mujer.

Este hombre tan cambiante... agacho la cabeza y miro a través de mi ventana con una mueca de decepción.

—Me sorprende que digas eso tú, que tanto me odias...

—No te odio, Paula —me sorprende posando su mano en mi muñeca. La aparto incómoda, porque no creo que sea lo mejor ni para mí, ni para mi voluntad.

—Está claro que lo que sientes por mí no es dicha.

—Me pegaste una bofetada con la mano abierta —se queja, ¡como si tuviese razón! —. Se me quedó tu mano grabada a fuego durante días. Si te parece te lo agradezco.

—¿Por eso estás resentido? ¿Todo tu rechazo es porque sientes que he insultado tu hombría? ¿Por no haber llegado a tu cama?

No me dice nada, solo me mira, sin argumentos. Con los nervios no me había fijado en cómo va vestido hoy. Este hombre cambia mucho de ropa y tiene modelos para todas las ocasiones. Le echo un vistazo de reajo... camiseta de manga corta negra, pantalón largo que no son vaqueros pero que parecen cómodos y zapatillas blancas. Y bueno unas gafas de sol colgadas al cuello.

De pronto comienza a reír y sé que es de puro arrepentimiento. Se rasca la nuca, agita la cabeza moviendo unos mechones de su pelo y solo puedo pensar en lo guapísimo que es. Esa sonrisa que tanto le cuesta mostrar, pero que cuando lo hace me dan ganas de abrazar, besar y volverlo a hacer. Dos bocanadas de aire necesito para apaciguar esta sensación tan desconcertante pero continua.

—Siento haberte pegado. Es lo que se hace en mi tierra —añado a la defensiva.

—¿Y se puede saber cuál es esa tierra donde van dando bofetadas a los pretendientes?

—Una muy rural y por cierto... tú no eres mi pretendiente. Pretendiente en mi tierra es cuando pretendes salir con alguien, no cuando quieres llevártela a la cama en una larga lista de mujeres preestablecida. Y, por cierto, vale que eres guapo, pero no logro entender de donde sacas a tantas mujeres.

—Solo me has visto con Aya, ni que fuese un mujeriego —chasquea la lengua contra el paladar. Deja de llamarle Aya.

—Ya, bueno, pero es que resulta que te he visto flirteando con más y nos conocemos menos de dos semanas.

—No he flirteado con nadie más —contesta en tono burlón.

—Te he visto dándole sobre la mesa de la cocina, e incluso ya conozco perfectamente la anatomía de tu cuerpo, por Dios... ¡si hasta reconocería tus gemidos! Así que sí, me gustaría saber cómo consigues a tantas mujeres, no por nada, es solo para conseguirlos yo también —puntualizo —. A hombres.

Y no sé por qué le he dicho estas cosas, yo no quiero conseguir a hombres, me río de mí misma. Los nervios... Bueno, mientras no crea que le estoy recriminando que vaya con mujeres, es

suficiente. Su rostro se endurece. ¿Ahora qué? ¿Va a volver a tratarme mal? ¿Vuelve a convertirse en el huracán de siempre?

—Solamente podría hablarte de Aya y la conocí en Tinder hará unos cuatro años, pero ya no tengo cuenta. ¿Contenta?

Otra vez, Aya. ¡Zorraida!

—¿Del qué?

—Una página web de citas —y tras verme desconcertada, aclara:—. Internet.

—¿Internet? ¿De verdad? —asiente—. Vaya —contesto porque no sé qué más añadir.

—¿Te sorprende?

—Sabía del Facebook ese, pero no sabía que había páginas de citas —respondo en tono más calmado—. Y sí, me sorprende la facilidad y la frialdad con la que se corteja y, bueno, todo lo que Internet ofrece.

Observo como se queda pensando.

—A veces creo que vienes de otra época, como si fueses una damisela de la Edad Media.

—Y no te equivocarías —susurro.

Antes de arrancar, pone música y me pego un susto de muerte. Me imagino que llegara un día en el que me acostumbre a todas estas modernidades. Me mira de reojo, pero no dice nada. Yo tampoco lo hago. Así que me paso todo el camino observando mis manos sin decir nada, sumida en el silencio. Hasta que él abre la boca para romper el hielo:

—Tengo una curiosidad, aunque no sé si hacerte la pregunta, puede que me vuelvas a abofetear...

—No te abofetearé. Tampoco quiero que nos matemos en el coche.

Sonrí con timidez. Tarda unos segundos en hablar, parece meditar si hacerlo o no. Se fija en los espejos porque nos acercamos a una rotonda.

—Desde que falleció tu marido. ¿No has estado con nadie más? —susurra sin mirarme.

—¿Estar? ¿A qué te refieres? —pregunto porque no comprendo su pregunta. Dos segundos más tarde entiendo por dónde va.

—Oh, por Dios. Desde luego que no —respondo ofendida.

No me puedo creer que haya hecho esa pregunta. Él solo pensarlo me provoca la risa, su mirada es perspicaz y pregunto:

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo que me parece graciosa tu timidez. Te escandalizas con una facilidad... —hace una pausa—. ¿Y besos?

—Contigo...

Me mira sin comprender.

—Me refiero a besos de verdad... eso no fue un beso, te apartaste en seguida.

—No es cierto. Yo sí lo recuerdo como un beso, fue largo —y noto una oleada de calor cubriendo mis mejillas. No quiero hablar más del tema, me hace sentir incómoda. Liam, en cambio, parece divertido. Otra vez ese cambio de humor.

—¿Y qué hacías con tu marido?

—¿Y a ti qué te importa?

—Si lo nuestro fue un beso no sé qué es lo que harías con tu marido...

—Obviamente no le chupaba la boca como hiciste ayer con tu amiguita —respondo ofendida—. Eran besos de amor, no de prostíbulo.

Y esto le provoca la risa. ¿Y se puede saber por qué no deja de reír? ¿Qué le hace tanta gracia? En seguida me mira de una manera muy extraña, de una manera que me desarma. Aparto la mirada,

suspiro y miro por la ventanilla de su coche hacia la carretera que tanto ha cambiado. Ahora tan pavimentada y llena de coches.

—¿Firmamos la paz? —me pregunta.

Lo miro de reajo con animosidad. Hemos llegado a la casa y esperamos a que se abra la puerta de la cochera después de que Liam le apriete a un botón de una maquinilla que abre puertas desde la distancia. Otra cosa llamativa de la que no termino por acostumbrarme.

—Yo solo prometo no abofetearte más.

—¿Ósea que no quieres firmar la paz? ¿No quieres que seamos amigos?

Y yo lo miro con desavío mientras aparca el coche.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Y estallo, sí, estallo, porque estoy cabreada y no pienso fingir cordialidad cuando tengo que presenciar escenas violentas como la de ayer y como la del otro día. Y no aguanto a la calenturienta de su amiga. Y sé que es su casa, pero no puedo fingir que estoy bien con él, porque no sabría hacerlo, porque cuando estoy cabreada, se me nota.

—¿Me ves de humor para firmar ninguna paz?

—Pues no. Por eso te lo pido.

—Eres un maldito canalla. Un sinvergüenza. Y no quiero que se me caliente la boca, porque yo no tengo pelillos en la lengua, ¿sabes? Y que de rabo de puerco nunca buen virote.

Me observa aguantando la risa.

—¿Y qué te hace tanta gracia?

—Las cosas que dices. Esa frase hecha nunca la había oído.

—¿Cuál?

—La del rabo de puerco —pestañea dos veces.

—Pues significa que eres un hombre de oscura calidad y es mejor no esperar obras nobles por tu parte.

—¿Tan malo me crees?

—Tan guarro te veo.

—Pues perdón si me ves guarro.

—Pues te lo has buscado.

—Entonces... ¿no me perdonas?

—No. Porque no quiero ser testigo de más coitos interrumpidos y no soporto a tu novia. Y no es por celos, es porque es desagradable y antipática, pero como es tu casa y yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer, porque ni siquiera pago una mísera moneda, tendré que irme de la casa. No sé dónde voy a ir, pero me voy. Me marcharé lo más rápido que pueda. Esta semana.

—Lo primero que no somos novios.

—Ella no dice lo mismo.

—Trato hecho.

—¿Trato hecho el qué?

—Que no la traeré más por casa. Es más no quedará más con ella, pero tú no te vas a ninguna parte. ¿Te parece?

—¿Estás jugando conmigo?

—Que voy a estar jugando contigo —chasquea la lengua—. ¿Por qué siempre me haces creer el malo de la película?

—Porque eres el guarro de la película.

—Venga que sí, que soy el guarro de la película —pone los ojos en blanco.

—¿Por qué? —pregunto frunciendo el ceño.

—Por qué, ¿qué...?

—Dices que no vas a traerla más por casa, pero no entiendo el porqué.

—¿Porque no te cae bien? —levanta las manos, está perdiendo la paciencia.

—¿Por qué no me cae bien vas a mandarla a paseo? No me lo creo.

—¿Prefieres que te diga la verdad a expensas de que no te va a gustar lo que vas a oír?

—¡Quiero la verdad!

Se queda callado y esto hace que me enfurezca aún más. ¿Tiene que hacer siempre esas pausas tan irritantes? Se queda mirando al frente con las manos en el volante. ¿Qué le pasa? Está meditando si decir algo, abre la boca, la cierra, mira por la ventana del conductor. Cierra los ojos...

—Porque soy un crío, Paula. Me gustas tú, desde el primer momento y solo quedo con ella para no terminar loco por ti.

Abre los ojos y sigue mirando al frente.

—Vale, ya lo he dicho.

Yo me quedo paralizada. La respiración se me entrecorta, el corazón se me acelera. Me miro al espejo y estoy roja. ¿Alguna vez he sentido esto?

Está serio y ahora sujeta el volante con más fuerza. Desde que se ha confesado no ha movido ni un dedo y está ejerciendo tanta presión que los nudillos se le han puesto blancos.

—Pero tranquila, que no soy un pesado. La bofetada que me diste me dejó claras las cosas. Sé que no va a pasar nada entre nosotros. También sé que lograré superar la atracción que me provocas. Solo quería que lo supieses, para que lograras entender mi inmadura forma de actuar. He estado cabreado, he intentado darte celos y maldita sea, no puedo soportar estar tan cerca de ti y no tocarte.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que lo digo en serio! ¿Por qué iba a bromear con algo así?

—No sé, tú sabrás.

—¿Es que acaso no se me nota?

—¿Cuándo lo iba a notar? ¿Cuándo le metías la lengua hasta el pulmón a tu...? ¿Cómo lo llamáis?

—Follamiga.

—Eso —veo como cierra los ojos agobiado y traga saliva con dificultad—. ¿Y los días que has estado desaparecido? —le digo —¿También han sido para darme celos?

—No estuve con ella. Si es lo que estás intentando recriminarme —dice aún sin mirarme—. Estuve solo o con algún amigo. Según el día, Pau.

Odio que me mientan.

—Preferiste acostarte con ella que quedarte a despedirme de mí. Así que no mientas.

—Ya te lo dije, maldita sea. Te pedí perdón. No sé qué más decir.

—Pues dándote un beso en paños menores no es la mejor forma de demostrar tu arrepentimiento.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta tenso. Levanta las manos y me mira directamente a los ojos. No me mires así, por favor. No me mires.

—Que no seas un canalla.

—Pues no me lo compliques más, joder.

—¿Qué yo te lo complico?

—A ver —dice pasándose las manos en un gesto involuntario—. No quería que te marcharas, no quería despedirme de ti. Estaba dolido y fue mi manera de escapar de ti. Después me diste una

bofetada y estaba muy cabreado porque me envías señales que no comprendo, joder —se retuerce en el asiento—. Por mucho que lo niegues, me las envías, ¿sabes? Luego vino Aya a recoger unas cosas y como estaba cabreado y me da rabia sentirme de este modo que me hace sentirme no sé cómo decirlo... ¿Tan vulnerable? hice lo que hice... ¿sabes por qué? Porque soy volátil y cuando tengo un problema y no sé solucionarlo escapo, y tengo la manía de tomar siempre las peores decisiones. ¿Así?

—¿Cuándo fue la última vez que yaciste con ella?

—Por Dios Paula. Para ya.

—Di.

—El día que me dijiste que te marchabas. Cuando nos pillaste.

—No me lo creo. No me mientas.

—Es la verdad. Ayer no hicimos más de lo que viste. Vino para recoger un regalo que le compró a su hermano que se dejó olvidado el día que supuestamente te marchabas.

—Sí, el del coito.

—Como ya sabes se tuvo que ir precipitadamente.

—Le metiste la lengua hasta el fondo —vuelvo a decirle.

Agita la cabeza.

—¿Vamos a darle vueltas al mismo asunto?

—Pues claro, porque yo no puedo olvidarlo.

—¿Y por qué te afecta tanto? Dime la verdad y no me mientas porque eres un libro abierto.

—No me afecta. ¿Debería de hacerlo? Nos conocemos de nada, por Dios —le digo aguantando las lágrimas—. Puedes hacer lo que quieras.

—Yo tampoco lo comprendo, pero lo que está claro es que entre nosotros hay algo. Y algo muy fuerte.

«Algo».

—Lo nuestro es falso.

—¿Falso? —abre mucho los ojos—. Ostia, si me estás recriminando que me lie con otra. No será tan falso.

—¡Delante de mí!

—¿Y qué más te da? Si no sintieras algo por mí, no te importaría si me lio con alguien o dejo de liar me delante de ti. Sería algo incómodo, pero no un motivo para montarme un pollo. Es porque sientes algo por mí, al igual que yo por ti. Llamémosle deseo o no sé qué...

Me tiembla el labio y tengo ganas de llorar. Estoy inmóvil y no dejo de darle vueltas a sus palabras. «Me gustas tú» «no quiero terminar loco por ti» «tengo la manía de tomar siempre las peores decisiones».

—Ya está... déjalo. Lo siento, no te voy a agobiar más. Solo quería sincerarme para que lograras comprender, aunque sea mínimamente, todo lo que me provocas y que ni siquiera yo logro comprender, pero te prometo no volver a sacar el tema. Venga vamos.

Lleva la mano a la manivela con la intención de abrir la puerta y yo no puedo más. Es tan guapo, parece tan sincero, y esto que dice que siente por mí lo conozco porque es lo mismo que siento yo por él. No le dejo salir, sujeto su nuca y me lanzo a sus brazos para besarle con intensidad, con devoción. El corazón me late con fuerza, a él también, lo noto. Lo beso, lo beso, lo beso. Lo abrazo, lo abrazo fuerte. Echa el asiento para atrás y me siento encima de él, boca con boca. Rodeo con mis piernas su cintura. Noto su erección entre mis piernas. Su lengua invade mi boca y la mía la suya. Dios mío, lo deseo mucho. Lo quiero entero para mí. Él hunde sus manos en mi pelo y estira de mi cabello para besar mi cuello. Todos los poros de mi piel se abren para él.

Huele tan bien. Sabe tan bien.

Se aparta, me mira a los labios, exhausto y con la respiración agitada. Parece igual de extasiado que yo, pero vuelve a besarme, esta vez más lento, degustando mis labios, mordiéndolos, acariciándolos. Toma mis mejillas entre sus manos y me sigue besando con delicadeza. Nos comeríamos a besos si pudiéramos.

—Dios mío Paula. Me vuelves loco. No entiendo todo lo que me provocas.

—Liam, hazme el amor.

Metó la mano por la cinturilla de su pantalón y levanto la camiseta para hundir mis manos en su espalda. Él gime, tiemblo. «Pues imagínate cómo me siento yo». Su mano desciende desde mis mejillas hasta mi pecho y una oleada de calor se concentra ahí bajo, en el lugar más inmoral que puede haber.

—Por favor, por favor Liam.

—Eres tan suave —me toca. Me acaricia. La cintura, los pechos. Lo veo nervioso ¡a él! —. No quiero a nadie que no seas tú —me dice—. Lo eres todo.

—Demuéstramelo.

Sonríe y le quito la camiseta antes de que lo haga él. Beso su cuello, gime y yo simplemente muero por él. Paso mi mano por sus brazos, extasiada ante lo que veo, sus pectorales, la línea que baja hasta su ombligo. Paso mi lengua por el comienzo de ese recorrido.

—Liam. ¿Se puede hacer aquí?

—¿A qué te refieres?

—En el coche. ¿Cómo se hace en un coche?

—Claro que se puede. Algún día te lo enseñaré —abre la puerta del coche y sin darme tiempo a reaccionar me levanta con mis piernas enroscadas a su cintura y así sin camiseta me lleva en brazos adentro, me imagino que a su habitación y yo estoy nerviosa, terriblemente nerviosa.

Llegamos a su habitación y me tumba en la cama con delicadeza, me besa el cuello, me retuerzo. Mete las manos por dentro de mi camiseta sin dejarnos de besar. No, desde luego que esto no es lo que le hacía a su amiguita. Entre nosotros hay más, mucho más.

Hundo mis manos en su pelo salvaje. Él desliza su mano por el contorno de mi cuerpo para meterla bajo mi ropa y retirarme la camiseta. Hunde su boca en mi canalillo y lo oigo gemir de placer.

—Paula, eres espectacular —susurra levantando brevemente los ojos de mi piel y yo estoy hirviendo, hirviendo como nunca en mi vida. Ni siquiera Joaquín me hacía sentir así... entonces me acuerdo, me acuerdo de él: la imagen de mi difunto marido... Y mi mirada se desliza de sus ojos a mi mano que tengo posada en su pelo, justamente al dedo anular donde tengo aún puesto el anillo de boda. Y varias secuencias de mi pasado azotan mi mente haciendo que vuelva a la realidad y hace que me aparte de él como si quemase. No puedo, aunque quiero y lo deseo con todas mis fuerzas, no puedo hacerlo. No puedo traicionar así el recuerdo de Joaquín.

Me levanto agobiada, azorada, perturbada ante lo que ha pasado y lo que iba a pasar.

Él se queda tumbado de lado y descolocado, y me mira fijamente como si no supiese a qué atenerse.

—¿Qué pasa?

—Lo siento pero no puedo hacerlo —le digo—. Esto no puede volver a pasar.

Y salgo corriendo con su mirada clavada en mi nuca y cierro la puerta tras de mí con un portazo antes de entrar en mi habitación y tumbarme en la cama para hundir mi cara en la almohada.

A toda ley la verdad, aunque amargue

La comida de hoy parte de un aperitivo porque con todo lo que ha ocurrido no nos ha dado tiempo a cocinar. Lo examino de reajo cuando se acerca a poner la mesa. Se ha vestido para ir a trabajar y lleva puesto un pantalón azul marino que le queda como solo le queda a él, una camisa blanca con rallas finitas con las mangas remangadas, cinturón marrón y zapatos con cordones en el mismo tono. Por mucho que lo intente no puedo obviar lo que acaba de suceder y la tensión que existe entre nosotros. Él sin camiseta, yo rodeando con mis piernas su cintura, su miembro duro entre mis piernas. Dios mío. Suspiro con fuerza. Un abanico, por favor. Un abanico. Porque ha sido mucho mejor que en mis sueños.

Liam comienza contándoles el problema que he tenido con la policía. Ana se pone nerviosa y asegura que me tengo que hacer ya mismo un documento de identidad falso. No me gusta preocuparlos y estoy haciendo todo lo contrario, ocasionarles demasiados problemas.

—Dani, tú conoces a ese camello que dice que su colega hace DNI falsos.

—No sé si será verdad o solo son fanfarronadas. De todos modos, dijo que cobraba seiscientos euros...

—Pero yo no tengo dinero —protesto.

—Piensas quedarte aquí, ¿no?

No lo sé, después de lo que acaba de pasar con Liam, no sé cómo debo proceder.

—No sé...

Lo miro de reajo... ¿Qué pensará él de todo esto? No hemos vuelto a hablar de lo sucedido y lleva serio desde entonces. No es antipático pero tampoco muy amable que digamos. Nunca sé a qué atenerme con él.

Me gustaría volver a casa con mi madre y mi hermana y sé que algún día lo hare. ¿Cuándo? No lo sé, pero lo haré. Después de la pérdida de mi padre y sabiendo lo unidos que estaban, mamá tendrá que estar pasándolo verdaderamente mal. Menos mal que Alicia y Julia están con ella para apoyarla en los momentos de dolor. Pero no puedo regresar hasta que el destino quiera y podrían ser desde días hasta años. ¿Y qué hago mientras? ¿Vivir de la caridad? ¿Vivir a ocultas y con miedo de ser tratada como una ilegal? Y para colmo una ilegal sin procedencia.

—Salimos a doscientos cada uno.

—No —me quejo—. No vais a dejarme dinero.

—Yo voy un poco pelao —dice Dani—. Puedo aportar cien, el resto te lo puedo dar a final de mes cuando cobre.

—No me parece bien —vuelvo a refunfuñar.

—Ya nos lo devolverás cuando trabajes —añade.

Claro, muy positivos ellos.

Observo como Liam nos mira con curiosidad, pero mantiene la boca cerrada. Nos observa detenidamente, a uno, al otro y al otro y reflexiona sobre nuestra conversación, poniéndome aún

más nerviosa. Me irrita no saber lo que piensa.

—Pues mi hermano y yo ponemos doscientos cincuenta cada uno y ya.

Pero Liam sigue callado.

—¿No dices nada, Liam? —le pregunta Ana.

—¿Qué voy a decir yo si ya lo tenéis decidido?

—No, yo no estoy pidiendo esto. Encontraré la manera de conseguir las monedas por mí misma.

Liam pone el dedo sobre sus labios y me manda callar. Luego se dirige a Ana.

—No me contáis nada, pero contáis conmigo para que os dé dinero. Y yo no tengo ningún inconveniente, e incluso le daría los seiscientos íntegros, pero al menos me diréis de una jodida vez de qué trata todo esto, ¿no? ¿Cómo puede ser que viva sin DNI?

—Porque no tiene. Ya te lo he dicho.

—¿Y cómo es posible?

—Porque es inmigrante ilegal.

—Los cojones una inmigrante ilegal —farfulla.

—¿Crees que te miento?

—Pues claro que mientes. Si tiene acento de aquí, por el amor de Dios. ¿Te piensas que soy tonto o qué?

Saldría para decirle la verdad, pero, ¿cómo iba a creer que había viajado en el tiempo desde 1809? Ana y Dani me habían creído, pero... ¡Porque me vieron aparecer de la nada con sus propios ojos!

Y yo no quiero que discutan más por mí.

—Soy un problema para todos vosotros. ¿No lo veis?

—Quiero que te quedes, pero no me gusta que me mientan en mi cara. No quiero secretos. Quiero saber qué es lo que está pasando aquí. Todo esto es demasiado raro y no comprendo nada. Tú que vives sin documentación, aunque es obvio que eres de aquí. De un barrio chungo o eso me parece. Porque de Siria no pareces ser, precisamente. Y todo eso de muerte a montones, de que escapaste de una violación, la muerte de tu marido y de tu padre.

Y yo me quedo pensando. Es normal que se sienta excluido y que no entienda nada. Yo si fuese él también me sentiría de igual modo. Me armo de valor para preguntar:

—¿Sea lo que sea?

Él asiente enérgicamente y tras unos segundos le digo:

—Maté al asesino de mi marido y al de mi padre, casi que también.

Y aunque no sea exactamente el motivo de mi falta de identidad, es parte de mi verdad y bastante más creíble que explicarle mi viaje desde la guerra hasta la actualidad y mis plegarias a la bruja.

—No me lo creo.

—Pues es la verdad.

Alza una ceja y mira a Dani que asiente con pesar. Después la fija en Ana.

—Pero fue en defensa propia, ¿no? —pregunta, después me mira y yo asiento.

—¿Y no era más fácil denunciarlos para que fuesen juzgados por la vía penal?

—Tenían demasiado poder para ir a la cárcel. Y yo hubiese sido la juzgada en su lugar por algo de lo que no me arrepiento.

—Joder...

—¿Y quiénes son esa gente?

—Eso no puedo decirlo...

—¿Y sigues en peligro?

—No, para nada.

—¿Segura?

—Lo juro.

Me observa con detenimiento y después blasfema. Se levanta de la mesa y tres pasos después se desploma en el sofá. Después se aprieta la sien con las manos. Lo que le acabo de contar lo tiene superado. Ahora me echará de casa y me llamará asesina, pero por lo menos, le habré contado parte de mi historia. De quién soy.

—¿Y cómo los mataste? —pregunta.

—Fúsil y cuchillo. Aunque yo solo le disparé a los bajos, mi hermana fue quien lo remató a cuchillazos.

Abre los ojos aún más.

—Necesito aclarar la mente. Bueno me voy a trabajar, si puedo claro...

Antes de desaparecer por la puerta se gira para decirnos:

—El dinero se lo doy yo, íntegro.

En agosto, frío el rostro

No puedo dormir, después de recordar mi pasado, los fantasmas se han hecho más reales que nunca. Recordar la muerte de mi marido y de mi padre, casi la violación de mi hermana y los cadáveres... La sangre que he derramado y la derramada, me provoca una angustia incesante. Parece tan lejano y en cambio, solo han pasado veintiún días desde que murió papá y un año y diecinueve desde la de mi marido. ¿Cómo estarán mi hermana y mi madre? Sé que Alicia logró llegar a casa, pero estarán devastadas de saber que solo quedan ellas dos. Y estarán desconsoladas al no saber que sucedió conmigo.

Recuerdo el último momento que estuvimos juntas... Íbamos dirección Calamocha cuando nos cruzamos con unos soldados franceses que iban borrachos. Comenzamos a huir, pero eran más rápidos y osados que nosotras y estaban siguiendo las huellas que dejaban Furia y Tomás. La tierra estaba húmeda porque había llovido después de meses sin hacerlo y sabía que sería difícil distraerlos, pero todo era posible si me lo proponía.

-21 de junio de 1809-

Tengo que hacer el esfuerzo de despertarme, porque mi cuerpo me pide más cama. Esta noche he bebido más de la cuenta, teniendo en cuenta que nos pegaremos una paliza de regreso a casa. Nos despedimos de Tera y salimos cargadas de provisiones que le agradezco de todo corazón. Llevamos siete horas de viaje, y aunque hemos hecho tres paradas, estamos exhaustas. Vamos sumidas en el silencio por culpa o gracias a la tristeza. No tengo ganas de hablar, sin embargo, no dejo de darle vueltas a dos hechos.

Papá.

Los sueños.

Tendría que haber sido más cauta y no abandonar a los míos para irme con Julia a lavarnos al río. Si me hubiese quedado, quizá hubiese sido diferente, pero después de darle vueltas, llego a la conclusión de que habría sido mucho peor, podríamos estar todos muertos. ¿Ha merecido la pena salvar a una desconocida a cambio de la vida de papá? Creo que no, o sí, no sé. Lo que sé, es que si me volviera a pasar haría exactamente lo mismo. Mi error fue no matarlos en su momento. A todos. Sin contemplación, por detrás, al cuello. Lo había hecho una vez, tenía agallas para eso... o eso creía hasta que Alicia lo remató y nos salvó mientras yo estaba paralizada mirando el cuerpo inerte de papá.

El otro tema que tanto me perturba son los sueños. He vuelto a soñar con él, incluso después de beber con Tera y caer rendida en la cama. No sé qué me pasa con ese hombre. No entiendo el significado y no creo el significado que le ha dado Tera. ¿Puede ser un conocido que no recuerdo? No sé si habría olvidado unos ojos tan azules, de mirada triste y suplicante que me dicen que no huya y vaya con él. El hombre borroso de ojos azules besaba mi cuello y yo me dejaba. Después se alejaba y me entregaba una nota con una caligrafía perfecta que ponía: ya queda menos...

Para nuestra sorpresa, varios hombres nos acorralan. Son seis soldados franceses con sus

respectivos caballos, armados, lleno de mugre y roñosos, que nos dan el alto. Mi pulso se acelera a mil por encima de la media. Ya lo que nos faltaba... Mi corazón no puede soportar más pérdidas, no puede soportar más dolor.

Mi hermana y Julia montan a Furia y yo lo único que puedo hacer es ponerme delante de su caballo, como si yo pudiese hacer algo para evitar la muerte. Después de nosotras irían a por ellas, lo único que conseguiría es retrasar lo inevitable.

Son seis hombres armados contra tres mujeres indefensas y con esto me refiero a que no llevo las armas que portan ellos para poder defenderme.

—¿Où vas-tu?

Todas nuestras miradas se dirigen a Jeanne. Si alguien puede hacer algo al respecto es ella, ya lo hizo una vez en Zaragoza, quizá también pueda mediar aquí.

Está nerviosa, no parece muy segura de sí misma, pregunta algo y sale el portavoz, me imagino que es el sargento o similar. Noto como intenta parecer amable. Yo solo comprendo palabras sueltas, pero por los gestos de ambos diría que parece que funciona. Esto de ir con una francesa es mejor que el dinero. El hombre hace un gesto con la mano para que pasemos y yo respiro de puro alivio. Pero entonces paso por el lado de un soldado rubio que clava sus oscuros ojos en mí. No deja de mirarme y estoy segura de que es con odio. Y no sé por qué, pero su mirada me amenaza y me advierte de que quiere deshacerse de nosotras o de algo mucho peor.

—Tenemos que hacernos con armas —digo una vez se han marchado—. Van a regresar.

—¿Por qué nos iban a dejar marchar para luego volver por nosotras? No tiene sentido —dice Alicia intentando parecer lo más calmada posible.

—El rubio de la barba va a regresar. Lo he visto en sus ojos.

Y ha sucedido justamente lo que esperaba. El barbudo y otro que no recuerdo pero que supongo que iría con ellos, han regresado dispuestos a ganar su trofeo, pero el trofeo no lo van a tener. Nos hemos preparado con piedras y otros objetos para lanzarlos a quienes estén dispuestos a meterse con nosotras. Hemos prefabricado objetos punzantes y palos convertidos en puñales que hemos escondido entre nuestras ligas.

Él hombre farfulla algo montando en su espléndido caballo blanco moteado. Me apunta con el arma, pero yo con la mía, sin cargar, apunto a su compañero que no le ha dado tiempo a desenfundar.

Jeanne traduce: «Que bajemos del caballo y entreguemos las armas y no nos pasará nada». Que siga soñando, antes me tendrán que matar. Nunca obedeceré sus órdenes.

—Déjalas marchar y cógeme a mí. ¡Traduce! —le pido a Jeanne.

Ella vacila, está nerviosa, llora y temblando como gelatina le sujeta la cintura a Alicia. Mi hermana en cambio parece impasible y sé que lo que realmente le sucede es que está harta de todo, está agotada. Los dos soldados discuten y me miran. Alicia aprovecha su descuido para lanzarles piedras con rabia, Jeanne la imita y tras ello le manda la orden a Furia para que huya. Julia va con ellas agazapada. El plan es este:

—*Después de tirarles piedras hasta confundirlos dirigiros a Calamocha, mientras yo hago ruido para que me sigan a mí y vosotras quedéis a salvo. Yo los despistaré. Nos vemos junto la carrasca gigante que hay justo en el cruce antes de llegar. Esconderos hasta que llegue.*

Mi hermana no quería, suplicaba por otro plan mejor.

—Si tienes otra idea mejor, dila.

Ella se quedó callada, no había opción. Si vienen es lo que debemos hacer.

—No quiero perderte a ti también. Por favor, luchemos juntas.

—Lo más importante es tu bebé.

—*Prométeme que volverás.*

Ella posó sus manos en su barriga y yo percibí su batalla interior.

—*También podría ir yo —sugirió la francesa.*

—*Yo tengo más experiencia escabulléndome. No es mi primera vez. Y no te quieren a ti, nos quieren a nosotras...*

Asintió en un mar de lágrimas. El labio le temblaba, los nervios se habían apoderado de ella y yo no podía prometerle algo que no estaba en mis manos. Besé la mejilla de la niña y abracé con todas mis fuerzas a Alicia. Después me despedí de Jeanne y les ordené que solo me esperasen una hora.

Monto a Furia como alma que lleva el diablo y grito fuerte para que los dos soldados me persigan, el plan es que me sigan a mí y ellas puedan huir por el camino seguro. Sus caballos son ágiles y fuertes, pero el mío sabe escabullirse muy bien.

Consigo perderlos de vista, y nos ocultamos entre unos arbustos. Sé que no es buena idea, y en un principio pensé en dejar a Tomás atado a un árbol para esconderme cerca de él, pero no he podido hacerlo, no he podido arriesgarme a que le hagan daño o se lo lleven. Es mi amigo desde hace mucho.

Estoy nerviosa, con la respiración agitada cuando siento en la nuca un golpe seco y contundente. Alguien hinca sus manos en mi pelo para lanzarme al suelo. Es el soldado rubio barbudo que va solo. Me arrastra y me hunde en la tierra mojada. Yo me retuerzo e intento defenderme como sea. Cojo el gancho que he tallado a cuchillo, pero me es imposible hacer nada con él y me lo arrebató de las manos para lanzarlo lejos.

—*Oh, mademoiselle. Tu es magnifique. Un délice espagnol.*

No, no... No me quiere matar, lo que me quiere hacer es mucho peor...y no hay nadie que me pueda ayudar. Me sube las faldas y yo le muerdo el brazo con fuerza, ejerciendo presión con mis dientes, pero eso le cabrea más y vuelve a golpearme contra el suelo. Pido auxilio, me retuerzo, pataleo y yo creo... que...me... estoy mareand...

Y entonces desperté aquí. Sí eso fue lo que pasó.

Desaparecí ante sus propios ojos dejándolo perplejo y aparecí en este siglo. Ver para creer.

Encogida sobre la cama comienzo a llorar. Me gusta esta época donde no hay guerra, solo paz y tranquilidad, pero me siento tan fuera de lugar y las echo tanto de menos. Me hubiese gustado nacer en el ahora, no venir del pasado arrastrando todo este dolor que guardo. Deseo ver de nuevo a mi familia. He visto tanta muerte. Muchas noches sufro pesadillas, sangre, disparos (a expensas de los otros sueños que ya conocemos). Y he conocido el dolor y el terror y me siento rota...

No lo soporto más y sé que como siga así, voy a acabar por hacer ruido con mis sollozos, así que a hurtadillas salgo de la habitación y me meto en el baño donde tan protegida me siento. Tras ello me meto en la bañera y me acurruco sobre mis piernas para aliviar la pena con mis llantos.

Han pasado un par de horas y estoy tan exhausta que creo que me voy a quedar dormida como permanezca aquí. Me iría a la cama, pero me siento tan bien en soledad... De repente, unos ruidos me despiertan, me imagino que es Liam y me cercioro cuando escucho sus pisadas. ¿No habrá venido con otra mujer? Me dijo que no lo haría más.

Y no podría soportarlo...

Cierro la cortina de la bañera acurrucándome dentro de ella. La luz está apagada. Solo he de esperar a que se vaya a su habitación y entonces podré regresar a la cama sin que se entere.

Pero me doy cuenta de que la suerte no está de mi lado, como siempre...

Entra en el baño y enciende la luz. ¿Por qué entra aquí? Si tiene su baño propio... ¿Esto es un castigo, o qué? Ahora está orinando. Oh, no. Por favor, por favor, que se vaya rápido.

Me asomo, deslizando un poco la cortina con los dedos. Oh Dios mío, se está quitando la ropa... Cuelga el pantalón en la percha, la camiseta cae al suelo y después los calzones. Me tapo los ojos cuando veo que tiene el culo más deseable que he visto nunca.

Aunque de nuevo recuerdo que solo he visto uno y no puedo opinar. Sus músculos se flexionan en cada movimiento cada vez que retira una parte de su ropa. Me vuelvo a tapar los ojos porque sé que va a correr la cortina. Me va a descubrir en...

Tres

Dos

Uno

Cero

—¡¡Joder, hostia puta!!

¡Y llegó el momento!

Se apoya sobre el inodoro para no caer al suelo y yo arrastro mis dedos para abrir un hueco entre ellos. Oh, no. Vuelvo a cerrarlos avergonzada. Lo acabo de ver desnudo. Le he visto su... y de cerca... y era grande.

—Se puede saber, ¿¿qué haces ahí metida?? ¡Me has pegado un susto de muerte!

Dice con la respiración agitada. Su cara refleja un ataque cardíaco, lo menos.

—¿Estás vestido? ¿Puedo mirar?

—Ya está.

Aparto suavemente las manos de mis ojos y observo que solo lleva puesto los calzoncillos.

—Sigues desnudo —le reprocho más roja que un tomate.

—¡Me has visto en bañador! —se queja—. Y ayer... —pero calla.

—Pero no con ese calzón tan marcado. Por favor, ponte la ropa.

Refunfuña, gruñe y se vuelve a quejar. Escucho el sonido de la ropa deslizarse por su cuerpo.

—Ya está.

Lo miro ruborizada.

—Gracias. Siento haberte asustado.

—¿Estás bien?

Me observa con preocupación.

—Se me pasará enseguida. ¿Querías bañarte? —me apoyo en los lados de la bañera para levantarme.

—No, no te preocupes. Puedo esperar.

Se acerca y me toca la mejilla con ternura desconcertándome. Me ofrece una toalla humedecida con agua para que me limpie la cara y los ojos. Me dice que espere y no vaya a ninguna parte. Lo veo salir del baño y regresa al minuto con una infusión entre las manos.

—Es tila y manzanilla.

Lleva puesta la misma ropa que cuando sale a correr por las mañanas. Pantalón y camiseta de manga corta marcando su trapecio y sus grandes brazos.

—¿Vienes de correr?

—Sí.

Le dirijo una mirada interrogante. Son las dos de la madrugada...

—Es mi manera de mitigar mis nervios.

—¿Qué te pasa?

Hace una pausa, y sube las cejas indeciso antes de hablar.

—Por un lado, estoy preocupado con el trabajo. Aún están dando por saco con el tema del robo del vino. Han analizado las cámaras y aseguran que los responsables son una mujer y un hombre y

sospechan de mi compañero enólogo del turno contrario que tiene la misma altura que Dani y es el menos veterano de la empresa. En fin... No sé qué hacer.

Salgo de la bañera apoyándome en él.

—Estás temblando —me dice.

Una vez he salido me quedo mirándolo y no puedo aguantar la necesidad de abrazarlo. Lo hago con todas mis fuerzas. Liam me responde del mismo modo, con la misma efusividad. Su calor me hace sentir tan bien. Fundo mi rostro en su cuello aspirando su aroma y él aprieta sus brazos en mi nuca. Siento algo extraño dentro de mí, como si quisiera fundirme con él. Él no se despega, solo acaricia mi pelo tranquilizándome. Me separo y nos quedamos mirándonos a un palmo de distancia durante al menos diez segundos.

—¿Vamos al salón? —me pregunta—. Aquí podríamos despertar a mi hermana.

—Si no has conseguido despertarla con el impropio de insultos y gritos de hace unos minutos, dudo que algo llegue a hacerlo —rio entre lágrimas.

—Mi hermana siempre ha tenido buen dormir —sonríe—. Venga vamos.

Me sujeta del hombro y juntos nos dirigimos al salón.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por como eres conmigo. Bueno... a veces.

—Sé que a veces parezco un insensible, pero quiero que sepas que siempre estaré a tu lado. Por muy idiota que parezca, porque la verdad es que me importas mucho, Paula.

Y su promesa apacigua todas mis penas. Porque así lo he sentido, como una promesa.

*Definitivamente... la deseo**LIAM*

Ella lleva en sus manos el dolor de la sangre derramada, la pobre pasando por un infierno y yo comportándome como un verdadero gilipollas. Desde luego que la empatía no es una de mis mejores cualidades.

Y me doy cuenta de que mis cambios de humor de los últimos días se deben a ella. Soy cambiante como ella dice, sí, pero porque me trastorna, trastoca mis sentidos. Por eso me duele tanto su rechazo, pero ni aun así logro calmar mis deseos por ella, porque ninguna me hace sentir lo mismo. Una mirada y me desarma. El calentón de ayer me lleva loco. Y ese es el motivo principal del porqué me he ido a correr hoy. Me atrae todo ella, sus excentricidades y sus rarezas. Su inteligencia y su perspicacia. Su energía y sus largas charlas. Sus chistes y su descaro irónico. Su ternura y su fortaleza. Su nostalgia, su melancolía y su sonrisa...

Además, es una de las pocas mujeres que conozco que tiene las cosas claras.

Aunque... realmente no las tiene tan claras, sí no, no se encontraría en la situación que está. Pero es dura y decidida, al mismo tiempo que vulnerable y no tan fuerte como quiere hacer mostrar. Sujeto su hombro y nos dirigimos al salón.

Voy a la cocina y le hago un chocolate a la taza que tanto le gusta. Dejo que se lo beba, mientras cambio el canal en la tele. Podría poner Netflix, pero veo que están haciendo *La que se avecina* – como todas las noches a las tantas de la madrugada– y quizá no la conozca y pueda echarme unas risas a su costa.

—Pon música —me dice.

—Mira en esta serie esta me recuerda a ti.

Bromeo con ella diciéndole que me recuerda al personaje de Berta. A ver si así logro apaciguar un poco su tristeza. Dejo que se haga al personaje, mientras bebe del chocolate. Le digo que espere cinco minutos mientras voy a pegarme una ducha rápida. Cuando regreso al salón me dice:

—¿En qué?

—¿En qué? ¿Qué?

—Me has dicho antes que me parezco a ella.

Sonrío.

—Católica, pecadora y seguramente lujuriosa...

—Yo no soy así. Esa está loca —dice entre risas y lágrimas.

—¿Y tú no? —bromeo.

—Y es mala y puta —suelta otra carcajada.

Me gusta verla sonreír. Es muy bonita.

—Aunque hay una cosa que ha dicho antes que me ha recordado a ti —me dice—. Y te lo diré en cuanto peques. Te doy dos minutos, ya sabes tú y tu lujuria pecaminosa.

Me doy cuenta del concepto erróneo que tiene acerca de mí. No soy un empotrador que se acuesta con todas las mujeres con las que se cruza, más bien soy reservado. Nunca he puesto cuernos, más bien me los han puesto. Tiene razón que la pillada con Aya fue de lo más desafortunada, pero ya le expliqué los motivos.

—¿Por qué el Señor nos pone tantas pruebas? —me arriesgo a preguntar poniendo mi sonrisa más seductora.

—Por supuesto que no. Que en realidad me las pone, pero te conozco y sé por dónde vas...

Tiene el brazo sobre el reposacabezas y me mira con los ojos entrecerrados. Tan sexy ella. Pues sí, pensaba en nosotros, en nuestra química y ella lo sabe, por eso me mira así.

—Arderás en el caldero de Satán.

Suelta una carcajada, chasqueo los dientes y agito la cabeza divertido ante sus ocurrencias.

—No soy tan golfo como crees, ¿sabes?

—Eres aún peor.

Y comienza a reírse como nunca la había visto. La hubiese besado, saboreado sus labios, su cuello, sus pechos. La hubiese aplastado con su cuerpo ahí en este mismo sofá. Por Dios como me gusta, no recuerdo este deseo desde... Bueno, desde nunca, ni siquiera Eva me hacía sentir así. Pero he de controlarme, sí no quiero lanzarme y terminar como ayer -en mi cama-.

El beso de ayer fue espectacular y deseo volverlo hacer, pero como sé cómo están las cosas prefiero ir lento. Ella parece ignorar lo que pasó entre nosotros. Incluso creería que habría sido un sueño si no sintiese aún su aroma y su sabor en mis labios. Y como no sé si es por arrepentimiento o por vergüenza debo darle tiempo.

Terminamos por acostarnos a las seis y pico de la mañana y a regañadientes. Mi hermana en menos de media hora se despertará y no me gustaría tener que lidiar con un interrogatorio, con miles de preguntas que ni me apetece, ni quiero responder.

Antes de despedirnos, le hago entrar en mi habitación y le digo que espere un momento. Rebusco entre los libros de la estantería. Había un clásico de Mark Twain que me gustó cuando lo leí. Es corto, se lee de una sentada y me recuerda a la relación que ambos tenemos. Además, creo que le gustará.

Aquí está. A ver si se da por aludida. Los diarios de Adán y Eva. Se lo entrego y ella se queda mirándolo desconcertada.

—Te hará sonreír.

—Gracias.

Poner el cascabel al gato

Me levanto a las doce, muy tarde para mí y me pongo a hacer la comida. Miro en el congelador y veo merluza congelada, así que me decido por un guisado de pescado y patatas. Limpio la cocina y el baño mientras pienso en Liam.

Qué hombre... me muerdo el labio. Vale, tengo que concentrarme en lo importante que es averiguar qué hago aquí. Llevo tres semanas y aún no conozco el motivo por mucho que medite. Mis opciones:

1. Olvidar mi pasado y ser feliz hoy. Podría vivir en el presente sabiendo que mi madre y mi hermana vivieron muchísimos años más, y murieron de ancianas. A lo mejor, se me está dando una segunda oportunidad, un nuevo motivo para no sufrir. Quizá la bruja no sea la culpable y todo esto tenga que ver con mi falta de fe en Dios.
2. Buscar señales que me lleven al «motivo», para así regresar con mi familia. Todo comienza con Liam y la bodega. Debería de buscar información ahí.
3. Volverme loca y que me internen en un loquero. No creo que sea la solución.
4. Pegarme un tiro y morir en el acto. Mmm tampoco lo es.

—Buenos días —la voz de Liam interrumpe mis pensamientos. Me observa desde el marco de la puerta en una posición muy sensual. Trago saliva.

—Dirás buenas tardes —le sonrío.

—¿A qué hora te has levantado tú?

Se acerca más y más, así que lo miro desconcertada y nerviosa porque no sé lo que se propone, para mi sorpresa me da un beso en la mejilla que me desconcierta. Me toco el punto tímidamente y siento como los nervios afloran en mí.

—Poco antes de las once —contesto como puedo y miro hacia el reloj de pared—. Es la una y cuarto... ¿A qué hora entras a trabajar?

—A las tres, pero mañana es mi sábado libre, así que no me importa.

Me dice que son dos enólogos y se alternan las mañanas de los sábados, así tienen dos fines de semanas libres al mes.

—Huele muy bien. ¿Qué has hecho de comer? —me pregunta.

—Un guiso de merluza. He sacado el pescado del congelador.

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor. Gracias.

—Me alegro —me contesta—. El domingo vendrán unos amigos a casa a comer.

¿Qué clase de amigos? No lo pregunto, lo pienso, y se ve que soy un libro abierto porque no hace falta que abra la boca, solo aclara:

—Nerea y Alex, la pareja de la otra vez. ¿Te acuerdas? Y Nacho; un amigo de la infancia que ha venido de vacaciones. Vive en Londres. Es majo.

Ana y Dani llegan a la vez. En realidad, me recuerdan a Don Quijote y Sancho Panza. El loco y quien le sigue en sus locuras, pero que acaba por contagiarse de las excentricidades de Alonso Quijada. Bueno, el caso es que han coincidido en la entrada y mientras ellos ponen la mesa, Liam termina de preparar la ensalada y yo pongo los platos con los guisos.

Dani cuenta lo bien que está con Fer. Dice que les hemos caído bien y quiere que volvamos a quedar, así que sin darme cuenta han planeado una escapada a la playa para mañana por la mañana, incluyéndome a mí, claro está, y sin siquiera preguntar.

Liam, Ana, Dani, Fer y yo.

Y con lo nerviosa que me pone ese hombre...

Y verlo sin camiseta...

Después de comer me encierro en la habitación y me pongo a leer el libro que Liam me ha dejado. Me recuesto en la cama, y no tardo más de dos horas en terminarlo. Es el diario íntimo y personal de Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer sobre la faz de la tierra, pero no desde un punto de vista religioso, si no como pareja, como seres inocentes, con un mundo entero por descubrir y desde el punto de vista de cada uno. Tienen formas diferentes de concebir el mundo, pero aun así siguen el camino juntos e intentan comprenderse. Adán es solitario y distante, y Eva pone patas arriba su tranquilidad. Él le hace sentir como una intrusa para al final acabar enamorado de ella.

O al menos así lo he entendido yo. Y parece que ha sido intencionado, aunque quizá me esté haciendo pájaros en la cabeza y solo me lo ha dejado para que me entretenga con algo y olvide mi dolor. Si es así lo ha conseguido, me ha encantado, es una historia preciosa y no he podido más que sonreír a cada frase que leía.

Por la tarde, Ana me deja tres de sus biquinis para probármelos, pero no me gustan nada. Son dos piezas de sujetador y bragas. Dos piezas del tamaño de una mano.

—¿Y encima?

—Sin nada encima.

No voy a ir con un sujetador y bragas mostrando mi desnudez delante de todo el mundo. Ana intenta tranquilizarme; dice que todas las mujeres van igual, que es natural y que nadie se va a escandalizar.

—Si vas tan tapada vas a parecer una musulmana.

Serán las musulmanas las únicas que tienen la cabeza en su lugar, porque vuelvo a mirar la prenda y me quedo estupefacta.

—Sabes que me cuesta ponerme hasta pantalón. No puedo ir así. En serio Ana, no quiero ir — le suplico.

—Vamos a ver... Llevas ya varias semanas aquí. Libérate. Tienes un cuerpo espectacular y no lo luces.

—Es que no quiero lucirlo —refunfuño—. Voy a ir incómoda y avergonzada.

Después de que rebusquemos juntas en cada cajonera de su armario, al final me decido por un bañador que por lo menos cubre la barriga. Aun así, corta por las ingles... Pero en seguida encuentro un trozo de tela color verde, que la estiro para averiguar que es.

—Es un pareo y se pone así.

Me lo ata a la cintura y me miro. Con el bañador y el *pareo* solo enseñaré piernas y brazos. Ana sale un momento de la habitación, no sé para qué. Mientras tanto me visto con la pieza minúscula y me miro en el espejo. Dios mío qué ajustado es esto. Me marca los pechos y los

realza. Es demasiado provocativo. Me pongo una camiseta encima.

Ya está. Así voy bien. Camiseta y pareo. Me gusta.

Cuando Ana me ve poco falta para que me arranque la camiseta de un tirón.

—Es que se ven los pechos —vuelvo a refunfuñar.

—No se ve nada. Solo tiene escote.

*No puede ser...**LIAM*

Estamos en una cala en Villajoyosa, lejos de masificación de San Juan Playa y el entorno no puede ser mejor. Dani se anima a jugar a las palas conmigo, dejo la cerveza sobre la nevera y me levanto de la toalla animado. Pau cree que no me doy cuenta de cómo me mira por encima de sus gafas de sol, pero no deja de hacerlo. Si fuese otra mujer, después de todo lo que ha sucedido entre nosotros y de las escenas de celos, juraría que le gusto, pero como es ella y su corazón es tan complicado quizá esté pensando en meterme una paliza o en cortarme en rodajas. Menudo mal genio tiene cuando quiere.

Lleva una falda blanca y larga de algodón y camiseta de manga corta azul cielo, y aun así, no hay nadie en esta playa que la iguale en belleza.

—Venga, lanzo —me dice Dani y la manda a la quinta puñeta.

Sus lanzamientos son malos, no, malísimos. Y cuando lleva ya más tiempo tras la pelota que jugando, yo ya me resisto. Luego se burla de sí mismo y comienza a hacer el payaso, se restriega por la arena como si fuese una croqueta y yo doy el juego por terminado. Me tumbo en la toalla.

—Mira que eres malo jugando —le abuchea su ligue o lo que sea.

—Ya lo sé, amor. Nunca se me han dado bien los deportes con pelotas.

—¿Acaba de llamarle amor? —pregunta Ana con la boca abierta.

Y entonces comienzan los gritos y los vítores.

—Vamos a ver, pues claro que estamos juntos. ¿Cuándo habéis visto que quede tantas veces seguidas con algún maromo?

Dani se acerca y lo besa en la boca. Ana aplaude con todas sus fuerzas, mientras grita algunas tonterías de las suyas. ¿Cómo le puede gustar tanto armar jaleo a mi hermana? Miro a Pau y veo que mira a su alrededor escandalizada y yo sonrío. En eso nos parecemos. No nos gusta ser el centro de atención. Sacamos los bocadillos y comenzamos a comer. Ana la anima a que se quite la ropa, pero ella se niega.

—¿Te animas? —le pregunto a Pau.

—No sé jugar.

—Dani tampoco y mira si ha jugado.

Levanta los hombros. Me acerco a ella y tiro de su mano para levantarla. Le recomiendo que se quite la ropa, se va achicharrar, pero como suponía no quiere. Me pongo tras ella y le enseño a sujetar las palas. Esta tensa y la pongo en posición. Le digo que abra un poco las piernas y que relaje el cuerpo.

Joder, me pierdo en ella. Le quitaría la goma del pelo y hundiría mis dedos en él. Tiraría de su melena hacia atrás haciendo hueco para deslizar mi lengua por cada rincón de su cuello. Parece

que le ha cogido el truquillo y resulta que acaba siendo una jugadora medio decente.

—Es mi primera vez —dice alardeando y yo le sonrío.

La pelota pasa a milímetros de mi pala.

—Punto tuyo. Pues no parece que lo sea —le digo.

—De pequeña mi hermano me lanzaba piedras y con las manos intentaba pararlas. Me recuerda a mi infancia.

Y yo no puedo más y río sin parar. Es tan natural que me mata.

—Piedrecitas pequeñas, so bruto —me aclara medio ofendida.

Le hago un punto y patalea. Luego ella a mí y la última también gana.

—Punto mío. He ganado —me dice y lanza las palas—. Es mi primera vez y soy más buena que tú —alardea y chasquea la lengua.

—Normal, si me distraes de ese modo.

—¿Cómo?

Pero no contesto y me siento en la toalla. Que medite sobre mis palabras, si es que le interesan.

Estoy hablando con Fer, cuando giro la cabeza y observo como Pau se quita la ropa con parsimonia. Sonríe al verla girarse de derecha a izquierda para cerciorarse de que nadie la mira. Lentamente retira su camiseta y se tapa los pechos. Nunca había conocido a alguien tan pudorosa como ella. Creo que lleva un bañador de Ana porque me suena mucho. Es ajustado y marca su silueta. Se baja la falda para retirarla por los pies y lo hace también con extrema lentitud. Me mira, sonrío y se vuelve a sentar en la toalla tapándose las piernas con el pareo.

Y ha faltado poco para que me tuviesen que ingresar en el hospital por boca desencajada por conmoción. Nunca la había visto sin ropa, siempre va tan tapada que no la creía con tantas curvas. Pensaba que era una chica normal, pero Pau es espectacular en todos los sentidos. Intento disimular, cojo otra cerveza porque esta se ha recalentado y dirijo mi vista hacia el mar.

Ana está enfrascada en una conversación con la parejita. No sé de qué estarán hablando, pero es acerca de *cervezas*, porque cerveza es la palabra clave. Yo, sin embargo, no dejo de pensar en ella.

¿Cómo puede ser tan vergonzosa? Con lo espectacular que es, tanto por dentro como por fuera. Tiene curvas, muchas curvas, apretada, pero tonificada, de piel suave y pechos bien puestos. Le doy la espalda para no mirarla. Ni quiero parecer un perverso, ni quiero empalmarme delante de ella. Madre mía, parezco un quinceañero salido. Dejo la cerveza sobre la nevera, porque lo que necesito es meterme en el agua para que se me baje este calentón que tengo.

—Voy a pegarme un baño —aviso y me levanto de un salto.

—Espera... —dice Ana.

—¿Qué?

—Que se vaya Pau contigo. A ver si se le quita la vergüenza de una vez...

—Es un momento y salgo —susurro nervioso.

Lo que me faltaba... que mi hermana tocara las narices insistiendo en que Paula venga conmigo y que yo no tenga más remedio que aceptar. ¿Qué le voy a decir que no quiero estar con ella porque me la pone más dura de lo que nadie me la ha puesto jamás? Pau se levanta y Dani la observa.

—Espera —le dice.

¿Qué quiere ahora?

—Tienes un tipazo, tía. Que no te dé vergüenza... Todos los hombres se van a fijar en ti.

—Eso es lo que no quiero —susurra más roja que un tomate.

Yo tampoco, me digo para mí mismo. Mataría a cualquiera que la tocara, giro la cabeza a mi

derecha y veo que un grupo de tres chavales jóvenes la observan a diez metros de nuestras toallas. Es innegable que su cuerpo llama la atención. La pongo delante de mí en un movimiento brusco y la guío hasta el agua a paso rápido.

Me meto y estiro de su brazo para que se sumerja. Comienza a quejarse de lo fría que está y se me acerca. Me echo para atrás. Sí, te estoy rehuendo, date cuenta de una vez. Y no quiero que te acerques, no me gustaría que me montases un escándalo por pervertido.

Joder, tenemos que hablar de lo que pasó en el coche.

—¿Te pasa algo? —me pregunta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Estás muy serio y llevas ignorándome desde que hemos jugado.

—Estoy bien...

—¿Seguro?

Asiento. Me lanza una bola de barro y sonrío. Me da en el hombro y le dirijo una mirada de advertencia.

—Para, por favor.

—Si tienes algún problema conmigo, dímelo, era parte de nuestro acuerdo. Quiero que nos llevemos bien.

—Yo lo que quiero es perderme en ti —susurro.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Se acerca y me abraza por la espalda. Me aparto con una brusquedad espasmódica. Estoy jodido, muy jodido. No puedo ir lento con ella. No puedo comportarme como si solo fuéramos amigos.

—Solo te estaba abrazando.

—Paula, por favor. Sabes lo que me pasa contigo.

No puedo estar tan cerca de ella, sin lanzarme a besarla. No creo que haya olvidado mi vergonzante declaración del coche, y tampoco creo que haya olvidado el apasionado beso que nos dimos y que por dios... que casi follamos como locos.

—Eres muy alto.

—Un metro noventa y dos.

Nos quedamos mirándonos, callados y observo que llevamos así algunos segundos más de lo normal. Se le ha pegado un alga al hombro, se la retiro y sus ojos siguen el recorrido de mi mano. Respira con dificultad y de ahí deslizo mi mano a su pelo. No se mueve. Está inmóvil. Me doy cuenta de que sus sentimientos son más fuertes de lo que me parecía. ¿Será solo deseo? No... creo que es más, mucho más.

Una vez salimos a la arena entonces deciden entrar los demás. ¿Esto es una encerrona o qué? En mi mente ronda solo ella: su olor, su cuerpo, su sabor. Maldita sea. Si solo tiene veinticuatro años, la edad de mi hermana. Hacía tiempo que creía estar como una cabra, pero ahora lo confirmo.

Ella se sienta bajo la sombrilla y yo me tumbo bajo el sol.

—¿No quieres tomar el sol? —pregunto.

—Yo ya he tomado mucho sol a lo largo de mi vida. ¿No quieres tomar la sombra?

Sonrío y asiento. Da una palmada para que me sienta con ella, pero yo cojo mi toalla, la estiro y me tumbo a su lado. Una parte de mí no quiere sufrir, pero la otra no hace caso a esas advertencias. Porque ni siquiera sé si podría conseguir más de ella y si lo consigo será a expensas de su dolor. Y a mí me pasa algo similar, no sé si podría tratarla como se merece, ya que mi

corazón está jodido.

Me tumbo boca arriba, porque la verdad es que a mí tampoco me apetece mucho sol. La sombra y la brisa se agradecen. Ella se recuesta a mi lado, de lado. La miro, me mira, nos miramos.

—¿Para qué quieres ponerte moreno si ya lo eres? —pregunta—. ¿Sabes? en mi tierra estar moreno por el sol es sinónimo de pobreza, de dedicarle tu vida al duro trabajo en el campo. Entonces para aparentar lo que no son rehúyen del sol. Luego hay personas que ya son morenas de por sí, pero eso no tiene nada que ver con lo que te estoy diciendo...

—En China también es así.

—¿Sí?

—Sí, en muchos países. Hay gente que incluso se ponen máscaras para ir a la playa. Todo depende de la cultura.

—Vaya...

Y doy por terminada la conversación. Ella está a mi lado, nos separa un palmo y noto como las chispas saltan entre nosotros. Tengo los ojos entornados, estoy boca arriba y tengo las manos a cada lado de mi cuerpo. Su proximidad me provoca más de lo que puedo soportar, mi corazón está exhausto y quiere besarla. Un dedo suyo roza mi mano. No sabría decir si es a posta o no. Me quedo en la misma posición, no me muevo, entonces su dedo acaricia la yema del mío. Pues parece que sí que es intencional.

El corazón me palpita cada vez más rápido. Qué calor... tanto que casi ni percibo la brisa del mar, solo siento una corriente desde mi dedo, siguiendo por mi brazo, bajando por el corazón, después por la boca de mi estómago. ¿Alguna vez alguna mujer me había hecho sentir así?

Le devuelvo el gesto para que vea que me he dado cuenta, entonces ella enlaza el dedo y ahora vuelve a repetir lo mismo con un segundo dedo. Le respondo y comenzamos a acariciarnos con suavidad, sin decir nada y lo prefiero, no es momento de hablar. Me arriesgo y enlazo nuestras manos como si fuésemos pareja, como si quisiéramos decirnos todo. La mantiene unos segundos así hasta que me la suelta con delicadeza.

Mi hermana ha salido del agua.

—Prefiero esperar aquí con vosotros. Dentro estaba de aguanta velas —y hace el gesto de potar.

Observo a Paula, preciosa como siempre y que al igual que yo parece inquieta. Estoy acojonado porque esto que me hace sentir se sale de lo que llega a ser normal para mí y no creo que esté preparado para este rollo. No creo que pueda tener algo serio y formal con ella, que es lo que querrá ella y creo que también lo que quiero yo, no lo sé. No sé nada. Me estoy agobiando y necesito pensar en todo lo que me está pasando.

—Me voy a casa.

—Si acabamos de llegar —refunfuña Ana.

—Cojo un bus o un taxi, ya veré. No tengo más ganas de sol.

—Mira que eres rarito.

—Que te den, Ana.

Pau me mira anonadada, conoce el porqué de mi reacción. Pues sí, me pone de muy mal genio todo esto, las reacciones, lo que provoca en mí, lo que me hace sentir... me agobia. Me hace recordar momentos olvidados, hace que quiera arriesgarme con ella, que la quiera conmigo. Pero al mismo tiempo no quiero, no quiero que estemos juntos. Ella es una mujer con sus traumas y yo un hombre con los míos. No puede salir nada bueno de esto...y lo que menos quiero es hacerle daño, no darle lo que se merece con todo lo que ha sufrido.

Pero incluso antes de salir de la arena ya me estoy arrepintiendo de mi comportamiento. Es la actitud más infantil que he tenido nunca. A cualquiera que se lo cuente no lo cree. Es que no puedo estar cerca de ella sin lanzarme a darle el beso que mi cuerpo y mi razón pide. No puedo estar con ella sin necesitarla entre mis brazos. Es bastante desconcertante lo que me hace sentir.

El taxi acaba de llegar a casa y este maldito deseo no desaparece. En mi mente ronda todo ella: su olor, su cuerpo, su sabor, sus manos acariciando la mía, instándome a que me lance. Maldita sea. Y ni Soraya ni nadie podría calmar esta necesidad que tengo de ella. No pude acostarme con ella el otro día y no creo que pueda nunca más, porque solo la quiero a ella. Solo pienso en ella. Solo quiero estar con ella.

Doce llamadas perdidas de Ana. Qué agobio de mujer... no hay día que me deje tranquilo, siempre metiéndose en la vida de los demás. Al final se lo cojo.

—¿Qué quieres? —contesto.

—Ya era hora que lo cogieses. Vamos para casa, estábamos muy preocupados por ti.

—Por Dios, Ana. ¿Tanto te cuesta dejarme tranquilo? ¿Tanto te cuesta darme un puto respiro?

—¿Qué te pasa? ¿Te has peleado con Paula?

—No, Ana, no.

—¿Y eso qué significa? Está muy disgustada, Liam.

—¿Por qué todo tiene que rondar alrededor de los demás? ¿No te acabo de decir que estaba harto de sol?

—Eres mi hermano, te conozco y no te has ido por el sol.

Le cuelgo la llamada, así, sin avisar. Que le den.

Lo que tengo claro es que no me puedo permitir sufrir como hice con Eva y si consigo más de ella será a expensas de su dolor. Y a mí me pasa algo similar. No sé si podría tratarla como se merece, porque tengo el corazón jodido. He de hablar con Ana y decirle que necesito que Paula se vaya, buscarle alguna casa, yo tengo alguna amiga que la aceptaría encantada. Paula es de fácil convivencia. Podría pagarle su parte del alquiler hasta que solucione sus problemas. La otra solución es irme yo, pero sé que Ana no lo va a permitir.

Escucho un portazo que proviene de la puerta principal.

Mierda, han llegado. ¿No pueden dejarme tranquilo ni un par de horas?

Alguien golpea la puerta de mi habitación y con delicadeza abre. Es Pau. La ansiedad me invade.

—Hola, Liam. ¿Podemos hablar?

—Dime —respondo sin quitar la vista de la ventana. No puedo mirarla, tengo un nudo en la garganta que no me deja respirar.

—¿Podrías al menos mirarme cuando te hablo?

Respiro profundamente y fijo mis ojos en ella, pero no le digo nada. Solo observo cada centímetro de su piel, sus ojos, su melena, su cuello, su cintura...

—Siento lo de antes. Me gustaría hablarlo contigo. Me gustaría que me perdonases.

—¿Qué te perdone el qué exactamente?

—Acariciarte

¿¿WHAT??.

—¿Me pides perdón por acariciarme?

—Sí... está claro que te ha hecho sentir incómodo y no he pensado en ello. Una cosa es que me pidas que pasemos una noche juntos y otra muy diferente que yo te dé muestras de cariño en público.

Yo me quedo perplejo ante sus palabras. Me toma como un auténtico pervertido, de los que

solo quieren follar y muestras de cariño, cero. Vamos de los que si te he visto no me acuerdo. Yo alucino. Es el momento de cortar por lo sano esto que tenemos y he de explicarle mis razones para que se vaya de casa antes de que esto estalle y lo correcto es que hable con ella antes de hacerlo con Ana.

—¿Entonces quieres que me vaya? —pregunta y percibo su angustia interior, porque no deja de tragar saliva con dificultad.

—Sí, pero a Nerea ya la conoces, es simpática y es de fácil convivencia. Su novio se va a ir a trabajar fuera una temporada. Podríais haceros compañía.

Ella se queda callada, parece dolida, hasta que se decide a hablar.

—Pensaba que me quedaría temporalmente, quizá unos días, pero creo que me estoy haciendo a la idea de que... que se alargará más tiempo del que en principio creí. El lunes me dan mi número identificativo y ya había hablado con tu hermana acerca de buscar trabajo, que hasta ahora me había resultado imposible. Juro que os devolveré el dinero que habéis gastado en mí.

¡Me da igual gastar toda una herencia en ti, joder!

Estoy jodido porque vivo contigo, tu aroma está esparcido por toda la casa y no logro calmar mi necesidad de ti. Y maldita sea, claro que te voy a echar de menos, pero es lo que hay si no quiero volverme loco.

—Sabes que no es por eso —susurro—. Quiero que te vayas, necesito que lo hagas.

—Yo te... te quiero —me dice y en un principio me hago ilusiones para después abofetearme con las siguientes palabras —. Eres como parte de mi familia. Tú, Ana y Dani. Sois lo único que tengo.

Le recrimino su intento de convencerme de algo que ya tengo decidido. Está tratando de aguantar las lágrimas, pero no logra hacerlo. Sus ojos se humedecen y yo estoy muriéndome por dentro. Sí, soy caótico e incomprensible.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Estás cabreado porque no me acuesto contigo.

¿De verdad me consideras tan sórdido? Si fuese solo por un polvo, me iría con otra y acataría el problema de raíz. Pero si es lo que piensas, allá tú. Y de pronto veo que es la excusa perfecta para que se vaya sin remordimientos.

—Ajá.

—¿Y no podemos arreglarlo de otro modo que no sea echándome de tu lado?

—A menos que te quieras convertir en mi amante, no.

—¿Estás de chanza?

—¿Me ves cara de estar bromeando?

—¿Por qué tienes tanto interés en acostarte conmigo con tantas mujeres que tienes tras de ti?

Me río para mí mismo... tantas mujeres, dice... en fin. Y ya me he cansado de que intente convencerme, he de ofenderle lo suficiente para que no me quiera ver ni en pintura...

—Porque me ponen las que van de santurronas, pero luego tienen sexo por unos cuantos euros.

Toma ya. Hostia al canto.

Venga abofetéame. ¿A qué esperas?

Pero no lo hace. Se queda mirándome y los ojos se le empañan. No, no, no llores que entonces sí que me derrumbo.

Pausa.

Pausa.

Pausa...

Y ahora me viene con una sarta de palabrotas del año la polca. Me llama rufián, fantoche, mendrugo, casquivano, ser de la mala vida, de los inframundos...

—Madre mía, pero... ¿No sabes insultar como las personas normales? Di gilipollas, cabrón, desgraciado...

—Vete al carajo. ¿Mejor?

—Aún te queda por aprender.

—¿Que te den por culo gilipollas?

—Mucho mejor.

Tomando cartas en el asunto

Toco la puerta y espero. Estoy nerviosa, pero lo deseo tanto que es ahora o nunca. Llevo toda la tarde pensando, dándole vueltas a la conversación que hemos tenido y he llegado a la conclusión de que he de arriesgarme. Total, mañana será la última vez que lo vea. Ya ha hablado con su amiga y el lunes me traslado. Así que creo que pasando una noche con él seguramente se me vaya este deseo infundado que siento por él.

—Pasa.

Está tumbado en la cama. Lleva puesta una camiseta de tirantes y un pantalón corto gris oscuro. No creo que me acostumbre nunca a verlo tan despojado de ropas. Tiene el ordenador encima de su estómago y una de dos o está trabajando o está cortejando a mujeres de *Internet*.

Me parece el hombre más atractivo de la tierra y las gafas de vista que lleva puestas le favorecen demasiado. Le diré que se las ponga más a menudo. Aparta el ordenador y lo deja sobre la cama. Retira sus gafas y me mira. Es ahora o nunca.

—¿Estás ocupado?

—Estaba trabajando.

—¿En qué? —pregunto con curiosidad.

—Una conferencia que doy en breve. Estoy escribiendo los puntos más relevantes, los que no me puedo saltar, pero no importa. ¿Qué quieres?

Me siento en el borde de la cama. Observo como escucha música con un tapón metido en su oído izquierdo llamado *auricular*. Se lo saca y lo deja sobre la cama, junto al ordenador.

—¿Qué escuchas? —pregunto.

—The strokes, ¿por?

—¿Puedo? —señalo el auricular.

Me los da sin dejarme de mirar y me lo pongo en el oído.

—¿Con esto te concentras?

—La verdad es que sí. Es relajante. ¿Qué quieres? —me pregunta.

Me acerco poco a poco hasta que lo tengo a un palmo de mi rostro. Me quedo absorta en el perfil de sus labios. Esos labios que me atormentan. Esos labios que sueño con besar. Esos labios que han besado a tantas, pero que a ninguna le haría sentir lo mismo que a mí. Me mira con cautela, aunque no se inmuta. Me acerco lentamente y sello nuestros labios en un delicado beso.

Pero Liam se aparta como si le quemase, frunce el ceño, me mira y agita la cabeza. Se levanta de la cama agitado, confuso y ahora que alcanzo a ver sus ojos diría que incluso furioso.

No entiendo.

—¿No es lo que querías?

—No... —se apoya en el marco de la puerta, bufa y me mira con los ojos en llamas—. ¡Desde luego que no!

Y de nuevo su gélido rostro, con mandíbula contraída y clavícula endurecida.

—Eres muy difícil, cualquiera te entiende. Has dicho que quieres que me convierta en tu amante, pues eso es precisamente lo que te estoy ofreciendo.

Me mira con rabia. Está muy cabreado y anda de un lado a otro sin dejar de reír, pero no es una risa normal, es una risa de dolor, como si le hubiesen herido.

—¿De verdad crees que soy el tipo de persona que chantajea para que se acuesten con él?

Y yo me quedo estupefacta...

¿Está majareta? ¿Qué le pasa a su pequeño cerebro? Esta tarde me dice que quiere convertirme en su amante. En ese momento me ha cabreado, mucho, pero luego lo he meditado y hoy en día todos yacen con todos, y yo realmente lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas y sobre todo después de todo lo que está pasando entre nosotros. Y si me voy sin haberlo intentado, me quedaré con las ganas de haber pasado, aunque sea, una noche con él. ¿Y ahora se lo toma como una ofensa?

—¡Es lo que me has ofrecido esta mañana!

—Mira me da igual. Si para ti es tan importante quedarte que hasta eres capaz de acostarte conmigo por interés, quédate. Pero por favor, vete de mi habitación —me contesta agitando las manos.

¿Por interés? Y no entiendo porque duda de mis sentimientos. Me ha sorprendido buscándolo en *Internet*, se me pone el corazón a mil cada vez que estoy a su lado. Le doy abrazos. Nos hemos besado en su coche, un beso que hubiese llegado a la cama si no lo hubiese evitado. Vale, que lo de la mano puede haberle creado confusión, puede que crea que quiero más de él y por eso se haya asustado, pero ahora mismo le estoy pidiendo que lo hagamos.

¿¿Y por qué no hemos comentado lo sucedido en el coche?? ¡Es que no lo comprendo! Ni él me ha sacado el tema, ni yo se lo he sacado. Hemos hecho como si no hubiese ocurrido, como si todo hubiese sido un sueño. Liam me dijo que no quería volverse loco por mí. Que me deseaba desde el primer momento que me vio. Que se arrepiente de lo de Soraya. Que realmente quería estar conmigo.

—Te deseo, Liam —le interrumpo.

Ni me mira. No me cree.

—Te deseo, te deseo mucho y creo que el beso en el coche y que acabásemos a punto de... —hago una pausa y sigo diciendo: — de eso, lo confirmé, ¿no crees?

Hace una pausa, sonrío, pero vuelve a ponerse serio cuando paso mi mano por su pelo. Traga saliva con sus ojos clavados en mí.

—Ayer no quedó nada claro, Pau. Que nos deseemos no es suficiente, ¿sabes?

—¿Por qué dices eso?

—Porque es así. ¿Si nos acostamos que sucederá entre nosotros? Antes he sentido cosas que jamás creí que se volviesen a repetir, pero que asustan y que no me gustan un pelo. Tú llevas el dolor en tu corazón, la muerte, tu marido grabado a fuego. Sigues queriéndolo y yo no creo que pueda darte lo que te mereces.

—Yo creo que sí.

—No, Paula. Yo estoy jodido, más de lo que crees. Y tú también lo estás. No creo que podamos sacar nada bueno de esto.

Y abre las manos como diciendo esto es lo que hay.

Yo me acerco con timidez, ya que una fuerza superior me arrastra hasta sus brazos.

Me mira el pelo y pasa la vista a mis ojos y de ahí a mi boca. Traga saliva de nuevo. Sí, desde luego que me desea, tanto como yo a él.

Tengo los ojos muy abiertos. Sigue mirándome y las chispas saltan entre nosotros. Eso lo noto.

Sonrí y sin esperar lo me lanzo y le doy un beso casto en la boca. En un principio me lo devuelve de igual modo, lento, suave, pero nuestros cuerpos responden con un deseo devorador, reprimido y me besa como nunca me ha besado nadie. Degusto sus labios que hacía tanto tiempo deseaba tener entre mi boca. Un beso de entrega, no como los demás.

Me aparta y acaricia mi mejilla, pero yo no le dejo y vuelvo a besarle, su lengua, sus labios, la línea de su cuello. Y me responde con excesiva urgencia, como si fuésemos el polo opuesto de un imán que ha intentado repelerse, pero que al final han acabado por ceder a su destino. Llevaba muchos días luchando contra el deseo arrebatador que sentía por él, pero no quiero esperar más. Total, ya voy a ir al infierno por otros muchos pecados más, qué más da añadir otro a la lista. Él retiene mi cabeza entre sus dos manos y yo beso uno de sus dedos con los ojos cerrados. Después acaricia mi mejilla con el pulgar sin dejar de mirar mi boca. Vuelve a hacerlo, suave, delicado, recorriendo cada recoveco de mi boca y entonces me separo para tumbarme boca arriba y darle rienda suelta a nuestra pasión. Me abro de piernas a peso muerto y espero que haga conmigo lo que tenga que hacer. Llevo una falda que me he puesto a conciencia para el momento.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Vamos a hacerlo, ¿no?

Frunce el ceño y se me queda mirando de una manera que no entiendo. Su reacción: suelta una carcajada sonora, y no deja de reír. Se tapa la boca para no hacer ruido y me imagino que es para no despertar a nuestros compañeros. ¿De qué ríe? ¿Por qué se ríe de mí?

Mi cara de decepción se deja ver. Me está haciendo daño. Miro al suelo y comienzo a entrelazar los dedos en un juego imaginario. Saldría corriendo tras dirigirle toda clase de exabruptos, pero no tengo ánimo para eso. Deja de reír y lo miro vacilante. No ha desaparecido la diversión de su rostro, se acerca y me vuelve a acariciar la mejilla. Aparto la vista decepcionada de sus ojos.

—Te deseo. Lo sabes y mucho —dirijo mis ojos a los suyos—. Te lo haría ahora mismo, pero no es el momento.

—¿Qué no es el momento? ¿Desde cuándo no es el momento? ¿Y cuándo será el momento? —pregunto atónita—. Si para ti siempre es el momento. Me acabas de pedir que sea tu amante y el lunes me voy. Tú sabrás.

Digo de carrerilla, con los nervios a punta de pistola.

—No estás preparada.

—Ya he estado con mi marido muchísimas veces. No eres el primero.

—¿Tú crees?

—¿Lo qué?

—¿Que estás preparada?

—Pues claro que lo estoy.

—Vamos a hacer una prueba, si ganas nos acostamos.

—¿Ahora te tengo que convencer? No pensaba que me lo fueses a poner tan difícil.

Se acerca lentamente a la puerta y cierra el pestillo con su mirada más socarrona. Yo trago saliva porque no sé lo que se propone.

—Venga, no te hagas el interesante —le digo, pero no contesta. Pone el ordenador encima de sus piernas y escribe algo. Tras unos segundos interminables sale una canción.

—Desnúdate al son de esta canción. Hazme un baile sensual.

—¿Qué dices? —frunzo el ceño—. No voy a concederte la satisfacción de que te rías a mi costa —farfallo.

Él mueve la cabeza de izquierda a derecha.

—Solo que no creo que seas ni capaz de desnudarte frente a mí, menos de acostarte conmigo.

—Perdona, pero no recuerdo que ayer tuviese conveniente alguno para quitarme la camiseta.

—Eso fue por el calentón del momento. Yo creo que ni sabías lo que hacías.

—¡Claro que sabía lo que hacía! Además, que no creo que haga falta que me desnude para hacer el amor.

—Ah, ¿no?

—Obviamente, no.

—¿Ósea que quieres hacerlo con ropa? ¿Quieres ponerte en peso muerto, que me ponga sobre ti y te penetre, así como si fueses una muñeca hinchable?

No sé a qué se refiere.

—Explícame un poco cómo lo hacías con el soso de tu marido...

¿El soso? ¿Pero que se cree?

—Retira esas palabras. No se habla mal de los muertos y fue un buen marido. Era bueno y me trataba bien, así que no vuelvas a insultarle.

—Tienes razón. Lo siento.

Le diría lo cretino que es, pero ya lo sabe, ¿para qué volvérselo a repetir?

—Lo siento de verdad. Si te soy sincero... me pone terriblemente celoso que tu marido haya sido el único en disfrutar de ti y no entiendo como no se moría en la cama con una mujer como tú.

Sonríó ante su halago, aunque intento que se me note lo menos posible.

—Era otra época... Bueno quiero decir que vivíamos en una sociedad rural con normas y cultura de otra época.

—¿Eres de los amish?

Medito en su pregunta y levanto los hombros sin saber qué decir. Se queda pensando, mientras observo de nuevo la habitación que es excesivamente impersonal. Es la única habitación de la casa que parece que no viva nadie. Lo único que le da algo de personalidad es la estantería con libros. Los libros dicen mucho de una persona, pero ni retratos, ni objetos personales, ni peluches, ni papeles decorativos sobre las paredes como tiene Ana...

—Te voy a enseñar un video sexual —interrumpe mis pensamientos—. Es suave, una grabación casera, nada que no puedas soportar. Es lo que una pareja normal suele hacer en la cama.

Al principio dudo, pero me vendrá bien aprender que es lo que le gustaría que le hicieran en la cama. Lleva ya cuatro minutos buscando, parece que no se decide por ninguna y le pregunto el motivo. «Son demasiado fuertes», me dice.

—Ya está.

Palmea la cama para que me siente a su lado y le hago caso. Lo primero que veo me escandaliza.

—Están completamente desnudos.

Cuando los interrumpí haciéndolo sobre la mesa de la cocina, no estaban completamente desnudos. Él llevaba la camiseta puesta y los pantalones bajados. Ella también iba medio vestida. Abro los ojos como platos cuando veo que el chico acerca su boca a su vagina.

—Se lo va a ... —él asiente y sonrío—. ¿Pero eso se puede ha...? Oh. Dios, y de pronto siento un calor terrible por todo el cuerpo. Cojo un libro que tiene en la mesita e intento abanicarme con él.

—¿Qué te parece?

—Que no creo que eso sea verdad.

Después ella hace lo mismo con él, se la mete entera en la boca, la lame de arriba a abajo y vuelta a empezar y yo solo puedo abrir más los ojos si puedo.

—Te aseguro que es lo que se suele hacer.

—Madre del amor hermoso.

Luego ella monta sobre él y cabalga como si fuese un jinete. Comienzo a reír sin parar y él se anima a reír conmigo. Los dos estallan entre gemidos...

Mi marido y yo no hacíamos casi ruido. Pero no entiendo, el acto sexual es igual en todas las épocas y yo no recuerdo que gritase como si estuviera muriéndome.

—No te has corrido con él, ese es el problema.

Me habla del orgasmo femenino y siento la necesidad de tenerlo, de tenerlo con él. Me explica que solo es tocar el punto exacto...ver que le gusta a cada mujer.

—Hay algunas mujeres que le gustan ciertas cosas. Otras tienen gustos muy diferentes... pero mayormente el punto está... —se calla como pensando si seguir— Déjame que te toque.

—¿Eh?

—Eso, que me dejes que te toque el punto que te digo.

Me niego. Sacudo la cabeza nerviosa y con un rubor que me delata.

—¿No decías qué querías...?

Debería decirle que no, debería patearle por obsceno, pero realmente quiero estar con él. He venido con esa intención, ¿no? Que les den morcillas a los recatos. Asiento y me subo la falda. Él chasquea la lengua, parece no gustarle porque se pone sobre mí y me la retira sin ninguna piedad. Estoy en braguitas y me tapo con las manos instintivamente. El corazón se me acelera y la respiración se me entrecorta.

—Tranquilízate, confía en mí. No hay nada de ti que debas esconder. Me gustas muchísimo. Eres preciosa.

Estoy acostada boca arriba. Pone sus piernas entre mis muslos y me besa el cuello, después los labios y lo hace con cariño, sensualmente. Instintivamente lo rodeo con las piernas y noto su dureza.

—Sí, me la pones muy dura y no tienes ni idea de lo que me va a costar aguantar las ganas de hacértelo.

Sujeta mi rostro para encajar sus labios en el cuello. Lo saborea con dilación, después el lóbulo de mi oreja. Dios mío, siento como humedezco, como todos los poros de mi piel se abren para él. Lo necesito por siempre. Hundo mis dedos en su pelo, pero él aparta mis manos y las echa para atrás, colocándolas bajo mi nuca. Para mi sorpresa mete su mano dentro de mis bragas sin dejar de deleitarse en mi sabor y yo en el suyo.

—Peludito.

—Las vaginas son peludas —susurro—. A excepción la de las niñas.

Se baja un poco sus calzones para mostrarme que no es así. ¿También se los depilan?

—Me los recorto.

—La otra vez no me di cuenta. En el baño —aclaro, pero él ignora mis últimas palabras y hunde de nuevo su boca en mi cuello.

—Me gustas. Todo tú —beso—. Perfecta —Otro beso—. Preciosa —y otro—. Y tan suave.

Me ruborizo, aunque en seguida se me pasa cuando comienza a tocar un punto dolorosamente dulce, calentando desde mis pechos hasta mis muslos. Me sujetaría al cabezal de la cama, pero no tiene rejillas, así que mi única opción es agarrar las sábanas con fuerza. Esto es maravillosamente torturador. Besa mis pechos con parsimonia, deleitándose en el contorno, en ellos. Observo todo desde mi ángulo y él me mira de reojo con la cabeza entre ellos. Me retuerzo, me arqueo, entonces desliza sus delicados labios por mi estómago sin dejar de observarme, dejando un rastro de besitos por toda mi barriga, que descienden hasta mi ombligo y después... y yo simplemente me

muero, porque siento como hierve cada poro de mi piel.

Oh, no... ¿Va a hacer lo que creo que va a hacer? ¿Lo del ordenador?

Pero entonces hunde sus manos en mi interior y yo intento separarme de él algo apurada.

—Shhhh...

—Es que me da mucha vergüenza. No, por favor.

—¿Ya te estás echando para atrás?

—Sí, eres demasiado perverso para mí.

Suelta una risilla, pero me ignora. Empieza a jugar dentro de mí y entonces pierdo la razón porque no puedo pensar, no puedo hablar, solo disfrutar de está deliciosa tortura. Me despoja de la poca ropa que me queda y sus labios descienden hasta mi sexo. Lame, succiona, provoca... y yo me tapo la boca cuando percibo que podría hacer más ruido del debido, pues siento un temblor desconocido por todo mi cuerpo, una sensación la mar de extraña, sobre todo de mitad para abajo. Y no tardo ni dos minutos en sentir esos espasmos que me ha dicho que tendría. Esa maravillosa sensación que me recorre, que se apodera de mí. Liam ralentiza la velocidad y yo termino extasiada, sin fuerzas. Entonces se separa y asciende para besarme como solo él sabe hacer.

—Bueno, primera parte del cursillo.

—Ha sido... fantástico...

Suelta una leve risotada y me vuelve a besar. Estamos de lado, mirándonos.

—Me alegro que te haya gustado.

—Vamos a hacer el amor —sugiero pasando mi mano por su pelo.

Después de esto ya he perdido la vergüenza.

—Otro día. Los cursos se dan por temas y los temas se dan por separado.

—Pero tú... —digo señalando sus partes bajas.

—Podré soportarlo.

Pues no me parece bien. Quiero que sienta parte de lo que me ha hecho sentir a mí. Así que lo insto a que se desnude, pero vuelve a decirme que será mejor que lo dejemos para otro día y como soy tan cabezona, no le permito que se niegue y se los bajo a traición.

—¿Tan pronto te estás pervirtiendo? —se muerde el labio y ríe.

Yo asiento con una sonrisa pícaro y me dejo llevar.

—Soy nueva en esto. Sé benévolo conmigo.

—No pasa nada cariño, lo harás bien, solo ten cuidado de no...

Pero no le dejo terminar la frase y me pongo entre sus piernas. Pongo todo mi empeño y gime cuando estoy en ello. Madre del amor hermoso, es muy grande. Quiero gustarle más que cualquiera de sus chicas y no sé si llegaré a tanto, pero su cara muestra la tortura deliciosa a la que le someto. Se me ha ido la vergüenza sin saber por qué, quizá sea porque sé que le gusto y eso me hace dichosa. Sigo las instrucciones del vídeo, y pongo todas mis ganas por conseguirlo.

—Oh, Dios mío, Pau.

Y sigo los pasos.

Y se está tensando.

Y gime.

—Oh, joder. Aparta que voy a...

—Como en el vídeo—susurro.

—Eso. No tiene por qué. Ser así...

Pero no le hago caso, pues si me ha puesto ese vídeo es porque es lo que le gustaría que le hicieran. Así que sigo hasta que estalla dentro de mí y erupciona como un volcán. Después me separo de él y me quedo mirándolo más avergonzada de lo que creía. Se ha puesto cómodo y se ha

sentado apoyándose en la cama con los dos brazos a cada lado de su cuerpo.

—Joder Paula, te había infravalorado —dice jadeando—. No creía que fueses capaz de seguirme el juego.

—Soy muy valiente.

—Ya te digo. También eres demasiado... —y tira de mí para besar mi mejilla y después mi cuello.

—Demasiado, ¿qué?

—Todo. Lo eres todo. ¿Sabes? Nunca había tardado tan poco en correrme.

Salto de la cama con la sábana enroscada en mi cuerpo y me dirijo con una sonrisa al baño. Pensaba que se me había pasado, pero no, sigo teniendo vergüenza.

Y voy a ir al infierno de cabeza.

Ummm... en cuanto paso el umbral de la puerta me doy cuenta de que nunca había entrado en su baño privado. No es tan grande como el otro, pero es más acogedor; sin apenas adornos, de aspecto masculino y en tonos grises y blancos. Ana me comentó que habían echado a suerte la habitación con baño y que le había tocado a él. Tiene una enorme bañera, en el que caben perfectamente dos personas. De solo pensar en las mujeres que se habrán bañado ahí me cabrea terriblemente. También hay un enorme espejo en la pared y un lavabo. Estoy aseándome cuando se acerca para abrazarme por detrás y me doy la vuelta para rodear su cuello con mi abrazo. Después me da un delicado beso acariciando con sus dedos mis mejillas.

—Voy a por mi ropa.

—No te vistas. Eres tan bonita...

Llevo puesto la ropa interior de encaje azul que Ana me ha regalado y deshace el nudo de la sábana para quedarme casi desnuda frente a él. Qué vergüenza. No sé cómo se tomará su hermana nuestra... ¿Relación? ¿O qué ha sido esto?

—Tengo que regresar con Ana.

—Quédate conmigo. Solo dormir.

Oh, no, no, no.

—Tu hermana se volverá loca si se entera... además, mañana vienen tus amigos y pasado me voy...

—No te preocupes por nada, hablaremos con Ana. Por favor.

Y no entiende que podría sufrir, porque para mí la intimidad no significa lo mismo que para él. Y lo que acaba de suceder entre nosotros... es más de lo que hice en tres años con mi marido.

—Mañana hablaremos sobre nosotros, hoy no pienses. Solo concédeme esta noche. Quédate a dormir conmigo.

Acaricia mi mano y besa mi muñeca y yo no sé a qué santo, pero no he podido negarme a su petición.

Al pan, pan, y al vino, vino.

Estoy acurrucada entre sus brazos, como en mis sueños, cuando algo me despierta. Liam está a mi lado, despeinado y le cae varios mechones castaños sobre sus párpados. Madre mía qué estoy haciendo y donde me estoy metiendo. Alguien golpea la puerta con ímpetu y entonces y solo entonces asimilo que hay alguien que intenta entrar. Los gritos de Ana ya me sacan de todo ensimismamiento. Le doy varios golpecitos en el brazo y como hermanos que son bien podría haber un terremoto que ninguno despertaría. Tras varios intentos consigo que abra levemente los ojos.

—Liam, despierta...

—Mmm... ¿Qué pasa, nena? —susurra, me sonrío y me aprieta más contra su cuerpo.

—Ana está aporreando la puerta. Parece preocupada. Sal, a ver qué le pasa.

—Va a dar el coñazo cómo siempre. Pasa de ella —me da un beso en la mejilla y desciende su boca hasta mi cuello, provocándome un escalofrío. Suelto una risilla y me retuerzo.

—¡Liam, sal, joder! —vuelve a gritar y la manivela se desliza con la intención de abrirse. Gracias a dios está puesto el pestillo. Recuerdo que fue justo antes de que me pidiera el baile sensual.

—No se va a dar por vencida.

Refunfuña, se despereza y se pone la camiseta. Me invaden los nervios, me tapo, me destapo, está puesto el *aire acondicionado* y no sé si tengo frío o calor. En 1809 esto daría lugar a un escándalo y aunque a día de hoy no sea exactamente así, me da muchísima vergüenza. Pero todo es culpa del conjuro que me atrae hacia él como si de un imán se tratase.

—Ya salgo —dice secamente.

Se dirige hacia la puerta y me mira. Regresa para ponerse el pantalón corto y me da un besito en la boca. El beso es tierno y dulce, aunque no tengo la certeza, ya que no soy experta reconociendo besos y con los nervios quizá lo esté confundiendo. Me levanto cuando sale y pongo el oído al ras de la puerta porque sé que voy a ser el principal tema de conversación. Ana está preocupada por mí, cree que me he ido de la casa y le echa la culpa a Liam. Escucho como le contesta que estoy dentro de la habitación y que no debe de preocuparse porque estoy bien. Ahora ella le pregunta que hago en su habitación, para de inmediato escucharse un grito de conmoción.

—Oh no, dime que no es verdad. Conozco esa cara de haber follado. Dime que no te has aprovechado de ella.

Unos segundos de silencio y estalla la bomba. Liam le recrimina su falta de confianza en él. «¿Qué cómo puede creer que él vaya a aprovecharse de ninguna mujer? Que ni que fuese un violador». Y bueno... ya ni siquiera hace falta que ponga el oído, ya que se escuchan los gritos desde la otra punta de la casa: «Que si somos adultos. Que no se meta en nuestra vida. Que lo que pase entre nosotros no es asunto suyo». Ella contesta: «que soy muy inocente y que no me merezco que me utilice». Caray con lo de inocente, yo no sé de dónde ha sacado eso. Decido salir a calmar

los ánimos, porque si no sé qué va a arder Troya (sobre todo por parte de Ana). Liam también tiene su genio, pero es más sosegado que ella. Entorno la puerta y saco la cabeza por el hueco con la intención de mediar entre ellos.

—Buenos días —digo algo avergonzada—. ¿Puedo?

—Claro, sal.

Cierro la puerta y me quedo en medio de ambos observándolos con timidez. En menudos fregaos me meto.

—¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien. Siento haberte preocupado.

—¿Podemos hablar a solas? —tira de mi brazo, pero no me muevo ni un palmo del suelo. Así que le hace un gesto a Liam para que nos deje a solas.

—Si vas a criticarme que sea en mi presencia —masculla—. Además, que este tema nos incumbe a los tres.

Me mira y asiento.

—Está bien... —pone los ojos en blanco.

Liam se cruza de brazos a la espera de la ofensa. Ella carraspea antes de hablar.

—A ver no sé cómo decirte esto, pero... ten cuidado con mi hermano. No es un hombre de relaciones y podría hacerte daño.

—Eso lo sé.

—No, en serio. Ha sufrido mucho y no creo que nunca esté preparado para una relación después de lo que le pasó. Te follará y se largará.

—Por Dios, Ana. Dices tonterías —se queja Liam y ella lo mira de reojo advirtiéndole que se calle.

—Ana, si sucediera sería asunto nuestro. No debes de preocuparte soy mayor y consciente de mis actos.

—Y te hará sufrir. No te puedes imaginar la de chicas que han acabado llorando por su culpa. Incluso han venido implorándome que interceda entre ellos dos para que mi hermano entre en razón y... yo no quiero que sufras.

¿Pero a cuántas ha hecho sufrir?

—Venga va... —suelta Liam—. Qué exagerada eres. Una. Solo fue una. No inventes.

—Si vas a estar presente mantente callado.

Sella los dos dedos a la altura del labio y la pasa a lo largo de principio a fin. Es la señal de que cierra la boca. Cuando llegué no conocía ese gesto, pero ya la he visto un par de veces.

—No tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho por mí y sabes que eres a la que más quiero de la casa —miro a Liam y le pido perdón arrugando la nariz—. Pero él no me ha obligado a dormir con él, lo he hecho porque me ha nacido hacerlo. Lo siento, no he pensado en las consecuencias de mis actos y que podrías estar preocupada.

—No, si yo no te estoy pidiendo explicaciones, solo te advierto como amiga que soy. Si quieres que te haga daño, adelante. A mí que durmáis juntos me da totalmente igual, ni más faltaba. Solo que no me gustaría tener que posicionarme si llegara a hacerte daño, ya que al fin y al cabo es mi hermano.

—Pues es evidente que estás en mi contra —farfulla.

—En estos momentos le advierto a una amiga para que no le hagan daño. Pero sabes que para mí eres lo primero.

La tengo en tan alta estima que no me gusta verla disgustada. Ella es quien ha estado a mi lado desde que llegué. Me ha ayudado sin tener por qué hacerlo. Me ha ofrecido su casa, sus amigos, su

ropa. Me ha tratado como a una hermana. Cuando me vaya los recordaré como mi segunda familia, pero sobre todo a ella.

—No quiero que sufras. A mí me han hecho daño y ojalá me hubiesen advertido.

—¿Y si te hubiesen advertido hubieses obedecido?

A juzgar por la expresión de su rostro diría que no.

—Tengo derecho a decepcionarme como el resto de los mortales.

Liam me mira, sigue con los brazos cruzados. Su mirada es intensa, pero indescifrable. No sé en qué piensa. Ana me mira preocupada.

—Has padecido tanto...

—Ana, no te preocupes por mí, enserio. Yo sé cómo es y sé que es lo que puedo esperar de él. Te recuerdo que vivo en esta casa.

Un consejo es siempre una confesión

Mezclo los ingredientes en un cuenco. Estoy haciendo galletas, pero quiero preparar algunos dulces más porque hoy tenemos visita. Me sorprende a mí misma de lo cómoda que voy con el pantalón y la camiseta que hace menos de un mes me veía incapaz de ponerme, y ahora no me veo ataviada con esos vestidos tan pesados. Es curioso lo rápido que se acostumbra una a las vestimentas de esta época. Me estoy adaptando muy bien y me da miedo. Dani se sienta en un taburete y me hace compañía. Se ofrece a batir los huevos, mientras me cuenta lo divino que es su novio.

—Creo que me estoy enamorando. ¿Sabes? Si me lo llegan a decir hace un mes no lo hubiese creído.

—Te mereces que te quieran. Eres de lo mejorcito que hay —me acerco y le doy un delicado beso en la mejilla, sin tocarle porque voy llena de harina.

Le ofrezco una galleta de la primera tanda que he sacado del horno. Son de chocolate, distintas a las de almendras que estoy haciendo ahora.

—Nunca me cansaré de estas deliciosas galletas —me dice y le sonrío en agradecimiento—. Y cuanto las echaré de menos cuando te vayas. Solo a ellas —bromea.

Le hago un mohín y él retoma la conversación.

—Si el problema era yo, que me resultaba imposible enamorarme, era un hombreriego.

—¿Un hombreriego? —arrugo la frente y espero a que conteste.

—Sí, me gustaba picar de flor en flor, o mejor dicho de capullo en capullo —finge lascivia pasándose la lengua por el labio inferior. Me meo con él.

—¿Cómo Liam?

—Más o menos, pero con hombres.

Liam aparece, nos ha escuchado y pregunta qué hablábamos de él. Se ha dado un baño y se ha puesto ropa cómoda. Lleva puesta una camiseta azul cielo de manga corta que resaltan con sus ojos azules y un pantalón de algodón que le queda de maravilla. Con el bronceado parece un ángel, un ángel caído, que me va a llevar de cabeza al infierno. Lleva el pelo húmedo y va recién afeitado. Me gustaba la barba recortada que llevaba, le daba un toque más maduro, pero él va guapo de todas las formas posibles.

—De lo enamorado que estoy. Hace dos meses nadie hubiese creído que Daniel Medina López acabase enamorado hasta las trancas y mírame ahora...

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Se acerca y coge una copa de la estantería.

—Discutíamos acerca de quién era más golfo, si tú o yo.

Suelta un bufido y por cómo nos mira diría que parece molesto. Se acerca y abre una botella de vino tinto. Le pregunta a Dani si quiere, responde que no. Entonces saca dos copas, las llena y me tiende una a mí, y sin decir más se da la vuelta para salir al jardín. Yo me estoy comiendo otra

galleta.

—Últimamente se te ve más relajado, como más feliz... ¿A qué se debe? —le pregunta.

Ignora la pregunta, vuelve a darse la vuelta y se acerca con la mirada fija en mí. Yo mastico la galleta poco a poco, me embelesa con solo mirarlo. Hace un gesto con la mano como que pasa de contestar. Me mira y me sonrío. Estamos haciendo tiempo para que se terminen de hacer tanto la tanda de galletas como el bizcocho.

Liam sigue mirándome con esa arrogancia natural que tiene y que tanto me gusta. Sus ojos pícaros me devoran. Estoy paralizada con la mitad de una galleta en la mano y me muerdo el labio con deleite. Dios santo, qué hombre. ¿Y qué se trae entre manos? Los ojos de Dani se posan en él y luego en mí. Su mirada es cautelosa. Pero él sin ápice de vergüenza se me acerca y me arranca con la boca mi media galleta de la mano. Después me sonrío y yo me quedo sin respiración con la mano levantada como una idiota.

¿Por qué ha hecho eso?

—Espera... espera... ¿Qué es lo que pasa aquí? —Dani hace una pausa y ríe, y sé que está llegando a la conclusión más lógica—. ¿¡Vosotros estáis liados!? —se bebe de un trago la copa con mejunje negro llamado *coca cola* y no entiendo por qué le sorprende tanto, cuando todos sabemos que Liam no pierde oportunidad que se le presenta.

—Aquí hay amor. Madre mía, nunca creí que lo de tu hermana con Airén funcionara, pero lo ha hecho...

—No digas tonterías... —pone los ojos en blanco y se apoya en la barra de la cocina.

Lewis se acurruca entre mis piernas para que lo acaricie, no le hago caso, pero entonces me da un zarpazo. Siempre hace lo mismo cuando quiere mimos. Me agacho y lo cojo en brazos. Él ronronea cuando paso mi mano por detrás de sus orejitas. Intento escuchar lo que dicen.

¿De qué hablan? Que si un hechizo de amor, que si una bruja y entonces saltan todas mis alarmas. Para colmo se están comiendo mis galletas de una tajada y tienen que durar hasta que lleguen los invitados. Así que dejo a Lewis en el suelo y me lanzo a proteger la bandeja o lo que queda de ella, y la guardo ante sus quejas. Al fin hacen una pausa y me miran. Yo estoy con los brazos en jarras.

—¿Por qué habláis de una bruja?

—Según él, tú apareciste por un hechizo de amor que le hizo una bruja.

—Que nos hizo una bruja —aclara Dani—. Y yo he encontrado el amor y él ha encontrado el amor.

Señala al jardín donde está Fer y después a mí.

—Mi hermana y él fueron a un centro de tarot —responde Liam con cara de circunstancia—, e hicieron un conjuro de amor para él y otro para mí. Y asegura que tú has aparecido porque eres mi media naranja. Locuras del dúo.

Dani sigue hablando casi de carrerilla, como suele hacer siempre que se emociona con algún tema. Liam exhala y se sienta en un taburete a mirar el móvil simulando que ignora la conversación, pero yo insisto a que Dani me siga contando. Y aunque parece que no está atento, lo conozco lo suficiente para saber que está con el oído puesto mientras bebe de su copa de vino con la delicadeza propia de él. Hasta que no le queda otra que interrumpirnos con un:

—No puedo creer la sarta de disparates que estoy oyendo...

—¿Dónde está esa bruja? —le pregunto.

—Y yo qué sé... pregúntale a él. Ya te he dicho que son cosas de estos dos.

—¿Me puedes llevar? Lo antes posible —le digo a Dani.

—Sí, claro. El lunes vamos si quieres.

Y sus palabras me han sorprendido tanto que me tengo que sentar en la silla para no darme de bruces contra el suelo. Si ellos hicieron un conjuro para que yo viniese y yo hice un conjuro para venir. ¿Quiere decir que Tera está tanto en el pasado cómo en el presente? ¿O qué se han mezclado los dos conjuros entre dos brujas diferentes? Da igual, sea lo que fuere, esa bruja del presente sabrá algo. Quizá pueda resolver todo este enigma y devolverme a mi tiempo.

—¿Estás bien? —me pregunta Liam—. Estás pálida.

—Quiero ver a esa bruja.

—¿Para qué? —vuelve a preguntar.

Dani sabía mi historia, mi dolor y mi viaje en el tiempo y no me ha contado nada hasta hoy. Y yo estoy cabreada con él, o quizá decepcionada, no lo sé.

—Yo no sabía que estaba todo relacionado. He caído ahora... Yo que sabía que ibais a acabar liados. Vuestra relación no era para echar cohetes —se defiende—. Pero no caí en lo que pidió Ana: «tanta guerra como paz» y lo de «una mujer como de otro tiempo». Ahora todo encaja.

Liam nos mira asombrado.

—¿Es decir que estás aquí por un conjuro? —pregunta tras una risilla irónica—. En esta casa uno no llega nunca aburrirse. A ver explícame, estabas en Zaragoza, en EEUU o en ese barrio chungo del que provienes, porque no tengo aún ni la menor idea de dónde eres y una fuerza superior te guio hasta aquí. ¿Para encontrarme a mí?

Todo me da vueltas. Y si a mí me da todo vueltas no me quiero imaginar lo que debe de estar pensando Liam. Sí ya... no se entiende nada. Ana nos interrumpe preguntándonos si podemos calentar la leña mientras ella termina de hacer unas cosas y yo me quedo mirándola con todo el mal genio que he acumulado desde que he averiguado su mentira. Sabía que había una bruja y también conocía mi historia, e incluso Dani ha acabado por contármelo antes que ella. Estoy muy enfadada y así se lo digo. Se pone pálida, sin embargo no veo arrepentimiento por su parte. Al contrario, cree tener la razón. Maldita cabezota.

—Yo no sabía que ibas a acabar liada con mi hermano —se excusa. Pero no la creo.

—Da igual. El problema que es sabías que había una bruja implicada en este tiempo y guardaste el secreto. Sabías que podía ir a ella en busca de ayuda y no has sido capaz de decírmelo hasta ahora. Y Dani puede que no cayera y además que no he pasado tanto tiempo con él como contigo. Pero te recuerdo la noche que nos sinceramos, la noche que pasamos juntas como dos hermanas hablando de todo y ahí tampoco me constaste nada. Tú te has callado por algún motivo. Me lo has ocultado a conciencia.

Se queda callada, aspira y me dice:

—Por qué no quiero que vuelvas a esa guerra dura. Quiero que te quedes con nosotros, somos tu familia.

Y yo me quedo tan inmóvil que no sé qué decir. No me puedo creer que haya sido tan egoísta. Le recuerdo que mi familia, la verdadera, está allí y estará devastada al no saber nada de mí. Podría ponerse por una vez en su vida en la piel de la otra persona. Ella sale de la cocina y yo la sigo furiosa hasta la habitación donde no hay nadie más que nosotras dos.

—Mañana te llevo a la bruja, después de recoger tu DNI. ¿Te parece? Y si quieres largarte, pues lárgate, pero entonces demostrarás que no quieres tanto a mi hermano como dices.

—¿Ahora pretendes hacerme sentir mal?

—Chantaje emocional se llama —me dice y sonrío. Encima quiere que me lo tome a chance.

Me doy la vuelta y le doy la espalda para encerrarme en la habitación. Y a cada minuto que pasa más molesta me siento. No ha intentado entrar, ni falta que hace. Dos horas más tarde Liam golpea la puerta. Me pide permiso y me quedo mirándolo desde la cama hasta que cierra la puerta

tras de sí.

—Estos han llegado hace más de media hora.

—Lo sé, pero no puedo salir de mal humor y mi cara siempre refleja mi estado de ánimo. Eso quiere decir que no puedo causar mala impresión y es lo que haría si saliese ahí con todos los demás. ¿Entiendes? —respondo nerviosa.

Levanta las cejas.

—En resumen, que no estás de humor para salir y quieres caer bien.

Y me sonrío el muy canalla, con esa sonrisa que me atrapa de tal manera que hace que pierda la noción del tiempo, del espacio y de todo lo que gira alrededor de mí. Intenta justificar a su hermana, me dice que Ana es así con las personas a las que quiere y lo cierto es que sabe elegir las palabras adecuadas en el momento adecuado para calmar mi temple, porque ha hecho que mi cabreo haya menguado considerablemente.

—¿Podrías contarme qué es lo que de verdad ha pasado?

—Que tu hermana me ha ocultado información relevante a conciencia. Vamos que me ha mentido por puro egoísmo.

—Ya, eso me ha parecido oír. Aunque no logro comprender casi nada —mira hacia arriba y agita la cabeza—. El caso es que no creo que sea por egoísmo.

—¿Y entonces?

—Ella se mete en la vida de las personas a las que quiere. Conmigo ya la conoces, lo que debo hacer, lo que no, que si soy un golfo, que deje de comportarme así y asá. Siempre con su falsa moralidad de lo que está bien y de lo está mal, cuando ella es la primera que comete errores. Lo del vino es imperdonable.

—Me ha mentido, me ha ocultado información.

—Mi hermana hace cosas que no son lo que una persona normal haría.

—¿Qué pretendes decirme?

Se queda callado unos instantes, hace una mueca con la boca. Parece meditar si contarme algo o no.

—Hace años me metí en problemas por una chica —comienza diciendo—. Mi hermana sabía la clase de persona que era y se le ocurrió la brillante idea de pagarle con su parte de la herencia que nos dejó mi abuela para que desapareciera de mi vida. Podría haber hecho cualquier otra cosa, cualquier otra opción hubiese sido mejor, pero ella creyó que darle nuestro dinero era su mejor solución.

¿Problemas?

—¿A qué te refieres con problemas?

—No tiene importancia y no es el caso —hace un gesto con la mano y se apoya en la pared.

Le digo que no puede contarme las cosas a medias y que siempre lo hace. No puede decirme que se metió en problemas por una chica cuando no me cuenta el tipo de problema. Un problema puede ir desde:

-illa: robo de gallinas, robo de pan para comer, ser sorprendidos metiéndose mano bajo un olivo...

-ón: secuestros, asesinato...

O me lo cuenta todo o que no hubiese comenzado, porque eso no es confesarse. Entonces lo observo con detenimiento, tiene la mirada perdida y veo angustia en su expresión iracunda. Me recuerda a mí cuando me quedo envuelta en mis recuerdos con Joaquín y solo entonces asimilo que él ha pasado por una pérdida similar a la mía. Estoy segura de que Liam ha perdido a una mujer, a alguien que quiso mucho. Porque conozco muy bien esa sensación y esa angustia que

muestra en estos momentos.

—¿Qué pasó con esa mujer? ¿La perdiste?

Sorprendido clava sus ojos en mí, como si no pudiese creer que lo haya averiguado.

—Conozco ese sentimiento más de lo que crees.

Liam emite un sonido ahogado, fija su vista en el suelo y se tira unos segundos de eterno silencio.

—Murió por drogas —contesta al fin.

Me pregunto cómo puede alguien morir por drogas. Escucho lo que me tiene que decir y parece que logro encajar algunas de las piezas de lo que es él, y aunque no entiendo muy bien el significado de las drogas, porque en mi época eran cualquier género de especería como clavo o canela o medicinales como el maná, puedo captar los detalles de lo que me cuenta y sé que necesita un abrazo. Lo aprieto contra mi cuerpo con todas mis fuerzas y apoya su cabeza en mi hombro. No es solo físico, es obvio que entre nosotros existe algo más. Después se aparta y sigue hablando.

—Poco a poco fui cayendo yo también. Comenzó con la coca, luego cristal... Fiestas y fiestas... todo lo que no salí de joven lo hice con veintitrés años. Me metí hasta el fondo y todo por ser lo suficiente divertido como para gustarle a ella y a sus amigos. En lugar de pensar con la cabeza y hacerle ver de su error. Duramos tres años y poco.

—¿Y tus padres lo sabían?

—Nunca han sabido nada. Fue mi hermana la que me ayudó a salir. Todo fue gracias a ella. Fue ella la que me pagó la rehabilitación y el psicólogo. Es una gran persona, a pesar de que sea intensa y una pesada de cojones.

Y ese es el motivo principal de que vivan juntos. Ella lo chantajea con contárselo a sus padres si no vive con ella durante al menos un año más; el tiempo que le dio la psicóloga para su total recuperación. Me dice que sus padres no se pueden enterar, sobre todo su padre.

—Conozco a mi padre y sé... — aprieta los labios con fuerza —. No quiero imaginar si se enterase. Además, ha sufrido dos infartos y no me gustaría ser el responsable de un tercero. En febrero hará tres años desde mi última recaída. Antes llevaba otros tres años más. Por eso mi hermana me obliga a vivir con ellos. No se fía de mí.

Me sorprende que sea él el que tiene problemas. Siempre me había parecido Ana la alocada de los dos, la que necesitaba ser vigilada y resulta ser Liam el que tiene problemas.

—La chica intentó endosarme un hijo que no era mío —suspira por la boca—. Era una drogadicta que se acostaba con unos y con otros a cambio de unas rayas. Yo no lo sabía, pero mi hermana sí.

—¿Y tú hermana que hizo a todo esto?

—Eso, pagarle para que desapareciera. Cuando me enteré me cabreeé muchísimo con ella porque no la creía. Estaba seguro de que el hijo era mío y mi hermana solo era una hija de puta ruin que me había apartado de la felicidad y de mi futura familia. No quería verla, no quería saber nada de ella.

—Y te enteraste...

—El día que me enteré de que el hijo que esperaba no era mío me quise morir y fue ese momento en el que me dejé ya del todo. Para qué quería vivir, si había perdido a la persona que amaba y la fe en el amor. Era un drogadicto. Había perdido a mi hermana que era la única persona que tenía y que se preocupaba por mí y tampoco era capaz de pedir ayuda a mis padres. Y en cuanto a mis colegas no creí que me pudiesen ayudar. Estaba decepcionado de la vida.

—Liam... —susurro.

—Un día me encontró tirado en el parque de enfrente de casa con un colocón monumental. Me dijo que o meditaba sobre lo que estaba haciendo con mi vida o llamaba a papá de inmediato. Que lo sentía por su infarto, pero que no iba a permitir que me dejase morir. Recuperé la cordura y decidí recuperarme. Ya tenía algo. Ya no estaba solo. Ella estaría a mi lado.

Me deja sin palabras...

—¿Y la chica?

—Años después me enteré que había fallecido de una sobredosis, me dio un bajón y recaí.

Enlazo nuestras manos para que se dé cuenta de que estoy a su lado y le escucho.

—¿Aún no habías superado la ruptura? —pregunto.

—Unos meses antes de que falleciese, me vino a buscar —sigue diciendo—. Yo la tenía casi olvidada. Imagínate la sorpresa —chasquea la lengua contra los dientes—. Me contó que no tuvo al bebé, que abortó de forma natural al sexto mes de embarazo. La vi bastante desmejorada desde el último día que la vi hacía casi tres años. Me pidió dinero, según ella quería salir de ese mundo y le habían dicho que yo ganaba bien. Me enfurecí, creí que venía a pedirme dinero para drogarse y le eché en cara su falta de escrúpulos. Otra mala decisión. Otra más para mi lista. Tomé el camino del rencor y no pensé en lo difícil que habría sido para ella venir a suplicarme que la sacase de ese mundo. No me puse en su lugar, el orgullo me pudo, Pau. Mi peor defecto. Dos meses después, me enteré de que habían encontrado su cuerpo ahogado por las drogas.

Se queda clavado en la cama, está exhausto, se recuesta mirando al techo. Cuando el dolor de la pérdida es tan grande por muchas palabras alentadoras que digas no solucionas nada, solo consuena un abrazo y eso es lo que hago, se lo doy con todas mis fuerzas.

—¿Entonces tu hermana no sabe el dolor que guardas? ¿No sabe cuánto le agradeces lo que hizo por ti?

—No suelo hablar mucho de mis sentimientos y menos con ella. Bueno, realmente con nadie, es la primera vez que me desahogo —hace una pausa—. Duele demasiado, Pau—traga saliva con dificultad, se queda pensando algo y sigue diciendo:—. Lo que pretendo decirte es que no le tomes tan en cuenta los errores a mi hermana si no quieres estar cabreada con ella durante una eternidad. Todo lo que hace es por «nuestro bien». Es muy protectora y no va a cambiar, te lo aseguro.

No ha sido sincera conmigo, pero he llegado a querer mucho a mis tres chicos y no puedo estar más tiempo cabreada con ella. Además, no puedo seguir molesta con alguien que ha hecho tanto por mí. Eso sí, pienso dejarle las cosas claras. A mí que no me vuelva a mentir, jamás. Decido salir acompañado de él, aunque antes le pregunto cómo se siente. No llora, pero reconozco el esfuerzo que estará ejerciendo sobre sí mismo para no hacerlo.

—Puedes llorar —le digo.

—Si lloro me desplomo. Y no quiero.

—Sé que no servirá de nada, pero no fue culpa tuya.

—Desde entonces estoy cabreado con el mundo.

Quiero abrazar a mi chica con todas mis fuerzas, pero sobre todo a quien me apetece mostrarle mi afecto es a él. Sé lo difícil que es confesar algo que te causa tanto dolor y también sé el terrible esfuerzo que acaba de hacer al contarme su historia. Así que me echo a sus brazos y lo aprieto contra mi cuerpo. Liam me devuelve el abrazo como si fuese el último y me aprieta tanto, que comienza a hacerme daño. Me aparto, le miro a los ojos y me acerco para darle un beso en la boca. Quiero demostrarle que estoy con él para lo que sea, para lo que necesite, pero me sorprende apartándose de mí como si quemase y yo me quedo con cara de necia.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Salimos?

—Es normal que estés triste y que el recuerdo duela. No te voy a decir nada, porque no se puede decir nada que aliente el dolor del alma. Pero estoy para lo que necesites; un abrazo, una caricia, para hablar —sonríó con delicadeza.

Me mira serio y me suelta:

—No necesito tu caridad.

Buf... maldito Liam.

—Sabes cuánto te aprecio. Y también sabes que yo he pasado por algo similar, así que creo que conozco muy bien ese sentimiento para ofrecerte solo mi caridad —respondo ofendida.

—Ya... Déjalo estar. Haz como si no te hubiese contado nada.

—Por Dios, Liam, deja de ser tan difícil —vuelve a esquivarme cuando me acerco—. Quizá no la hayas olvidado, es normal cuando...

—No es por nadie —me interrumpe—. Lo tengo superado, hace mucho tiempo de eso.

Liam y sus cambios de humor. Hace un momento triste y melancólico y ahora seco y antipático... al menos le pregunto si estamos juntos, por mucho que esté triste necesito saber qué somos y qué espera de la relación que tenemos. Se dirige a la puerta más rígido que un palo y antes de abrir se gira para preguntarme conmocionado que a qué me refiero. ¿Cómo qué a que me refiero?

—Si eres mi pretendiente. Si es un cortejo oficial.

—¿Pretendiente? ¿Cortejo oficial? —pone los ojos en blanco.

—¡No me pongas los ojos en blanco! Creía que habíamos afianzado nuestra relación.

O eso parecía con la escena de la galleta. ¿O que es sí no una manera de mostrar que estamos juntos?

—Todo es muy complicado, Pau. ¿Vamos fuera, te parece? mañana lo hablamos. Llevamos mucho tiempo aquí.

—Lo siento, pero prefiero que sea hoy. Vale que los dos lo hemos pasado mal, pero quiero saber si estamos juntos o no.

—Sí es un cortejo oficial, ¿no?

—Deja de burlarte de mí.

—No sé qué quieres que te conteste.

—¡Pues mi pregunta! —tras una pausa eterna en la que no responde, sigo hablando—. Ayer lamimos nuestras partes íntimas y con lo de la galleta pensaba que habíamos afianzado lo nuestro. Pero si no es así, dímelo y no me vuelvas loca. No me gusta que jueguen conmigo. Sé claro —hago una pausa y pregunto:—. ¿O somos follamigos?

Levanta las cejas y se pasa las manos por la cara como si estuviese perdiendo la paciencia.

—A mí no me pongas caras.

—Pero si ni siquiera hemos follado... ¿Qué vamos a ser follamigos? Solo te digo que te relajes. No creo que aún vivamos en la época del neandertal para que tengamos que casarnos solo por el hecho de haber tenido casi relaciones —y levanta los dedos índice y corazón de ambas manos simulando unas comillas—. Libérate un poco anda.

¿En serio ha dicho lo que creo haber escuchado? ¿Pero este hombre está bien de la cabeza? Sí. No. Sí. No. Me decido a salir de la habitación antes de que lo lance por la ventana.

¿Amor y celos, hermanos gemelos?

Dani tenía razón cuando dijo que los arroces de Liam son de primera. También me han dado la enhorabuena por mis dulces y eso se agradece. Han puesto música y por mucho que lo intente no logro entender esta clase de baile donde todos menean el culo y la cintura al son de la melodía. Después Dani y Fer se bañan en la piscina. Ana toma el sol. En cuanto a Liam... mejor no hablar de él, porque me cabreo aún más.

No sabía lo que era la época neandertal, más que nada porque se descubrió algunos años después de mi nacimiento, pero cuando lo he buscado en *Internet* me ha cabreado terriblemente. Estaba dándole vueltas, así que cuando he coincidido con Dani a solas, le he pedido que buscase en su *móvil* de qué trataba esa época.

¿Qué pasó? Que si estaba mosqueada, ahí ya me salía fuego por los ojos. Los resultados eran tan ofensivos que estoy hecha una furia desde entonces. Personas que parecían casi monos cazaban mamuts con lanzas. Si lo hubiese sabido, le hubiese recriminado su falta de cultura, más que nada, porque en esa época había sexo salvaje y lo hacían como si fuesen animales, cosa que él quiere ver como como el desarrollo de la especie. Así que neandertal lo será él, que se creará mono. Mono lujurioso y libidinoso.

Lo que si me doy cuenta es del fuerte poder de los celos. Desde que he salido de la habitación he notado que Pablo flirtea conmigo. Que si una copa, que si un chiste, que si una caricia en el hombro y estoy disfrutando de lo lindo al ver a Liam en esa tesitura. Porque el hombre está de buen ver, y aunque no sé si lo estoy haciendo sufrir, lo que sí sé es que a nadie le gusta que le quiten su «follamiga» por muy pocos compromisos que se quieran y más cuando aún no me ha llevado a la cama. Así que por todas las noches que no ha dormido en casa, por lo que me hizo presenciar con la Zorraida y por lo que me ha dicho hace apenas unas horas. No quieres que me libere, pues me liberaré...

Porque yo también soy guapa y no solo él es el cortejado.

Para que se fastidie.

Pablo me pide el número de móvil y se sorprende cuando le digo que no tengo. Intento mentir, aunque dudo que lo haga con éxito, pues nunca lo hago. Le pongo la excusa más inverosímil que se me ocurre, y él, bueno, parece que prefiere no preguntar. En resumen, le pediré su número a Liam en cuanto me compre uno la semana que viene. Que obviamente es mentira, porque ni pienso comprarme un *móvil*, ni pienso pedirle su número a nadie. Pero como últimamente lo único que hago es eso... mentir. ¿Qué más dará otra mentira más? Si se me nota, que se me note. Mentiras, mentiras y más mentiras. Liam me taladra con sus ojos azules, mientras yo estoy siendo cortejada por su amigo que tan buenas atenciones tiene conmigo y le contesto levantando los hombros con resignada inocencia.

¿Por qué demonios me suscita tanto él y solamente él? Después nos ponemos unas copas y me animo a beber. De nuevo nuestras pupilas vuelven a cruzarse y yo levanto la barbilla para mirarlo

con arrogancia. Mientras tanto, Ana sugiere salir a tomar algo. Son las cuatro de la tarde.

—¿De tarde también salís de fiesta?

—Por supuesto. Aquí siempre se sale—contesta una Ana risueña.

Se animan a llamar a un taxi para que nos recojan. Hoy voy a darlo todo. Voy a ponerle celoso. Pero a partir de ahora la cosa se pone fea porque comienza el cortejo de verdad. Pablo pasa su mano por mi hombro, después me da un abrazo, luego un beso en la cara y por último se toma la confianza de robarme un delicado beso en la boca. Labio contra labio. Yo me aparto de inmediato y me quedo blanca.

¿A quién quiero engañar?

¿Qué estoy haciendo?

Creo que ya no tengo ganas de molestarlo. Creo que se me ha ido toda mi valentía de golpe. Yo no soy así, me estoy comportando como una auténtica insolente. No sé qué me pasa. Cuando giro la cabeza, no tengo que buscarlo con la mirada porque tengo al mismo Liam plantado justo enfrente con su mirada más furiosa, de esas que atraviesan. Tiene la mandíbula apretada. Creo que si pongo oído escucho el rechinar de sus dientes. Lo aparta de un empujón y clava sus ojos en mí.

—Ya está bien. Ya me he cansado.

Pablo parece avergonzado. Creo que se ha percatado de nuestra relación complicada e incomprensible. Incomprensible porque ni siquiera yo la comprendo.

—Perdona, Liam... no sabía que tú y ella... —señala al uno y luego al otro.

—Pues sí, es mi novia. ¿Te parece bien?

Suelto una carcajada y dejo el vaso vacío sobre la mesa. Los dos me miran fijamente, Pablo anonadado y Liam con los brazos cruzados.

—¿Qué coño te hace tanta gracia?

—¿Ahora soy tu novia? —pregunto arrastrando las palabras—. ¿También Sooorrrraya?

—Ya te dije que se acabó.

—Vamos a ver si te aclaras —le interrumpo—. ¿No quieres que sea liberal? ¿No quieres una relación abierta de esas que tanto te gustan? ¿No dices que soy de la época neandertal? Esto es lo que hacéis los liberales, ¿no? —levanto las palmas de las manos, imitando un deje de sorpresa—. Según tú no estamos juntos, así que puedo darme besos con quien me dé la Real. Gana. ¿O ahora sí eres mi pretendiente? Aclárate por el amor de Dios.

—El taxi ha llegado —Ana pega un grito de emoción desde la puerta. Lleva unos enormes y rojos taconazos y está espectacular. Vestido negro corto, de espalda descubierta que le queda de maravilla. Al final voy a acabar por acostumbrarme a este tipo de ropas, porque ya no me desagrade tanto, es más comienza a gustarme, pero no para mí, claro está.

Me lanzo a sus brazos y le digo lo maravillosa que es. Ella me contesta con un cuanto me quiere. Creo que ambas hemos bebido un poco, aunque no demasiado.

Dani sigue en el baño, los otros tres esperan en la puerta principal con las llaves en mano. No dejan de hablar como cotorras. Pablo ha ido a la cocina a por un vaso de agua y yo voy tras él para coger el bolso de la habitación que está tres puertas más adelante.

—El taxímetro ha comenzado a sumar —canturrea Ana en tono impaciente.

Abro el armario y me cuelgo el bolso que ella me regaló al hombro. Dentro hay servilletas, colonia, un pintalabios, un cepillo del pelo y deja de contar, porque no tengo ni móvil, ni dinero, ni llaves, pero por lo menos oleré bien. Me miro al espejo y me gusto. Vestido por los tobillos de tela ligera en azul marino con lunares dorados, cuello en pico con volantes y de bajo asimétrico.

Cuando me doy la vuelta veo a Liam plantado bajo el marco de la puerta como si fuese un pilar. Está inmóvil y cierra la puerta con un golpe seco. Se acerca y yo retrocedo instintivamente en un

intento de proteger mi corazón. Tiene sus ojos clavados en mí y solo necesita dos pasos para tenerlo tan pero tan cerca que percibo el calor que emana su cuerpo. Me mira con cierto aire chulesco.

—¿Qué es lo que estás haciendo? ¿A qué juegas?

—No has escuchado, el taxímetro cuenta.

La respiración se me acelera y no lo miro directamente, sino que lo hago de reojo para averiguar qué es lo que pretende. Sus pupilas reflejan una furia que me alarma. La respiración se nos agita más de la cuenta y el corazón lo tengo a mil. No sé qué busca ni qué pretende acorralándome de esta manera.

—¿Intentas ponerme celoso? Joder. ¿Qué intentas?

—Te equivocas.

—Ah, no sé, tú sabrás —mueve las manos.

—¿Qué yo sabré? Lo sabrás tú quizá, porque yo no sé nada. No sé ni qué es esto que tenemos.

Ana vuelve a llamarnos, yo señalo hacia la puerta para advertirle, pero él me ignora. Así que decido poner los puntos sobre las íes. No me gusta que jueguen conmigo. Para jeta, la mía.

—No puedo poner celoso a alguien quién mi mera existencia le importa cero. Simplemente intento no tomarme el sexo tan en serio, así como tú.

—Ah, entonces... ¿Piensas acostarte con él esta noche? ¿Eso me estás queriendo decir?

Levanto los hombros. No pienso responderle a eso.

—¿Y cómo lo piensas hacer? ¿Con ropa? ¿Piensas abrirte de piernas para que te penetre?

Desgraciado. Pero yo tengo una respuesta a eso...

—El vídeo de ayer fue muy instructivo —toma, golpe para ti.

—¿Solo por el vídeo? ¿O te pareció más instructivo lo que hicimos?

La puerta se abre y entra una Ana azorada.

—¿Se puede saber que hacéis? Vamos joder, los demás se han bajado hace rato.

—Nosotros nos quedamos —anuncia Liam.

—¿Qué? —Oh, no, no y no—. Yo me voy de fiesta con ellos.

—Nosotros nos quedamos —vuelve a repetir y me mira con ojos suplicantes. Sus labios están unidos por una línea muy fina. Comenzamos a discutir, ella se mete por medio para acusar a su hermano de aguafiestas. Tira de mí para que lo deje y vaya con ella. Y sé que debería de hacerle sufrir, pero no es lo que quiero, realmente quiero quedarme con él. ¿A quién quiero engañar?

Sí, por culpa del maldito conjuro. Odio a los astros y a los planetas.

—Venga, Pau, por fa... —refunfuña e incluso patalea.

—Quiero quedarme con él, por favor.

Ana intenta convencerme por enésima vez a que vaya con ella. Que lo pasaríamos muy bien juntas, que aún no conozco la fiesta; sin embargo, ya he tomado mi decisión, así que ella se marcha aparentemente disgustada. En mil ochocientos no había discotecas, pero si antros similares y solo quería ir para molestarle. Mujeres, hombres, música y alcohol; una combinación que no es para mí. Miro de reojo a Liam, parece como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—¿Y ahora qué?

—Se le pasará.

Me quedo mirándolo. Liam me mira de igual modo. Unos segundos más y estallamos en carcajadas. Yo río y él ríe más. Estamos como una cabra.

—¿Entonces el vídeo fue muy instructivo? —pregunta entre risas.

—Fue más instructivo lo que hicimos.

—No sé, Paula. ¿Qué estamos haciendo...? —me dice mirando mi anillo de compromiso. Le

doy vueltas con cariño y susurro con aire triston:

—No lo sé.

—¿Tú crees que esto pueda funcionar? —me pregunta.

—No lo sé —repito.

Puff... ¿Cómo va a funcionar si soy de otro tiempo? ¿Si esto no es real? ¿Si creo que nuestra atracción se basa en un conjuro?

—Pero quieres que estemos juntos, ¿no?

—¿Y tú? ¿Quieres? —trago saliva.

—Tengo miedo.

—¿Por qué? —le pregunto.

—No sé... tengo el presentimiento de que vamos a salir escaldados de esta relación. Ambos.

Me quito los zapatos, después me echo en la cama y él se sienta a mi lado. Nos abrazamos. Me sujeta un pie y me lo masajea. Me aprieta entre los dedos y en el exterior de la planta, yo cierro los ojos disfrutando de sus grandes y urgentes manos. Conforme voy relajándome, el alcohol también va menguando.

—Lo siento —y añado: —. Pero tú has tenido parte de culpa.

—Lo sé. Yo también lo siento. Pero no vuelvas a ponerme celoso, no me gusta lo que me provoca. Me hace revivir cosas que me recuerdan a épocas pasadas.

—Es que primero muestras que te importo y en cuestión de segundos te alejas. Me aconsejas que me libere, pero luego te cabreas si hago lo que me dices. Y de verdad que siento que tengas miedo, yo me siento de igual modo, pero eso no te da ningún derecho a jugar conmigo.

—Sabes que no estoy jugando contigo. Solo deja de atormentarme.

—¿Qué yo te atormento?

—Claro que me atormentas, constantemente.

—Tú eres el que me atormenta, el que me busca y luego me ignora. Me dices que te importo, pero desapareces cuando te place y podrás decir misa, pero... ¿Por qué he de creerte cuando dices que te vas para estar solo?

—Porque es la verdad y yo nunca te mentaría. Me importas demasiado. Pero por favor déjame hacerme. Dame algo de tiempo para adaptarme a esto que tenemos.

—¿Habrá más mientras te dejo hacerme?

Me mira sin comprender.

—Mujeres —añado.

Y él me mira como si le hubiese preguntado la mayor insensatez del mundo y no hacen falta palabras porque solo mirando sus ojos, conozco su respuesta que llega a ser un: «por supuesto que no, ¿Cómo puedes pensar algo así?».

A la cama no te irás sin saber una cosa más

Algo me despierta. ¿Cuándo me he quedado dormida? Fue con el masaje de pies, creo recordar. Parece que Liam me ha desvestido antes de meterme entre las sábanas. Miro el reloj y apunta la una y veinte de la madrugada. La luna y esa farola de la calle son la única iluminación de la habitación. Escucho a Ana reírse, intenta llegar a la cama, va borracha, y se zarandea de un lado a otro, ahora se tropieza con sus propias piernas. Qué borrachera...

—¿No es peor el remedio que la enfermedad? —Me hace caso y enciende la luz. Al principio me escuecen los ojos, pero tardo unos pocos segundos en adaptarme. Pega un salto a mi cama y me dice:

—Te lo hubieses pasado genial, pero como has preferido quedarte a... con mi hermano —hace el gesto obscuro que llega a ser básicamente:

Formar un círculo uniendo el dedo índice y el pulgar de una mano. Meter y sacar el dedo índice de la mano contraria en el círculo formado con la otra mano para simular lo que llega a ser el coito.

—No hemos hecho nada, me quedé dormida en seguida.

—Peor me lo pones.

—Duerme. Mañana madrugas y mira las horas que son.

Saca el móvil y comienza a enseñarme fotos del chico que ha conocido y con el que ha acabado por *enrollarse*. Yo le pregunto ¿Qué significa enrollarse?

—Morreos, besos, palpamos. Para follar son mínimo tres citas —me dice—. ¿No me vas a dar la enhorabuena por el buen gusto que tengo?

Suelto una carcajada y agito la cabeza.

—Perdone usted, ya sé que está completamente enamorada de mi hermano y no puede opinar sobre el resto de mortales.

—No estoy enamorada de él —replico.

—Ya... ¿Y tampoco es el más guapo de los mortales?

—Ninguno le iguala en belleza —bromeo. Ella finge escandalizarse—. Pero es un hombre complicado.

Después de enseñarme las fotos de su tardeo -esto es a salir de antros por la tarde-, se va a su cama y seguimos hablando cinco minutos más. Ella cae en brazos de Morfeo, yo en cambio, me he desvelado. Dani se ha ido a dormir a casa de su novio y me cuesta horrores no plantarme en la habitación de Liam para hacer lo que más le plazca. Pero no se lo merece, aunque muera de ganas por yacer con él. Me muerdo el labio al pensar en todo lo que hicimos hace apenas veinticuatro horas. Farfullo para mí misma, pongo el *ordenador* sobre la cama, lo enciendo y hago uso del *navegador*: Soy listísima, menos de tres semanas para tener un vocabulario de diez.

-Droga. sustancia o preparado medicamentoso de efecto estimulante, deprimente, narcótico o alucinógeno.

-Anfetaminas. sustancia química que tiene un efecto estimulante sobre el sistema nervioso, aumenta la resistencia física y hace disminuir la sensación de hambre.

Tampoco parece tan malo, ¿no? En la guerra hubiese venido bien unas anfetaminas de esas en un asedio. Te haría más fuerte y disminuiría tu apetito. Parece ideal.

-Cocaína es un estimulante extremadamente adictivo que afecta directamente al cerebro. Las formas más comunes de consumo son inhalación, insuflación o inyección en vena.

Y conforme más leo, más impactada quedo. Caray, pues sí que es grave. La búsqueda se alarga hora y media más. Saturada de información apago el ordenador y miro el techo.

Mi Liam...

Al final acabo por ceder al sueño.

No es una ventaja estar cerca de la luz si los ojos están cerrados

Miro el reloj y son las ocho. Mi cerebro solo necesita un par de segundos para asimilar la voz de Liam tras la puerta. El corazón me da un vuelco y con voz ahogada lo invito a pasar.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien.

Me siento en el borde de la cama, me tapo las piernas con la sábana y me enrosco un mechón de pelo. Respiro o más bien lo intento. Si pudiese escuchar los latidos de mi corazón saldría corriendo, sabría lo que siento por él.

—Hoy me dan mi documento identificativo. Tengo ganas de buscar trabajo y de salir sin miedo a que me detengan. También quiero ir a ver a la bruja esta tarde. Ana me acompañará...

—Estás muy bonita —me interrumpe y se me escapa una escueta sonrisa—. Siento lo de ayer —me abraza y hunde su cara en mi cuello—. Soy un desastre.

—Yo también lo siento.

—Quiero estar contigo, pero uf... No soy bueno para ti.

—¿Por qué dices eso?

—No creo que pueda darte todo lo que te mereces. Has sufrido, mucho... y no me gustaría hacerte daño.

—¿Te refieres a hacerme daño con mujeres?

—No, con mujeres, no.

—¿Entonces?

—Que soy un desastre Pau. Soy aburrido, inestable, orgulloso, exdrogadicto y tengo mil inseguridades...

—Pues yo me divierto mucho contigo. Yo no veo todos esos defectos que dices tener, excepto lo de inestable... es cierto que eres algo cambiante —me quedo pensando—. Pero eres ordenado, metódico, detallista, amable, simpático, alto, guapo, bueno en la cama, protector y amas a los tuyos incondicionalmente.

Sonríe después de todo.

—Eso no puedes asegurarlo porque aún no me has probado.

Lo miro y enseguida sé a lo que se refiere. Pongo los ojos en blanco y suelto una risilla fanfarrona.

—¿Solo has escuchado eso?

—Estaba escuchando, pero has llegado a bueno en la cama y me he quedado ahí —ríe—. ¿Te apetecería...?

¿Me apetecería qué? ¿Yacer con él? Mi corazón se dispara.

—Dar una vuelta. Ya sabes, enseñarte un poco la ciudad. No has salido mucho desde que llegaste. Por el día me refiero.

Claro que me apetece. Me apetece todo lo que pueda hacer con él.

—Dame media hora. Me baño y nos vamos, ¿vale? —le digo sin poder contener la emoción.

Estamos sentados frente a la playa y pedimos un tentempié en un *chiringuito*. Una sutil brisa se ciñe desde el mar acariciando mi piel, el sol no es tan sofocante como estos días anteriores y eso se agradece. Hemos dado un paseo por la rambla que básicamente cruza casi todo el puerto y hemos disfrutado mucho en compañía del otro. Bromeando, coqueteando, jugando, mientras observaba desconcertada todo lo que veía: como los establecimientos han invadido la ciudad, el gran cambio que ha supuesto pavimentar las calles, como los coches acceden por la avenida.

Desde el puerto a penas zarpan barcos de pescadores, zarpan barcos turísticos. Hay gente disfrutando del ocio; desde casinos, cafeterías, antros para beber y bailar y barcos que ofrecen paseos por el mar a precios tan irrisorios, como lo son sus paseos. Nos hemos sentado en un banco de madera frente al mar, apoyándome en su pecho, mientras observamos como algunos barcos zarpan y atracan. En especial he visto uno que me ha sorprendido mucho. «Un yate de un millonitis, alguien con mucho dinero», me aclara. Ha habido un momento en el que me ha cogido de la mano y no he sabido cómo reaccionar, así que he dejado que lo hiciera, enlazando nuestros dedos como hicimos en la playa.

Resulta que los famosos hippies de los que tanto había oído hablar, atraviesan el paseo y he podido descubrir que son básicamente puestos artesanales donde exponen objetos variados (similar a un mercado, pero sin comida). Liam me ha sorprendido regalándome una pulsera de cuero muy bonita, como las que lleva Dani, pero con nuestras iniciales bordadas.

—Tengo una curiosidad.

Bebe un sorbo de su limón granizado y me mira de reojo. No me acostumbro a verlo tan guapo. Bermudas oscuras, una camiseta de manga corta blanca y zapatillas a juego con detalles grises. Lleva el pelo peinado de esa manera que parece despeinado pero que tan bien le queda.

—¿Por qué tienes ese nombre tan raro?

Y de nuevo esa sugerente sonrisa que adorna sus labios y que tanto me gusta.

—Realmente es una variante irlandesa de Guillermo, pero mis padres no me lo pusieron porque el irlandés les inspirase, además que lo han castellanizado sin ningún pudor. Son las primeras sílabas de sus nombres, así que fueron tan frikis de llamarme así.

—¿Frikis?

—Excéntricos —aclara.

—Tu madre se llama Elisabeth, ¿no?

—Lis para los amigos. Y mi padre Amadeo; Li-am. —levanta los hombros y pone los ojos en blanco.

Me quedo pensando cómo serán sus padres. Y quien se parecerá más a quien. Los ojos de Ana son marrones y guasones; los de Liam azules y melancólicos. La forma de la cara de ella es más redonda; la de Liam más alargada. Incluso tienen diferente tono de piel.

Y no había pensado en el hecho de que no tienen fotos de sus padres en casa. En mi época no existían, pero teníamos retratos muy buenos y yo daría lo que fuese por tener unos de los míos en estos momentos. Sería maravilloso tener una imagen de ellos. Por desgracia, mi memoria ha ido apartándolos para dar paso a los nuevos recuerdos. No me gustaría que llegase el momento en el cual solo quede la huella lejana de sus rostros.

—¿Los conoceré algún día?

—Seguramente. De vez en cuando voy a verlos, en vacaciones y eso.

—¿Y cómo vas hasta Madrid? —pregunto sorprendida.

—En coche. Son solo cuatro horas.

Eso me hace recordar mi pasado y mis largas travesías a caballo desde Zaragoza a Alicante y

del revés. Pensar que hoy día tardaría apenas unas pocas horas en llegar, me inquieta. Me enseña retratos de sus padres en el *móvil* y me cuenta la historia de ellos. Como me comentó la otra vez, se fueron a vivir a Madrid porque a su padre le ofrecieron un ascenso en el trabajo. Ana prefirió quedarse y estudiar aquí y se quedaron con la casa. Por aquel entonces, él volvía del extranjero y prefirió permanecer junto a su hermana. En cuestión de parecidos, indiscutiblemente ella se parece a su madre y él a su padre. Él dice que en la forma de ser es al revés.

—Cuéntame sobre ti.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Cómo era tu padre? ¿Cómo es tu madre y tu hermana?

Le cuento lo maravillosas que son mi madre y mi hermana. Como era mi padre. Anécdotas de mi vida, de mi infancia, mi color favorito. Me fijo en un grupo de mujeres que pasan por su lado y se dan la vuelta para mirarle. Él sigue la trayectoria de mi mirada, pero la retira de inmediato.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Están hablando de ti. ¿Las conoces?

—Que yo sepa, no.

—Pues te estaban mirando.

—Si me conociesen se hubiesen acercado para saludarme.

Me quedo pensando en él y en lo poco consciente que es de lo mucho que lo miran. Parece ignorar lo que suscita en las mujeres.

—¿De verdad que no te das cuenta de cómo las mujeres te miran? ¿De lo deseado que eres?

Suelta una risilla y sujeta mi mano listo para dar un paseo. No contesta.

—¿Te da vergüenza hablar de lo guapo que eres?

—¿Sabes que eres la mujer más sincera con la que me he topado? Diría que incluso descarada.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé... —arruga la nariz.

—¿Pero te das cuenta, o no? —vuelvo a preguntar intrigada.

—Claro que me doy cuenta. Pero paso.

—¿Pasas de las mujeres?

—Sí, paso de las mujeres que me miran por la calle —sonríe mostrando ese hoyuelo que tan sensual me parece.

—Y en cambio te gusto yo... —pongo cara de incompreensión—. Pues no lo entiendo.

—¿Y tú? ¿Tú eres consciente de lo preciosa que eres? Porque tampoco pareces ser consciente.

—¿Yo? —sonríe avergonzada.

—Sí, tú. No hay mujer con la que me haya topado hoy que te supere en belleza.

—Tú que estás hechizado por una bruja malvada que te hace verme como no soy.

—Sí, como en la película Amor ciego. No te jode —suelta una risotada.

—Amor, ¿qué?

—Te la pondré —responde y me arrastra a sus brazos.

Una vez llegamos al castillo, la tristeza y la nostalgia me invaden, porque desde arriba la imagen que me evoca es la misma, aunque mucho más edificada. Lo que sí es muy similar es el mismo, hecho a base de piedra y con la misma estructura a diferencia de alguna torre ahora inexistente y alguna construcción nueva. Nos sentamos para ver la ciudad desde lo más alto y una lágrima resbala por mi rostro cuando observo la geografía tan similar a mis recuerdos. Liam me observa atento y yo desvío la mirada después de confesarle:

—Recuerdos.

Se queda a la espera de que le cuente todos los detalles. Él se ha confesado conmigo, así que lo

mínimo que espera es que yo sea sincera con él. Respiro profundamente, me muerdo los carrillos y me armo de valor para preguntarle:

—¿Me creerías si te dijera que vengo del siglo XIX?

—Explicaría muchas cosas —responde con sorna.

De nuevo se ríe de mí, pero claro... ¿cómo va a creer que vengo del pasado? No tiene ningún sentido. No obstante, tengo la necesidad de confesarme con él, necesito contarle mi verdad y siento que no me importa lo que piense si así me habré sincerado con él, porque no quiero más secretos entre nosotros dos. Así que casi de carrerilla le cuento mi historia...

—Sé que suena descabellado, pero vengo de mil ochocientos nueve. Allí, yo también conocí una bruja, que podría ser la misma que la de aquí, aunque también suene descabellado. Le supliqué que me sacara de esa vida de guerra y de... y de pronto... aparecí aquí, en este siglo. Y hay algo que se me escapa, pero envuelve al solsticio de verano, la noche de San Juan, la alineación de los planetas y las estrellas...

Liam me observa con su mirada más inexpresiva. Con una ceja levantada, se toca el labio y yo sigo hablando, necesito desahogarme. Le cuento todo, de principio a fin, omitiendo los sueños libidinosos donde aparecían él y algún detalle más, que me darían mucha vergüenza contarle.

Viento y ventura poco duran

Ha abierto el portón exterior desde la distancia y nos dirigimos por el pequeño jardín hasta la puerta principal cogidos de la mano. Liam me suelta para abrir la puerta de la casa. Introduce la llave en la cerradura, parece que le cuesta. Diría que incluso está más nervioso que yo, aunque no tiene sentido, puesto que él está acostumbrado a este tipo de acontecimientos.

Mientras espero, siento como el corazón se me va a salir del pecho. Llega el momento de entregarnos, de la verdad y la verdad es que lo deseo con todas mis fuerzas, y aunque todo sea por culpa de un hechizo, ahora mismo no me importa.

Conforme atravesamos el umbral de la puerta, instintivamente los dos nos lanzamos a devorarnos como dos lobos hambrientos. Mi cuerpo queda entre su cuerpo y la pared y saborea cada rincón de mi boca. Respondo con el mismo deseo, mis dedos exigentes se hunden en su cuello. Sus besos me aniquilan, se transforman en calor y no comprendo como un hechizo puede ejercer tal poder en mí. Me besa el cuello y yo dejo que se sacie, que sienta lo que yo siento. Un vuelco en lo más bajo de mi columna me exige que me entregue a él. Ahora y siempre. Se aparta un palmo de mi rostro y me mira con sus ojos ardientes de deseo. Me muerde la barbilla y clava su rostro en mi clavícula. No por favor, no te apartes.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que parar.

—¿No quieres hacerlo?

—Mírame. ¿De verdad crees que no quiero?

Desde luego que quiere. Su mirada lo delata, su pecho sube y baja y su corazón late con fuerza. Así que no pienso dejar que se arrepienta sin tener un motivo de peso para hacerlo. Una gota de sudor se aferra a su frente, como yo me aferro a este instante en el que esperamos impacientes el momento en el que se decida. Sujeto su nuca, acerco mi cuerpo al suyo y le hago un restriegue de *reggaetón*, a ver si así lo tiento lo suficiente para lograr que se entregue sin remordimientos.

Desliza su mano por mi espalda, sigue por mis senos, desciende por mi cintura y mis caderas hasta llegar a la redondez de mis nalgas. Se muerde el labio y me besa apasionadamente. Su lengua y sus labios como la propia seda, me acarician por dentro.

—Dios nena, me vuelves loco —me dice en un segundo de conciencia.

—Por favor... —le suplico y él asiente con fervor. Vuelve a besarme, con sus manos atrapando mis mejillas y las mías apoyadas en sus hombros. Chocan nuestros dientes. Me muerde el labio inferior. Nuestras lenguas juegan en un pulso. Intenta cerrar la puerta y nos reímos ante la torpeza de nuestras manos.

—Me vas a matar hoy, ¿sabes?

Sí. Ojalá muramos de esta forma. Porque lo deseo vehementemente con cada átomo de mi ser.

Pero de pronto, se aparta de mí. Se ha quedado inmóvil y parece confuso. ¿Qué pasa? ¿Otra vez los remordimientos? Por dios, Liam... Refunfuño y entonces me doy cuenta de que se ha quedado

quieto mirando un punto desconocido tras de mí. Yo sigo la trayectoria de su mirada para ver qué pasa, pero la voz de una mujer me sorprende antes de llegar a asimilar quien es.

—¿Pensabas dejarme por esta?

Zorraida.

La lívido se ha ido, se ha esfumado, así sin darnos cuenta. La mujer nos apunta con un arma. Ya lo que me faltaba. ¿En esta época también tengo que lidiar con fusiles y pistolas? Liam me pone tras él en un intento de protegerme.

—Venga, entrad.

—No seas ridícula, Aya —le dice—. ¿Qué le has cogido el arma a tu padre?

¿Por qué diablos la sigue llamando Aya?

—Eres un hijo de puta. Siempre dándome largas. Que no estás hecho para tener pareja, que no podrías querer a nadie. Y ella sí, ¿por qué? Cuatro meses sin llamarme, casi te tenía olvidado, vuelves y de nuevo te vas.

Entonces su mirada se dirige a mí.

—¿Tanta envidia te dio vernos follar que quieres que lo repita contigo? ¿Sabes que eres el segundo plato?

Y comienza a llorar. Y en otro momento de mi vida, quizá hace año y medio, me hubiese puesto en contra de Liam para intentar consolar a la mujer, pero a día de hoy no me da ninguna pena. Es más, esas lágrimas de cocodrilo me cabrean. A dar lástima a su casa, que todo el mundo tiene problemas y no van suplicando un poco de amor donde no quieren darlo.

—Te confesé que te quería —ahora se dirige a él.

—Nunca te engañé, fui sincero contigo y creí que estábamos de acuerdo. Ahora baja la pistola y para ya.

—¿No te das cuenta? ¿Crees que ahora que te he conseguido voy a dejar que esta zorra arruine nuestra relación? La voy a matar delante de ti para que sufras como yo estoy sufriendo.

Nos apunta y nos señala el salón, obligándonos a ir. Nos pide que nos sentemos en el sofá y se planta frente a nosotros apuntándome con la pistola a mí, pero a mí no me va a acobardar con esas. Será malparida.

—¿No querrás ir a la cárcel? —le dice.

—¿Te crees que me importa una mierda? Con tal de hacerte daño iré donde haga falta y en menos de diez años me darán la libertad. Sabes cómo es la justicia en este país. Enajenación mental por traición. O alguna tontería así.

Es una niñita tonta del culo. Y no sé porque intenta dialogar con ella, con personas así no se puede. Solo cabe la fuerza. No dejo de mirarla y me da por reírme de lo graciosa que es la situación.

—¿Tú de qué te ríes pequeña puta?

—Esta situación es la mar de penosa.

—Más pena vas a dar tú cuando te meta un tiro entre ceja y ceja.

Levanto las cejas y suelto una risilla irónica.

—Ahora que te he conseguido, dice... en fin.

—Por Dios Paula. ¿Estás tonta? —interrumpe Liam—. Deja de tentarla.

Me fijo en que parece consternada. ¿No te lo esperabas?

—No va a disparar. Solo quiere llamar tu atención.

—Que te calles de una maldita vez —vuelve a repetir.

Pero yo estoy concentrada en Zorraida, que con la manía que le tengo no me va a hacer callar.

Presuntuosa.

He lidiado con pistolas, incluso más grandes. He desafiado a la muerte y no me va a acobardar una pistola de nada, es más, me cabrea más si puede y hace que suelte todo el resentimiento que llevo dentro. La insto a que me dispare, le digo que me gustaría verla entre rejas desde el más allá.

Liam se cabrea más e incluso llegamos a discutir. Se convierte en un forcejeo para ver quien defiende a quien. Él intenta protegerme. Yo intento protegerlo. Una discusión estúpida y sin sentido para ver quien se va a llevar el tiro por el otro. La mujer nos contempla atónita sin saber qué hacer.

—En definitiva... que sé defenderme solita.

Su mirada oscurecida me atraviesa. Vale, está cabreado, mucho. Me callo. ¿Cómo puede ser que discutamos hasta en estos momentos? Ella nos mira, primero a uno, y después al otro.

—Callaros los dos.

Me callo y suspiro de indignación. La pistola le oscila entre una mano y la otra. Está nerviosa... ahora se aprieta las sienes con fuerza. No creo que vaya a disparar y si dispara allá ella. Es el momento de quitarle el arma. Así que en un movimiento rápido y sin que le dé tiempo a reaccionar corro hacia ella y le arranco la pistola de las manos. Después se la lanzo a Liam que con cierta dificultad la coge. De inmediato, la golpeo y me pongo a horcajadas sobre ella y aprieto su cuello con tanta dureza contra el suelo que no la dejo moverse. Estoy muy cabreada, con todo, con el mundo y no quiero que esto se vuelva a repetir.

—Que sea la última vez que nos apunta con un arma —clavo mis ojos en ella—. Como lo vuelva a hacer la mataré. ¿Estamos de acuerdo?

Liam está pálido e inmóvil. Creo que no sabe qué hacer.

—Y ahora váyase —añado.

—La pistola... por favor —me suplica con los ojos llorosos, pero que sueñe si cree que voy a devolvérsela—. Mi padre me matará si se entera —añade.

Liam me pregunta si estoy bien, sonrío y me acerco para quitarle la pistola de las manos.

—Que venga él mismo a buscarla.

Me mira mohína, creo que intenta que me apiade de ella y le dé el arma, pero que lo hubiese pensado antes de apuntarnos con una pistola. Intento asustarla apuntándole a ella con las mismas y solo entonces, sale por patas. Liam me mira furioso, está entre rojo, blanco y morado. No tiene muy buen aspecto, parece confundido.

—¿Qué pasa?

—Pero, pero... tú... —agita la cabeza—. ¿Qué te crees Rambo, o qué?

—¿Quién? —pregunto extrañada.

Cae abatido sobre el sofá y yo me pongo sobre él para reanudar nuestro encuentro pasional. Le beso el cuello y después paso mi lengua por el mismo punto. ¿Su reacción? Se aparta. Que se le han quitado las ganas, dice. Para arrearle bien fuerte y que suplique por su vida.

—¿Por una riña sin importancia?

—Nos han apuntado con una pistola —me recrimina—. Que por cierto, parece algo habitual de tu día a día, pero es la primera vez que yo veo una.

—¿No es obligatorio ir al ejército?

—¿Eh? Por supuesto que no es obligatorio.

—¿Por qué tienes la exención?

Me siento en el sofá y chasqueo la lengua. Otro día más... Liam me dirige una mirada devastadora.

—¿Quién eres? ¿Una espía? ¿Pertenece a una mafia y estás huyendo?

Una espía dice...

—¿No prefieres terminar lo de antes?

—Por Dios, Paula. ¡Prefiero la verdad!

Suelto un bufido.

—No me bufes que estoy muy cabreado.

—¿Pero por qué? Si no he hecho nada...

—Casi haces que nos metan un tiro.

—No lo iba a hacer. Además, que ni siquiera estaba cargada.

—¿Y cómo lo sabes? —vuelve a preguntar—. ¿Y cómo sabes que no iba a hacerlo? ¿Quién eres?

Me escruta con los brazos en jarra.

—Como te he dicho antes vengo del pasado.

—¿No me lo piensas decir?

—Te prometo que te digo la verdad. ¿Cómo quieres que haya confianza si no crees nada de lo que te digo?

—Porque los viajes en el tiempo son ficción.

—Vengo de mil ochocientos nueve y es más, mi padre fue el fundador de Asociación de viñedos Gadea y González.

—Paula, por favor.

—Juan Gadea León. Ejecutado el 18 de junio de 1809 por dos españoles que nos acusaron de traidores por defender a Jeanne, una civil francesa en apuros. Yo me llamo Paula del Mar Gadea García y aunque no tengo retratos para demostrarlo, es la verdad.

—¿Y conoces a Agustina de Aragón?

Es que lo sabía, siempre igual, con sus bromitas irónicas.

—Por nombre no sé, tendría que ver su cara para saberlo.

—¿Y de qué parte estás? ¿De Fernando o de Carlos? —suelta una risilla.

—A día de hoy, de ninguno.

Se acerca y me da un beso tierno en la mejilla y... ¡Como me cabrea cuando me mira de ese modo!

—¿Piensas que estoy chiflada?

—Como Juana la loca.

—Se llamaba Juana de castilla y no estaba loca —vocífero y resoplo—. Todo el mundo sabe que fue una triquiñuela para apartarla del poder —le saco la lengua, me doy la vuelta y me encierro en la habitación.

Durante la cena no le dirijo la palabra. Ya estaba un poco decaída por el resultado de la visita de esta tarde a Airén, al encontrarnos un cartel en el que ponía que estaba cerrado por problemas familiares. «Que volverá mañana». Para ahora tener que lidiar con otro problema más. Liam está atento, me llena el vaso antes de que se me acabe, me habla, pero yo no tengo ganas de hablar con él.

—¿De nuevo cabreados? —pregunta Dani.

—No me crees y te burlas de mí. Constantemente —le reprocho.

Se queda callado y se mete una cucharada en la boca. Y lo de siempre, no le gusta hablar las cosas.

—¿No vas a decir nada? —añado.

—Prefiero hablarlo en privado.

Ana se pone a la defensiva, que ella es parte de la familia y que tiene derecho a saber qué pasa.

Y no sé por qué se queja cuando ella es igual en ese sentido, le gusta hablar en «privado». Al final se digna a contestarme:

—No me burlo de ti. Pero quieres que crea que vienes del pasado. Vamos que has hecho un viaje en el tiempo y como comprenderás es algo que no tiene ni pies ni cabeza.

—Y me has llamado loca por ello.

—Bromeaba contigo.

Nos quedamos callados, pero el silencio dura apenas unos segundos. Ana deja de comer para confirmar mi historia. Ambos aseguran que me vieron aparecer de la nada. Nos miramos desconcertados, los unos a los otros, pero sobre todo Liam que tiene cara de haber visto al mismo Mozart resucitar.

—Y eso fue cuando bebisteis del vino bicentenario, ¿no?

Y me duele su desconfianza porque mi sufrimiento es real, mi pasado es cierto. Mi marido fue de verdad, al igual que mis padres y todos los fallecidos durante la guerra y él quiere hacerme creer que toda mi vida se ha basado solo en una alucinación y se me ha cogido un nudo en la garganta que como no lo expulse, será mucho peor.

Y mis ojos pican, pican mucho.

—Vale, de acuerdo. No llores —se levanta de su silla y se agacha junto a mí—. No saquemos más el tema, ¿vale? Si es tu verdad, también es la mía.

Después acaricia mi mano, pretende enlazarlas, pero yo la aparto. Y él se me queda mirándome sin saber qué hacer.

Con la verdad se llega a todas partes

—Volvíamos de fiesta — Los tres miramos en dirección Ana—. Uno nos regaló un porrillo, y decidimos fumárnoslo sentados en un banco frente al mar. Ya sabes, un poco alejado de la zona de fiesta. No queríamos que la poli nos registrara.

Y conozco lo suficiente a Liam para saber que algo le ha hecho enfurecer. Ha contraído la mandíbula, la vena del cuello le late con fuerza y fulmina a Ana con una mirada severa.

—¿¿Qué te has drogado?? —y por fin estalla la bomba. Siempre estalla entre ambos.

—Es marihuana, por favor. No la mierda que tú te metías.

—Todo es mierda y se empieza por porros y acabas tirado en medio de un parque sin saber qué haces ahí —su mirada sigue fija en su hermana—Por dios Ana, no me puedo creer que te hayas drogado, tú que tan bien sabes por lo que pasé...

—Creo que le estás dando demasiada importancia.

—¿Qué le estoy dando demasiada importancia? ¿Qué voy a tener que vigilarte yo? ¿En asunto de drogas? ¡Y encima de un desconocido!

—Literalmente no era de un desconocido —suelta Dani entre risillas y al unísono giramos la cabeza para mirarlo —. Le metió la lengua hasta el fondo —añade.

Está metiendo cizaña y se me escapa una risa cómplice con él.

—Que para más inri era bisexual y quería un trio con ella y conmigo.

Madre mía, están todos locos aquí. Aguanto la risa como puedo. Hace dos minutos estaba cabreada y ahora solo quiero reír. Cada vez me gusta más vivir en esta casa y con estas personas que en menos de un mes ya son parte de mi vida, casi mi familia.

Ana le pega un codazo. ¿Ese es su modo de disimular? Liam clava sus ojos en ella, con su mirada más gélida.

La de: Estoy a punto de mataros a los dos.

La de: Te mato Dani como hayas tocado a mi hermana.

Ya lo voy conociendo, ya.

—Primero, me ofende que dudes de mi homosexualidad. Segundo, nunca me acostaría con Ana, que, aunque está muy buena, es como mi hermana —y le manda un beso con la mano.

Entonces Ana corre y salta a lo dramático a los brazos de Dani para sentarse sobre sus piernas. Le da un abrazo y un beso en la comisura de sus labios. Liam pone los ojos en blanco.

—Al grano —le dice a Dani antes de mirar a su hermana para añadir: — Y ten cabeza Ana. Sé consecuente con tus actos.

—Yo sé lo que me hago.

—Ya, claro. La madurez es tu mejor virtud —le responde con ironía.

—No, es la tuya —le saca la lengua.

—Me levanté para tirar el envase de unos doritos a la papelera —sigue diciendo—. Porque ya sabes... hay que cuidar del medio ambiente, porque hoy en día...

—Que sí... —le interrumpe —. He dicho que al grano.

—Y entonces apareció Paula de la nada. Como la misma magia.

—Y dile cómo iba.

—Con un vestido de época, confundida y llena de heridas. Además, hacía más de dos semanas

que no se duchaba, el tufillo que desprendía era...

—Pero eso no se cuenta —le echo mi mirada más gélida.

—Que no le has dado importancia al hecho que apareció de la nada —añade Ana.

—¿Y eso fue antes o después de robarme el vino?

—No confundas, no es tuyo, si no de la empresa donde trabajas —le corrige Ana.

—Fue al mismo tiempo —contesta Dani—. Bebió del vino y fumamos del porro.

—Todo aclarado. Colocados con marihuana de un desconocido mezclada con los efectos secundarios de un vino con doscientos años de historia. ¿Qué queráis?

—No, yo no llegué a beber del vino, no me dio tiempo. Solo fumé del porro y apareció en cuanto ella bebió —dice Dani—. Y ambos vimos lo mismo.

—Peores cosas se han visto —responde Liam.

—Como Internet, el teléfono, la televisión, los aviones —interrumpo. Liam me mira de reojo.

—Se llama electrónica y no tiene nada que ver con la magia que es lo que tú estás intentando hacerme creer. Y... ¿para qué vienes?

Y me quedo pensando en que no hay nada más extraño que hablar por teléfono a tiempo real con alguien que está en la otra punta del mundo. Pero lo más impresionante de todo lo visto hasta ahora son los aviones. Sí, volar... esto es lo que aún no logro comprender por muchas clases de electrónica que me den.

—Aún no lo sé, pero tiene que ver con la bodega donde trabajas, que en realidad fue de mi familia.

—Ana cuéntale exactamente lo que pasó, a ver si así nos cree de una jodida vez...

ANA

-viernes 21 de junio-

—¿La paz en el mundo? ¿Que no desahucien familias? —le pregunto a Dani.

—Pide algo para ti.

—Yo estoy muy bien —pienso y pienso y de pronto lo sé—. Vale. Deseo... deseo que mi hermano encuentre a una mujer que le dé tanta guerra como paz y se enamoren perdidamente. Una mujer de fuerte carácter, luchadora, pero que lo ame incondicionalmente, como de otro tiempo. Ah... y que sea cariñosa, lo respete y que no se drogue, ni lo lleve por el mal camino. Que encuentre una razón para calmarse y que le haga cambiar en sus excesos. También deseo que Dani sea feliz con su nuevo chico, que lo trate como se merece.

—¿Pero no habíamos quedado que sería un deseo para tí? —frunce el ceño.

—Si consigues ser feliz con Fer y mi hermano consigue una novia, dejaréis de darme el coñazo y por lo tanto yo seré feliz —sonrío.

Dani refunfuña y vuelve a refunfuñar.

—Para ella otro hombre. Que sea guapo, inteligente, que la quiera y la aguante todas sus locuras—exclama Dani con los ojos entornados.

—No, paso.

—O pides otro igual para ti o retiras los nuestros...

—Deseo ser feliz, ¿bien? —me burlo.

Lo que deseo es que mi hermano se calme, no quiero que recaiga y tampoco me gusta estar constantemente pendiente de él. Siempre está por ahí, desaparece de casa durante días e incluso podría contraer una ETS. Pero lo que más me preocupa es que siempre está triste y serio. No disfruta de la vida. Eva lo dejó marcado y su carácter reservado impide cualquier intento de acercamiento.

Y luego está Dani, siempre con sus fracasos amorosos a cuestas. A ver si encuentra el amor de una vez y deja de salir con los mismos tipos de hombres. Así que con que mis dos amores sean felices, yo lo seré más.

—¿Esos son tus deseos, Ana? —me pregunta.

—Sí.

—Te voy a contar lo que vamos a hacer. ¿De acuerdo?

Asiento y miro a mi alrededor. Es un lugar cutre, pero me encantan los lugares que dicen tanto de una persona. En el fondo tiene encanto y me recuerda a las casas de las películas de 1900. Todo de madera, con una calabaza como linterna, una estantería con numerosos botes que contienen hierbas, una cacerola a lo bruja total, una chimenea al fondo y sillas de madera como únicos asientos. En realidad, mola.

—Día veintiuno. Solsticio de verano. Hoy el cielo está abierto para que tus deseos se hagan realidad. Pero para conseguir que se cumplan tendrás que colocar esta rama de hiedra junto con este papel, más otras dos copias idénticas que en terminar te explicaré.

En el folio vienen escritas las mismas palabras que he pronunciado antes y me pregunto... ¿Cómo lo ha escrito tan rápido? ¿Y cuándo lo ha hecho?

—Dormirás con esta vela encendida. Cuando llegue la madrugada, Mercurio alcanzará su mayor elongación con el sol, entonces quemarás el papel con lo que quede de vela. Tu deseo se

cumplirá la noche de San Juan, la misma noche en la que entierres la cera junto a la hiedra a las doce de la noche.

—Uy cuanto trabajo. Creo que voy a pasar.

—De eso nada, monada —dice Dani—. No voy a dejar que juegues con mi futuro. Yo quiero que mi relación funcione.

—Está bien...

Miro el entorno cutre pero molón que tiene este lugar y no entiendo como hemos llegado hasta aquí. Me lía, este Dani siempre me lía. Aunque recuerdo que antes lo he liado yo y le he hecho robar este vino de hace doscientos años del trabajo de mi hermano. Madre mía. Como se entere, me mata.

—Que los astros se alineen para que tus deseos se hagan realidad.

Qué pesadilla de mujer.

—Que sumen su poder y no resten. Que enlacen la energía del solsticio de hoy día veintiuno, con el de la madrugada del día veintitrés en que Mercurio tiene su mayor elongación con el sol...

Le doy un trago a la botella de vino bicentenario, mientras escucho la charlatanería de la bruja Lola. Perdón, la bruja Airén.

—Para que en la noche de San Juan se cumplan. Que las boótidas de junio y sus estrellas fugaces ayuden en la manifestación.

Miro a Dani y me río, me quita la botella y me susurra:

—Tómatelo en serio.

La bruja echa un líquido de un frasquito sobre la hiedra que ha puesto en un cuenco y yo me río de la escena. Le arranco la botella de las manos y le echo un poco de vino a la hiedra, así, para hacer la gracia, por tocar los huevos.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta la bruja de muy mal humor.

—Para darle un poco de vidilla al deseo —contesto y suelto una carcajada sonora.

Me descojono. Voy muy ciega. La bruja me mira con un genio que se las trae y nos invita amablemente a que nos vayamos. Vamos, que nos tira a la puta calle.

Yo es que estas cosas no me las puedo tomar en serio.

—Pero si ha sido divertido. Yo solo quería que la hiedra bailase.

—Fuera.

—Entonces no te pago.

—Fuera —repite.

Lo siento, Dani. Le digo con mi mirada más suplicante una vez estamos fuera. Él se me queda mirando fijamente, pero no se cabrea, dice que para qué si no podríamos estar más de diez minutos sin hablarnos.

—Es que no sé porque hemos acabado en este antro. Y tampoco entiendo cómo un centro del tarot puede estar abierto a las cuatro de la madrugada.

—Estaba un poco loca, ¿No crees? —me pregunta aguantando la risa.

—¿Un poco?

Termino por descojonarme.

—¿Vamos a bebernos el vino y a hacernos el porro ese que te han dado?

—Lo veo.

Me quito los zapatos y hundo mis pies en la arena fría. El alivio es indescriptible, mejor que un masaje de una china en la playa. Me desplomo acostándome boca arriba, viendo las estrellas, o lo que la contaminación atmosférica me deja ver. No me importa acabar pringosa de arena húmeda, porque hoy estoy feliz. El alcohol me sienta muy bien y si está mi mejor amigo conmigo, mucho

mejor.

Dani se concentra en liarse el porro, pero de muy mala manera. Eso parece un petardo xxxs en vez de un canuto. Sí es que a quien se le ocurre dejarle que se lo lie él, que no ha fumado en su vida.

Huelo el contenido de la botella, no huele mal y aunque antes lo he probado ni si quiera recuerdo el sabor, ya que estaba concentrada en los disparates que soltaba la bruja Lola. Así que me decido a ser la primera en pegarle el trago.

Dos caladas y un trago del vino a la frase:

—Que mis deseos se cumplan.

A donde el corazón se inclina, el pie camina

—Tres segundos después apareció de la nada, frente a nosotros. ¿No es cierto, Ana? — interrumpe Dani.

—Sí, fue como ver aparecer a un superhéroe, a rondador nocturno. Un teletransporte en toda regla.

—En un principio pensamos que era una alucinación, pero yo no bebí del vino y vimos lo mismo —añade Dani.

—Ves. Vengo de 1809. Te digo la verdad.

Nos mira perplejo. Primero a su hermana, después a mí y por último a Dani.

—Hoy no es el día de los inocentes.

—¿Cómo eres tan coñazo? —le reprocha Ana —¿No ves que te decimos la verdad?

No termina de comer, sino que se levanta, lleva su plato y sus cubiertos al *lavavajillas* y sin mediar palabra se dirige hacia su habitación. Y claro, entiendo que sea una historia inverosímil, pero eso no quita que cada vez que haya algo que no le parezca bien, huya. Y a mí se me ha cerrado el apetito. Siempre consigue cambiar mis ánimos. Con el estómago cerrado, les pido permiso para retirarme a la habitación.

A los diez minutos como mucho, entra sin preguntar y sin darme tiempo a reaccionar me estruja entre sus brazos. De inmediato se separa de mí y me mira a los ojos para decirme:

—Da igual que tengamos diferentes opiniones de vida, que seamos el agua y el fuego, que nos peleemos constantemente, porque siempre estaré a tu lado. Dándonos guerra o amor, nos necesitamos.

«El guerra y amor de Ana». Sonríe ya que al menos ha estado atento a toda la historia, y por mucho que quiera no consigo seguir cabreada con él.

—Gracias por escucharnos.

—Cariño, yo siempre te escucho. Cada cosa que me dices la grabo en mi memoria. Pero has de entender que es una historia difícil de creer.

Me imagino.

—Eso no significa que crea que me mientas.

—Entonces, ¿qué crees?

—Que es tu verdad y que habrá alguna explicación sensata a todo esto. Solo hemos de caminar juntos para encontrarla.

Y esas palabras me recuerdan al libro que me dejó y que tanto me emocionó cuando lo leí. *Donde quieras que estés, allí hallaré el paraíso*. Es la frase que sale al final de la novela que me dejó de Mark Twain.

—¿sabes? Me leí el libro.

—Me has pillado —pestañea con su sonrisa más sensual.

—Tu hermana dice que me harás daño. Que nunca vas a querer a ninguna mujer.

—Mi hermana puede decir lo que le dé la gana. No sabe lo que siento por ti.

Y sus palabras me dejan con el corazón en un puño. Me da miedo sufrir, pero por mucho que me niegue a creerlo, mi corazón se lo entregué hace ya tiempo. Y necesitamos arriesgarnos. Le he entregado mi alma, mi cuerpo, mi mente y aunque no esté preparada para embarcarme en una

relación, a pesar de que todo ha sido muy rápido, quiero seguir adelante con todo esto.

¿Que no confío en lo que pueda pasar? Tampoco hubiese creído en un viaje en el tiempo dos cientos años adelante, en el cual me enamoraría de un guapísimo hombre de cuerpo espectacular y de forma de ser incierta. ¿Y creo en lo nuestro? Desde luego que no. Estoy segura de que cuando el conjuro se acabe, esta pasión y atracción desaparecerá, pero hoy quiero estar con él y solo por eso habrá merecido la pena.

Retiro mi camiseta y mi pantalón. Llevo un conjunto de encaje morado de los que Ana me ha regalado. Me mira los pechos con apremio y en este momento me alegro de habérmelo puesto. Me acerco a él y nos volvemos a besar. Comienza siendo un beso de entrega y acaba por ser devorador y urgente. Extrae mi ropa con extrema rapidez, con extrema ganas de entregarnos; mi ropa interior también va fuera. No tengo vergüenza, con él no.

Nuestras lenguas ardientes juegan en el interior del otro, yo caigo de espaldas sobre la cama y por consiguiente él encima de mí. Hunde sus labios en mi cuello, mordisquea el lóbulo de mi oreja y siento mis nervios florecer, por toda mi columna, por todo mi ser. Retiro su pantalón y me riega a besos tiernos por toda mi clavícula, por mis senos. Me arqueo, buscando su miembro turgente que tiene guardado bajo sus calzones.

—Por favor, por favor, no quiero esperar.

Pero estoy temblando, como gelatina y la torpeza me puede.

—¿Estás bien? —me susurra escrutándome con ojos flamígeros.

—Sí, demasiado bien. Solo es...

Acerca sus labios a mi barbilla y la besa con ternura.

—¿Qué pasa?

—Solo he estado con un hombre y tú eres... tan diferente.

—Yo también estoy nervioso. Llevo un mes deseándote noche y día.

—Mentiroso.

—Ojalá fuera mentira —susurra.

Hunde su mano en mi culo, arrancándome un gemido de excitación y provocando que olvide al resto del mundo. Le pido que no deje de besarme nunca y eso hace. Nuestros labios están tan unidos que nos devoramos. Nuestros cuerpos encajan a la perfección como si estuviesen buscándose durante toda la vida. Me siento como agua hirviendo y aunque he tenido momentos eróticos en mi vida, creo que nunca se ha parecido a esto. Deseo, fuego, pasión.

Mis piernas rodean sus tensos muslos y arqueo la espalda cuando noto su duro miembro en mi barriga. Mi cuerpo suplica la necesidad de tenerlo dentro, por completo. Sus dedos juegan y acarician mi sexo. Gimo, gozo, disfruto de su piel, de su olor, de su tacto. De ÉL. Saborea mis pezones, me retuerzo. Me quema la piel con solo su contacto. Después me riega a besitos húmedos y calientes que descienden desde mis pechos hasta la zona más caliente de mi cuerpo. Mordisquea mi ombligo, lo besa. Ahora mi pelvis.

—Liam, hazme el amor. Ya. No aguanto más.

Pasa la lengua por mi pelvis y entonces llega a la zona conflictiva haciendo que encoja todos los dedos de mi cuerpo. Arqueo más la espalda, mientras lame, succiona al mismo tiempo que juega con sus dedos en un juego perverso. Entonces, tomándome por sorpresa saca el dedo para sentir algo duro y rígido a la entrada de mi sexo. Hincó mis dientes en su cuello cuando noto su invasión. Entra, gimo, tiemblo, placer, dolor exquisito y vuelvo a gemir y a gemir a cada envite que me da.

Qué vergüenza como nos estén escuchando... pero no puedo pensar, solo me puedo dejar llevar. Y no sé por qué, pero Liam se separa de mí y se levanta dejándome... ¿A medias?

—¿Qué pasa? No hemos terminado.

—Voy a por un condón. No sé qué es lo que me ha pasado, me haces perder la cabeza.

¿Eh...? Segundos después regresa con algo pequeño que tira sobre la cama. Se lanza como un tigre y me vuelve a besar.

—¿Qué es esto? —lo miro con curiosidad, lo aplasto, es blando. Él suelta una risilla.

—Siempre te ríes de mí —me quejo.

—Nunca, mi amor. Es para no quedarte embarazada.

—¿Embarazada?

—¿Sabes que una mujer puede quedarse embarazada practicando sexo? —bromea conmigo y me besa de nuevo el cuello, pero yo me aparto para contestarle.

—Claro que lo sé. Soy del siglo XIX, no tonta —frunzo el ceño—. Pero no hace falta que uses nada conmigo, ya que no puedo tener hijos. Probamos durante años y no había manera.

Se queda pensativo dándole vueltas a lo que he dicho.

—¿Él tenía hijos?

—Obviamente, no. De lo contrario, te habría hablado de ellos.

Sugiere que podría ser él quien no podía tener hijos de los dos o que no lo intentásemos lo suficiente y esas opciones no las había contemplado. Pero eso no tendría sentido, puesto que su familia era numerosa y la mía más bien escasa. Tampoco tuvo un accidente que lo dejara estéril, por lo menos que yo supiera, eso también lo descartaba. Y bueno, lo intentábamos entre dos y tres veces al mes. Lo normal es que fuese yo. Arquea una ceja desconcertado, no sin dejar de mirar mis labios. Noto como la gravedad ejerce fuerza entre nosotros.

—No me gusta nada la época de la que vienes, pero yo te voy a pervertir.

Estampa un beso en mi boca, con sus labios calientes y lo hace con intensidad. Su lengua baja por mi cuello, provocándome escalofríos, risas, gemidos. Desliza la lengua por el contorno de mis pechos. Uno, después el otro. Pequeños mordisquitos en los pezones, su lasciva mirada me vuelve loca.

—Estás lista.

Abre el envase con la ayuda de sus dientes, saca una especie de funda y bueno, se la envuelve. Aparta mis piernas con delicadeza y hace que mi cuerpo vibre de placer. Tras el primer envite suelto un gemido, más bien un grito e hincó mis dientes en su clavícula para no hacer más ruido. No quiero que nos escuchen. Pero no puedo controlar el deseo que siento por él y llega un momento en el que no puedo controlar más mis sonidos. Lo beso hambrienta de él. Solo quiero pensar en el hombre que tengo frente a mí. Mi adonis griego. Mi amor. Me sujeto a su cuello y me dejo llevar. No puedo pensar.

Madre mía. Madre mía. Madre mía.

Él está serio, concentrado, más bien con sus ojos perdidos en los míos, como dos animales salvajes deseosos del otro. Sujeta mis nalgas y me impulsa hacia arriba, para rodear su cintura con mis piernas. Lo quiero entero. Estoy encima de él, haciendo el amor, moviéndome, moviéndonos, con exquisita fascinación. Me mira fijamente, desnudo, extasiado. Levanta su espalda de la cama para que nuestros rostros se unan, para quedar acoplados, para ser totalmente uno. Sin dejarnos de besar, envuelve mi cara con sus manos y me da un beso torturador al mismo tiempo que ralentiza el ritmo dejándome con ganas de más.

—Por favor. Por favor —gruño suplicante.

Muerdo su cuello, suelta un gemido y me sonrío con dedicación.

—¿Así?

—Sí, sí... así...

Se concentra en mis senos y relaja el ritmo con envites lentos pero profundos. Me está matando. Siento como ardo como el fuego y necesito que me apague. Quiero lo de la otra vez. Quiero que me haga sentir lo del otro día.

—No quiero que esto se acabe —me dice.

—Yo sí, por favor, Liam.

No dejo de besarlo. Lo quiero, lo quiero mucho. Las mejillas, el cuello, el pecho... y él me hace caso, por fin. Siento que todo mi cuerpo tiembla como nunca lo había hecho, como el sudor empaña nuestros cuerpos. Lo abrazo, y mi barbilla cae sobre su cuello, acoplándose. Los espasmos del otro día aparecen. Placer, placer, placer. Un placer torturador que hace que nuestros cuerpos caigan rendidos sobre la cama individual.

Y abrazados, noto su aroma, su calor, nuestra respiración, su húmedo y erótico aliento en mi cuello. Acaricio su bíceps, su trapecio, su dorsal izquierdo, esperando que nuestras respiraciones se calmen. Estamos sudados. Separa el rostro para mirarme perdido hasta que logra recomponerse. Se tumba de lado apoyando el codo en la pequeña cama. Juntos, muy juntos. Me mira a los ojos y me besa, esta vez con orgullo, con cariño. Se saca la funda, le hace un nudo y lo tira al suelo.

—¿Alguna vez has sentido esto? —me pregunta de lado en su posición más erótica. Y aunque no me gusta reconocerlo, con mi marido no era ni un tercio de lo maravilloso que es con él.

Observo su rostro, sonriente, feliz y no me puedo creer que haya pasado. Sí, ha pasado, pero tenía que suceder.

—El otro día también lo sentí, pero no creo que sea natural.

—Si te refieres al orgasmo, claro que es natural. Está en el cuerpo para que lo disfrutemos ¿por qué si no? Pero no me refería al sexo, me refiero a esto, a lo que tenemos. La atracción, ese poder que ejerces en mí. Esto que siento —dice llevándose la mano al corazón.

Su mirada intensa me deja sin respiración, aunque sinceramente no creo que sienta lo mismo que yo. Sentirá algo, de eso estoy segura, si no fuese de ese modo no estaríamos en esta situación. Pero lo que yo siento es mucho más poderoso, es tan poderoso que asusta. Me da miedo saber que mis sentimientos por él son mayores de los que una vez tuve por mi esposo. Lo quería, mucho... Pero este amor loco que siento por él, este miedo visceral a perderlo nunca lo sentí por Joaquín. Y lo admito, para mí misma, aunque sepa que es cruel. Son tres años frente a poco más de un mes y aunque suene vil es la verdad. Luego está el hecho de que nuestra atracción se basa en un conjuro. Quiera o no.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto.

Me mira y por la posición de sus cejas diría que no sabe a lo que me refiero.

«Tú y yo». Lo señala a él y después a mí.

—Ahora ya sí que podemos definirlo como...—¿¿Va a decir follamiga??—. Un cortejo oficial, ¿no? —aclara para mi tranquilidad poniendo su sonrisa más socarrona.

—Se os escuchaba los gemidos desde aquí.

Me tapo la cara. Me muero de la vergüenza. Dani se acerca a Liam y lo inspecciona. ¿Qué mira?

—Esto es lo que necesitabas, un buen polvo. Mira la cara como te ha cambiado. Las pupilas te brillan. Es que la Zorraida tendría que ser de seca en la cama.

Lo que faltaba que me hable ahora de esa. Liam me mira sonriente y por sus ojos diría que parece feliz. No es habitual verlo con esa sonrisa infantil y esas arruguitas de felicidad en sus ojos. Quizá si le haya echado un «buen polvo», me río. Ojalá. Así no vuelva a ver a ninguna mujer más.

Dani parece realmente emocionado con la noticia. En cambio, Ana no parece tan convencida, sujeta a su hermano y se lo lleva arrastras. Es obvio que le va a reñir por algo y también es obvio ese «algo» quien es. Que manía con hablar a solas con unos y con otros.

Dani me mira, yo le miro y él asiente como respondiendo a una pregunta que solo él se acaba de imaginar. Va a hacer alguna de las suyas, ya voy conociendo esa cara de... ¿Lo hacemos?

—¿Hacer qué?

Me arrastra hasta la puerta para poner el oído al ras. En un principio vacilo, es una conversación privada, pero acabo cediendo a la tentación. Y es que tengo excusa, están hablando de él y de mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella.

—¿Ahora no puedo tener novia?

—Es que tú, precisamente tú, no eres mucho de tener novia.

—Te recuerdo que estuve con Eva tres años.

—Antes de perder la fe en las mujeres y tratarlas como mercancía barata.

—¿Mercancía barata? ¿Pero de qué coño hablas, Ana?

—Lo siento... me he pasado. No es lo que pienso, solo estoy cabreada. Porque no me querrás hacer ver...

—No te quiero hacer ver nada.

—El problema es que tienes miedo a las relaciones y sé que en cuanto se complique vas a huir.

—¿Quieres dejar de meterte tanto en la vida de los demás? Dedicáte a la tuya, échate un novio que lo necesitas y déjame tranquilo.

—Ella es una chica tan especial... y tú, eres tú, su polo opuesto.

—Y los polos opuestos se atraen.

—Deja de decir tonterías. La vas a hacer sufrir, vive en esta casa y no quiero que se vaya cuando le hagas daño.

—Estoy harta de ti, de tus tonterías y de que te creas siempre con el poder de la verdad. A ver, Ana, me gusta, me gusta de verdad. Mucho. No sentía esto que siento por ella... desde hace mucho tiempo y quiero arriesgarme. Ella también quiere. Ambos lo necesitamos.

—Parece que no voy a hacer que cambies de opinión.

—Nos queremos. Y nos parecemos más de lo que crees.

—¿De verdad?

—Sí y lucharé contra mí mismo si hace falta con tal de no hacerle daño.

—Entonces no hay más que añadir.

Y yo no puedo más que sonreír.

Alegrías y pesares te vendrán sin que los buscares

Me detengo a observar la decoración de la casa que es igual a la de Tera. Todo de madera, con una chimenea muy, pero que muy similar la una de la otra. Comparte la cocina con el salón y tiene incluso doble piso, pero esta se encuentra en Alicante y no en Zaragoza. Hay algunos cambios, pero no son sustanciales. Uf, es como una regresión a mi tiempo, a mis recuerdos. Pero lo que me deja ya en un rimero de impresión es cuando veo aparecer por el umbral de la puerta a la mismísima Tera, aunque algo más joven, alrededor de unos treinta años menos... No puede ser. Con Joaquín también pasó algo similar. ¿Qué ocurre aquí?

—Tú eres la bruja Tera, pero con cuarenta años menos. ¿Cómo puede ser?

La bruja me mira algo perpleja. No me creo que no sepa de lo que hablo. Si no es ella, es un descendiente seguro, porque son idénticas.

—La madrugada del veintidós de junio, entraron a su consulta un chico y una chica —le digo. Me mira con atención—. Ella pidió que se le concediera un deseo y por lo que tengo entendido, no se portaron bien con usted.

Liam se mantiene serio, al margen, con los brazos en jarras y por su cara veo el gran esfuerzo que está haciendo al acompañarme a este lugar, para hablar con una bruja acerca de un viaje en el tiempo en el que él no cree.

—¿La que derramó el vino sobre mi conjuro?

—Sí, sí, exacto.

Ella me insta a sentarme y la propia hace lo mismo justo frente a mí. Después me explica la situación. Dejaron un conjuro a medias, en el día donde tienen mayor porcentaje de éxito. Giro la cabeza y vuelvo a mirar a Liam para deleitarme en él, no me cansaré nunca de hacerlo. Lleva un pantalón vaquero y una camisa clara con las mangas remangadas y está apoyado sobre su hombro. Guapísimo y con pose arrogante como siempre. Le sonrío y vuelvo la vista a la bruja.

—¿Y qué significa eso?

—Que se cumplirá a medias. Pues al igual que ha venido, se irá.

—¿Significa que desapareceré? —le pregunto sobresaltada por la noticia—. ¿Regresaré a mil ochocientos nueve? ¿Cuándo?

Me escruta y su mirada pasa de fría a asombro y después a cercanía, dejándome algo atónita. Me abraza con extrema ternura y me dice:

—Pero si eres Paula del Mar. Ya decía que me sonaba tu cara. No dejaba de darle vueltas a que... hasta que he caído.

¿Conoce mi nombre?

—¿Entonces se acuerda de mí? —pregunto.

—En sueños, te he visto en sueños. Pero no logré averiguar el significado de tu presencia.

Entonces le cuento todo, de principio a fin. Conocí a Tera en su vida pasada o eso creemos. Reencarnación... Las brujas tienen el poder de reencarnarse en sus familiares para así poder

seguir con el legado y con el don. O eso pone en el libro.

Levanto las cejas meditando en sus palabras. No me parece muy sensato lo que me está contando, pero nada es coherente desde que desperté en 2019. Saca otro libro y busca unos pasajes. Dirijo la vista hacia un Liam inexpresivo.

—Mira, aquí. ¿Ves el sol y la alineación de las estrellas en esta línea perpendicular?

Yo escucho lo que me tiene que decir. La conclusión es:

No hay un motivo amoroso para que haya viajado hasta este año. No hay razón de haberlos encontrado. No es porque el destino nos haya unido o porque seamos almas hechas para amarse tras un conjuro, y si todo ha sucedido así ha sido por pura coincidencia. Ya que el hechizo inicial finalizó en otro muy distinto, no completándose el primero. Y eso me tranquiliza (que fuese obra de un conjuro era uno de mis mayores miedos).

Así que, ninguna fuerza superior ha hecho de intermediario y estamos juntos por méritos propios, porque nos gustamos, porque nos atraemos. Él es mi alma gemela, mi complemento, y sé que, si nos dieran la oportunidad, sería mi mejor amigo y mi todo. Los dos nos hemos encontrado en este mundo de dolor y en poco más de un mes hemos aprendido a volver a confiar el uno en el otro. Así que, para mí sí que es un milagro o magia o como quieran llamarlo.

Retomo el hilo de la conversación. La conclusión es que es un fallo entre dos vías temporales porque Ana creó una falla que se quedó a medias. El fluido que pasó por mis manos, ha dado la casualidad de que, en el pasado su otro yo le hizo el mismo conjuro. «El mismo líquido, a la misma hora y el mismo día, del día más poderoso del año, cuando las horas de luz sobrepasan a las de oscuridad».

—¿Y mi relación con él? —señalo a Liam—. Es el hermano de Ana y estamos juntos. Yo he sido esa mujer que le ha dado tanta guerra como paz y aunque usted no crea en las almas gemelas y en el poder que ejerció el conjuro sobre nosotros, lo nuestro es y será mágico. Desde que lo vi por primera vez sentí una fuerte atracción, como de los cosmos. Incluso soñé con él durante días antes de haberlo conocido. Así que estoy segura de que hay algo más —vuelvo a girarme, pero él sigue insondable.

—Sí, el amor es química, pero también magia. Toda atracción se debe en primer lugar a las hormonas, a lo que buscamos y necesitamos del otro, a la búsqueda de esa persona que nos complementa y nos hace feliz. Pero también ejerce un papel importantísimo el mismo poder de los planetas, de los signos zodiacales y de los astros. La magia del amor, que no tiene nada que ver con el viaje en el tiempo que dices haber hecho.

Pues no me lo creo. Los sueños son la clave de que lo que dice no es cierto. Por dios he estado soñando con él muchos días antes de cruzármelo. Demasiada casualidad, ¿no? Debe de haber algo más y así se lo digo. Pero ella contesta que son simples premoniciones.

¿Simples? Yo no le veo nada de simple a todo esto.

Pregunto qué pasará con nuestra relación y me contesta que cuando regrese, nuestra relación terminará y yo me niego a oír eso.

—¿Y no hay una manera de revertirlo?

—El conjuro ya está hecho. No se puede hacer nada.

—¿Y cuánto tiempo me queda aquí?

—Eso no lo puedo saber.

Y a mí me entra un miedo atroz y siento como si tuviese algo redondo y pesado atrapado en la boca de mi estómago. No quiero separarme de él, no quiero perderlo. No quiero estar un minuto sin él y de pensarlo me ahogo. Y yo que mi mayor deseo era regresar con mi familia, pero ha sido decírmelo y la sola idea me paraliza y me deja con el corazón en un puño. ¿Qué es lo que quiero?

—Yo quería volver, era lo que más deseaba, pero ya no estoy tan segura de lo que creía desear. Además, mi madre y Alicia están bien. Según mi investigación, mi hermana se volverá a casar y ese hombre las ayudará con la bodega. No me necesitan.

—No sé qué decirte. ¿Tienes la vía?

—¿A qué te refieres?

—Al fluido.

Con la mirada le sugiero a Liam que entregue la botella.

—Aquí está.

Ella la examina con sus diminutos ojos grises, pero no hace nada con él. Solo nos advierte que la guardemos y no la tiremos, por si acaso. Asiento y ahora paso a la segunda incógnita, a la que me dejó dos días trastornada... Joaquín.

¿Lo que sucedió en la playa qué significa? Quizá también sea la reencarnación de una bruja, quien sabe. Todo esto es... una auténtica locura. Cuando lo vi aseguré que era el mismo hombre y aunque había bebido y más tarde creí haberme confundido, ahora estoy segura de que todo está relacionado.

—Reencarnación.

—¿Como usted?

—No. Las personas que tuvieron una muerte trágica también suelen reencarnarse, pero no son ni ellos, ni descendientes directos como yo. No creas que es el mismo hombre, ni ningún familiar cercano, pues ha tenido diferentes padres, diferentes vivencias y por lo tanto es otro hombre distinto. Además, si estudiases su anatomía encontrarías similitudes que al mismo tiempo diferencias. Cosas de la genética...

—Entonces... ¿todo el mundo se reencarna?

—Solo los que mueren trágicamente la madrugada del veintidós de junio.

—Vaya...

Me voy decepcionada. Es verdad que me ha aclarado muchas dudas, pero...

Desde que estoy aquí deseaba escuchar con todas mis fuerzas que regresaría a 1809. Que por lo que leí estaba casi segura, pero no tenía la certeza. Lo que no esperaba era acabar perdidamente enamorada de un hombre tan diferente a mí y al mismo tiempo tan parecido, y no quiero separarme de él por nada del mundo. Puede que sea egoísmo, pero al fin y al cabo lo único que deseamos es ser felices, ¿no?

—¿Y le crees?

—Me iré y no podrás evitarlo.

—Iría a buscarte al fin del mundo. Así que no te preocupes, que si pasase, encontraría el modo de llegar a ti.

—¿Piensas que estoy loca?

—¿Y quién no lo está en nuestra familia?

Suelto una carcajada y sigue hablando...

—Ana está tan mal de la cabeza que se arriesga a ir a la cárcel por robar una botella de vino de doscientos años de historia. Dani no se encuentra y aunque ahora parece sentar la cabeza, se ha tirado años siguiendo las locuras de mi hermana y ha jurado cada semana estar enamorado de un hombre distinto. Y yo... bueno, de mí podría hacerte una lista, pero mis altibajos son de los más famosos.

Estamos uno frente al otro. Su mano pasa de mi cintura a mi culo.

—Hay gente.

—Me da igual.

La otra mano la hunde en mi pelo, que lo tengo suelto porque sé que le gusta. Me besa, me besa y me vuelve a besar.

—Vamos a casa —me dice con su mirada más traviesa—. Quiero lamerte enterita antes de ir a trabajar.

Y aunque hace poco más de un mes sus palabras me hubiesen alarmado, ahora me encantan. Sí, realmente me está pervirtiendo. Sonrío y asiento.

Lo que no se comienza, nunca se acaba

Llevamos varios días durmiendo juntos, al principio era reacia, pero al final cedí a trasladarme a su habitación. A Ana no pareció molestarle, es algo normal en esta época y no quiero perder la oportunidad de estar ninguna noche sin él. Un día desapareceré, seguramente sin previo aviso y quiero disfrutar el máximo tiempo a su lado. Ana le dijo que como me hiciese daño se la cortaba. Esta Ana...

Me desperecé y miré por la ventana. Por la luz creí que eran sobre las ocho de la mañana. Liam no estaba a mi lado, y pensé que habría salido a correr. Miré el reloj y me sorprendió lo tarde que era, las nueve y media. Me levanté de un brinco, tenía que buscar trabajo, ya tenía en mis manos el documento de identidad y podía ponerme a ello. Lo próximo era pedirle el favor de que me ayudara a hacer el currículum que tanto se estila hoy en día.

No lo encontré en la cocina. A estas alturas tendría que haber regresado de correr, aunque últimamente se había saltado algunas rutinas de ejercicio. Nos estábamos acostando tarde y no hace falta decir haciendo el qué.

—¿Liam? —lo llamé y no contestó.

Pero entonces el ruido de la tele me advirtió que estaba en el salón. Lo encontré sentado en el sofá color café con leche con un café con leche entre sus manos (muy irónico), y miraba el *móvil* concentrado. Lewis jugaba a su lado con un ratón de juguete.

—No me has despertado.

—Estabas muy bonita y no he podido—me sonrío—. He hecho el desayuno.

Miré hacia la mesa: tostadas, cereales y mucha fruta. También mantequilla, mermelada y fiambre, y para beber chocolate a la taza, como no.

—Cuánta comida —exclamé.

—No sabía que te podría apetecer. El chocolate era fijo.

—Me encanta el chocolate —me pasé la lengua por los labios y sonreí como una golosa.

Acaricié a Lewis, mientras me ronroneaba y disfrutaba de lo bueno y dócil que era, pero el hambre voraz que tenía hizo que lo dejase inmediatamente para sentarme a la mesa. Al final comí dos tostadas; una con queso, jamón y tomate y la otra con mantequilla y mermelada y sandía de postre. El chocolate no lo bebí, lo engullí.

Se sentó a mi lado y sus labios se deslizaron por mi cuello, haciendo que su tierno y delicado beso erizara cada poro de mi piel. Es sorprendente lo cariñoso que es.

—Estabas hambrienta.

—Tengo que recuperar la energía que perdimos anoche —le dirigí una sonrisa pícaro y pregunté—. ¿Me ayudas a hacer el currículum?

—Si después te das un baño conmigo en la piscina.

Hago un mohín.

—No puedo. Tengo que hacer la comida e ir a buscar trabajo.

—No te preocupes por la comida, la hago yo. Tú solo apúntame en una hoja tu trayectoria profesional. En cuanto a ir a buscar trabajo que te acompañe esta tarde Ana. Quiero disfrutar de ti.

Una hora después, leo perpleja el currículum que me ha escrito y no puedo dejar de reír. Todo lo que pone es mentira. ¿Cómo se atreve? Vuelvo a reír, porque ni he trabajado en su empresa, ni en imprentas Holloman, ni...

—Es la verdad modificada.

—Pone que he trabajado en tu empresa —frunzo el ceño.

—¿Y no has trabajado?

—Hace doscientos años —exclamo divertida ante esta situación tan cómica—. No creo que tengan forma de corroborarlo.

—Sí, porque cuando llamen, si es que llaman me pondré yo y ya está.

—¿Y lo de imprentas Holloman? —pongo los ojos en blanco.

—Ahí trabaja un conocido. ¿Qué esperabas? ¿Que pusiera que trabajas en una imprenta que hace doscientos años cerró?

—No sabría utilizar los aparatejos de hoy en día —me remuevo de la silla algo nerviosa—. También has puesto pastelera.

—Y haces unos pasteles riquísimos...

Me echo las manos a la cabeza. No sé si quiero besarle o pegarle, porque vamos...

—No, si pareceré profesional y todo.

Frunzo el ceño y lo observo de reojo.

—Tú hazme caso. Que yo he hecho alguna entrevista cuando mi jefe ha estado fuera de viaje y sé lo que buscan.

—No, si está para enmarcarlo y ponerlo en un cuadro.

Y me da por reírme, porque soy muy mala mentirosa y se me daría muy mal mentir a un *empresario*. Me delataría al minuto y eso si llegara. Me dice que modifique, que no mienta y que solo he de creérmelo. Encojo los hombros porque no sé muy bien qué decir...

Entonces me sorprende cogiéndome en volandas y sé que me lleva directa a la piscina. Y le da igual tanto mis gritos como que me resista, y también le da igual que lleve la ropa puesta, porque no se apiada de mí y me lanza al agua, así, vestida. Después retira su camiseta y se sumerge conmigo.

Se dirige hacia mí, y entre risas huyo hacia el flotador rosa de Ana con forma de unicornio. Me hace gracia el hecho de que casi todas sus cosas tienen dibujos infantiles. Sus bikinis, sus toallas, sus flotadores, sus pijamas, incluso la colcha de su habitación tiene gatos de colores.

Me subo como puedo, como si eso me salvara de él y de su mano larga. Me quedo esperando a que me dé alcance, eso sí, sujetándome con fuerza al salvavidas. Liam se apoya en el flotador y se me queda mirando de esa manera tan impúdica. Me agacho y le doy un delicado beso. Pero entonces tira de mí, y aunque me resisto agarrándome fuertemente al trozo de plástico, no lo logro, que cede y hace que caiga al agua con él.

—No te librarás de mí. Nunca.

Me mira a los ojos y me besa. Yo instintivamente me echo para atrás hasta acabar en el borde de la piscina. Sujeta mi pierna y rodeo su cintura con ella sin dejarnos de besar.

—¿Alguna vez has hecho el amor aquí? —le pregunto con picardía, él niega con la cabeza. Pongo mis manos alrededor de su nuca y le susurro a un palmo de su cara:

—No me lo creo.

—Soy muy reservado con mis cosas, Pau. Puede que no me creas, pero eres la primera mujer con la que estoy intentando ser más abierto. Normalmente suelo quedar en casa de ella o en un

hotel. A casa ha venido alguna, pero podría contar con una mano las veces que me han visitado.

—Tu hermana no piensa igual.

—Mi hermana no me conoce bien. Nunca he querido que lo haga. Y tiende a exagerar las cosas. En eso se parece a mi padre.

Sí, algo de razón tiene.

—Pau, lo que viste con Soraya... no fue algo repetido. Llevábamos tiempo sin vernos, quedé con ella para devolverle unas cosas y bueno... mi intención no era que sucediese, pero pasó. Ayudó el hecho de que estaba molesto... el caso es que no me porté bien con ella y me aproveché de lo que sentía por mí, cuando realmente, ya solo pensaba en ti. Vamos, que soy un gilipollas y no sé cómo decirte cuanto lo siento.

—Es muy guapa —respondo.

—Tú lo eres más.

—Desde luego que no —exclamo ofendida—. Ella es alta, delgada, morena, de ojos claros, de piel blanca y muy, pero que muy atractiva. Tiene rasgos muy finos y delicados. Liam no puedes negar que es más guapa que yo.

Levanta las cejas, no puede creer lo que está escuchando.

—Y tú eres de altura media, castaña, morenita, guapísima, de ojos marrones y con un cuerpo digno de una diosa.

Yo suelto una carcajada, no sé si estará ciego, ya que estoy entrada en carnes y mi rostro es de lo más normal, así que difiero en todo lo que dice, aunque no creo que llegemos a ningún acuerdo. Lo sujeto de la nuca, fijo mis labios en los suyos y aunque sé que tiene ganas, parece que se resiste a mí. Me dice que no lleva protección encima. Él y la protección. Y como sé que va a ser difícil persuadirlo, decido ir yo misma a su habitación y coger el maldito preservativo.

Me lanzo al agua y comienzo a besarlo.

—Ya vas por el 95% de perversión —me dice con una sonrisa pícaro.

—Pues vamos a por el 100%.

Y volvemos a hacer el amor de nuevo, con muchos besos y demasiadas caricias que darnos.

Para aprender es menester padecer

A las cinco y media saldremos a echar currículums. Solo necesito una tarde para que me explique cómo funciona. Después no hará falta que Ana me acompañe más. Son las tres, Liam se ha ido hace una hora, hoy entraba un poco antes. Estoy descansando un rato en la habitación cuando observo que hay un móvil sobre la mesita.

No es de Ana.

Tampoco es de Liam, ni de Dani.

¿De quién es?

Un sonido llama mi atención. Suena igual que el móvil de Liam. Vuelve a sonar dos veces más. Pienso en dárselo a Ana, pero ella está durmiendo la siesta en el sofá y no creo que sea buena idea despertarla si no quiero que me gruñan como un animal.

Más o menos ya sé cómo funcionan. Quizá sea importante. Pero no, no me sorprende averiguar que no tengo ni idea de cómo usarlo. Toco, me frustro y lo dejo sobre la mesita y cuando logro calmarme, regreso de nuevo a la carga para ver cómo funciona el maldito bicho. Pero me vuelve a suceder lo mismo y vuelta a empezar. Maldito trasto del infierno.

Hay un momento entre mi frustración que le he apretado a todos los botones, o más bien botones imaginarios y el trasto se ha vuelto majara. Sale, entra, se queda en negro y de pronto veo escrito el nombre Liam por ahí, pero se esfuma de nuevo para ponerse otra pantalla muy distinta. Tardo un segundo en asimilar que el *móvil* tiene que habérmelo dejado él, pero yo sigo sin tener ni la remota idea de cómo utilizarlo. Malditos trastos del siglo XXI.

Al final lo consigo. Pero ahora está la segunda parte de mi problema:

No sé cómo escribir.

«Habla con el micrófono. Envíame audios», me dice casi leyéndome el pensamiento y yo solo puedo reír. Creo que me conoce más de lo que pienso. Intento hacerle caso, le aprieto al botón que le veo muchas veces apretar a él para mandar su voz a otra persona, pero no funciona.

«No se escucha nada ❖❖ Mantenlo apretado mientras hablas».

Tras numerosos intentos (siete para ser exactos) consigo enviarle la maldita pregunta. Es más difícil y menos intuitivo que el ordenador. Le pregunto de quien es el *móvil*.

«Es mío. Es antiguo».

Diez intentos más para decirle:

—Te van a despedir del trabajo.

«Que les den. Te echo de menos».

Sonrío como una boba.

—Yo también y eso que hace tan solo una hora que nos hemos visto.

«Por eso te he dejado el móvil. Últimamente se me hacían las tardes eternas. Escucha esta canción». ¿Y cómo se hace eso? Y de nuevo parece que me lee la mente. «Aprieta encima».

Es una canción en inglés pero viene escrito debajo su significado en español.

Ed Sheeran. Photograph. La escucho, al mismo tiempo que leo su significado.

«Y cuando se pone difícil, sabes que algunas veces se puede poner difícil, es la única cosa que nos hace sentir vivos...y los momentos quedan quietos, congelados para siempre... Nunca estarás sola, espérame a que vuelva a casa».

Vaya, realmente es preciosa. Y mi duda es... ¿Me la está dedicando?

—¿Va con doble intención?

«Por supuesto que lo va». Y yo sigo con la misma sonrisita de boba, porque en la canción habla del maravilloso sentimiento del amor... ¿Significa que me ama? Me gustaría preguntarle pero es demasiado pronto y no soy tan valiente como parece.

—Manda otra.

«Everithing i do de Bryan Adams». También traducida.

«Mírame a los ojos y verás lo que significas para mí. No me digas que no merece la pena intentarlo y morir por ello. Tómame como soy. Toma mi vida...»

Voy a morir como siga por ese camino. Sí, creo que voy a morir por él. Se acaba de confesar con estas canciones. ¿Por qué si no?

«Te mando dos en español que sé que lo prefieres . Me voy a trabajar, luego nos vemos, peque». *«Andrés Calamaro. Cuando no estás».* *«Manuel Turizo y Ozuna. Esclavo de tus besos»*

Y suelto una carcajada cuando escucho la última canción. Es la que me dijo que no conocía cuando bailamos juntos en la playa en la noche de San Juan, segundos antes de que Joaquín ficticio acaparase toda mi atención y llevase a la ruina nuestro momento. Le dije que era la canción más racional de todas las que habían puesto y por lo tanto la que más me gustaba, y se ve que ha averiguado cuál es. Cuando me rehago de la emoción, intento mandarle mi voz, pero me es imposible. No recuerdo cómo hacerlo y me frustro de nuevo.

Así que decido ir a darme un baño. Más tarde lo volveré a intentar, pero soy tan terca que me llevo el móvil conmigo. Tardo media hora en averiguar cómo leer de nuevo la conversación. Cuando al fin lo consigo pongo una de sus canciones. Dejo el móvil sobre la superficie de la letrina, —*váter*— lo llaman ahora, aunque no termino de acostumbrarme y me meto bajo el agua.

Ana se baña con agua caliente, y no lo entiendo con el calor que hace. Yo la prefiero fría, así que levanto la manivela y pongo la manguera sobre mi cabeza para que el agua fresca caiga por mi piel, al mismo tiempo que suspiro por el hombre que me tiene completamente loca por él. Ya ves tú, tan diferente que es a como creí en un principio que era.

Vuelve la burra al trigo

¿Y adivinen qué? Que ese «luego nos vemos» nunca llegó. Desde que me envió aquellos mensajes con canciones bonitas que reflejaban nuestros sentimientos o por lo menos eso creía, no sé nada de él y no entiendo cómo puede hacerme esto. Después de todo lo que hemos pasado juntos, de haber compartido tanto, que me haga esto no tiene perdón. Estoy muy cabreada con él. Esperé hasta las tantas para contarle cómo había ido mi búsqueda de trabajo. Las diez, las once, las doce, la una y me di cuenta de que no aparecería.

Al principio me preocupé, pensé que le habría pasado algo, más que nada porque me había dicho «luego nos vemos, peque». Releí los mensajes para ver si había dicho algo malo, si había algún enigma o algo oculto, pero no encontré nada. Le mandé mensajes hablados, no contestó. Le enseñé el móvil a Ana y me dijo que había leído los mensajes. Y han pasado treinta y una horas y veintidós minutos desde el último momento en que lo vi. Le llamó Ana y no se lo cogió. Le ha llamado muchas veces más y lo único que ha hecho es mandarle un mensaje por *móvil* para decirle que le deje en paz. A mí ni siquiera me contestó. Así que ha pasado a la siguiente fase: la amenaza. Llamará a su padre como no venga. Treinta y cinco minutos después se digna a entrar por la puerta. Once y media de la noche. Ana se le acerca y lo escruta, como examinándolo.

—Que no he recaído. ¿Vale?

—Me aseguraba.

—¿Me quieres dejar en paz? ¿Ahora ya no puedo salir de casa ni siquiera un día? Por dios y aún me quedan once meses aquí.

—Sí, ese era nuestro acuerdo, así que cumple tu parte del trato si no quieres que se alargue.

—Qué remedio, pues.

—¿Sabes lo preocupada que tenías a «tu novia»?

Entonces se gira para mirarme y con los ojos entrecerrados le dedico una mirada insondable de esas que atraviesan. Y tengo dos opciones: seguir cabreada, o abrazarle y cabrearme después, y muy a mi pesar decido lo segundo. Así que lo estrecho entre mis brazos.

—¿Qué pasa? Tanta preocupación...

Lo beso en la cara, pero en seguida reacciono y le doy un golpe seco en el hombro con todas las fuerzas que he acumulado durante estas treinta y dos horas. Aun así, siquiera se mueve del sitio y lo peor, que me mira como si no pasara nada, como si pudiese hacer lo que quisiera.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—¿Y por qué crees eso? ¡Me pediste formalizar lo nuestro!

—No tiene que ver una cosa con la otra.

Y con las mismas lo arrastro para poder hablar con él a solas. Porque es algo entre nosotros dos y a Ana no le incumbe.

—¿Se puede saber de qué trata todo esto? —le pregunto.

—No sé a qué te refieres.

—Si no quieres seguir, me lo dices... Prefiero que nos evitemos este sufrimiento.

—Sigo sin entenderte.

—Que si estás teniendo otra follamiga como tú lo llamas, nos separamos y listo. ¿Lo comprendes así o te hago un manuscrito?

—Llevo dos días muy jodido, lo último que necesito es una escena de celos.

—Que te den morcillas —exploto—. Estoy harta de que me hagan daño, ¿sabes? Así que si lo que buscas es que lo dejemos, deseo concedido.

—¿Hacerte daño? Solo he pasado una noche fuera —se enfurece—. A ver si ahora me vas a quitar la poca libertad que tengo.

—Ni estamos casados, ni hay nada que nos vincule, de ese modo te devuelvo la libertad.

—¿Me estás dejando?

—¿Qué esperabas?

Entonces su rostro pasa del orgullo que lo caracteriza al miedo. ¿Te toma por sorpresa? ¿Qué esperabas? ¿Qué me convierta en Soraya, y te suplique que te quedes a mi lado? Sigue soñando, porque yo tengo dignidad y no suplico. Si me quiere bien y si no, lo superaré. Porque él podrá vivir en otra época, pero me prometió que sería yo sola y me ha mentido. Además, las primeras horas las he pasado con un nudo en la garganta que me ahogaba, la oscuridad se repitió, creí que podría haberle pasado algo malo y mi mente regresaba una y otra vez con mis fantasmas... la muerte, la pérdida. Y no tengo ganas de pasar por más preocupaciones de las que ya tengo. Así que él se lo ha buscado.

Se acerca en dos zancadas, toma mi cara entre sus manos y clava sus dedos en mis mejillas.

—¡Y una mierda me vas a dejar!

—¿Te apuestas algo?

Entonces estampa en mi boca un beso espontáneo apretando mi cuerpo entre él y la pared.

—Dime que eres capaz de dejar esto.

¿Mi reacción? Estamparle una bofetada que lo deja totalmente descolocado.

—¿pero qué cojones te pasa? —lleva su mano a su mejilla y se aparta de mí molesto—. ¡Me prometiste no pegarme nunca más!

—Y tú a mí que sería la única. Así que una mentira por otra. Grandísimo arrogante.

—¡Joder! ¡Joder! me vuelves loco. ¿Qué hago con una tía cómo tú? ¿De verdad que tengo que aguantar estas mierdas?

—Eso mismo me pregunto yo. Y no, no tienes que aguantar nada que no desees porque tú y yo hemos terminado.

Se queda con la boca abierta sin saber qué decir. Se pasa la mano por el pelo, después por la cara y de inmediato vuelve a acercarse para pedirme que no lo haga, que no lo deje. Parece que se le han ido los humitos en un zis zas. Tan estirado que venía. Miro sus ojos azules intensos y tomo el valor que necesito para apartar su mano.

—Nunca más vuelvas a tocarme.

—Si me dejas sabes que lo nuestro será una historia inacabada. Sabes que volveremos porque nos gustamos y mucho —espera a que yo diga algo pero me quedo callada—. Y que vivimos juntos por el amor de dios.

—Puedo irme —le digo con los brazos cruzados—. Es otra opción.

Se sienta en la cama y se queda mirando hacia un punto perdido de la habitación. Parpadea dos veces y se levanta.

—Te retaría a hacerlo pero sé que te marcharías de verdad. Y me muero si te vas. Lo siento mucho. Perdóname. Soy un insensible y un gilipollas.

—Me resultas un hombre muy complicado y mi vida es difícil en demasía para lidiar también con tu volatilidad. Y tampoco me motiva que vayas y vengas cuando te dé la real gana con el único fin de llevarme a tu alcoba.

Suspira y me contesta:

—Pues será que no te gusta.

Y encima hace un chiste. ¡No se toma nada en serio! ¡Nada!

—¿Has estado con ella?

Se rasca la barbilla. Y reconozco un sí.

—Todo aclarado. Te deseo lo mejor — le devuelvo el móvil y añado: —. Ya puedes yacer con quien desees.

—¿De verdad me ves pinta de haberme acostado con otra?

—Has pasado la noche fuera —se me salta una lágrima —No puedo imaginarte envuelto por otros brazos que no sean los míos. Pensarlo me ahoga. Así que, por favor, déjame sola. Necesito estar sola.

—No he estado con nadie. Solo he tenido un día malo.

Su rostro es impasible, pero su mirada es sincera.

—Primero pensé que te había pasado algo, te recuerdo que a mi marido lo mataron, y trágicamente. Estaba angustiada y tú me dijiste luego nos vemos. Al final llegué a la conclusión de que estabas con Zorraida, con la rubia nórdica o con alguna de las muchas de tus mujeres y que no era tan malo como que hubieses muerto, claro está, pero son sentimientos contradictorios que no me gustan nada.

—He estado solo, a ver cuándo me vas a creer cuando te digo que solo quiero estar contigo.

—¡Cuando te comportes como una persona racional!

Me separo de él, las lágrimas se me caen del coraje. No puedo pensar y me flexiono sobre mí misma para poner mis manos sobre mis rodillas. Ahora sí que pido un deseo de verdad... que mi respiración vuelva a la normalidad. Me escruta con sus intensos ojos azules durante al menos diez segundos. Yo lo miro de reojo, con una mirada de eterno cabreo.

—¿Podrías hacer el favor de irte? Si es que no sé qué estoy haciendo con mi vida —agito la cabeza, porque realmente no sé qué estoy haciendo con mi vida —Sabía cómo eras, sabía dónde me metía, incluso tu hermana me advirtió y no entiendo como he podido ser tan necia... Luego está el hecho de que debería dedicar el cien por cien de mi tiempo a estudiar la manera de regresar a casa y en cambio lo alargo porque en el fondo no me quiero ir y sé que es por ti. Por un hombre para el que solo soy un pasatiempo.

—¿Un pasatiempo? —frunce el ceño —. Siento haber desaparecido y aunque no me gusta que me controlen, tienes razón. El concepto de pareja no lo domino, al menos dame algo de tiempo para adaptarme. Seré el hombre que quieres que sea.

—Ya he escuchado eso.

—Estoy demasiado acostumbrado a dedicarme a mí mismo. Solo necesito adaptarme a que ahora no soy yo solo, ahora somos dos.

No pienso darle ninguna oportunidad más. No voy a calentarle su cama más. Si piensa que voy a perdonarle esto, está muy equivocado. Soy muy rencorosa y ese es mi segundo mayor defecto, después de no saber mentir. Yo no perdono una traición. Me doy la vuelta y salgo de la habitación echa una furia. Necesito la bañera, ahí podría encerrarme y llorar hasta decir basta. Sale tras de mí, lo impide, me sujeta del brazo y me arrastra hasta la habitación más cercana, la de Dani. Cierra la puerta tras él.

—Te juro por Dios que no me he acostado con nadie y me molesta terriblemente que desconfíes

de mí.

—¿Cómo puede ser que jures por un Dios en el que no crees? Y por cierto mi desconfianza te lo has ganado.

Hace una pequeña pausa que a mí se me hacen eterna, porque lo único que quiero es que me haga el amor, que me bañe a besos, que acaricie mi cuerpo como solo él sabe hacer. Pero he de ser fuerte. No pienso cohabitar con él después de haberse entregado a un agujero ajeno, de solo imaginarlo me entra un dolor, que... que... Él parece sopesar algo.

—Está bien, vamos.

¿A dónde?

—Son más de las doce de la noche.

—Da igual. No quiero que estemos mal.

—No me voy contigo a ninguna parte. ¿Te gusta tener a varias a la vez? ¿Es eso lo que quieres? Porque si es lo único que deseas yo te lo doy y santas pascuas.

Me arrodillo e intento bajarle los pantalones.

—¡Para! ¡Para joder!

Y se aparta dejándome con la poca dignidad por los suelos. Y yo me apoyo en la pared decepcionada y a sabiendas de que mi comportamiento es del todo ridículo, aunque a estas alturas ¿importa?

—Te has saciado con la otra. Me ha quedado claro.

—¿Tú estás mal de la cabeza?

—¿Quién no lo está en nuestra familia?

—Cállate.

—¿Me estás mandando callar?

—Sí.

—Es que si no quieres estar conmigo no lo estés, pero no me engañes. Peores situaciones he vivido. No es para tanto, podría soportarlo.

—¿Podrías soportarlo? ¿El qué exactamente?

—No estar contigo. Que copules con otras.

—¿No lo dirás en serio? —levanta una ceja.

Me sujeta del hombro y me arrastra hasta la entrada, así mismo, con el camisón y la bata puesta. Coge las llaves y abre la puerta.

—Que voy en ropa de cama—refunfuño.

—Me da igual.

—Pero a mí no.

—Quieres dejar de gruñir.

—¿Que yo gruño?

Me dirige una mirada severa. Sí, lo reconozco, estoy gruñendo. Me callo y le sigo. Abre la puerta de su coche y espera que suba. Está de muy mal genio. Encima que es él el que me ha hecho daño y el que me ha engañado, es él el que está de mal genio. Le pegaría un puñetazo y haría que su nariz sangrara. Le pegaría una paliza por traidor. Haría rebanadas con su piel. Lo odio. Entro a regañadientes y me cierra el pestillo. ¿Qué hace?

—¿Por qué cierras? ¿Me vas a matar y a abandonar en una cuneta?

—¿Podrías dejar de ser tan impertinente?

Puede que me lo merezca. No es el mejor momento para hacerse la graciosa, aunque pienso tener la última palabra.

—Vale, señor mandón.

Me dirige una fulminante mirada de reojo. Pone música y le sube el volumen hasta que me retumban los oídos. Yo la bajo. Él la sube.

—Ponte el cinturón —me ordena.

Obedezco y miro a través de la ventana. Pero no solo la música la ha puesto alta, también el aire acondicionado. Me froto los hombros.

—¿Podrías apagarlo? Tengo frío.

Lo apaga, pero no me habla. Bajo la ventana y el aire caliente me golpea en la cara. No sé porque he llegado a esto y no entiendo tampoco a este hombre.

Lo miro de reojo, tiene la frente arrugada y la mandíbula apretada. Va concentrado en el camino y está muy serio. Es tan atractivo... no puedo negar lo que me hace sentir, porque es su aroma, esa piel que me envuelve, esa camisa gris que le marca el pecho, sus trapecios que me invitan a ser besados. Mi vista desciende por su cintura y en el corte del pantalón y tras ello mis ojos se fijan en su ingle y sus muslos. No puedo entender cómo provoca estas sensaciones, cuando hace apenas unos minutos lo hubiese matado. Antes creía que era la respuesta a un conjuro, ahora no lo sé... Mi vista vuelve a ascender hasta su cuello que está tenso y el recuerdo de nuestros últimos días juntos es lo que me hace ya perder la poca sensatez que me quedaba. Lo quiero lamer, besar, acariciar, comérmelo a besos. El coche huele a él y sé que me voy a arrepentir de lo que voy a decir.

—Para el coche.

Pero me ignora. Miro el freno de mano y la velocidad que marca, treinta. Parece mucho, pero el coche va lento, así que no sé. Aun así, tengo un impulso y aunque estoy segura que no debería hacerle caso a un estímulo de esta clase, dirijo mi mano hacia la palanca y tiro hacia arriba. El coche derrapa y del frenazo impulsa nuestros cuerpos hacia el *salpicadero*. Otra palabra para el diccionario moderno.

—Pero... ¿qué cojones te pasa? —grita—. ¿Qué quieres que nos matemos?

Me pongo encima de él tomándolo por sorpresa y beso el punto que tanto me apetece. Retiro el botón por el ojal de su pantalón. Su cara es un poema. Yo lo miro completamente excitada.

—¿Estás como una cabra, sabes? Te estás pervirtiendo mucho para ser de mil ochocientos.

—Ya al 100%.

Se me queda embobado mirándome el escote, ya que el camisón me queda grande.

—Mirón.

Y en este preciso momento sé que no ha estado con nadie más. Solo hace falta ver cómo me mira y cómo me toca. Hundo mis labios en su cuello, su piel se eriza.

—Voy a parar, el coche, ahí, espera.

A horcajadas sobre él, conduce treinta metros hasta una zona retirada, una calle sin salida. No hay nadie. Apaga el motor del coche. Le muerdo la oreja, el cuello, casi en plena oscuridad, con tan solo la luz de las estrellas y de la luna menguante reflejándose en nuestra piel. Me besa, lo beso, rodeo su cuello con mis brazos. Escucho el sonido de su cremallera como baja. Yo me retiro las braguitas y aparto la bata para que no moleste. Se queda paralizado.

—¿Qué pasa?

—No tengo preservativos.

Frunzo los labios en una línea. Le dirijo una mirada de súplica.

—A la mierda —me dice.

Termina de bajarse los pantalones y un exquisito gusto atraviesa todo mi cuerpo. Me muevo, nos movemos, me besa, me muerde, es salvaje. Nos necesitamos, lo necesito, saboreo con mi boca su cuello. Me mira extasiado, dedicado.

Tengo el corazón acelerado, punzadas desde mis muslos hasta mi corazón. Toma mis mejillas y

me besa de tal manera que bien podría absorberme y llego a ese dulce placer que me genera su contacto. Me derrito, nos fusionamos. Gimo, solloza, muerdo su cuello, y para terminar me hundo en él.

Me avisa de que va a terminar él también e intento apartarme a tiempo, pero me doy un golpe en la cabeza con el techo. Maldigo y caigo sobre él de nuevo, de lado, con el rostro estampado en su ventana. Y acaba por terminar fuera sin ningún control. Cuando acaba me mira y suelta una risotada. Observo mi alrededor, cojo una camiseta de algodón que hay tirada en el coche y la uso para limpiarnos.

—¿Volvemos a casa? —pregunto besándole con cariño por debajo de su barbilla.

—No. Seguimos.

—¿Dónde? —pregunto extrañada, pero no contesta.

¿Dónde me quiere llevar? Arranca el coche y en silencio nos dirigimos hacia ese lugar misterioso que no me quiere decir. Escucho la música de fondo, en silencio. Gracias a dios le ha bajado el volumen al aparato. La primera canción no me gustaba mucho, ya que solo parecía ruido, pero la segunda es preciosa y le doy un bonito significado porque me transmite alegría u otro sentimiento similar. Cuando regrese no las escucharé más, pero siempre la llevaré marcada a fuego en mi cabeza y siempre me recordara a ese precioso y bello instante después de hacer el amor en el coche con él.

A mucho amor, mucho perdón

Llegamos en un edificio nuevo, un poco apartado y solitario. Hay un cartel justo en la puerta que pone «Urbanización los molinos» y un gran portón metalizado. Liam se mete las manos en los bolsillos y saca un juego de llaves con *un abre puertas a distancia* y esperamos a que la puerta de la cochera subterránea se abra.

—¿Dónde vamos?

—A mi piso.

—No sabía que tuvieras otra casa.

—Es de alquiler. A veces vengo para evadirme.

La cochera es grande, parece usada. Será colectiva porque hay al menos diez coches aparcados en filas a cada lado del lugar. Un charco de aceite en el suelo me salpica haciendo que blasfeme y entonces Liam me dirige una sonrisa socarrona. Subimos en el *ascensor* hasta llegar a una planta baja con jardín. Es pequeña, tiene dos habitaciones, salón, cocina y baño. La casa puedo verla dando un giro sobre mí misma. En una habitación tiene trastos para hacer ejercicio; para correr, para hacer pesas. En el salón observo libros, la tele y el sofá, no mucho más. Una casa masculina y pequeña, en la que nadie se ha esmerado en su decoración.

—¿Por qué nunca he oído que tuvieses otra casa?

—Porque nadie lo sabe. Vengo aquí cuando necesito estar solo.

—¿Y Ana?

—Por dios, ella es la que menos me interesa que lo sepa. No me gusta que me agobien y ella es demasiado intensa. No recaigas, no hagas esto, no hagas lo otro. Alquilé el piso para escapar de vez en cuando. Ana creyó que iba con mujeres y un día hizo la broma de que era un mujeriego y aunque no tengo ni la menor idea de por qué lo pensó dejé que lo siguiese creyendo.

—¿Y lo de Zorraida qué? ¿Es mentira? Porque te vi con mis propios ojos.

—Yo nunca te he negado que haya estado con ella, solo que no soy un mujeriego. Pero dejé a Aya una vez comenzamos tú y yo.

Mmm...

—¿Y la tienes que llamar de ese modo tan cariñoso? —Liam me mira algo confundido—. Aya, por Dios. Siempre Aya.

—Dejaré de llamarla así si tú haces a cambio algo por mí.

—Según. No puedo fiarme. Eres un rufián y un metepatas, pero prueba a ver si tienes suerte.

—Este rufián metepatas quiere que me perdones, que me des otra oportunidad.

Me quedo callada y sigo observando la casa. Qué hombre más complicado. Se alquila una casa teniendo otra para así evadirse del mundo. Levanto las cejas, porque pienso que es incluso más complicado que yo.

—¿Y siempre que vienes es solo?

—Adoro la soledad. Reflexiono y tomo mejores decisiones estando solo —sonríe y sigue

diciendo—. Me haces feliz, Paula, de verdad. Solo que hace mucho tiempo que no estoy con alguien y tengo que hacerme a ello.

Cierro los parpados y asiento.

—Pero a mí no me gusta sufrir —contesto—. Y es como me he sentido las últimas treinta y una horas y veintidós minutos.

—Te prometo no hacerlo más.

—Gracias — y añadido: —. Qué suerte.

—¿Por qué?

—De que tengas este lugar para evadirte. Yo solo tengo una bañera.

Sonríe y lo abraza, así como lo siento. Intento sonsacarle, conocer, averiguar de qué quería escapar. Me cuenta que no está a gusto con su vida y que el trabajo le asfixia, sobre todo por el nuevo jefe, hijo de su anterior jefe jubilado, un auténtico capullo integral.

Después está el hecho de que por muchos años que hayan pasado desde la muerte de Eva no logra desprenderse de la lacra de la culpabilidad. Me cuenta que nada le llenaba hasta que me conoció, pero ayer tuvo otra bronca de mil demonios con su jefe y a punto estuvo de mandarlo a la mierda. Le dio un bajón y acabó solo en la casa quemando la ira con el ejercicio.

—Y si no te contesté es porque no quiero que veas la peor versión de mí. Bastante tienes tú con lo tuyo para aguantar los humores de un hurraño.

—Estaba muy preocupada, Liam. Somos pareja y quiero conocerte y no a medias. Quiero saber qué es lo que te motiva, lo que te pone triste. Quiero estar a tu lado en los buenos y en los malos momentos. Por favor, quiero formar parte de tu vida.

Él asiente con gesto tristón y me abraza. Motivo a que me diga que es lo que realmente pasó con su jefe. Me cuenta acerca de su falta de escrúpulos, los cambios de última hora en los horarios, su prepotencia y desprecio hacia sus trabajadores y su falsedad con los clientes.

—Lo primero que las vacaciones las elige uno. Tenía pedidas las mías para la segunda quincena de agosto y la primera de septiembre. Iba a sustituirme él en mi ausencia, porque dice que no se fía de contratar a nuevos para cubrir, pero le ha salido una oferta de vacaciones con la novia para la última semana de agosto y me las ha cambiado porque le ha venido en gana, sin ni siquiera preguntar. Ahí ya estaba cabreado, pero lo que realmente me ha enfurecido ha sido cuando su secretaria le ha informado que estaba embarazada de cinco meses. La ha insultado educadamente como solo él sabe hacer, haciéndola sentir una mierda, porque según él... ¿cómo se le ocurre informarle tan tarde? ¿A cinco meses? Pues pedazo de capullo porque das miedo y cualquiera te dice algo con el genio que te traes. En definitiva, la he defendido, me he comido el marrón y él como buen hijo puta esclavista me ha hecho casi arrodillarme para pedirle disculpas.

Me río y no porque me haga gracia lo que me está contando, me hace gracia cómo se pone. Se pone muy guapo cuando se cabrea.

—No te rías de mí, no es un buen momento. Es que es una detrás de otra. Con lo buen jefe que era su padre, pero hace un año se jubiló y el pedante de su hijo se hizo con el puesto. Cruzarme con él es de lo más desagradable y no soy el único, a la mayoría de mis compañeros les pasa lo mismo y lo peor de todo, es que solo muestra desprecio hacia los hombres y las mujeres casadas. A las solteras las trata con una excesiva amabilidad, como buen perverso que es.

Lo miro con una sonrisa fugaz.

—¿Qué pasa?

—¿Te estás metiendo con mi familia sabes? Seguramente sea mi tatatarasobrino o por el estilo. Al fin sonríe.

—Pues tu tatatarasobrino o lo que sea... es un verdadero gilipollas.

Suelto una carcajada y lo abrazo.

Le convengo para que avise a su hermana de que estamos bien, estará preocupada. Después me enseña el funcionamiento de cada aparato que tiene. «Una cinta de correr», me dice. La enciende y me invita a subir. Eso comienza a deslizarse y me obliga a que corra a la misma velocidad que el trasto. Yo me meo de risa. Dios, qué sofoco. Él muy cabrito aumenta la velocidad hasta que se me sale hasta el hígado por la boca. Se ríe y yo salto fuera de la máquina de tortura, antes de que me mate de un ataque al corazón.

—En esta época estáis peor que en la mía, ¿sabes? —digo entre jadeos. Lo miro de reojo y caigo rendida sobre el sofá —. Es lo más insólito que he visto nunca. Comprar un aparato para simular que corres. Si lo cuento en mi siglo no lo creen.

Se acerca como un animal hambriento, me abre las piernas y se coloca en medio de ellas. Me pongo cómoda en el sofá y me besa. Hundo mis manos en su pelo sedoso. Sus manos acarician mi cara, me besa con dulzura.

—No sé porque no fui a buscarte. Ayer. Tú eres la única persona que me hace olvidarlo todo.

Me toma en brazos, rodeo mis piernas su cintura y me lleva hasta la habitación. Me tumba y lentamente nos quitamos la ropa, entera, para quedarnos cuerpo con cuerpo, para amarnos. Hacemos el amor, saboreando nuestras pieles, compartiendo el sudor, el olor, todo. Hablándonos con besos y con caricias. Esta vez no lo hacemos salvaje, lo hacemos con cariño, con respeto, diciéndonos todo con miradas y besos. Cuando terminamos quedamos encajados, sudorosos y eso que el aire acondicionado está puesto.

—Te quiero —me dice —. No me dejes nunca.

Y a mí me da un vuelco en el corazón. Es la primera vez que me dice te quiero con palabras y yo siento por él un amor infinito, pero también tengo un miedo atroz a perderlo. Cuando regrese a casa (como dijo la bruja que haría) no lo veré más y lo nuestro quedará en un recuerdo. Intento no pensar en ello.

—¿Con quién más has usado esta cama?

Se me acerca y frota su nariz en mi mejilla.

—Con nadie. Ya te he dicho que este lugar es solo mío. Ahora también tuyo.

—¿Quieres decir que no has traído a ninguna mujer aquí?

—Ni mujer, ni hombre. Eres la primera que sube.

Me gusta.

—¿Y cuándo quedabas con Soraya donde lo hacías?

—Normalmente en su casa.

—¿Te ha vuelto a llamar? ¿Sabes algo de ella desde que su padre vino a recuperar el arma?

Se queda pensando y exhala lentamente. No me mira, pero hunde su cabeza en la almohada y ese gesto no me dan muy buenas vibraciones, precisamente.

—Sí, ayer nos vimos —susurra.

¿Cómo? ¿Pero no había dicho que había estado solo? Yo salto de la cama cabreada, irritada, desnuda e indignada. Con razón antes ha puesto la cara que ha puesto cuando le he preguntado si había estado con ella.

—No es lo que estás pensando.

Fijo mi mirada severa en él.

—No te he traicionado, confía un poco en mí, joder. Solo fueron veinte minutos y no porque yo la buscara. Vino al trabajo, hablamos y lo ha entendido. No volveré a verla más.

Refunfuño y hago un mohín. Me da mucha rabia que se hayan visto.

—Dice que estás hecha para domarme —me dice y pone los ojos en blanco —. ¿Y yo que soy

entonces?

Suspiro profundamente, pero consigo contenerme. Me recuesto a su lado, me estrecha entre sus brazos y nos confesamos. Le pregunto por la tal Evelin de la que tanto he oído hablar y contesta que fue un rollo que tuvo hace algunos años.

¿Un rollo? Ósea otra de las muchas con las que ha amanecido.

—No he estado con tantas mujeres como crees. Me consideras un mujeriego, pero no es la realidad.

—Ya, claro. ¿Y cuántas consideras “tantas”?

—¿Para qué quieres saberlo?

Levanto los hombros. Él me mira esperando una respuesta que no pienso darle.

—Tú eres la cuarta —añade.

—Eso no es cierto. Soraya, Evelin y Eva ya cuentan tres.

—Pues deja de contar.

—¿Pero hablas de novias o de cohabitar?

—Paula, yo para acostarme con alguien tengo que sentir al menos cariño, algún tipo de conexión. No voy tirándome a toda mujer que se me cruza, al contrario de lo que piensa mi hermana. Ya te dije que no sabía de donde lo había sacado. Eva, Evelin, Soraya y tú. Ya está, deja de contar.

Y yo me quedo petrificada. «Pues esperaba quince al menos», le digo.

—Quince dice... —hunde la cabeza en la almohada, se ríe y después se me queda mirando.

—¿Y qué pasó con Evelin? —pregunto.

Conozco tanto la historia de Eva como la de Soraya, pero no la de Evelyn. Eva le hizo daño y fue el amor de su vida. Soraya era su follamiga. Así la ha calificado y así les llaman ahora a las relaciones esporádicas (pero con la que duró casi tres años) para partirse de risa. En mi época se les llamaban amantes. Quedaban en casa, yacían y hasta la próxima visita. ¿Y Evelin?

—Uf, esa historia es para darle de comer a parte.

—Por favor... —le suplico —. Soy algo chismosa —me da un delicado beso en mi mejilla, que después asciende hasta el lóbulo de mi oreja y la muerde delicadamente, haciendo que suelte un pequeño gemido de excitación. Quiero saber todo de él.

Me cuenta que fue una relación algo traumática, sobre todo para ella.

—Era inestable. Quería estar conmigo a costa de todo. Hacía un año que había terminado con Eva y no tenía el cuerpo para otro noviazgo. Además, el tema de mi adicción era reciente... Nos acostamos como mucho diez veces. Después comenzó a perseguirme, a montarme escenas de celos, a armarme escándalos en el trabajo, cuando apenas llevaba tres meses trabajando en la bodega. Incluso buscó a mi hermana para suplicarle que intercediera entre nosotros dos. Le contó que era un cerdo y que le había puesto los cuernos con una compañera de la bodega, todo mentira. Solo era una amiga, amiga de verdad —me aclara como si me leyese el pensamiento —. Un día a la pobre la siguió hasta su casa para amenazarla. Vamos... una locura.

—Caray. ¿Es decir que no has tenido mucha suerte en el amor?

Levanta los hombros y hace una ligera mueca con la boca.

—¿Y tú cómo conociste a Joaquín? —me pregunta.

Le cuento la afición de mi padre al vino. No solo le gustaba como un trabajo al que le sacaba beneficio, si no que era casi su vida; después de sus hijos, claro. Un día padre decidió escribir un libro acerca de la vid y los métodos de agricultura para la cosecha de viñedos con numerosos dibujos explicativos y casi sin letras. La idea era que fuese dirigido al público que a duras penas sabía leer ni escribir. Quería que fuese lo más barato posible y le encargó medio centenar de

libros a un impresor de Zaragoza que tenía muy buenos precios.

—Joaquín viajaba a Jaén para enterrar a su padre que había fallecido y nos escribió para hacernos el favor y traernos los manuscritos de paso. Me tropecé con él después de que mi padre me concertara un matrimonio con un aristócrata gordo y viejo. Yo lloraba, él se acercó y me preguntó por papá.

—¿Y qué pasó?

marzo 1805

—El miserable de mi padre está en la planta de arriba, pero tendrá que buscarle usted mismo, porque yo no pienso ir.

—¿Sabe que no está bien insultar a un padre? El día que lo pierda lamentará no haber tenido mejor relación con él.

—Le voy a decir cuatro cosas... La primera, que tampoco está bien que te vendan a un viejo verde y gordo de la nobleza solo para que mi padre ascienda en la escala social. La segunda, que no ha sido muy inteligente por su parte, ya que todo el mundo sabe que a los nobles le quedan los días contados, y me refiero en cuestión de poder —levanto las manos—. La tercera, que nos llevábamos bien hasta este momento. Y la cuarta, que se marche y me deje lidiar con mi vida miserable.

Se me queda mirando un instante y me dice:

—Cásese conmigo.

Yo me quedo con cara de gástele chistes a su mamá, porque yo no estoy de humor.

—Ni soy aristócrata, ni viejo, ni verde, ni gordo —añade.

Y entonces observo que va en serio y me enjuago mis lágrimas para escrutarlo con mi mirada más audaz. O por lo menos de la que soy capaz de poner.

—¿Por qué?

—Es guapa.

—¿Eso es lo único que lo motiva? No creo que así logre convencerme.

—Es rebelde, como yo.

—No vendrá en nombre de mi padre, porque entonces podría...

—Tiene dos opciones. Puede casarse con él o puede casarse conmigo. Si se casa conmigo cabrearé a su padre y parece que le encantaría hacerlo.

—Y no está casado, ¿por qué?

—Nunca quise casarme.

Suelto toda clase de barbaridades que se me ocurren. Él me mira como si saliese de un chiste y me recalca que no se está burlando de mí. Me pongo a pensar y tras meditar en los pros y los contras, acepto, mejor él que es joven y descarado a un viejo gordo y feo. Además, me encantaría darle la contraria a mi padre. Pero primero he de saber algo que para mí es muy importante...

—¿Es usted un picaflor?

—Como así. ¡Me ofende!

—De acuerdo. Me casaré con usted. ¿Le da la noticia usted o yo?

—Le pediré su mano en cuanto me pague por los cincuenta ejemplares que me debe. Tampoco soy tonto.



—¿Entonces fue amor a primera vista?

Antes me hundía en la miseria cada vez que lo recordaba, ahora lo siento de otra forma, más llevadero, más sosegado. Han sucedido muchas cosas desde entonces.

—Por su parte sí, por la mía no tanto. Yo llegué a quererle con el tiempo. Pensé que quizá me arrepentiría de mi decisión, pero se ganó mi amor. Fue bueno conmigo.

Se recuesta en la cama y mira al techo con la mandíbula algo contraída y lo conozco bien para saber que le sucede algo. Me apoyo sobre su cuerpo desnudo y lo miro sonriente, porque me parece gracioso cuando lo veo de esta tesitura.

—¿No estarás celoso? —observo como le cuesta tragar saliva y como mira al techo para no mirarme directamente a mí —. Tus celos son infundados. Él ya no está aquí.

—No... es solo que vuestro primer encuentro fue una historia para recordar, y yo te traté tan mal, te acusé de ladrona y la verdad que me duele.

Arruga la frente y se remueve, pero yo me pongo encima de él y beso su cuello para tranquilizarlo. Hago que todo su cuerpo se ponga en alerta para mí. Sobre todo, lo que hay en su entropierna.

—¿No te parece romántico que haya encontrado a mi alma gemela a doscientos años de diferencia por un conjuro que hizo una bruja y que se quedó a medias?

Y sé que él duda, pero algún día le demostraré que toda mi historia es cierta.

—Antes de conocernos llevaba soñando contigo una semana.

—Eso escuché que le dijiste a la bruja.

—No te veía la cara, pero si tus ojos y tu —y deslizo mi vista por su embelesada su figura —. Y tu cuerpo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué soñabas?

Vale, ha suavizado su expresión, de nuevo de buen humor. Dice que yo soy un libro abierto, pero creo que él lo es más que yo.

—Mayormente sueños lujuriosos.

Sus pupilas muestran destellos pícaros.

—¿Y en menor medida?

—Eso no importa —replico.

—Cuéntamelo.

Me mira ansioso, espera una respuesta y aunque sé que no se lo tomará muy bien, a regañadientes se lo cuento. Le cuento como llegábamos al altar y cómo luego corría detrás de mí, con lujo de detalles. Liam se me queda mirando de una manera que no logro descifrar, pero como ya lo voy conociendo, me imagino que se habrá agobiado por lo de «casarnos». Se queda mirando al techo con el rostro meditabundo y con la mano tras su nuca.

—Es una tontería. Sé que tú no quieres casarte. Solo fue un sueño.

Y de nuevo seco. Es la única persona que puede ser dulce y seca al mismo tiempo, me recuerda al fondillón. Sonríe ante mis ocurrencias, pero vuelve a ponerse serio.

—¿Has visto porque no quería contártelo?

—No pasa nada. Es solo que...

—¿Qué?

—Que tengo dudas. No en cuanto a la relación, si no en lo que tú esperas de mí. Yo te quiero, pero no sé si casarme y formar una familia podría entrar dentro de mis posibilidades. No me veo como padre, ni como esposo. Nos hemos criado casi solos y no es lo que yo quiero para un hijo... que no significa que mis padres hayan sido malos, pero si me ha faltado cariño. Mucho. Y yo me parezco tanto a mi madre...

Y yo le menciono algo que parece no recordar: «No puedo tener hijos». No sé cuántas veces he de repetírselo. Luego está el hecho de que me iré, regresaré a mi tiempo que, aunque no sé cuándo, llegará el día en el que desapareceré y me imagino que será sin previo aviso.

—Y tú reharás tu vida con otra mujer...

—No seas tonta... —me envuelve en sus brazos—. ¿Te quedarías más tranquila si te dijera que iré a buscarte donde haga falta? ¿Qué viajaré entre tiempos con tal de volver a tu lado?

—Eso es imposible... la bruja dijo...

—Lo haré. Soy muy terco en cuanto a lo que quiero. Pero por favor no vuelvas a repetir que te voy a perder.

Asiento con tristeza.

—Pon una canción —cambio de tema—. Por ejemplo, la de nuestro baile —y levanto la cabeza para poder mirar a sus ojos.

—¿Nuestro baile? —pregunta confundido.

—En la noche de San Juan. Sabes perfectamente de la que te hablo —entrecierro los ojos.

Sonríe de esa manera tan suya: traviesa y elocuente. Desde luego que lo sabe, cómo que me la envió por móvil días después delatándose.

—¿Con qué la buscaste...? —le pregunto con retintín.

—Claro que la busqué, me dijiste que te gustaba y necesitaba alguna excusa para acercarme a ti.

—Una excusa que no llegaste a usar.

—Porque encontré otras mejores.

—¿Cómo el chocolate o el libro que me dejaste?

Su sonrisa se prolonga más que de costumbre. Aunque ahora ha cogido un matiz de timidez.

—Que te pase la lengua por debajo de la oreja. Sí... por ese punto que tanto te hace perder la noción del tiempo y del espacio es otra de mis artimañas.

Ahora la que sonrío soy yo. Entrecierro los ojos y lo miro de reojo.

—Eres un chico entre atento y siniestro. ¿Sabes?

Y paso mi mano por su pelo. Él está concentrado buscando la canción en el móvil y la música comienza a sonar.

«Hoy quiero decirle adiós a la soledad, salir a buscarte, sin ti no puedo más. Voy a confesar lo que no dije jamás. No hay punto final...».

Me levanto de un salto y me pongo a bailar como Ana, moviendo el culo en círculos, pero el muy canalla se ríe de mí y dice que tengo que practicar más. Me sorprende echándome sobre la cama para torturarme a cosquillas; en la barriga, en los muslos, bajo los brazos y yo me retuerzo, grito y le pego. Nos deseamos, nos queremos, nos amamos, nos besamos y nos reímos. ¿Con qué esas tenemos? Ahora me vengaré yo del señor Ayala. Cuando me recompongo de sus métodos viles de tortura, cojo el ordenador e intento escribir música clásica, pero me ve frustrada y decide ayudarme. Haydn me encanta.

—Baila conmigo —le ordeno.

—¿Un vals? —emite una sonrisa gutural y murmura simulando vergüenza: —. Yo no sé bailar el vals.

Ahora yo también podré reír. Y no pienso permitir que se eche para atrás, así que le ofrezco mi mano y no admito un no por respuesta. Se ríe, sé que es malísimo con los bailes de salón, al menos eso dice, pero que no se hubiese metido conmigo. Me toma la mano y se levanta de un salto. Nos ponemos en posición y clavo mis ojos en los suyos. Me pongo seria para intimidarlo, pero él responde haciendo lo mismo y mirándome fijamente me dice:

—Miss princesa católica. ¿Tendría el honor de concederme este baile?

Y yo suelto una carcajada. ¿No puede tomárselo en serio? Me lanzo a su cuello para morderse y vengarme de él y de sus palabras.

Después de la tempestad viene la calma

Me levanto a su lado. Está boca arriba, tranquilo, respira por la boca y está muy guapo. Me apoyo sobre mi mano, de lado. Acercó mis labios a su cuello y aspiro su olor al mismo tiempo que lo acaricio con mi boca. Deposito un beso corto que le hace estremecerse.

—Mmm...

Entorna los ojos y mira hacia la ventana cerciorándose que es de día. Vuelvo a besarle y me coloca encima de él. Le abrazo y pasa sus manos por la zona baja de mi espalda antes de llegar a mi trasero. Nos miramos.

—He pensado algo... —me dice—. Como hoy cojo vacaciones, podríamos escaparnos una semanita.

—¿A dónde? —me remuevo para abajo hasta que quedo apoyada entre sus piernas, en una posición más cómoda.

—Donde más te guste.

—No entiendo lo qué quieres decir. ¿Dónde quieres que escapemos?

—De viaje. Los dos juntos. De turismo.

Parece que estoy comenzando a comprender lo que me está pidiendo. Es que en mi época eso de viajar por gusto no se hacía, pero me emociona la idea de que quiera ir conmigo, sin embargo, no puedo, tengo que buscar trabajo. He de tomármelo en serio y si me llamasen no podría decirles que estoy de viaje por gusto. Frunce el ceño. No parece muy convencido de lo que le digo.

—Sé que te agobia que te paguen las cosas, pero de verdad que no me importa y te aseguro que a mi hermana tampoco. Tengo dinero ahorrado y por primera vez estoy feliz de coger vacaciones, porque voy a estar contigo — tras unos segundos me pregunta en tono suave: —. ¿Dónde quieres ir?

Y si le entusiasma tanto, no seré yo quien le quite las ganas de hacer ese viaje. Podría retrasar mi búsqueda una semana más.

—He visto Benidorm en fotos y parece bonito.

—¿Benidorm? ¿En serio?

Se ha quedado boquiabierto y yo suelto una sonora carcajada. Vale, no quiere ir a Benidorm. Me dice que prefiere Roma, París, Dublín... ¡Y es un disparate! ¿A santo de qué quiere marchar tan lejos? Seguro que aquí hay sitios preciosos que aún no ha visto pero él se quiere marchar a la quinta puñeta. No tiene sentido.

—Está bien. Elige, pero un poco más lejos, por favor.

Pienso y pienso y ya lo tengo...

—Madrid. Quiero conocer a tus padres.

Y él se queda con cara de haberle dicho la mayor de las estupideces y a mí me molesta, porque me dice que elija, pero luego realmente me pone pegas a todas las ideas que se me ocurren.

—Quiero disfrutar de ti. No ir a ver a mis padres —refunfuña.

Se queda pensando y fija la vista de tal manera que no logro verle los ojos. Creo que algo le preocupa. Le digo que me gustaría conocerlos, ya que hemos de correr puesto que más tarde o más temprano desapareceré.

—Entonces habrá que decirles que estamos juntos.

—Podríamos decir que somos amigos.

—Claro como sabes mentir tan bien.

Es verdad. No sé mentir. Sonríe con delicadeza y le paso la mano por el pelo para tranquilizarlo. Dice que no quiere ocultarlo.

—Madrid lo tengo muy visto. Pero no seré yo quien te quite la ilusión de conocer a mis padres. ¿Te parece bien pasar allí un día o dos y luego seguir nosotros dos solos? El norte, el sur... donde más te guste.

—Asturias tiene que ser bonito —contesto.

Y parece que le ha gustado la idea. Dice que nunca ha ido a Asturias. Si es que no tiene sentido marcharnos tan lejos. Primero que descubra su país y después ya viajará al extranjero todo lo que quiera. Y en eso quedamos.

Liam llama para que nos traigan la comida a casa, no quiere salir de la cama hasta que llegue la hora de trabajar. Ahora entiendo los pecados de la carne y como en mi época se intentaba no mostrar la sexualidad. Es vicio, deseo, y difiere mucho de lo que querría Dios de nosotros. Aunque si no fuese una bendición. ¿Para qué lo creó? De todos modos, el amor y el acto es muy similar, por lo menos para mí.

Después me toma en brazos y me lleva al baño donde me deja caer con delicadeza para que me desvista. Me río porque me ha convertido en una pervertida en menos de dos meses. El baño es pequeñito no tiene que ver con el de su casa. La bañera es una tercera parte, aun así, propone darnos un baño juntos y aunque miro confusa el espacio diminuto donde quiere que nos metamos no me niego.

Mientras espero que la bañera termine de llenarse, Liam sale del baño en busca de algo para beber. Una vez que está por la mitad cierro el grifo y meto la punta de mis dedos para comprobar la temperatura del agua. Está calentita pero muy buena, así que decido sumergirme y disfrutar del bienestar que me invade. Ha echado jabón y se ha formado mucha espuma que se desliza por mi piel embriagándome. Liam regresa con dos copas de vino espumoso entre sus manos. «La suerte por fin me sonrío» pienso delirante al ver la perfección personificada. Qué elegancia de hombre la virgen. Hasta desnudo es elegante.

—¿Vino de buena mañana? —pregunto.

—Son las doce y media del mediodía, cariño —me la tiende y le bebo un sorbo antes de dejarla de nuevo sobre la letrina.

Contemplo su torso ligeramente marcado cuando se baja los calzoncillos dispuesto a meterse en la bañera conmigo y me quedo pensando en las veces que lo hemos hecho desde nuestro reencuentro y debería de preocuparme que aún no me haya saciado de él. Cuando admiro su cuerpo me entra una quemazón de cintura para abajo que solo me calma su piel, su erección dentro de mí, que me posea como solo él sabe calmar. Se sienta detrás de mí con las piernas flexionadas y hace un hueco entre ellas en el que me acomodo, apoyando mi espalda en su torso; y para mi sorpresa encajo bien, justo, pero bien.

—Claro que cabes, eres una pequeñaja —frunzo el ceño fingiendo estar ofendida—. Pequeñita pero matona, eh—sonríe y me besa el cuello desde atrás provocando que cierre los ojos del placer que me genera. Sus brazos me envuelven y me sostienen.

—No soy tan pequeñaja —refunfuño con un mohín.

—La mitad que yo.

—Pero porque tú eres muy grande.

—Nena, sí mides un metro sesenta.

Pone jabón en sus manos y las deslizan por mis brazos hasta mi cuello. Después lava mis senos para descender por mi barriga y después a mi entrepierna. Se entretiene más de la cuenta en mi sexo. La caricia se convierte en un masaje ardiente que caldea el ambiente más si puede. Me hace temblar y me muerdo el labio inferior retorciéndome del gusto.

—Ay, Dios, Liam. No comiences que así nunca terminaremos con el baño.

Su entrepierna también toma alerta, la noto clavada en mi espalda.

—Date la vuelta.

Le hago caso aunque con cierta dificultad. Toma las copas de vino del suelo, me ofrece una y se queda la otra.

—Por los viajes en el tiempo —exclama y se escucha el tintineo de las copas al chocarla con la mía. Le pega un breve sorbo y rio ante sus ocurrencias. Yo también bebo mientras nos miramos sensualmente a los ojos, con picardía, con deleite. Noto las burbujas descender por mi garganta y una mezcla de sentimientos que no comprendemos del todo nos invade. Sí, sé que a él también le sucede algo similar. Me quita la copa de mis manos y deja ambas sobre la letrina.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Voy a follarte, de nuevo. Te necesito a todas horas.

—Guarro.

Se estira para alcanzar el envase del preservativo y lo deja en el borde de la bañera.

—No quiero usar eso... —hago un mohín—. No es lo mismo.

Levanta las cejas meditando en mi proposición.

—Es que no me gusta.

—Debería de pervertirte yo, no tú a mí.

—¿Por qué lo dices? —le digo rozando mis labios por su barbilla al mismo tiempo que sujeto su nuca.

—Nunca lo hago sin preservativo.

—¿Por qué?

—Imagínatelo.

—Porque no quieres tener hijos.

—También, pero hoy día hay píldoras anticonceptivas —me río porque parece que a cada día que pasa va creyendo un poquito más en mi historia. Hoy día—. Existen las enfermedades de transmisión sexual, los embarazos y las mentirosas —añade y suelta una risilla. Lo dice por el embarazo de Eva.

—¿Y de mí te fías?

Introduzco mi lengua en su boca y atrapo su nuca para que no pueda escapar de mí, aunque no creo que sea lo que le apetezca a juzgar por la expresión de su rostro, y bueno, por la dureza de entre sus piernas. Le doy un beso húmedo, duro e intenso entre tantas burbujas. El agua caliente resbala por nuestros cuerpos mojados. Su barba incipiente se aprieta áspera en mi mentón subiendo la temperatura de mi sangre. Me gusta tanto como le queda la barba de pocos días... Clava sus manos en mi cabello y el beso se vuelve más caliente si puede y mis jadeos más cortos e impúdicos. Por detrás de mi espalda tomo su miembro entre mis manos y la encajo entre mis piernas notando su tersa y dura piel dentro de mi cuerpo. Suelta un gemido de excitación y me hundo más en él para encajar en uno. Nos miramos a los ojos locos el uno por el otro.

Me ayuda a subir y a bajar a un ritmo constante, ayudándose de mis nalgas. La velocidad es

lenta, caliente, sensual. Hay gemidos, pasión y yo estoy terriblemente excitada a su contacto. Estamos ausentes, extasiados, dedicados. Al final acabamos quitando el tapón de la bañera para hacerlo de pie. Me dice que me apoye fuerte en el borde y yo de espaldas a él me da envites lentos para acabar en salvajes investidas, duras y decididas. Yo grito. Él jadea. Lleva la velocidad y yo muero porque sigamos así siempre. Me acaricia por delante a la misma vez que me penetra y ahí sí que no aguanto más y comienzo a temblar y a sentir los espasmos más fuertes de mi vida.

Tiemblo.

Grito.

Tiemblo.

Nunca jamás me había sentido así, incluso me tengo que apoyar fuerte para no caer al suelo. El me ayuda sujetándome por debajo de la barriga. Unas sacudidas más hasta que erupciona en mi espalda. Nos apoyamos como podemos para recomponernos del momento.

Se hace la hora de que se marche a trabajar. Tiene que dar una conferencia y es gratuita, así que en un impulso me ofrezco a acompañarlo, aunque antes he de pasar por casa a recoger mi ropa porque ayer solo vine con un camisón de dormir. En un principio no me cree, pero logro convencerlo e incluso parece que le emociona. Me gustaría escuchar lo que tiene que decir. Sé que me va a traer recuerdos, pero creo que es el momento de enfrentar mis miedos y... quizá encuentre información acerca de mi familia.

A batallas de amor, campo de plumas

Siento una punzada en el abdomen cuando veo el edificio frente a mí. Está extremadamente cambiado, es mucho más grande que entonces, el color es distinto, la estructura también. Se ve que lo han agrandado o que directamente lo han echado abajo y han vuelto a reconstruirlo. La mayoría de la fachada está fabricada con cristal y solo queda un trozo de pared que se asemeja a mi recuerdo. La mayor similitud es el olivo que sigue en la misma posición y que ahora es inmenso.

—Este árbol lo plantamos mis hermanos y yo cuando éramos pequeños —le digo.

Se despide de mí con un beso tierno en los labios, y conforme se aleja observo como el pantalón le marca el trasero. Me muerdo el labio por lo que me provoca y una vez lo pierdo de vista me quedo observando el entorno. Si no me llegan a decir que esta fue mi casa, nunca lo hubiese adivinado. Doy un paseo por los alrededores del edificio. El suelo está ajardinado. Han plantado algunas palmeras y han fijado algunas mesas y sillas de madera al suelo, aunque no hay nadie sentado en ellas. Supongo que las altas temperaturas del medio día ayudan a que parezca un desierto. Cuando llego a la parte trasera encuentro la bodega de mi padre, y esta sí que es exactamente como la recuerdo, aunque no parece que le den el mismo uso que le daba él. Creo que lo utilizan de almacén.

Luego le preguntaré a Liam qué hay dentro. Exhalo por la nariz y algo desanimada me dirijo al interior de la infraestructura, porque me estoy acalorando aquí afuera y tantos recuerdos me abruman. Las gotitas de sudor resbalan por mi cuello y agradecen el aire fresco del interior del establecimiento. Una señorita me acompaña a una sala llena de sillas y que me recuerda a un teatro. La gente se sienta donde les place y yo elijo una silla de la última fila. Me quedo esperando unos diez minutos, hasta que Liam sale al pequeño escenario y comienza a hablar.

—Buenas tardes y bienvenidos sean a nuestra bodega que forma parte de la asociación Gadea y González. Mi nombre es Liam Ayala y soy enólogo de esta empresa que tiene más de dos siglos de historia. Me alegra tener el gusto de contar con todos ustedes para hablarles de nuestro último trabajo. Llevamos trabajando en este proyecto más de cinco años para adaptarnos a los nuevos sistemas de sostenibilidad y ahorro energético, y así volver a la agricultura artesanal de nuestros abuelos. A como se hacía antes, ofreciendo nuestra calidad de siempre...

Y aunque no entiendo ni la mitad de lo que está hablando, porque no entiendo nada de sostenibilidad, ni de medio ambiente, porque todo eso en mi época nos era ajeno, me voy haciendo una idea de los temas principales.

Me fijo en como habla. Qué labia tiene. Tiene un tono seductor que es solo de él y me hace comprender muchas cosas. Me fijo en cómo gesticula, en las poses de su cuerpo. Después muestra en una pantalla algunos gráficos e imágenes de los cambios que se han ido realizando en los últimos años y pongo especial atención cuando dice que la bodega antigua (la que he visto hace un rato) es la única sala que no ha sido modificada desde su apertura hace más de doscientos años. Dice que ahora es parte del museo y es un punto de visita.



Lo primero que hace nada más salir del coche es acercarse para darme un beso intenso en la boca. No puedo evitar que me siga avergonzando que lo hagamos en la calle a la vista de la gente, aunque cada vez menos. Me subo al coche mientras él mete la pequeña bolsa y su maleta en el maletero. Le dije que la prepararía yo en cuanto llegase a casa, para que en cuanto acabase su jornada laboral me recogiese con todo ya preparado. Lo primero que hago nada más encender el coche es darle la enhorabuena por su excelente y exitosa charla.

—No sabía que tenías tanto don de habla —le digo.

—Pues sí, para tu información doy muchas charlas y he de hablar bien.

Me lo dice tan serio, que lo miro asustada, pero de pronto se ríe y me da un beso en la mejilla. Tontolaba. Aprieto al botón de la música y le digo que me ponga una canción bonita, como esas que me envió por el móvil. Así que para el coche en una vía de servicio, dice que la música funciona por vía *bluetooth* que se conecta con la radio del coche y yo ni pregunto, ya lo vi todo con lo de la cinta de correr.

—¿Qué significa? —pregunto cuando escucho que la canción está en otro idioma y creo que es inglés. Contesta que no hace falta que sepa la traducción de todas las canciones que solo disfrute de ellas, pero claro, cómo él sí las entiende...

Después salen canciones aleatorias y bajo el volumen para preguntarle sobre sus padres. Me siento realmente feliz. Cuando les ha llamado para decirles que los íbamos a visitar se les veía realmente emocionados. ¿Son simpáticos? ¿Crees que les caeré bien? Por teléfono parecen buenas personas, pero quizá no me acepten. Puede que crean que soy algo ligerilla de cascos, irme contigo sin habernos casado es un poco de... aunque hoy en día son liberales, ¿no? ¿los padres también?

—Vas a hacer que me arrepienta —bromea—. Les vas a caer bien. No te preocupes.

El trayecto se me hace corto, porque no hay nada que me haga más feliz que estar a su lado, disfrutando de su compañía y de sus caricias. Son ocho semanas tan intensas que ya casi ni recuerdo mi pasado. Solo importamos nosotros. Aunque a medida que nos vamos acercando a Madrid los nervios se apoderan más de mí de lo que quisiera. Voy a conocer a sus padres y no sé por qué me he encabezonado en ello, porque tengo el corazón a mil.

Poco antes de llegar a nuestro destino hacemos una parada, el sol acaricia nuestros rostros y es agradable. Estamos solos sentados con las puertas abiertas y yo solo tengo ganas de abrazarlo, tiro de él y lo beso. Lo vuelvo a besar. Él ríe y hace lo mismo. Jugamos. Parecemos dos adolescentes enamorados...

SEGUNDA PARTE

*La necesito. Con todo mi ser**LIAM*

Me he despedido del trabajo, dejé el alquiler, he hablado con mis padres y con mi hermana. Le he dejado a Ana mi parte de la herencia de la abuela con la condición de que no lo gaste en juergas. He sacado mis ahorros y lo he cambiado por algo de oro. Espero que funcione y pueda regresar a su lado, porque si no todo esto habrá servido de nada.

Han pasado casi nueve meses desde que desapareció de mi vida. Estuve casi dos a su lado y fueron los mejores de mi vida. Desde entonces la añoro cada minuto de mis días. Fue ella la que me dejó una nota enterrada. La bruja dijo que Pau se lo había dicho en sueños. Yo obviamente no la creí, pero no podía quedarme con la duda, así que cogí la azada pico y fui a cavar junto al olivo de mi trabajo. ¿Por qué lo hice? Quizá era lo único que me quedaba o quizá tenía esperanza.

Aparqué el coche, era de noche y no quería que me pudiesen descubrir. Comencé a cavar alrededor del árbol. No sabía el punto exacto, así que lo hice a lo loco con la orientación norte como me dijo la bruja. Estaba un poco acojonado, era el turno de Kike y podría descubrirme. ¿Y qué le explicaría? No había explicación alguna para cavar agujeros en el suelo que está frente a la empresa donde trabajo. Creerían un intento de robo y que justo ocurriera poco después del robo del fondillón bicentenario me catapultaría, pero me daba igual.

Me tiré casi una hora cavando hoyos sin sentido, sudando como un cerdo, menos mal que me había llevado agua, si no creo que hubiese muerto en el intento. Al final encontré algo... saqué una caja metálica oxidada llena de tierra que no había manera de abrir. Lo agité y escuché algo dentro.

No conseguí abrirla a las buenas, así que a las malas la hice pedazos. Había una carta envuelta en tela y su anillo de bodas. Me quedé de piedra. El papel era grueso y tieso y aunque algo borroso pude entender:

*No llegamos a despedirnos, pero quiero que sepas que el poco tiempo que pasamos juntos fue lo más bonito que viví nunca. Te echo de menos cada minuto de mis días y haría lo que fuese por volver a tu lado. Estoy bien, con mi hermana, sus tres hijos (uno de ellos es Julia. Como supuse la adoptó), mi madre y nuestro bebé. Sé que puede parecer cruel decírtelo, pero es tu derecho saberlo. Tenías razón, no era yo, era él. Se llama **Clara**. Hay algo guardado en la pared del fondo de la antigua bodega... «Dondequiera que ella estuviera allí hallaré el edén» Te quiero.*

PD. Ahora lo creo conveniente.

Miré el anillo haciéndolo girar entre mis dedos. Escrutándolo con mis ojos y juzgándolo como una mentira cruel y dolorosa. Tenía grabado sus nombres: Joaquín y Paula del Mar.

Y era su anillo.

La caja me pareció antigua, como de otro tiempo.

El papel, no era papel normal DIN-4, ni siquiera reciclado. Era grueso y amarillento. Muy envejecido.

Me desplomé en el sofá, casi en shock.

Tragué saliva mil veces, antes de volverlo a analizar intentando sacar algo en claro a todo esto.

Cuando no le encontré razón, mi corazón se ralentizó casi a cero. Creí morir del todo.

A las dos horas de observación comencé a divagar en mi destino, porque el destino no podía ser tan cruel y supe que si me había dejado esa nota era porque había alguna posibilidad de volver junto a ella. Era su forma de decir que luchase por ella. No me hubiese dicho que tengo una hija si ella no creyese que volveríamos a vernos. Rememoro de nuevo nuestro último día juntos, seis horas antes de que desapareciese frente a mí como si se hubiese desintegrado. Ese momento en el que me quedé alucinando y en el que luego me puse a llorar como un niño. Ese día, en mitad de nuestro viaje a Asturias, en el que pensaba que nunca nos separaríamos, a pesar de que ella me lo repetía mil y una vez.

Me quedé en la habitación del hotel encerrado durante veintidós horas dándole vueltas a algo surrealista. Luego esas nueve largas horas conduciendo de vuelta a Alicante, muriéndome en vida, mientras escuchaba una y mil veces nuestras canciones. Puse la canción que bailamos en la noche de San Juan, nuestro primer baile juntos, que después me repetió a solas. Mira que el reggaetón no es que sea de mis géneros favoritos, ni mínimamente, eso se lo dejo a Ana. Pero recordarla moviendo el culo con su sonrisa pícara, con su mirada de amor por mí, es lo más cercano que podía tener de ella...

—¿Has visto que bonito? Estos paisajes... son espectaculares —me dice desde el balcón.

Está muy bonita. Lleva una bata blanca de raso del hotel y parece un ángel en un fondo verde esperanza. Es mi ángel, mi salvación. Yo me acabo de duchar y llevo puesto solo los calzoncillos. Me acerco a ella y la abrazo por detrás, acariciando con mis labios su cuello.

—Tú eres más espectacular.

Se gira para rodear con sus brazos mi nuca. Miro como sus labios se abren y pasa la lengua por ellos, y me doy cuenta de que nunca nadie me había hecho sentir de este modo. Soy vulnerable a ella y me da miedo, porque nunca he querido a nadie como la quiero a ella, y lo que más miedo me da es lo rápido que va todo.

—Gracias por este viaje —me dice.

—Gracias a ti por darme esto.

Observo sus labios que me invitan a besar y sin que lo espere, los sello. Quiero hacerle el amor de nuevo. Quiero volver a sentirla mía. Quiero que nos deshagamos juntos.

Paso mis manos por su cintura y siento algo rígido bajo su bata de raso y me doy cuenta de que es el conjunto sexy que compramos en el sex shop. El corsé seguramente.

Sonrío con malicia...

Y me responde con una sonrisa pícara.

—¿No decías que no pensabas ponértelos?

—He cambiado de opinión...

Antes de ayer pasamos por un sex shop y tuve la idea de ponerla nerviosa... o más bien, conocer el límite de su pudor. La verdad que me sorprendió, porque una vez dentro no se escandalizó tanto como yo creí que haría. Dijo que no le sorprendía nada de lo que pudiera enseñarle después de todo lo que había visto. Eso sí, cada juguete que veía se meaba de risa y yo disfruté de cada una de sus sonrisas. Al final me llevé ropa interior para ella: dos conjuntos y un corsé, un lubricante y un kit de aceites de masaje. A la hora de pagar es cuando la vi realmente

avergonzada, tenía la cara más colorada que nunca, aun así, se mantuvo a mi lado como lo valiente que es.

Desliza la bata por su cuerpo, y esta cae en cascada. Yo me quedo embobado perdido en ella. El corsé marca su cintura y realza sus pechos. Es de encaje negro, con algunos bordados en rojo y lleva unas cintas en la espalda. Se ha puesto el tanga a conjunto y yo solo puedo pensar en quitárselo.

—Joder, Pau. Te hace justicia —digo casi en shock.

Y hace que me ponga más duro de lo que nadie me ha puesto nunca.

—¿Te gusto? —me pregunta poniendo su voz más seductora.

—Mira como estoy, y eso que siquiera me has tocado.

Llevo su mano a mi entrepierna y me muerdo mi labio inferior. Se lo haría ya mismo sin preliminares...

—Te deseo... Házmelo así —me dice.

—¿Cómo?

Trago saliva y no dejo de deslizar mi mirada de sus labios a sus pechos.

—Házmelo, ya.

Se refiere a hacérselo duramente y está tan sexy, tan deliciosa, que no me puedo resistir a su petición. La arrastro dentro de la habitación y la tumbo sobre la cama de espaldas a mí, le aparto el tanga y me hundo en ella sin darle tiempo a reaccionar.

Suelta un grito de placer y yo gimo. Dios mío.

Se moja de inmediato, eso significa que provocho en ella las mismas sensaciones y el mismo poder que ella ejerce en mí. Estamos hechos el uno para el otro y encajamos a la perfección. Ella es lo único que quiero en esta vida. Es la única persona que me puede hacer sentir de este modo. Es tan inocente y al mismo tiempo tan entregada, tan sensual. Siento tal calor y tal confort al estar dentro de ella...

—Por favor —suplica.

Comienzo a moverme. Observo como goza y entonces acelero los envites. Más rápidos. Más profundos.

—Así. Así.

Con una mano agarro las cintas de su corsé y con la otra presiono su cadera para ayudarme a darle lo que quiere. Su cuerpo y su provocadora mirada me hace enloquecer. Ella gime, grita, está llegando y verla así me fascina aún más.

Aprieto sus nalgas y acelero aún más la velocidad de las investidas. La acaricio. Ella me insta a que siga, debería de salir, pero no puedo, la necesito... Acabo por perder el control de mí mismo para concentrarme en ella, en sus curvas, en sus pechos, en su sexo...

—Llego. Llego... Por Dios. No pares.

Y entonces los espasmos se apoderan de ella.

Y yo no dejo de mirar sus reacciones, en todo lo que ella me provoca y sin darme tiempo a reaccionar termino con ella... dentro de ella. Al principio caigo agotado sobre su espalda, pero de inmediato me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Mierda. Joder.

Me cago en la puta.

Comienzo a blasfemar para mí mismo. Me levanto y busco papel para limpiar nuestros fluidos...

—¿Qué pasa?

—Tenemos que ir a por la píldora.

Su frente se arruga.

—Sé qué crees q no puedes quedarte embarazada, pero me sentiría más seguro si tomaras la pastilla para no embarazarte.

—¿Eso existe?

Asiento.

—Vale.

—¿Vale?

Pregunto con extrañeza, porque ha aceptado sin rechistar. Ella vuelve a asentir sin poner pegos.

—Gracias. No sé por qué lo he hecho. Nunca había perdido el control de esta forma, bueno por lo menos desde hace años. No volverá a pasar. A partir de ahora hemos de cuidarnos. Preservativo, píldoras, lo que sea. Ya veremos. En volver a casa podríamos ir al médico.

Me recuesto a su lado, exhausto. Se me queda mirando con su sonrisa más sexy y me fijo de nuevo en el anillo de bodas que tanto me atormenta. Enlazo nuestras manos e intento sacarlo de su dedo anular.

—Te voy a pegar, señor Ayala.

Retira su mano y se la guarda detrás de la espalda en un impulso de proteger algo muy valioso.

—¿Cuándo te lo vas a quitar?

—¿Debería?

—Ese anillo me recuerda que tu corazón le sigue perteneciendo.

—Me lo quitaré cuando lo crea conveniente —contesta tajantemente, dejándome algo decepcionado y pensativo. Después se me queda mirando de una forma extraña, como si estudiase cada milímetro de mi piel.

—¿Tan horrible sería para ti tener hijos? —me pregunta de pronto cambiando de tema.

—¿A qué viene eso ahora?

—Bueno... te has puesto blanco por hacerlo dentro de mí. A mí me preocuparía si pensase que puedo quedarme embarazada, no creas que no. Porque ni estamos casados, ni tenemos una relación seria, pero...

—Y llevamos poco tiempo —le interrumpo.

—Y te dan miedo las mentirosas —sonríe. Sí, recuerdo que algo de eso le dije. — También me dijiste que te había faltado cariño y que no sabrías ser buen padre, pero nadie nace enseñado. Creo que nadie está preparado para tenerlos hasta que los tiene. Pero tú miedo va a más, mucho más...

¿Por qué no quiero tener hijos? No quería tenerlos, porque nunca había creído en la posibilidad de encontrar a una mujer que me diese la estabilidad y el amor como para pensar en forma una familia con ella. Tampoco me siento preparado para ejercer de padre, no me veo con esa responsabilidad, luego está el hecho de que soy joven... Y bueno, he de admitir que quiera o no, Eva tuvo algo que ver en mis miedos... la angustia al enterarme de que sería padre, pasó a ilusión... incluso compré cosas para un bebé que creí mío para luego darme el batacazo y darme cuenta de que todo había sido una ilusión. Dije que nunca más... pero de eso hace ya mucho tiempo...

Y no sé qué responderle...

—No sé, Pau... Lo que si estoy seguro es de que si los tuviese me gustaría que fuesen tuyos.

Me mira de reojo. Parece que espera que añada algo más. Pienso...

—No me siento preparado para ser padre. Es solo eso.

—Nadie lo está. Pero tú miedo es mayor al de la media. Igual que tenías miedo de comenzar una relación conmigo cuando era obvio que ya estabas loco por mí.

Sonríó.

—No te lo tengas tan creído —bromeo y ella responde con otra sonrisa.

Y siento que he de serle absolutamente sincero.

—No me creía digno de recibir amor... Realmente lo de Eva me dejó tocado, pero quizá también esté el hecho de que mis padres nunca han sido muy cariñosos con nosotros; una madre ausente y un padre exigente. Mi padre parece divertido, pero no lo es tanto cuando es tu padre, con nosotros era muy severo. Ahora han cambiado y ya no son como antes, están mayores ya sabes... No sé, quizá todo eso ha fraguado en mi carácter, en mis miedos. En el miedo a entregarme, a tener una pareja estable e hijos... Con los años me he hecho distante. Ana, en cambio, busca incansablemente el cariño, por ejemplo, en Dani. Es verdad que su anterior novio la endureció y ahora es algo más fría, pero siempre ha sido muy enamoradiza. A los dos días ya creía que sería su futuro marido...

—Bueno, conociendo tu historia con Eva podría decir que ambos hermanos sois igual de entregados y también creo que serías un buen padre.

Suelto una risilla irónica.

—No te rías porque te lo digo en serio. Aunque tú no lo creas tienes muchas cualidades que te harían un perfecto padre. Algún día tendrás hijos y te acordarás de mis palabras.

Y sé que se refiere a tener hijos con otra mujer, pero las ignoro.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se llamarán? —bromeo y ella levanta los hombros. Percibo tristeza en sus ojos.

—No te preocupes Pau, siempre podemos adoptar.

—¿Adoptar?

—Yo no creo que no puedas tener hijos... pero si así fuera, hay muchos niños en el mundo que necesitan que le den amor y yo tengo un trabajo decente. Si tanto instinto maternal tienes, podríamos mirarlo en el futuro. Siempre hay solución y aunque no lo creas seguiremos juntos, lo sé. Puede que sea cambiante, pero nunca lo seré con respecto a mis sentimientos por ti.

Me dice que la idea de adoptar no la había barajado, pero parece que le hace ilusión. Le encanta que hable de un futuro juntos y me enseña su brazo para que vea como se le ha puesto la piel de gallina.

Sí, nena. Yo también me siento de igual modo. Es todo lo que deseo. Es sencilla, humilde, inteligente, cariñosa, comprensiva y sé que fiel. La conozco poco menos de dos meses y ya sé cómo es. Podría verla en la cama con otro que si me contara cualquier excusa disparatada la creería. Y encima es guapísima. Menudo cabrón con suerte soy.

—Sé qué piensas que podrías dejarme, pero quiero repetirte que te buscaré en el fin del mundo. Viajaré entre tiempos si hace falta con tal de recuperarte.

Chasquea los dientes y frunce el ceño.

—¿Cómo te gustaría llamarlo? —pregunto—. Al bebé —aclaro.

Suelta una pequeña risilla y se retuerce en la cama. Se apoya en mí, parece incómoda y yo le desato las cintas de su corsé para darle un poco de libertad de movimientos. No habla, se despereza y se recuesta de lado. Después retoma la conversación.

—Isidra Amelia y Silvio José. Aunque hay más, pero esos son bonitos.

Hay que joderse... Sí, seguramente sea de mil ochocientos. Nombres compuestos y antiguos de cojones... No puedo evitar soltar una carcajada.

—No me gustan nada.

—Lo suponía... —sonríe. — ¿Y a ti cuáles te gustan?

—Los compuestos los odio.

—Pues yo me llamo Paula del Mar.

—Prefiero Paula a secas —hago una pausa, ella espera que conteste—. Me gustan los nombres con significado. No sé, de personas que han motivado un cambio en la historia o que han significado algo para mí... A ver —me retuerzo y pienso—. Clara me gusta, por Clara Campoamor...

—¿Te refieres a la sufragista?

Asiento.

—Lo leí en un libro —sigue diciendo—. Gracias a ella las mujeres pueden votar... Una heroína... Me parece coherente.

—Es bonito, corto, con significado. Me transmite paz.

—¿Y de niño?

—Elegiría... Evan, por una novela de fantasía medieval llamada Doneval. O Axel por Viaje al centro de la tierra. Son los libros con los que crecí.

Buscando respuestas

Lo primero que hice fue investigar para ver qué había de cierto en todo esto. La desaparición ante mis propios ojos. La caja oxidada que se descompuso casi al tocarla con sus cosas dentro. Todo lo que ella me contaba, era todo muy raro; sin embargo, algo dentro de mí me decía que no lo apartara como descabellado.

Tenía que tirar la pared abajo y descubrir la verdad, no podía quedarme con la duda. Y si era cierto, ¿qué habría dejado en la antigua bodega para mí? ¿Cómo iba a tirar una pared abajo sin que se enterasen en el trabajo? Era de locos.

Cuando llegué a casa busqué información en internet. No dormí durante toda la noche, la dediqué a investigar sobre las hijas de Juan Gadea.

Paula del Mar Gadea y María Alicia Gadea.

Paula casada en segundas nupcias con un enólogo que triplicó los beneficios de la bodega junto a su segundo hijo varón.

Pero no salen nombres, ni apellidos, ni nada de nada. ¿Y por qué solo nombran a los Gadea cuando realmente debería llevarse los méritos aquel hombre? ¿Y con quién se casaría Pau? De solo pensarlo me hierva la sangre. No puedo imaginarla con otro que no sea yo.

Y de pronto me doy cuenta de que lo estoy empezando a creer, estoy creyendo en esta locura del viaje en el tiempo y también me doy cuenta de que se me está volviendo casi una obsesión averiguar con quién coño se casó. Me niego a que otro crie a mi hija. Me niego a que se acueste y se quede con ella. Me niego a que se enamore de otro hombre que no sea yo.

Lo odio aún sin conocerlo.

Tengo que buscar en el trabajo. Árbol genealógico, registros... algo que pueda darme algo de luz. Pero lo que más me duele es enterarme que se casó el 11 de agosto de 1810 y tuvo su segundo hijo en marzo de 1811. Si era verdad, había esperado menos de un año para casarse con otro hijo de puta y se habrían acostado en la misma noche de bodas para tener el hijo nueve meses después, o incluso antes.

Joder y yo nunca podré olvidarla. Los celos me carcomen. ¿Cuánto significué para ella? También es cierto que en esa época era inconcebible tener un hijo fuera del matrimonio y puedo pensar que quizá la sociedad la obligó a casarse por el qué dirán, pero eso todavía me atormentaba más. Alguien como ella que es puro sentimiento sería infeliz si le tocara casarse en contra de lo que siente. Preferí que por lo menos fuese por amor, aunque lo último no tenía sentido después de lo que habíamos vivido.

Pero ahí no significó el fin de mi investigación, quería saber el nombre del hijo puta afortunado y como última opción acabé por preguntarle a mi jefe.

—Se lo preguntaré a mi padre y ya te digo algo. Tú sabes que él es el verdadero friki de la familia.

—Por favor. Cuánto antes.

—¿Y ese interés por mi rama genealógica?

—Me gusta ser el mejor en lo mío. Y es una pregunta que me ha hecho algún que otro cliente.

—Qué raro. A mí nunca me han preguntado nada similar.

El idiota de mi jefe se pasa cuatro días haciéndome sufrir, sin darme la maldita información. Insisto el primer día, insisto el segundo, el tercero y el cuarto, y casi al borde del acoso, acabo por convencerlo. Al final me ha dado lo que quería, pero no sin antes llamarme pesado de mierda con todas sus buenas palabras. Le hubiese gritado como llevo estos últimos cuatro días sin dormir, pero sé que le importaría una mierda. Así que mi baza son mis ojeras que casi ni me veo. Porque si quiere que haga bien mi trabajo, mejor que se dé prisa. Y si no es capaz de dármele, busco a su padre yo mismo, imbécil.

—Ayala —me llama y me acerco.

—¿Qué?

—Que se apellidaba Ayala, como tú. ¿Suficiente? ¿O también quieres que te lo deletreé?

Se da la vuelta y se larga con esos aires de autosuficiencia que se trae. Mira que me cae mal, el muy cretino. Y yo me quedo inmóvil asimilando lo que acabo de escuchar. Me siento en la silla de ruedas del escritorio de mi compañero y me quedo mirando la pantalla que tiene el salvapantallas con el icono de la compañía.

¿Qué significa todo esto?

Ayala...

Y no creo que todo esto sea casualidad...

Y no creo que sea un hombre con mi mismo apellido...

Y me doy cuenta de que tengo que ser YO.

Aunque me ha costado, al final he conseguido que mi jefe me dejase salir tres horas antes, me las debían y tampoco había mucho trabajo, pero aun así se ha hecho de rogar. Así que a eso de las siete y poco de la tarde me dirijo a toda velocidad a casa de la bruja. Con todas las visitas que le hago bien podría hacerme una tarjeta VIP. Le enseño la carta.

—¿Quiere que luche por ella? ¿Verdad que sí?

—Eso parece.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Irías a una época de guerra?

—Por Dios. Ella está ahí y mi hija también. Mi lugar está donde estén ellas. ¿Qué puedo hacer?
—vuelvo a repetir.

—Está claro. Tirar la pared de la bodega abajo.

—Pero no puedo hacerlo. ¿Cómo lo hago? Tienen cámaras, seguridad...

—Según tengo entendido, tu hermana logró evadir los sistemas de seguridad una vez.

Y entonces sé que voy a necesitar la ayuda de mi hermana, a pesar de que lo último que quería era enredarla en esto. Pero he de admitir que ella es la única que puede ayudarme en este plan. Le doy las gracias, un billete de cincuenta por las molestias de los últimos días y me voy corriendo en busca de Ana.

Y comienzo a creerlo

Les cuento todo; eufórico, agobiado y de carrerilla. Ana y Dani me escuchan con atención, al mismo tiempo que me desahogo.

En resumen:

Tengo una hija y necesito volver con ellas. Y aunque ni de coña me veía formando una familia... ahora solo quiero conocerla. Necesito conocerla. Así es la vida. Ya dije que era cambiante y que bueno, saber que tienes un hijo y que para más escarnio es con la persona que quieres te cambia la manera de pensar.

—Pero yo no quiero perderte.

—Estaré bien, con ella, con mi hija.

—Habrá alguna manera de que vengan ellas. Yo quiero conocer a mi sobrina.

—Lo más normal es que bebas tú y aparezca ella, como la otra vez, ¿no? —me pregunta Dani y veo en Ana un atisbo de esperanza.

—Como os he contado, según la historia que sé y según los registros soy yo el que viaja.

Y aunque al principio monta un drama, al final acaba por ceder. Y lo siento mucho, pero así han sucedido las cosas. Ella sabe que necesito irme y yo sé que ella estará bien. Habían echado a la calle a la chica que la atormentaba en el trabajo. Según tengo entendido su mujer acabó por enterarse de la infidelidad. También estaba conociendo a un chico que estaba loco por ella. Había enderezado su vida y estaba más tranquila. Tenía a Dani y a mis padres, que, aunque algo ausentes, estarían a su lado ante cualquier problema grave. Podía irme tranquilo.

—¿Qué hay que hacer? —pregunta.

—Tienes que fingir un robo. Tienes que simular que un desconocido te ha agredido. Solo hay un guardia, Kike, un hombre muy humano. En cuanto te vea tirada en el suelo, sangrando y llorando dejará el puesto de trabajo con tal de llevarte a un hospital. También podría llamar a una ambulancia o a la policía, ahí deberás de hacer tiempo. Mientras tanto Dani y yo echaremos abajo la pared de la bodega. Sé que lo echarán, pero el mes pasado me dijo que estaba hasta los huevos del trabajo y que necesitaba un cambio. Mejor él que Sam, que tiene una familia que mantener.

—¿Y qué esperas encontrar tras la pared? —pregunta Dani.

—Mi propio viaje en el tiempo. Es lo que intenta decirme Pau.

—¿Y por qué crees que lo ha escondido ahí?

—Porque es el único lugar, junto al olivo, que ha permanecido intacto desde 1800, y ella lo sabe.



Ana me manda el aviso. Kike ha salido y es el momento de entrar. En la bodega antigua no hay cámaras, pero para llegar hasta allí pasaremos por unas cuantas. Pongo el código de seguridad que

lo han cambiado desde el robo y ahora es la fecha de nacimiento del otro hijo. Más tontos y no nacen.

Dani viene detrás, se ha bebido tres chupitos, porque dice que si no va alcoholizado no se atrevería con esta locura. Vamos enmascarados con un pasamontaña azul oscuro y nos dirigimos hacia la bodega-museo. Ahora sí que me siento un delincuente en toda regla. De regreso a las andadas.

Como ya sabía, la puerta tiene un candado y con una cizalla que he traído lo parto. Entramos y alumbro con la linterna la pared del fondo. Nos acercamos cada uno a una punta distinta para acortar tiempo y centímetro a centímetro damos golpecitos con los nudillos buscando algún vacío. Tras dos minutos y medio que se me hacen eternos y que hemos cronometrado, Dani me avisa de que ha encontrado algo. Me acerco y la golpeo para cerciorarme. Parece hueco.

—Pásame el martillo —le pido.

—Sí, mejor que lo hagas tú. Tú estás más en forma.

Doy dos martillazos secos y parte de la pared cae abajo. Me pongo a sacar ladrillo a ladrillo lo más rápido posible para agrandar el hueco, hasta que consigo meter las manos y sacar varios de una tirada. Dani también ayuda con ellos. Por fin consigo ver un pequeño barril de madera de roble español.

Dani se me queda mirando desconcertado.

—¿Vino? —pregunta algo confuso.

Pues claro. ¿Qué iba a ser si no?

Golpeo el barril, suena hueco así que lo saco a pulso fuera de la pared para abrirlo y poder sacar lo que quiera que haya dentro. Gracias que no tendré que cargar con 50 kilos de peso hasta el coche. Intento abrirlo, pero está igual de hermético que la cajita metálica que me dejó. Miro a mi alrededor y le digo a Dani que me ayude a buscar algo con el que me pueda ayudar. Me pasa un gran destornillador. Creo que servirá. Con la ayuda del martillo le doy dos golpecitos hasta que lo consigo.

Dentro hay una botella de vino y una carta.

Comienzo a leerla.

Mi querido Liam...

Pero Dani me interrumpe.

—Lo harás luego en casa. Ahora hemos de irnos.

Sí, tiene razón. Me ha podido el ansia.

Todo por ella

Después de que Ana fingiera un robo y que supiera mentir como nadie podría hacerlo en su vida, con denuncia falsa incluida, le han dado el alta y hemos vuelto a casa. La muy sonada se dio un golpe en la cara para que pareciera más real y como sabe que no se lo hubiese permitido, lo hizo a escondidas. Menudo cabreo pillé. Con pintarse unas marcas hubiese sido suficiente, pero así está ella, como una puta cabra. La cosa está calentita porque han relacionado la agresión con el robo y no sabemos cómo va a acabar todo este asunto.

Una vez en casa, observo el sobre que viene sellado, pero que aún no he leído. Luego me fijo en el vino. La mitad de su contenido lo he pasado a un decantador. Es obvio lo que quiere que haga. Quiere que beba de él, que por sus características diría que al igual que el anterior es un fondillón, aunque bien podría ser cualquier vino dulce, ya que su mala conservación me hace dudar. Está algo avinagrado. Pero si es lo que tengo que hacer para regresar con ella, lo haré. Rompo el sello y abro la carta. Respiro profundamente antes de comenzar a leer:

Mi querido amor. Si has llegado hasta aquí ya solo queda lo más fácil... Que Airén termine el conjuro que Tera comenzó y que tú bebas de él. No estoy segura de que llegue a funcionar, pero existe la posibilidad, y yo creo en ella. Así que... ¿Por qué no intentarlo? Lo único que deseo es que volvamos a reencontrarnos. Te echo tantísimo de menos.

Yo también. No te puedes imaginar cuánto.

Lo primero que hice cuando llegué, fue viajar hasta Zaragoza y buscar a Tera para ver si había alguna solución a nuestro problema. No te preocupes por mí, volví a casa sana y salva, pero con una nueva esperanza y una nueva botella.

Y sus palabras me dejan inmóvil.

¿Cómo se le ocurre ir sola y embarazada a una zona de conflicto? La conozco y lo sé, sé que ha sido tan inconsciente de ir sola. Su madre no puede y su hermana con tres hijos, menos. Pero ahora espera una niña. ¿A caso no le importa su seguridad? Se me revuelve el estómago de nada más pensarlo.

Tiro la carta sobre la cama. Estoy cabreado y comienzo a danzar por la habitación, porque es una cabezota y una maldita inconsciente. Vuelvo a retomarla de inmediato. Necesito saber más.

Sé que tus sentimientos son tan sinceros como los míos, pero si no deseas venir, lo entenderé. Esta época es muy dura y no existen las comodidades que tú tienes. Solo quiero decirte que estaremos bien, decidas lo que decidas, pues ante todo lo único que quiero es que seas feliz. Pero si decides hacerlo... la vía se abre la madrugada del 22 de junio. Tuya por siempre, Paula.

Y que don tiene para hacerme cabrear. Primero me dice que se ha ido sola hasta Zaragoza para luego dudar de mí. Con la de veces que le repetí que iría con ella hasta el fin del mundo. En fin... Dejo la carta sobre la mesita, me recuesto y miro al techo unos instantes. Después pongo el portátil sobre mi estómago y miro el calendario.

El 22 de junio. Cae la noche del domingo a la madrugada del lunes.

Falta un mes y cuatro días. Mi mente vuelve a repetir lo que ya mil veces ha revivido, un trocito de nuestros últimos días juntos. El día que fuimos a conocer a mis padres antes de seguir nuestro viaje a Asturias. Cinco días antes de que se desintegrara delante de mis propios ojos y me dejara sumido en la oscuridad y en la incertidumbre.

No asimilaba lo que mis ojos acababan de ver, no lograba encontrarle ningún significado a nada, pero sobre todo me preocupaba que Pau no hubiese sido real. Después creí no hacer lo suficiente por encontrarla, porque estaba igual que al principio, con las mismas dudas. Mi mente no quiere olvidarla y me engarzo en cualquiera de nuestros momentos juntos.

—¿Voy bien?

Observo como se baja el vestido para colocárselo bien y se mira en el espejo que hay junto a la puerta. Está nerviosa, muy nerviosa y tremendamente bonita.

—Vas perfecta.

Me sonrío y yo le ataco mordiéndole el labio.

—Ay, pero no hagas eso que me vas a irritar los labios —refunfuña—. Y tus pa...

En ese mismo instante mi madre abre la puerta, me abraza y después se acerca para darle otro más efusivo a ella. Me parece extraño, las muestras de cariño no son habituales en mamá. Al principio, Pau parece un poco cohibida, pero enseguida se abre a ellos. En eso somos diferentes, ella es bastante más abierta que yo.

Son las dos y diez. Yo me quedo anonadado con la cantidad de entrantes que hay sobre la mesa, parece que mis padres celebren algo, ya que ellos son de plato y ensalada. Me imagino que están demasiado eufóricos porque vengo acompañado y no es habitual que les presente a ninguna mujer y menos que vaya a visitarlos para presentársela. En fin, si es que lo de Paula no tiene explicación. La visita comienza bien para ir a peor, porque acabo por ser el principal tema de conversación.

—¿Sabes que eres la primera chica que nos presenta?

—Es normal, vivís en Madrid —interrumpo secamente.

—Cuando vinimos a vivir aquí se echó una novia —me ignora—. Pero nunca quiso presentárnosla y mira que lo intentamos. Todo eran excusas. Que si no podía, que si estaba de viaje, que si tenía cena familiar... Mi Liam es tan reservado...

—Se refiere a Eva —aclaro.

—También sabemos que ha estado con otras. Evelin y Soraya.

Recuerdo lo avergonzado que me sentí. Lo que me faltaba... que se pusieran a chismorrear acerca de mi vida privada y maldije a Ana por ser tan cotilla, y aunque aclaré que se solo se trataban de amigas, no logré que me dejaran en paz. Pau me echó una mirada fulminante, se había molestado por llamarlas amigas, pero yo las sentía así. Siguieron hablando de mí y aunque no era habitual que mis padres se comportaran de ese modo, tampoco era normal que yo trajera a nadie a casa y ellos aprovecharon el momento para torturarme.

—Nos alegramos tanto de que Paula sea la elegida. Es guapa, simpática, tiene personalidad y genio, así como tu madre.

—Y además, mi hijo es de una mujer, así como su padre—añadió mi madre dirigiéndose a Paula—. Si se entrega, se entrega.

Tierra trágame. Eso fue lo que pensé.

Si lo llego a saber hubiese convencido a Pau para no venir. Qué irónico que Ana pensara que era un guarro sin sentimientos y mis padres todo lo contrario, cuando ellos habían pasado una ínfima parte de mi tiempo conmigo en comparación con mi hermana y resulta que me conocen

mejor.

Paula me mira con sus ojos más guasones. ¿En serio le hace gracia? Porque a mí ninguna. Los acaba de conocer, debería de estar terriblemente avergonzada, o más. Pero si lo está, lo disimula muy bien... A ver si cambian de una vez de tema de conversación.

«Que hay que ponerme en vereda», dicen.

—¿Podríamos hablar de otro tema que no sea acerca de mi vida privada?

—¿Y de qué quieres hablar? —pregunta mi queridísima madre.

Intento hablar del tiempo, después de familiares que hace años que no sé de ellos, pero parece que a mis padres lo que realmente les motivaba es mortificarme.

—¿Y cómo surgió lo vuestro?

—Papá, basta. ¿No ves que la haces sentir incómoda?

—A mí no me importa contárselo—responde Paula.

—Pues adelante —contesto de mala gana.

A ver con qué sale ahora... porque mentir no es una de sus mejores cualidades y no sé cómo va a salir de este embrollo sin delatarse...

—Soy viuda.

—¿Tan joven? —preguntan sorprendidos.

Joder, empezamos bien. Estoy nervioso y deseo con todas mis fuerzas que no cuente que su marido ha sido fusilado, porque si no...

—Mi marido murió, aunque prefiero no hablar de ello. Mis padres viven fuera, y Ana me encontró sola por la calle, sin dinero, ni ropa, por unos problemas que tenía. No tenía siquiera sitio donde dormir, pero ella me ofreció su casa.

—Sí, eso me contó mi Ana. Ella es tan buena —dice mi padre.

—Lo es y no podéis imaginaros lo agradecida que estoy. En un principio Liam y yo comenzamos con mal pie. El creía que venía a robarles.

—Ya te dije que tuve un mal día y te pedí disculpas por ello—frunzo el ceño.

Se está poniendo esto «divertido».

—Siempre has sido tan desconfiado —me recrimina mi madre y entonces se dirige a ella— ¿No te pertenece paga por viudedad?

—Eso es otra historia—interrumpo medio a la defensiva.

—En un principio pensé que era el hombre más guapo que había visto nunca —suelta sin vergüenza.

Y yo me quedo anonadado. ¿Eso pensó? ¿O me está haciendo la pelota delante de mis padres? Si es así, no me lo había contado. Le echo una mirada directa e intensa, una mirada que define lo que siento por ella. Me fijo en mis padres y vi que están emocionados. Intento disimular un atisbo de sonrisa, pero Pau me responde con su sonrisa más sincera, esa que muestra unos surcos en la comisura de su boca y que tantas ganas me dan de besar. Solo hacía falta que me dijera algo bonito para que mi estado de ánimo pegue un giro. Solo ella sabe hacerlo.

—Pero me trató mal y me pareció un engreído, aunque un engreído guapísimo. El tiempo que hemos estado juntos, ha hecho que me dé cuenta de que tenemos más en común de lo que creía en un principio. No era solo físico. Es un hombre responsable, cariñoso, sensible, protector, sincero y con principios, aunque en un principio creí todo lo contrario. Y no creo que sea desconfiado como decís, más bien precavido y hace bien porque no te puedes fiar de nadie. Además, nos llevamos estupendamente y me divierte con él como con nadie. Tiene todas las cualidades y más que valoro en alguien. La verdad que doy gracias a dios por haberlo puesto en mi camino, y aunque mañana puede que no sigamos juntos, habrá merecido la pena.

Sus palabras me dejan sin habla y mi corazón y mi cuerpo pide más de ella. No puedo dejar de mirarla durante el resto de la comida, no me creo lo que me está pasando. No me creo que en solo dos meses una chica me haya cambiado tanto, que haya puesto mi vida patas arriba, como en el cuento de Mark Twain.

Me paso el resto de la comida deseándola. Pienso en todo lo que le voy a hacer a la noche en cuanto estemos solos. Mi madre nos acompaña a la habitación donde dormiremos y no sé por qué me sorprende, pero lo hace cuando Paula se niega a dormir conmigo. «Que no es moral ni ético», me dice. Manda huevos.

—¿No querrás que durmamos separados? —pregunto.

—No estamos casados, son tus padres y no pienso dormir contigo esta noche —susurra.

—Pero si nos la han ofrecido ellos —refunfuño.

—¿No os gusta la habitación? —pregunta mamá preocupada desde la otra punta de la habitación.

—La habitación es perfecta. No es eso. Es que no creo que sea oportuno que durmamos juntos.

—Delante de vosotros —añado con retintín. Ella me dirige una mirada de advertencia. La estoy avergonzando así que a regañadientes callo, ya le echaré la bronca después.

—Por nosotros no te preocupes, cariño. Ambos estábamos deseando que se echara una novia.

Pero no hay manera de convencerla y acaba por darme la habitación contigua a la de Paula. No se le escapa una, así al menos la tendré cerca. Se marcha y nos quedamos a solas y yo aprovecho para dirigirle una mirada que bien podría asesinarla. O por lo menos que lo crea.

—No te cabrees.

—Pienso vengarme. Aunque durmamos separados, no te vas a librar de mí sin antes haberte dado duro.

—¿Darme duro? —pregunta desconcertada.

—Te voy a castigar.

Y ella me mira de tal manera, que bien podría haber exterminado campos. La arrastro hasta el garaje del coche, está tensa, quiero hacerle el amor, hacerla mía. Eso es en lo único en lo que pienso, lo único que quiero en este preciso instante. La sorprendo rodeando su cara con mis manos e impacto un beso posesivo en su boca. Hundo mis labios en su cuello, estoy muy excitado, ella también lo está. Sus manos toman mi nuca, sin dejarnos de besar.

—¿Este es tu castigo? —me pregunta con los labios enrojecidos por el deseo.

—Pienso torturarte hasta que supliques basta.

El beso se vuelve tan intenso que casi no podemos respirar y su cuerpo se arquea para que encajemos como una pieza de un puzle. Sujeto su cintura con fuerza y no la suelto ni un segundo.

—No podemos. Están tus padres.

—Tengo treinta y dos años, Paula del Mar.

—Como si tienes cincuenta, Liam Ayala.

La ignoro. Diga lo que diga terminaremos haciendo el amor y ella lo sabe. La tengo encerrada, conmigo y de aquí no saldremos en un buen rato. Se está haciendo de suplicar, porque todo su cuerpo muestra todo lo contrario a lo que su boca dice.

—¿Lo deseas?

—Eso no importa. El caso que están tus padres aquí. Podemos esperar a mañana. Tenemos días por delante...

¿Sí? De eso nada.

Vuelvo a besarla con un beso de tornillo que la deja sin respiración, con la comisura de la boca enrojecida y casi a rastras la llevo hasta un pequeño invernadero tras el garaje. Y dentro de ahí a

un armario donde mis padres guardan los productos y herramientas de jardinería. Le subo el vestido, bajo sus braguitas y me arrodillo para hundir mis labios en su sexo. Observo como cambia su nerviosismo a placer y dicha, esa cara que solo muestras cuando tienes sexo con la persona que realmente deseas. Lo beso, lo saboreo, ella se sujeta al mueble para no perder el equilibrio. Juego con mi boca en él, con mis dedos. Después la giro para ponerla de espaldas, echo su cabeza hacia atrás, tiene la piel erizada y sin darle tiempo a decir nada me hundo en ella.

Ay, dios mío.

Suelta un gemidito de sorpresa que me pone más si puede.

—No te puedes imaginar lo que te deseo, lo que significas para mí.

—Tu tam..

Pero no seguimos hablando, estamos demasiados excitados para pronunciar palabra. Se ha liberado del recato, así que, entre azadas y material de jardinería nos devoramos en la oscuridad de aquel lugar. Los envites son pasionales y acaricio cada centímetro de su piel. Quiero que sienta mínimamente lo que yo siento por ella. Lo hacemos de manera vehemente. Ella gime, yo respondo con un reguero de besos y caricias hasta terminar; uno y después el otro. Una vez llegamos al orgasmo la abrazo por detrás para acabar fundidos en uno. Nos quedamos unos segundos inmóviles, tratando de que nuestra respiración se normalice, aspirando ese dulce momento.

—Ha sido impresionante —me dice y yo sonrío satisfecho.

Viviría y moriría por ella y no entiendo como en menos de dos meses he llegado a quererla tanto. Me subo los pantalones y le ayudo a colocarse bien el vestido.

—Estás roja.

—Estoy ardiendo.

Acaricio su mejilla, mientras la miro intensamente a los ojos.

—Me pones de una manera... No te puedes imaginar cuánto.

Se muerde el labio.

—¿Más que Soraya?

—Desde luego.

—¿Y qué Eva?

—Ni en este universo ni en el paralelo habría nadie que pudiese igualarte.

Sonríe satisfecha y yo no puedo evitar robarle un beso que hace que tengamos que apoyarnos para no caernos.

—Entonces... ¿Tu primera impresión fue que era el hombre más guapo que habías visto nunca?

Suelta una sonora carcajada y beso sus nudillos, uno a uno, deleitándome en su fragancia, en lo suave que es.

—¿Quieres que te suba el ego?

«Claro que sí, nena. Me encanta que me diga cosas bonitas».

—Con esa sonrisita de niño travieso, ¿Cómo podría una negarse?

—Todo lo que has dicho antes me ha puesto tan cachondo...

—¿Tu arrebató de pasión ha sido por culpa o gracias a mis palabras?

Asiento y ella ríe de nuevo. Me tiene rodeado del cuello, nos miramos y deslizo mis labios para darle besitos por el hombro, descendiendo por el brazo para terminar en la palma de su mano.

Esa sonrisa y esa mirada que le quitaría el sueño a cualquier hombre. Y aunque muchas veces dudaba de los nuestro, cuando miro sus ojos que se confiesan, todos mis miedos se esfuman.

—Y pensar que he tenido que viajar doscientos años para encontrar el amor.

—Y yo doy gracias a los astros por ello. Eres la persona más bonita y sexy que he visto nunca

—susurro en su oído y hundo mis labios en su cuello—. ¿Hay más mujeres como tú en tu siglo? Si las hay, dime el modo de ir —bromeo con ella.

Se aparta de mí apoyándose en mis hombros y me mira directamente a los ojos. Sonrío, se pone tan adorable cuando se cabrea.

—Eres un tonto.

—Lo sé.

—¿Sabes que te quiero más de lo que nunca he amado a nadie? Nunca creí que esto que tenemos existiera.

Es la primera vez que se confiesa.

—Es la primera vez que me dices te quiero.

—Me cuesta mucho expresar lo que siento. ¿Qué le vamos a hacer?

Le muerdo un dedo y pega un gritito. Me separo de ella.

—¿Vamos?

—Sí, tus padres podrían estar preocupados.

—No, pero sí que podría volver a hacerte el amor.

¿Funcionará?

Durante este último mes he finiquitado todas mis cuentas y ahora me encuentro en la misma playa en la que apareció mi chica hace justo un año. La bruja a la que le he pagado doscientos euros nos acompaña, aunque en calidad de donación. También lo hacen Ana y Dani que no han querido perderselo por nada del mundo. Espero que funcione, si no la decepción será monumental. He llegado a creer en toda esta historia.

Voy cargado con una maleta, donde he metido lo más importante. El oro lo llevo encima. También voy ridículamente vestido, con camisa de lino y pantalones de mi abuelo, aunque más similar a como van vestidos en su época a que si llevo unos Levis.

Cuando Airén pronuncia unas palabras en un idioma que no entiendo, yo respiro en profundidad. En otro momento de mi vida, me reiría de todo esto. Es más, si viese esto por la calle pensaría que son cuatro chiflados montando una escena, pero no, soy parte de esos cuatro locos. Estamos practicando brujería para que yo pueda viajar en el tiempo doscientos diez años atrás.

«Locura total». La película.

Beso a Ana y la abrazo tan fuerte que creo que podría asfixiarla. En estos momentos, me doy cuenta de lo mucho que quiero a mi hermana y sé que la voy a echar tanto en falta que habrá momentos en los que sienta que me falta una parte de mí. Mi hermanita pequeña... ella es mi preferida, por encima de todo el mundo, a pesar de todos nuestros roces.

Debo pensar en positivo: estará bien.

—Déjame alguna nota enterrada en el olivo. Necesito saber cómo fue...

—Lo haré.

—Te quiero mucho hermano. Te echaré mucho de menos.

—Yo más. Siempre has sido mi ángel de la guarda.

Después me dirijo a Dani y le doy también un fuerte abrazo.

—Cuídala.

—Eso siempre.

Escucho lo que Airén tiene que decir. No se parece en nada a las pelis de brujas donde los conjuros suenan como si fueran un exorcismo con esa voz siniestra que da tan mal rollo. Esta tiene la voz bonita como de un actor de doblaje. Miro a Ana... llora desconsolada y yo estoy a punto de hacer lo mismo hasta que comienzo a sentir algo raro por mi cuerpo, como un hormigueo, como cuando pones una mala postura y se te queda dormida una extremidad. Qué sensación más desagradable e incómoda. Me golpeo para calmar la quemazón, pero poco a poco me voy sintiendo mareado. ¿Por qué? ¿Es esto lo que se siente cuando uno viaja en el tiempo?

Y por fin llegó el día

Me levanto desorientado, no está ni la bruja, ni Ana, ni Dani y miro a mi alrededor. Oigo el cantar de los pájaros. El sol me da en la cara, pero logro mirar a trasluz y me doy cuenta de que estoy en un lugar distinto. No hay arena en el suelo, es de piedra. Rezo para que haya funcionado y me doy cuenta de que sí, cuando un señor se me acerca montado a caballo. Un campurriano, sin dientes y con ropas harapientas me apunta con un arma y me pregunta con cautela quién soy.

—Liam.

—¿Inglés?

—Español —respondo—. ¿En qué año estamos?

—Habla extraño para ser español. Y ese nombre...

—Viví algunos años en Inglaterra. Me llamo Guillermo —le digo recordando el origen de mi nombre.

Con cuidado baja el arma y se me queda mirándome con cautela.

Es la segunda vez que me apuntan en un año, bueno, más bien en toda mi vida.

—Encantado Guillermo. Yo soy Agustín. ¿Qué hace ahí tirado?

Me levanto y me sacudo la ropa. Me escruta de arriba abajo y de abajo arriba mientras lo hago.

—Venía buscando a mi novia y a mi hija. No sé si la conocerá, Paula del Mar Gadea.

—Ah, sí, la hija de Juan Gadea. ¿Viene a reconocer a su bastarda?

Joder, qué crueles son aquí. Bastarda la ha llamado.

—Le ruego que no la llame así. Es mi hija y pronto la reconoceré.

Porque dónde no se podía reconocer a un hijo una vez nacido era en el Reino Unido, ¿no? Estoy casi seguro de que en España sí se podía, pero mierda, no estoy seguro del todo.

—¿Se va a casar con ella?

Empieza bien la cosa.

—No es asunto suyo.

Será cotilla, el muy gilipollas.

—Perdóneme. Tiene razón, no soy nadie para entrometerme en sus asuntos. ¿Sabe dónde vive? ¿Quiere que le lleve?

—Se lo agradecería.

—Venga, suba.

¿Qué suba dónde? ¿Al caballo? ¿Con él?

Paso.

Le digo que prefiero ir caminando, él se encoge de hombros. Así que él al paso y yo a su lado le sigo. Como sea un ladrón, me voy a cabrear mucho, puesto que me robaría muchas cosas que podrían cambiar el devenir de la historia y tampoco quiero cambiar el futuro.

Aunque por el camino me doy cuenta de que no parece tan mal hombre como creía. Estamos en una época católica donde tener hijos fuera del matrimonio es inconcebible. Pobre Pau lo que

habrá tenido que soportar; las habladurías, el dolor... Estoy deseando llegar, verla y abrazarla. El corazón se me pone a dos mil solo de pensarlo.

—Es ahí.

Un casuchón lleno de viñedos. Es bonito de ver.

Si hubiese tenido que venir por mí mismo no hubiese sabido cómo, porque nada es igual a mi época, nada. El suelo no está pavimentado, la casa es beige con los ventanales verdes. No tiene vecinos, al contrario de lo que yo conozco, que está poco más que masificado de campos. Lo único que me evoca algo es el mini olivo que hay junto a una mini huerta y que en 2019 es bicentenario, además de inmenso. El mismo árbol donde ella escondió la cajita con los recuerdos a casi un metro bajo tierra. Y justo ahí la bodega, que se parece, aunque menos de lo que creía.

—Gracias.

—¿Piensa quedarse?

—Esa es mi intención.

—Pues nos veremos por el pueblo, pues.

Tengo el corazón agitado. ¿Seguirá queriéndome? Después de esperar casi un año espero que no me haya olvidado. Sé que llegamos a casarnos... pero no sé si seguirá queriéndome o solo se casará por el que dirán.

No, ella no es así... es rebelde y sé que me quiere igual que yo a ella, o eso espero. Ha pasado un año, pero he venido en cuanto he podido. Miro al cielo y exhalo todo el aire que me queda en mis pulmones, antes de armarme de valor para presentarme.

Cojo la maleta y me dirijo hacia el portón. Lo golpeo y una mujer de unos cincuenta años, si llega, tarda veintidós segundos en abrir la puerta, veintidós eternos segundos. Es la madre de Pau y lo sé porque es su misma imagen. Tiene sus mismos ojos, aunque algo más rellenita y bajita.

—Buenos días. ¿En qué le puedo ayudar?

Respiro profundamente y fijo mi vista en las escaleras. No está tan mal para ser de mil ochocientos.

—¿Está Paula?

—¿Quién la busca?

Vuelvo a suspirar...

—No sé cómo se lo tomará, ni el concepto que pueda tener de mí.

Me dirige una mirada interrogante.

Sí, tengo miedo, puede que crea que soy un canalla que la abandonó con su bebé a su suerte. Puede que no me quiera como yerno. Puede que... ahora entiendo el miedo y la inseguridad de Pau al conocer a mis padres.

Joder, es duro. La incertidumbre por conseguir la aceptación de tu familia política y más cuando no sé el concepto que puedan tener de mí.

—¿Quién la busca?

—El padre de su hija.

Su expresión se suaviza y le aparece una sonrisa de oreja a oreja. Parece que Pau le ha hablado bien de mí... Me abraza con fuerza. Me sujeta las mejillas para darme dos besos y yo me agacho para que me pueda alcanzar. Es igual de emotiva que mi niña y ya sé a quién se parece.

—Qué alegría. ¿Vienes por ella?

—Vengo a quedarme. Claro, si me aceptan.

—Oh, desde luego que sí. Madre mía qué guapo eres y qué alto. Me dijo que eras guapo, pero nunca imaginé cuánto. Háblame de tú y a partir de ahora soy también tu madre. Me llamo Irene. La alegría que le va a dar. No te lo puedes imaginar.

La mujer está eufórica. No deja de hablar de su hija, de lo que me quiere, de lo que me ha echado de menos. De lo bien que Pau le ha hablado de mí. Le ha contado que estaba involucrado en una guerrilla y que por eso no había podido regresar y yo no entiendo como la cree con lo mala embustera que es. Tendrá que ser muy ingenua, porque aún recuerdo todas las mentiras que Pau me echaba y lo roja que se ponía cuando lo hacía. Le temblaba el cuerpo, movía los ojos en todas direcciones y se tocaba el pelo en bucle. Hacía todos los gestos juntos que delata a un mentiroso. A mí siempre me cabreaba porque sabía que me mentía en la cara, pero incluso así me enamoró.

Irene me coge de la mano y me guía por el interior de la casa. No parece que vivan mal, tienen incluso algún que otro sirviente.

—Vamos a darle una sorpresa. Está tendiendo la ropa en la trasera —me sujeta de la cintura y me giro para ver que quiere. Me examina—. ¿Cómo ha podido ocultarme lo guapo que eres?— vuelve a repetir y no puedo evitar soltar una risotada. Qué maja.

Necesito verla ya. Estoy muy nervioso.

Cuando llego al umbral de la puerta, me entra un miedo que no sé qué. Está de espaldas tendiendo la ropa. Va vestida como en las telenovelas de sobremesa basadas en el año la polca, pero siendo ella la protagonista. Siempre la más guapa. Si me pudiese tocar el corazón, notaría como se me va a salir del pecho.

—Paula del Mar, cariño —la llama.

—Sí, madre.

—Tienes visita.

Se da la vuelta y la mira, pero inmediatamente desvía su vista hacia mí. Se le cae el cesto de la ropa de las manos. Se ha quedado blanca. Yo sonrío. Comienza a temblar, está hecha gelatina, tanto como yo. También algo demacrada y delgada.

—Pau.

—Liam...

Los dos salimos corriendo y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas.

—Liam, mi amor. Has venido.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

—He estado toda la noche esperándote, pensaba que ya no vendrías. Te he echado tantísimo de menos.

—Ya me ha estado contando tu madre —miro a su madre y sonrío.

Debería de estar muy asustado... estoy en época de guerra, donde ni hay higiene, ni electricidad, ni casi nada y ni más ni menos que por una mujer, pero estoy feliz. Me siento feliz. La quiero, quiero a mi hija aún sin haberla visto y quiero vivir con ellas.

—¿Y... y mi hija?

—Un beso primero. ¿O vienes solo en calidad de padre? —bromea y yo sonrío.

—Creo que se va a llevar más de una atención.

—Pues no me parece bien, ya que a mí me conociste primero —hace un mohín.

Le acaricio el mentón con el pulgar y paso mi labio por su mejilla.

Huele igual de bien... la he echado tantísimo de menos. Me gustaría hacerle el amor, aquí mismo... desnudarla, hacerla mía... demostrarle cuanto la he necesitado durante estos nueve meses y doce días.

Le doy un beso con todas las ganas que he podido acumular. Nuestros labios se unen y se funden con el calor de nuestras pieles. Era tal como la recordaba. Igual de suave. Igual de tierna e igual de bella.

—Hueles muy bien.

—Seguí vuestros consejos de higiene —bromea.

Deja la cesta de la ropa abandonada en el suelo y me lleva a rastras, y como un adolescente enamorado voy tras ella con una sonrisa de oreja a oreja. Entramos en la casa, me lleva escaleras arriba hasta llegar a una puerta cerrada.

—Shh... está durmiendo.

Me coge la mano y me la besa. Detrás de esta puerta está mi hija y la abre con suavidad para no despertarla.

—Te sudan las manos —susurra.

Pongo su mano en mi pecho.

—Porque mira como estoy.

Y sí, estoy nervioso. El corazón se me va a salir del pecho desde que he visto la casa a un kilómetro de distancia y como no la conozca ya, puede que muera de un infarto.

Consigo el valor de entrar...

Me acerco a la cuna y la veo...

Mi hija...

Es preciosa y muy pequeña, demasiado pequeña. Como una bolita acurrucadita.

Necesito cogerla. Necesito abrazarla, pero no sé cómo hacerlo... me tiemblan las manos.

—¿Puedo? —titubeo.

Asiente y la tomo en brazos con extremo cuidado. Nunca imaginé que pudiera sentirse así. Nunca pensé en tener hijos y no podía entender este sentimiento tan bellamente desconocido. Un ser diminuto que lo has hecho tú mismo con la mitad del otro. Mi mitad y la suya.

La niña se despierta, pero no llora. Me mira con sus ojitos diminutos. Me siento en la cama y la pongo sobre mis piernas.

—Qué pequeña y vulnerable.

—¿Has visto su nariz y sus ojos? —pregunta y yo asiento—. No podemos negar que es hija tuya, ¿no?

Tiene mis ojos, pero la nariz es de Ana. Sí, es clavada a mi familia...

—Es preciosa. Cuánto pelo —sonrío aún tembloroso.

Clara toma mi mano para sujetar mi pulgar con fuerza, con demasiada fuerza para una cosita tan pequeña. Y yo llevo tanto tiempo esperando este momento que un cúmulo de emociones hacen mella en mí. Estoy realmente emocionado y mis ojos se empañan. ¿Cuánto tiempo hacía que no lloraba de felicidad? Dejo a Clara en la cuna, lentamente, para no hacerle daño y salimos de la habitación. Fuera la estrujo con todas mis fuerzas contra mi cuerpo.

—Estoy realmente acojonado, ¿sabes?

—Hacía tiempo que no escuchaba esa palabra —sonríe y añade en un susurro—. Todo irá bien, ya lo verás. Vas a ser un buen padre.

—Lo sé, ya investigué sobre nosotros.

—¿Y qué has averiguado?

—Básicamente que soy un hombre con suerte. Tendremos un matrimonio duradero y cuatro hijos que crecerán sanos y salvos. Tres chicas y un chico. A parte de eso poco más.

Se echa las manos a la cabeza y suelta una carcajada sonora.

—¿No lo dirás en serio?

—Desde luego, en temas de sexo no miento.

—Madre de Dios.

—Cariño, no tenemos tele... —bromeo con ella y le dirijo mi mirada más pícaro. Ella suelta una risotada.

Me arrastra hasta la habitación contigua, donde hay una cama de matrimonio, un armario y un tocador. Me siento en el borde de la cama, dejo la maleta en el suelo y palmeo el colchón. Parece cómodo.

—Tienes mala cara. ¿No duermes bien? —pregunto algo preocupado.

—Uff... la niña ha salido llorona y las noches son un poco duras. A parte, esta noche ha sido horrible porque temía que regresara al 2019, en vez de hacerlo tú. No tenía muy claro quién haría el viaje y si lo harías.

—Ana, Dani y yo también somos buena compañía. ¿No te habría gustado venir con nosotros? —pregunto confuso.

—Pasé toda la noche en vela abrazando a Clara. Temía que de ser yo, ella no viniese conmigo. Joder.

—¿Sabes? Cuando me enteré de que estaba embarazada dudé si dejarte la nota o no. No sabía si podría hacerte cambiar de opinión acosta de un hijo. También sabía que no querías hijos y a parte estaba tu historia con Eva. Temí que dudaras de mí, que te cabrearas por haberte tentado a hacerlo sin protección. Te prometo que tenía la certeza de que no podía.

—Jamás dudaría de ti y me alegra que lo hicieras.

—Lo supe de inmediato. Me puse en tu lugar y pensé que yo querría saberlo. Además, sabía que solo tenías miedo, pero que serías un buen padre en cuanto te pusieras a ello.

—No sé si seré un buen padre, pero pondré todo mi empeño en serlo porque... —enlazo nuestras manos—. Es lo más bonito que le puede pasar a uno.

Me pregunta por Ana y Dani y le cuento un poco. Ella está más tranquila y tiene una relación.

—Era cuestión de tiempo. Ana tiene mucho amor que dar. ¿Qué llevas ahí? —me pregunta tras observar mi maleta. Suelto una breve carcajada y agito la cabeza.

—He traído lo imprescindible.

Le enseño el interior de la maleta y ella alucina.

—¿Te has traído un altavoz portátil y un pen? —grita escandalizada.

—Sssh... —me rio y pongo el dedo índice sobre mis labios.

—¿Y dónde piensas enchufarlo?

Saco un panel solar y sus ojos se abren como platos cuando le explico que funciona con el sol.

—No podía venir sin música. He pasado nuestras canciones y veinte mil más.

—Has pensado en todo, ¿no?

—En algo tenía que matar el tiempo —me encojo de hombros.

Uno a uno, saca todos los objetos que me he traído y ella se mea de risa. Lencería para ella, la bolsa con el oro, nuestro cuento de Mark Twain...

—¿Oro? ¿Ropa interior? ¿De verdad? —levanta la vista para mirarme.

—No iba a traer mis ahorros en euros y la lencería... ya sabes, no me gusta la de esta época —aclaro y carraspeo.

—¿Y esto?

—Vacunas y medicamentos.

—Estás un poco majara, ¿sabes?

—Las vacunas son súper importantes, Pau. Los medicamentos salvan muchas vidas y yo no pienso arriesgar la tuya o la de mi hija, si lo puedo impedir. Eso sí, han faltado los preservativos.

La miro con lascivia y ella agita la cabeza divertida.

—No había hueco para tantos—susurro para que no me oigan.

—Eres un perverso.

—Y lo que a ti te gusta.

Deja la maleta abandonada y se me acerca con extrema lentitud y sé lo que pretende. Trago saliva. No me puedo creer que me sienta como un adolescente cada vez que me toca. Así lo recordaba y así sigue siendo.

Consigue sentarse sobre mí, a horcajadas, con ese cúmulo de vuelos de su vestido gris azulado y se me queda mirándome a los ojos. Después me besa... Y lo hace como recordaba, apasionadamente. Degusto sus labios y su boca, primero suave, luego con intensidad, para convertirse en devorador. Qué bien sabe. Creo que voy a deshacerme con ella. Me sujeta de la nuca y me atrae hacia ella. Estoy duro, caliente. La tomaría aquí mismo, sin quitarle la ropa y a cuatro patas.

Casi un maldito año esperando esto.

—Desátame el vestido. Yo sola no puedo.

Y estoy a punto de hacerlo hasta que recuerdo que no estamos solos. Su madre está fuera e intento controlar la tan lasciva tentación.

—Tu madre está pendiente de nosotros. No creo que sea buen momento.

—Nunca creí que fueses tan pudoroso —me dice y suelta una risilla.

—En esta época sí que lo son. Y no quiero que mi futura suegra se lleve una mala impresión de mí.

Se queda callada y me mira como si no comprendiese lo que le acabo de pedir. Se aparta de mí y se pone en pie. Me vuelve a mirar. Ahora está seria.

Sí, estoy intentando decirte lo que crees haber escuchado. Pero para no confundirla más continúo hablando...

—Estaba buscando la casa y me he cruzado con un tipo que ha llamado bastarda a mi hija y ha sido...

Me quedo callado.

—¿Horrible?

Asiento.

—Suena muy mal, a pesar de que no signifique nada. Y me he dado cuenta que quiero arreglar la situación lo antes posible.

—¿A qué situación te refieres?

—¿A qué situación crees que me refiero?

Su cara pasa al asombro.

—No... —se echa las manos a la cara.

—Pero si tú no crees en el... —se calla y yo levanto los hombros.

—Ya pero aquí no es un mero trámite. Aquí es importante y para ti también lo es.

—¿Me estás pidiendo...?

—¿Tengo que pedirle la mano a la mama primero?

—Aquí no existe el divorcio —replica.

—Mi amor, he venido hasta aquí por vosotras. Siempre estaré a vuestro lado.

Me sorprende con un gemido de emoción. De ahí pasa a los llantos y luego a las risas. Se le ha ido la pinza. Me río de lo graciosa que es la situación.

Pues sí que le hace ilusión, sí. Y yo que tenía miedo de que ya no me quisiera...

—No me lo puedo creer. ¿Voy a ser tu esposa? ¿De verdad?

Se lanza sobre mí y yo caigo sobre la cama. Me abraza. Grita. Ríe. Y en un momento ya está planeando como será nuestra vida juntos. ¿Qué esperaba? ¿Que viniese solo para ser su amante? Y parece que me lee el pensamiento, porque me dice:

—Ni siquiera había planeado un futuro juntos... mi cabeza solo le daba vueltas al hecho de si

nos volveríamos a ver y qué te diría cuando te viese de nuevo.

Su madre golpea la puerta y entra algo preocupada, y no me extraña entre tanto grito.

—¿Pasa algo?

Y sin darme cuenta se ha hecho un corro. Se ha unido tanto su hermana como otra desconocida con uniforme de sirvienta. He reconocido a Alicia, ya que tiene el mismo gen familiar, aunque con veinte kilos más. Ojos atigrados y marrones, cara y nariz fina y labios gruesos.

Pau me pregunta si puede contarle y yo asiento.

Qué remedio.

—¡Me ha pedido que me case con él! ¡¡Me ha pedido matrimonio!! Aún no lo creo.

—Y no ha salido como esperaba —añado.

Pau me lanza una mirada interrogante.

—Pensaba hacerlo a lo romántico, con hincada de rodilla y anillo, pero me he puesto nervioso y no he podido esperar.

—Puede hacerlo ahora —sugiere la hermana.

¡Será cabrona!

—¿Delante de vosotras?

—Por ejemplo.

Pero Pau está tan emocionada que no puedo negarle nada y verla tan feliz no tiene precio. Busco alguna pieza de la bolsa y me decido por un anillo que me parece perfecto para ella. Es de oro y diminutos diamantes, coronado con una piedra de aguamarina en el centro. Le quedaría perfecto. Es delicado y bello, y transmite pureza y sencillez, como ella.

Espero que sea de su talla.

Me arrodillo y respiro profundamente antes de decir...

—Pau, llegaste a mi vida sin esperarlo, sin desearlo, nunca creí en las almas gemelas hasta que te conocí. Tú, simplemente tú, eres la persona que siempre he estado esperando, aún sin saberlo, eres mi complemento, mi felicidad y por eso quiero compartir el resto de mi vida contigo. ¿Te gustaría compartirla? ¿Te quieres casar conmigo?

Y grita tanto que creo que me van a explotar los oídos. Mi loca perdida.

—¡Sí, sí, síííí! ¡¡Desde luego que sí!! Nunca he querido a nadie como a ti. Y tú también eres mi felicidad. Lo eres todo. Así que por supuesto que sí.

Me da un beso delante de ellas. Su madre y su hermana lloran de la emoción. El ruido ha despertado a Clara que ha comenzado a llorar.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero —grita.

Si hace un año me llegan a decir que me enamoraría perdidamente no lo hubiese creído. Ahora, sin embargo, no veo un futuro sin ellas.

Epílogo

4 años después

Alguien golpea la puerta. Les tengo dicho que no me gusta que me interrumpan cuando estoy reunido, pero mis palabras se las lleva el viento, así que hago pasar a quien quiera que sea.

—¿Pasa algo? —le pregunto a Mari Carmen al entrar. Es la sirvienta y trae una sonrisa de oreja a oreja que no comprendo.

—Mi señor, tiene visita.

—Estoy reunido con el señor Marciá. Dígale que espere en el salón hasta que acabe o que regrese por la tarde. A las cinco va bien.

Pero se queda plantada y no se marcha. ¿Qué le pasa?

—¿Sucede algo?

—Su hermana está aquí.

¿Cómo...? le hace un gesto para que pase. Y me quedo alucinado cuando veo que la visita inesperada es de Ana.

—Hola, hermano. Parece no gustarte las visitas improvisadas.

—Ana... —digo entre atónito y confundido—. ¿Qué haces aquí?

—¿No te hace ilusión que tu hermana la intensa haya regresado para meterte caña?

Por Dios, pues claro que me alegro. Me acerco en dos zancadas y nos fundimos en un intenso abrazo. No la suelto, la verdad es que la echaba muchísimo de menos. Demasiado. Aunque no entiendo nada. ¿Qué diablos hace aquí?

Lleva una camiseta de tirantes y vaqueros cortos y me doy cuenta de cómo la mira Marciá. ¿Está majara o qué le pasa? Me despido del abogado para continuar con la reunión por la tarde. Me dirige un leve saludo con la cabeza, recoge sus cosas y sale por la puerta.

Una vez se ha marchado me lanzo para envolverla en un abrazo muy fuerte y le doy un besazo en su mejilla. Está terriblemente cambiada. Esta guapísima. Se ha cortado el pelo por el hombro y se ha tintado de negro.

—¿Y ese pelo?

—Era rojo, pero no quería arriesgarme a que me acusaran de bruja y me quemaran en la hoguera, así que lo he tapado con el negro.

Me alegra que siga siendo la misma, aunque no tanto como va vestida.

—Creo que ya no queman a nadie en la hoguera por bruja. Tendrías que haber viajado a algunos años atrás.

—Por si acaso.

—¿Y esas ropas? ¿No podrías haberte vestido más acorde a esta época?

Se ríe y se pasa las manos por el pelo.

—Tienes razón. Deberías de haber visto como me miraba todo el mundo. Simplemente no pensé mucho en ello.

La echaba tantísimo de menos... ya casi había olvidado lo imprudente que es.

—¿Y qué tal? ¿Y mamá y papá? ¿Y Dani? ¿Cómo les va? Dios tengo tantas preguntas que hacerte.

—Están bien. Dani quería venir conmigo, pero no le dejé. Los gays no están bien considerados en este tiempo y preferí que se quedara con su novio.

—¿Sigue con Fer?

Asiente.

—¿Y tú?

—Ná, no funcionó.

Vaya...

—Lo siento.

Sonríó hasta que un chasquido invisible me avisa de algo que me confunde tanto como asusta.

—¿Cómo piensas regresar? —pregunto en mi tono más mordaz.

Y lo que tanto temía escuchar se convierte en realidad. Que viene para quedarse y no me puedo creer que lo esté diciendo en serio. Pues claro que lo está diciendo en serio, que yo sepa no hay manera de revertir el hechizo.

Me cago en la puta. Maldita sea. Me estoy poniendo enfermo de solo pensar que le va a tocar quedarse aquí de por vida. Tendría que haber tirado el contenido de la botella de vino en vez de dejarla por la mitad a sabiendas de lo impulsiva que es. Maldito inconsciente estoy hecho.

—Joder, no creí ser tan molesta.

—No te victimices — y la miro de soslayo—. ¿Por qué lo has hecho?

—Puedo ayudar en la bodega, aprendo rápido. Intentaré no molestar y...

—Sabes que no es eso.

—¿Y qué es entonces?

—Este lugar no es para ti. Allí estabas bien, siglo XXI. Tu siglo, lejos de las inestabilidades políticas, con electricidad, una buena vida, donde el machismo es algo más inusual que aquí...

—¿Y tú? ¿Tú no eres del siglo XXI? —y me tira la pulla—. Liam... estaba harta de todo. Necesitaba un cambio y que mejor que irme con mi hermano y mi preciosa cuñada. ¿Tanto te cabrea?

—Pues claro que sí. Podrías haber ido con papá y mamá —levanto las manos y veo como intenta compadecerme con su mirada de gato de Shrek—. Has dejado un trabajo, tus estudios, tu gente ¿Para venir aquí? Aquí no hay nada. No serás feliz. Te conozco y no tendrás manera de volver. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¿Tú eres feliz?

—Desde luego que lo soy, pero tengo a Paula y a los críos. En cambio, tú no, tú te arrepentirás, no serás libre y nunca podrás dar marcha atrás. A parte, no creas que nos van tan bien las cosas... ¿Y sabes el machismo que hay? —digo casi de carrerilla—. Joder, que aquí el papel más importante de la mujer es casarse. Solamente te digo que aquí ya eres una solterona.

—No puedo creer ese pensamiento tan machista. Se nota que te has hecho bien.

—¡Yo no, la sociedad!

—Me importa una mierda la sociedad. Llevaba pensándolo desde hace un año y no creo que esto esté tan mal —dice mirando la decoración de la casa—. Es clásico, pero bonito, y me comportaré. ¿Y ya que tanto te preocupa... a tu hija como la educas?

—No es lo mismo, ella ha nacido aquí, conocerá las costumbres de aquí, pero tú no. A mí me ha costado adaptarme, ha sido duro y eso que yo tengo tres hermosas razones por las que doy la vida.

Sí, mis dos hijos y Paula.

—Y aunque la educación que le damos se basa en nuestros principios, no lo es tanto como quisiéramos porque no podemos... —añado en tono crítico.

Vuelven a golpear la puerta y espero que no sea nadie que quiera darme otra noticia parecida a esta.

—Joder, ¿quién es ahora? —pregunto levantando mi tono de voz con determinación.

—Yo...

Pau...

—Hola, cariño. Lo siento por haberte gritado, pero... —agito las manos con nerviosismo y me echo las manos a la cabeza—. Tenemos visita.

Cuando se da cuenta de quien está a mi lado corre a sus brazos realmente emocionada. Gritan, se abrazan, se besan. ¿Qué haces aquí? Nada, la misma historia que me ha contado a mí, solo que ella sí se alegra de que se quede. Y yo no dejo de pensar en que se va a meter en problemas, lo sé.

—¿Vamos a ver a los peques? —pregunta.

—Vamos —contesta Pau con su sonrisa más seductora, dirigiéndose a la puerta.

—Por cierto —interrumpe Ana—. El señor Marciá está muy bueno para ser de mil ochocientos. ¿Tiene mujer? ¿Me castigarían por seducir a un hombre? ¿Es seducir o tengo que llamarlo cortejar? Aunque quizá esté en desuso y sea de la Edad Media. Que mal que voy en historia... Paula has de dejarme un libro de historia, me lo debes.

Y le doy como mucho dos días para que se meta en líos...